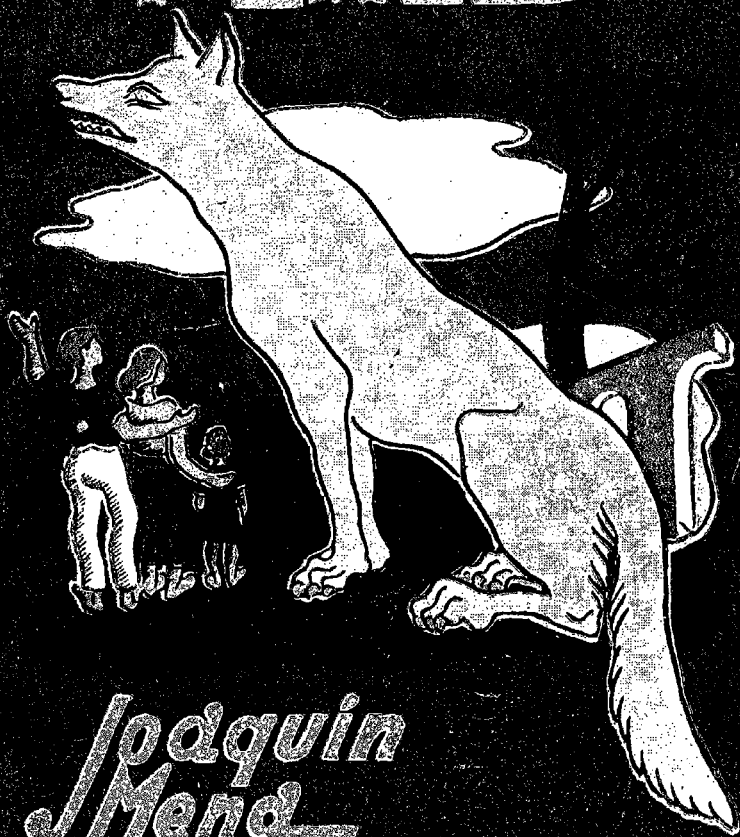




MENA

EL ULTIMO PEREZ



Joaquín
Mena

CITO
ECUADOR

F. F.
Ricke

Para el Señor Don Enrique Coloma Silva, con
sentimientos de alta estima y distinción, muy
atentamente, Joaquín Mena JOAQUIN MENA

EL
ULTIMO
PEREZ

QUITO - ECUADOR

Edit. "Fr. Jodoco Riecke"



1949

PANORAMA DEL LOBO Y DE LA GUERRA

Pupila de los bosques, oído siempre alerta,
destino inexorable del corderito lobo,
el lobo es un bandido sin ley: vive del robo,
y no valen rescates para su presa muerta.

Ocurre sin embargo que en la penumbra incierta,
acaso distraído de su sangriento arrobó,
cuajada de visiones su oscura alma de lobo,
tolera, indiferente, que el gamo se divierta.

Dijérase que entonces se queda pensativo.
Le acosa la nostalgia de un pretérito esquivo,
ajeno a los recuerdos, como sueño olvidado,

y aúlla, cual si viera sobre una blanca duna
la sombra misteriosa de algún antepasado
lamiendo sus cachorros al claro de la luna

SUSANA CALANDRELLI.

Guerra, Señor! Ya el año está expirando,
y siguen la *matanza* y el *incendio*.
Ruge el cañón y erizan como monstruos
los aviones de caza por el cielo.

Guerra, Señor! El odio alza su puño
y el amor en la tierra ya está muerto.

.
Todos tienen la culpa de esta infamia.
Todos ante la historia serán reos.
Todos los que en la lucha se destacan
socios son de la muerte y del infierno.
¿Dónde están los ideales de esta guerra?
Todo es mentira en este cementerio!

.
Año nuevo traerá lágrimas nuevas
y las mujeres vestirán de negro.
Asia, América, Europa esta locura
convierte en una antorcha al Universo.
Y quién saldrá ganando en este guerra?
Quién saldrá vencedor? Dílo, Maestro!

ADOLFO LEON OSORIO.

**VELADAS
DE LA
CRISTIANDAD**

Los muchachos del barrio cantaban en desarmonía con unas voces viejas. Era la buena entre las noches tristes de las

familias pobres. El simulacro de Belén ardía en el caliginoso recinto de la habitación única. Frondas, luces y figuras de lata, barro y porcelana, haciendo el desconcierto en la remembranza de la fecha, querían significar a la vez la Fiesta del Arbol, la Visita de Noel y el Nacimiento del Mesías. Se expresaba allí, como en varias otras partes de nuestra América, la mentalidad ingenua y confusa del criollismo en mixtificantes trances de una cultura de superficie, en la que ni el culto a la vida representada por el árbol, ni el homenaje a la infancia, ni el sentido cristiano de los veinte densos siglos cargados de romance, ciencia y técnica, se ofrecen claros a la comprensión y a la conducta de estos pueblos y de estas razas que funden en la historia su personalidad excéntrica.

Antonio, el jefe de la familia esa noche festiva, modesto artesano carpintero; su compañera Elisa y los tres vástagos del hogar amoroso, apenas podían acomodarse al estrecho presupuesto. Mas, había que gozar la Noche Buena de algún modo. Siempre fué para ellos tradicional compartir la celebración cristiana con las amistades del vecindario.

Doña Teresa, ejemplar olvidado de una aristocracia decadente, aprovechando la pausa del cancionero navideño, recordaba la suntuosidad catolicista de tiemposidos, las deslumbrantes presentaciones del Nacimiento y la barata adquisición de los menesteres para las bodas. Junto a ella, Juanita, vivaz muchacha, hija de Antonio, inquiría a doña Teresa también por los detalles antiguos de la entrada de los años nuevos.

Las dos, doña Teresa y Juana, se guardaban un acendrado cariño. Cuando la señora quería pasearse por los alrededores de la ciudad en las tardes de sol, o cuando caía enferma, enviaba a su muchacha por ella, para que le acompañe. Juanita gozaba escuchando las viejas memorias de la anciana.

—Nunca hubo para mí años nuevos, dijo doña Teresa. Tal vez el propio año del nacimiento de Jesús pudo considerarse como efectivamente nuevo. En ese año se inició una nueva actitud espiritual de la humanidad. Quizá el arribo de Colón a América señaló para nosotros otro año nuevo, ya que, desde entonces, se abrieron cauces insospechados para la sangre y la cultura. Por lo demás, ni el fin de esta guerra, que se dice ser de sistemas económico-sociales y de pretensiones políticas, acusará un año nuevo.

La sentenciosa señora había viajado mucho en los tiempos de su opulencia. Y gustaba de ilustrar el criterio de los circunstantes con los recuerdos de su vida de alta sociedad, con la reseca cosecha de sus lecturas, con la memoria de los grandes sermones religiosos y con las largas y fatigosas referencias llegadas en las cartas de su hijo trotamundos. Sus vecinos la llamaba "la loca".

—No hubo para mí años nuevos, repetía. Todo fué lo

mismo. Insistir en la esperanza de un año mejor que el que se va, es asunto de calendario, como se insiste en desear un buen día cada cuando se saluda a un amigo bajo el sol.

La tertulia avanzaba así, matizada con las intervenciones añejas de doña Teresa. Antonio hacía turnar canelazos. Y si le tocaba hablar, éste se remitía a los éxitos estudiantiles de su hijo Daniel, muchachón que cursaba el último año de la secundaria, ganándose la vida o pelecándola por las noches en pos de propinas, en un bar de suburbio. Daniel tenía el apoyo moral de su maestro que fué de primeras letras, quien se interesaba, cual un padre, por su predilecto discípulo, candidato para algo más que artesano. Era por ese medio que Daniel ayudaba también a la gestión escolar de Pedrito, el menor de sus hermanos. Los tres constituían el amado triángulo de una prole sin tierras ni dinero.

La concurrencia salió a sumarse a la multitud noctámbula de las barriadas festivas, para oír la misa de media noche. Al regreso, fué servido un cordial agasajo de Pascuas, organizado con el concurso de un obsequio de doña Teresa. Daniel, por su parte, no había desperdiciado la oportunidad para ganar unas monedas en el trabajo nocturno. Y estuvo a la madrugada en la reunión hogareña. Lo que él había oído de la guerra y de la política nacional a los tunantes, solía comentar con su padre. Observador listo, nada se le escapaba al joven. Se sentía un hombre completo, siempre que entregaba el producto de las veladas a su querida madre.

Mientras se disolvía el convite, Juanita ponía en orden la cocina, para ir luego a dejar en casa a doña Teresa. Daniel conversaba con los rezagados de la fiesta acer-

ca de sus planes futuros, de su propósito de estudiar Derecho, y del placer de trabajar unas horas por la noche, sin perder el ritmo de las tareas estudiantiles.



DE Corría el nuevo año en medio de una ma-
ARTESANO yor crisis económica general. La guerra
A OBRERO seguía su curso de hechos dantescos y dia-

bólica propaganda. Nadie, si la tuvo, se arriesgaba a demostrar siquiera su neutralidad, menos su simpatía por el pueblo alemán en plena lucha contra todo el mundo. Roma había caído. El Japón ardía demasiado lejos. Las listas negras arreciaban comprometiendo la suerte de varios grandes negocios de importación. Numerosos intelectuales, escritores de la Democracia y no pocos técnicos y obreros, fueron invitados a pasarse en Estados Unidos de Norte América o a trabajar allá en vía de perfeccionamiento. Naturalmente y una vez de vuelta, pagaban la gentileza, unos con más dignas y entusiastas actividades políticas y profesionales, y otros con los más cobardes insultos a los gobiernos europeos anticomunistas y aun a los pueblos por ellos conducidos. Era una actitud mental en moda de convicción legítima y también en plan de industria personalmente reproductiva, lo que no impedía que todo cuanto hizo y continuaba haciendo el propio país por cooperar a la causa de los aliados, se estimase como barata cuestión ajena.

El problema de las subsistencias se agravó tremendamente. Los más apetecibles productos agrícolas salían

con rumbo indefinido, enriqueciendo a los latifundistas, cuyas cuentas se abultaban en los bancos nacionales y en el exterior, mientras, por la falta de materias primas, iban cerrándose muchas industrias. Los periódicos sufrían una angustiosa escasez de papel. Suscitábanse los conflictos obreros por el alza de los salarios. Frente a las abacerías se formaban largas colas de muchachas y amas de casa, en súplica por leche, patatas, carne y pan. Artículos de lujo se volvieron éstos, al alcance de altos empleados públicos y de comerciantes de vida holgada. Los transportes urbanos y rurales, los ferrocarriles y las carreteras denunciaban su trágica miseria e inutilidad. Todo estaba bajo racionamiento. Si en el interior los mercados exhibían una paradójica pobreza, las importaciones llegaban por gotas y muy de tarde en tarde. Pero era ya asunto de consigna esperar el triunfo de los aliados y, con él, una existencia mejor y una paz dichosa . . .

Desde que comenzó la guerra mundial, estaban ingresando al país muchas gentes europeas, con y sin posibilidades de trabajo. A pocas cuadras del taller de Antonio, se estableció una fábrica de industria maderera, a cargo de unos inmigrante judíos. Allá fueron a parar como obreros quienes antes gozaban del prestigio de excelentes ebanistas y talladores. Por medio de atractivos anuncios de prensa y por medio de la radio, los nuevos industriales de allende los mares atraparon a la clientela y redujeron a escombros un gran sector del artesanado local. Y a órdenes de los afuereños resolvían la vida unas cuantas familias dependientes del trabajo hábil e ingenioso de sus padres, maridos y hermanos.

Los gastos de la educación universitaria de Daniel, flamante bachiller, y las exigencias crecientes del hogar

de Antonio indujeron a éste a clausurar su taller, a liquidar sus herramientas y a ofrecerse también como operario en la fábrica de los extranjeros. Y, en fuerza de la estrechez del presupuesto familiar, Juanita hubo de resignarse a ganar lavando ropa y haciendo las entregas y las cobranzas todos los sábados, ya en el internado de algún colegio de señoritas, ya en el domicilio de un estudiante o ya también en la casa de viejas solteras y adineradas. Era necesario atender, además, a la enfermedad de su madre, postrada en la pieza baja y húmeda, donde sintió transcurrir amargos los años de esposa sufrida.

Doña Teresa había muerto legando en favor de Juanita los únicos dos pares de zarcillos y la pulsera de oro que le sobraban. Eran joyas de apreciable valor, de las que Juana hizo promesa de no desprenderse. Y trabajaba desde muy por la mañana hasta entrada la noche, dándose modos de desempeñarse en la cocina. Los domingos no faltaba con su pequeño ramillete de flores en el cementerio, al pie de la tumba de doña Teresa Vivar de Pérez, a quien acompañó a lo largo de su suerte adversa.



IZQUIERDAS "Trabajadores, votad por las izquierdas".
Y DERECHAS "Las derechas unidas triunfarán". "Ciu-

dadanos de los barrios, las urnas os esperan". Estas y otras leyendas aturdían el ambiente preclearal. Circulaban varias listas de candidatos para alcalde y concejales. En el pavimento de las calles y parques y en los muros de las casas aparecían exaltantes

inscripciones. Las hojas sueltas se distribuían a profusión. Se avecinaba, pues, la primera competencia electoral entre izquierdas y derechas, al tenor de la nueva ley del voto, expedida por la Asamblea Nacional de la revolución y en circunstancias en que, concluida la guerra en todos los frentes del fuego, sin mayor emoción de las masas populares y sí con la expectativa de lo que vendrá a predominar como signo político victorioso, el país quería organizarse y reconstruir su economía.

Si la guerra militar, en efecto, hubo terminado en Europa y en el Pacifico, la guerra por la influencia política internacional pugnaba por filtrarse a través de las conferencias aliadas, de los supremos consejos de paz y de todas las organizaciones internas de estos nuestros pueblos para los que nada estaba aún claro. La soberanía en el mantenimiento de viejas y nuevas instituciones políticas y el afán de captar el Poder, preocupaban a los hombres desilusionados de todas las paces, guerras y victorias. Por esto, no dejaba de tener un sentido internacional, de quebradiza post-guerra, la lucha que, entre izquierdas y derechas, se preparaba, a propósito de las elecciones municipales.

Las glorias pasadas, el sacrificio que recogió la historia en la Conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro, el valor y la resistencia para soportar las calamidades que se desataron durante el conflicto bélico, sobre todo en los países pequeños, contribuían a que éstos se hicieran cargo no ya del botín de la victoria, que nunca lo esperaron, pero sí, entonces, de la obra de afirmar más la personalidad propia de cada cual, aceptando de la paz la ventaja de poder explotar aquella democracia que invocaron los ejércitos y sus pueblos, en su aspiración de

marchar hacia las perfectas autodeterminaciones. Y un primer elemento de conducta popular se venía a mano: el sufrigio, para definir presidencias y concejalías en unas partes, diputados o alcaldías en otras. Cada país alentaba un problema inmediato y se aprestaba a resolverlo.

En la Universidad Central, Daniel respiraba una atmósfera de terrible agitación. Los estudiantes de derecha e izquierda iniciaron el curso nuevo tomando parte en la propaganda electoral. El modesto empleo obtenido por Daniel en el servicio administrativo cantonal le obligaba a no ser indiferente en la lucha. Pero antes que la condición conservadora y católica de su familia, en tierra donde catolicismo y conservatismo se complementan y se ayudan o son la misma cosa dentro de la propaganda, influyó más el ya extenso círculo de las amistades juveniles de Daniel, para que éste prefiriera bautizar su ciudadanía en las filas izquierdistas. Su padre, en cambio, inalterable curuchupa de arrestos, por esos mismos días era designado presidente de club electoral en su barrio, con el apoyo de todos los obreros católicos que trabajaban en la fábrica y los que actuaban en la empresa de un potente candidato a la Alcaldía de la ciudad.

Pronto el dinamismo eleccionario del novicio izquierdista y estudiante de Derecho impresionó con agrado entre los dirigentes de la campaña. Evitando las discusiones políticas con su padre, Daniel operaba en el barrio y en el aula con un convencimiento y una eficacia que le valieron la asignación al personal de propaganda de prensa del Partido Socialista. Actuaba recogiendo datos para la publicidad y escribiendo volantes en favor de sus candidatos. Se puso más cerca del Secreta-

rio General del Socialismo y, con frecuencia, dejaba de concurrir a su empleo y a las clases. Iba, empero, adentrándose en él esa actitud partidarista de táctica intensa y poca doctrina. Aprendió a falsear posiciones en contra de los adversarios. Practicó el sabotaje en las reuniones derechistas. Anduvo por los barrios eliminando de las paredes y postes la propaganda enemiga. Estaba resuelto a jugarse el todo por el todo. Los dirigentes de su sector aconsejaban ofrecer subsistencias baratas, inquilinato cómodo, salarios generosos y cuanto puede anunciarse, en estos casos, en beneficio del pueblo.

Antonio presidía su club en medio del reproche de sus amigos que jamás perdonarían el rumbo que estaba tomando el hijo de un buen católico, la esperanza de un hogar honesto, el distinguido discípulo de un apasionado maestro de primeras letras.

—Cosas de los tiempos!, decía Antonio como única respuesta y meneando la cabeza. Cosas de estos tiempos! Hay que saber tolerar y tener paciencia.

Pero los viejos carpinteros de la fábrica hacían gala, en presencia de Antonio, de tener a sus hijos junto a sí enseñando el oficio que aprendieron y heredaron de sus padres y abuelos, completamente al margen de toda inquietud política e inclusive controlando, en pro de un ventajoso matrimonio, los amores de los muchachos.

En virtud de la nueva ley de elecciones, podían votar hombres y mujeres desde los dieciocho años de edad. Esta que se llamaba una conquista de avanzada y que no era sino una ingenua concesión del izquierdismo dominante en la Asamblea Nacional, se aproximaba a la prueba de números. Y llegada que fué la contienda de las urnas, tras larga preparación, las derechas alinearon

volantes para vencer a los socialistas y comunistas unidos, en proporciones de cinco a uno en la mayoría de las provincias, y de tres a uno en el resto del país.

El mundo católico estaba poniéndose en guardia ante la insurgencia izquierdista, que se alentaba más y más cada vez, al ritmo de los pujos del Soviet ganador de la batalla de Europa.

La táctica del izquierdismo fracasó en todo el frente electoral. Dura lección como para que no pensase en las vías legítimas de la toma del Poder, en un pueblo que experimentó medio siglo de un régimen liberal sustentado en los vicios de la Democracia, que no en sus imperativos correctos y edificantes. Ese régimen feneció al soplo de una revolución, y desapareció el Partido, abandonando el campo de lucha a las dos fuerzas que, tras la guerra, asumieron la discusión de la supremacía en el mundo.



LA TABERNA ROSADA Diez miembros del club de Antonio esperaban la visita del alcalde triunfante, en la sala de sesiones. Antonio creía verle regresar

a su hijo, a expresar sus temores y a escuchar los consejo paternales. No cabía el júbilo en los pechos de esos veteranos trabajadores del barrio que, en más de una ocasión, se compactaron para derribar al Partido Liberal o para aplastar a las izquierdas.

A eso de las once de la noche, después de contados los votos del triunfo, el Presidente del Comité Central Conservador estuvo en la sala de la espera, a participar

el gran éxito y a dar aviso de que el ciudadano alcalde no vendría de visita al club. Hubo discursos y abrazos.

—Apenas hemos comenzado, dijo para retirarse el visitante. Hemos demostrado nuestra superioridad y lo demostraremos siempre. Seguiremos siendo leales a Dios y a la patria. Y lo que no habrán de realizar los bolcheviques en nuestra tierra, aquello que, en nombre de la hoz y el martillo, predicán los seguidores de Stalin, bajo nuestro examen y nuestra responsabilidad lo llevaremos a cabo en bien del pueblo. La Iglesia Católica es anterior al marxismo en la programación de la felicidad colectiva.

Luego de los consabidos aplausos, el Presidente del Comité Central partió en su automóvil, recomendando a los suyos permanecer organizados y conquistando más adeptos. Antonio no disimulaba su nostalgia. Su triunfo barrial no estaba completo. El hijo querido estudiaba menos, andaba identificado como agitador social y como un vago para las más de las viejas beatas y los amigos de su padre, fuera de que jugó con la estabilidad de su empleo.

A la vuelta de la esquina, lucía sus mesas La Taberna Rosada, un negocio de Fabián Herrera, hacia donde los hombres de Antonio fueron en busca de expansión, después de recibir a su jefe del distrito electoral. El viejo Fabián era también adicto conservador y por largo tiempo venía sabiendo los secretos de la política, tratados entre copa y copa por los comandantes del Partido. Allá iban a dar, a altas horas de la noche, los mayordomos de las haciendas sureñas, ansiosos de matar la calma del campo y de contarse lo que vieron y oyeron en las

reuniones campestres de sus patrones de afición política decisiva.

La Taberna Rosada tenía en su historia más de un crimen pasional, con protagonistas de dinero e influencia. Fué dos veces clausurada y reabierta otras dos veces con permiso de las autoridades. El propietario, hombre correcto, no era culpable de las licencias que se daba su yerno, para manejar el establecimiento con inadvertidos propósitos o con siniestras intenciones. Pero era también un lugar socorrido por el populoso sector barrial. Y la noche del triunfo electoral, los compañeros de Antonio bebieron y comentaron su política, la fuga de los liberales, la derrota de las izquierdas, no menos que el programa exhibido por las derechas en la campaña.

Se disponían a salir. Antonio se detuvo frente al mostrador hasta que sean hechas las cuentas. Detrás de la estantería, en sitio no visible y que la clientela lo ocupaba para los encuentros de reserva, una mujer hablaba en voz baja y gemía a ratos, sentada junto a un joven extranjero. Estaba allí, en La Taberna Rosada, la hija de Antonio, Juana, con uno de los propietarios de la fábrica en la que él trabajaba. Fueron admitidos por el desaprensivo yerno expendedor de Fabián, mientras éste departía con Antonio y sus amigos, en las mesas de un rinconcillo.

Pedrito había seguido a su hermana aquella noche que, como las anteriores, salió ella después de la comida, ofreciendo regresar pronto de hacer unos cobros por el lavado de ropa. Su afán por aumentar el presupuesto de la casa hizo que Juana aceptara la clientela de muchas personas en su trabajo. Y lavaba también la ropa de Heinrich, un judío socio de la empresa de muebles

de la vecindad, del que algunos favores de patrono recibió Antonio, en sus días de penuria máxima. Juana, bella muchacha que atraía por su gracia a todos los mozalbetes del barrio, inexperta en los lancec del amor, fué seducida por el rubio afuereño. No era la primera vez que departía con él detrás de las botellas y los estantes de la suburbial taberna.

—Papá, aquí está Juana, dijo Pedro, acercándose al mostrador. Aquí está, en el reservado, continuó el chico. Yo le vi entrar con el señor Heinrich.

Antonio, si bien la serenidad acumulada por sus cincuenta años de vivir le facilitaba el soslayar no pocos malos momentos de furia, ese instante, excitado por el alcohol y abandonando la duda, penetró en el reservado. El joven extranjero se puso de pie y quiso explicar algo a Antonio. Juana lanzó un grito al tiempo que su padre, violentamente y sin pronunciar palabras, tomó de la mesa una botella. El chillido de Pedro llamó la atención de los polizontes. El viejo Fabián y su yerno sujetaban los brazos de Antonio, entre tanto Heinrich balbucía algo en son de disculpa y rogaba que le permitiesen hablar. Los amigos que aún habían quedado en el recinto, rodearon también a Antonio en procura de calma. El ofendido padre se dejó caer en el asiento próximo y, sin acertar a desenredar el caso, se levantó a seguidas para ir al hogar, al tiempo que su amigo Fabián requería del extranjero una explicación franca.

Juana lloraba de pie. Su vientre denunciaba la condición de mujer encinta. Estaba consumado el choque integral de la honra y los intereses de una familia humilde y mestiza, con las apetencias inmigrantes. Era uno de tantos corolarios de la guerra. Primero fué la absorción

del trabajo y la clientela del buen artesano. Y, después, la tranquilidad hogareña sucumbida para el católico padre de familia. Todo se llevó la guerra, de ese hogar pequeño en su constitución, pero respetado por sus virtudes. Más aún, ello no era todo. La heredad nacional también dió su cuota de bienes sagrados y, a título de buen vecino, el país sintió sacrificarse el basamento de las generaciones, dizqué por detener el hurto amparado por una especie de unidad continental, que explotaban las cancillerías y que no entendieron los pueblos sino como tributo de pequeños y garantía para el predominio de los grandes. Y la grandeza de los grandes era la única que se paseaba atada al carro de los secretos de la paz prometida, como que no habría valido la pena de pelear sin planes también grandes.



SEDUCIDA En las últimas reuniones, Daniel fué alccionado por sus jefes sobre lo que convenía hacer en caso de pérdida en las ur-

Y

EXPLORADA

nas. Si fué cierto que el triunfo de las derechas aturdió a las izquierdas, para éstas quedaban francos aún otros caminos y otros métodos por los que darían el encuentro al gobierno y a las fuerzas reaccionarias. Ello no obstante, Daniel prefirió reorganizar su trabajo, seguir apoyando a su familia y continuar sus estudios con fe y constancia. Se acercó al lecho de su madre y preguntó por su papá y por Juanita. La desdichada mujer estaba ya al tanto de lo ocurrido en la sombría

taberna. Pedro iba y venía del establecimiento de Fabián Herrera a la casa, para observar y contar cómo se desarrollaban los asuntos. Y el mismo chico informó a Daniel de los sucesos de aquella mala madrugada.

Disparado salió Daniel con dirección a la taberna. Abriéndose paso por entre quienes vociferaban, borrachos, contra los judíos, se puso junto a Juanita que todavía permanecía de pie y deshaciéndose en lágrimas. La abrazó y la llevó a casa, asegurando que él arreglará el conflicto por las buenas o las malas. Antonio también se incorporó y, acompañado de dos de sus amigos, siguió a sus hijos, esta vez ya con alguna decisión.

El joven universitario, con experiencias de una vida de lucha, habiendo amanecido también en una reunión con chiquillas, trató de descansar un poco y de aplacar el ánimo de sus padres. Dedicó unas palabras de consuelo a su madrecita postrada, y habló de Juana como de un caso que a él, más que a nadie, le pertenecía.

Juana tenía en preparación su fuga del hogar, si esa noche Heinrich no le daba pruebas de una solución decente. Su ropa estaba toda en una maleta y dentro de un baúl. Elisa se percató del plan al observar algo anormal en las perchas. Además, el baúl entrecabierto, a causa del volumen de la maleta, estaba denunciándolo. Madre e hija lloraban la desgracia. Daniel no pudo descansar. Antonio dormía. Sentados en el borde de la cama, Daniel y Juana entablaron la conversación explicativa del suceso. Algo había que hacer por el nombre de la familia tan bien estimada en el barrio y por el honor de la en otro tiempo muy pretendida, simpática y escultural Juana.

—Tengo, anunció Daniel, mejores perspectivas de

trabajo. No descuidaré mi carrera. Tampoco abandonaré mi ilusión política. Quiero que seas feliz, Juana. No todos los gringos que caen aquí en nuestra tierra son malos. Creo que Heinrich no es un perverso. Hoy mismo iré a saber qué piensa de tí. ¿Qué dices tú?

Una larga pausa siguió a las palabras de Daniel.

—Habla, hija mía. Ayúdanos a comprender esto para orientarnos, dijo Elisa. Podemos ahora sí hacer dinero de las joyas que te obsequió doña Teresa, para cooperar a los sanos deseos del señor Heinrich, si los tiene.

Pese a su procedencia humilde, la chica, por su belleza y por su gracia, no desmerecía un buen matrimonio. Sus joyas habían frecuentado el empeño, y fué Daniel quien las salvó del peligro de un remate en la agencia de préstamos del barrio.

Sospechas graves cruzaron por la mente de Juana. Recordaba en silencio los casos de extranjeros que, burlándose de las leyes del país, de las gentes y sus propiedades, desaparecían como estafadores. E iluminadas sus presunciones, habló:

—Danielito, dijo, anda a casa de Heinrich. Pídele primero las alhajas. El me las solicitó una y otra vez, desde cuando conté que las tenía. Anoche me ví obligada a entregárselas, porque aseguró que le faltaba dinero para ir a vivir juntos en Colombia. Allá, al decir de él, le esperaba un buen negocio.

—Ya comprendo todo. Alguien me informó que la empresa de muebles de estos judíos no va bien. Inútil conversar al respecto con papá. A él siempre le adularon los gringos.

—Y por qué le entregaste las joyas sin darme aviso de lo que ocurría?, preguntó Elisa.

—No me quedaba más que oírle. No podía yo dedicarme a continuar trabajando como lo he hecho. He pensado ir a dar a luz lejos de aquí . . .

Juana prorrumpió en nuevos lamentos y, enjugándose las lágrimas, agregó:

—Ayer preparé la maleta con mi ropa. Heinrich me habló de que anoche sería la última oportunidad para arreglar el viaje y marcharnos. Tuve que darle la cajita con mis alhajas. Escribí una carta para dejarle a mamá.

Sacó la carta del bolsillo del abrigo y, muy confiada en el cariño y la defensa de su hermano, se la trasladó a él.

Daniel, con el ceño fruncido, leyó la carta. La leía en silencio. Y apenas hubo terminado, en posesión de todos los datos, pasó la peñilla por el cabello, y tomó la puerta rumbo a casa de Heinrich.

La casa que habitaban los judíos estaba situada detrás de la fábrica. Había que atravesar el patio casi lleno de madera y después una portezuela que conducía a un jardín. Preguntó al jardinero por la pieza de Heinrich. El jardinero señaló con la mano el último cuarto del segundo piso, a la izquierda, mientras, en ese mismo instante, una mujer rubia, de edad madura, en español picado y asomándose por el corredor alto, interrogaba qué desea el joven.

—Heinrich fué al centro, dijo la rubia.

Daniel optó por esperar y se dispuso a conversar con el jardinero.

—Heinrich no ha de volver pronto!, rugió la mujer.

—¿Dónde puedo encontrarle?

La señora quedó mirando a Daniel en sospechoso silencio. Daniel repitió la pregunta al jardinero.

—Oí decir que el Sr. Heinrich y el Sr. Arturo estaban pensando regresar a la tierra de ellos. Como que aquí ahora no les va bien en la fábrica, pocos trabajadores tienen, aunque a todos ellos viven ofreciendo ampliar el negocio.

Ansioso de obtener otros informes de su padre, por entonces jefe de cuadrilla en la fábrica, Daniel regresó a casa con la intención de volver inmediatamente por Heinrich.

—Papá, dijo, la fábrica de los gringos está desorganizándose. Heinrich y un consocio han estado preparando viaje con destino a Europa.

Antonio conocía la situación de la fábrica; pero creía en los afanes por extender el trabajo mediante el capital de otros socios. Sin embargo, se levantó apresurado y se dirigió con su hijo en busca del judío. En la esquina próxima, Daniel concibió la idea de acudir primero a la policía. Recomendó a su padre que, con la mayor prudencia, haga hablar a la gringa acerca de la situación de la fábrica.



ESTAFADORES En la Oficina de Extranjería y en
INTERNACIONALES los servicios policiales anexos, Da-

níel supo que los señores Heinrich Triebenbacher y Arthur Wollenberg habían arreglado sus papeles para salir ese día por avión a Panamá, desde donde seguirían a Europa.

El avión debía despegar a las tres de la tarde. Eran las dos y cuarto. Por medio de la policía, el activo Daniel

consiguió que se les detenga a ambos viajeros en el aeropuerto. Pero ellos, por sí mismos, estaban también rezagándose. Cuando llegó Daniel a la sala de pasajeros del campo de aviación, un rico industrial compatriota, con tres hombres de la Oficina de Investigaciones, les detuvo a los dos sujetos, a quienes les vigilaba desde hacía un mes, exigiéndoles el pago de una cuantiosa deuda por la que él era garante.

Daniel expuso su caso ante los afuereños y los demás que presenciaban el incidente oportuno.

—Ud., Heinrich, devuélvame aquí las joyas de Juana y luego nos entenderemos, dijo enérgico Daniel.

La policía decomisó las maletas y las carteras de mano de los judíos, y los hizo regresar a la ciudad debidamente custodiados. Una vez ante la autoridad, aqúese rico compatriota coordinó sus gestiones con Daniel y Antonio quienes, al caer la tarde, volvieron a encontrarse, y obtuvo que se ordenara el embargo de la fábrica que había estado quedando mancjada sólo por uno de los socios fundadores. Al otro día, fueron devueltas las joyas de Juana.

De las investigaciones hechas entre los inmigrantes connacionales de Heinrich y Arturo, se vino en conocimiento de que ellos y otros dos estuvieron antes en Panamá, de donde salieron expulsados también por estafas, y que la especialidad de las andanzas de tal banda era la adquisición de joyas. Habían ingresado al país simulando propósitos agrícolas y de nuevas industrias. Poco después llegaron los datos del fichero de inteligencia panameño, por los que se les identificaba claramente como indescables a esos y otros malos individuos.

La aplicación de la Ley de Extranjería impuso la sa-

lida forzosa de aquellos autores de latrocinios y engañas, que muy mal impresionaron a los extranjeros correctos, progresistas y leales a la tierra que les ofreció refugio, en los agrios años de la conflagración y persecuciones políticas europeas.

Juana llevó su cruz resignadamente. Antonio consiguió un buen cargo municipal. Daniel continuó sus estudios sin dejar de luchar por sus ideas políticas, y Pedro se matriculó en la Escuela de Artes y Oficios. Elisa, agravada en su enfermedad, deseaba tan sólo el sepulcro.

Repuesta del alumbramiento, Juana tornó a sus ocupaciones de lavandería. El recién nacido se convirtió en el centro de su meditación y actividades. Elisa, la inválida abuelita, cuidaba del niño sin abandonar el lecho, mientras la joven madre, más hermosa aún, financiaba su existencia entre las murmuraciones de chiquillas y viejas mojigatas, y los desatendidos e impertinentes piropos de los mozos no enterados de la trágica historia. Por su honradez y cumplimiento, algunas casas grandes le confiaban la ropa para lavar, y así se daba medios de vida y criaba a su vástago con el amor que a ella le fué negado por el mundo.

De su ingrato seductor, nada pudo saber después la prematuramente desdichada mujer. Pero pensaba en él siempre que veía a un rubio extranjero ambular por las calles de la ciudad con su cartera debajo del brazo y su agencioso ir y venir, luchando también por la vida. Pues una verdadera avalancha de extranjeros europeos llegó por estas tierras a pelcar por el sustento, difundiendo voces de alemán, checo, inglés y también el español legítimo. Y si muchos de ellos se establecieron en modernos bares y hoteles o se entregaron a industrializar algu-

nos materiales autóctonos, los demás se colaron en las oficinas particulares y aun oficiales, desplazando a los nativos, o pasaban su humanidad amargada, esperando la ocasión del regreso a los propios lares.

Al otro lado del océano, en el teatro de la contienda armada, no pocos hijos de esta América habianse quedado a agotar su paciencia y sus esperanzas, sin poder repatriarse. Turistas, estudiantes, diplomáticos y hombres de negocios, lejos de sus familias, incomunicados y sufriendo miserias, no dejaron de pagar su tributo al tiempo.

Cerrado el capítulo de la guerra pre-atómica, los gobiernos, los partidos y la prensa hablaban de una paz ciega, adelantando el anhelo de una etapa de vida mejor. Mas, en los hogares, el clamor económico seguía siendo el mismo, o empeoraba. Entonces familias mayoritarias como la de Antonio, acosadas por el hambre y las escasas disponibilidades de trabajo, continuaban precipitándose a la descomposición y a la tragedia silenciosa.

EL El día de difuntos, fecha en que, por
COMPADRE paseo o por deber, las gentes concu-
JOSE VICENTE rren a los cementerios en ininter-
 rumpidos oleajes de visitas entuladas, Juana y Pedrito estuvieron junto a la tumba de doña Teresa, colocando unos manojos de rosas y violetas. Un joven de simpática presencia, vestido de negro y haciendo portar con un muchacho una bella corona de flores, se detuvo frente al sepulcro de doña Teresa Vivar de Pérez. Quedóse pensativo, mirando a Juana y a Pedrito por las espaldas. Oraron éstos de rodillas y se levantaron. El desconocido se acercó y preguntóles quiénes eran. Con el saludo de estilo, se pusieron a las órdenes y dijeron que esa tumba la veneraban con gratitud.

—Doña Teresa, manifestó Juana, fué una amiga generosa y sincera de mi familia. Compartió con nosotros sus años de penuria y soledad. Murió pobre, asistida apenas por dos lejanos parientes. La casa testó a favor de un hijo suyo que decía tener en el extranjero. La administra ahora el más antiguo de los inquilinos. Es la número 18 de la calle donde vivimos. Doña Teresa pasó con nosotros su última Noche Buena. Era culta, era sabia y dadivosa en medio de su cruel reducción económica. La casita produce lo que pueden dar dos modestas familias

de inquilinos. Es pequeña y ascadita. A falta de espacio, lindos maceteros ornamentaban el estrecho patio. Jamás olvidaré a mi buena doña Teresita!

El desconocido pasó el pañuelo por los ojos húmedos.

—¿Cómo dices que te llamas?, preguntó a Juana.

—Juana Garcés, a sus órdenes. El es mi hermano Pedro. Mi padre se llama Antonio Garcés, y mi madre, Elisa Fonscca. Tengo también otro hermano, Daniel.

—Muchas gracias, señorita, por sus flores, sus oraciones y sus datos. Soy el hijo de doña Teresa. Llegué hace una semana. Nunca pude saber que mi madre ha estado sufriendo tanto y enferma. Debo a un amigo con quien estuve antes en Europa el que, en llegando acá, a mi país, haya conocido de la muerte de mamacita. Quiero tener la dirección de ustedes. Esta misma noche deseo visitarles.

Anotó la dirección y dijo llamarse José Vicente Pérez y Vivar. Regresando a ver de cuando en cuando, Juana y Pedro salieron del cementerio. El caballero examinaba los detalles de la tumba materna y, luego de colocar la ofrenda floral, conservando la mano izquierda en la mejilla, dedicó una profunda meditación a la memoria de su madre querida, cuyos restos descansaban junto a los de su esposo, en el mausoleo de la familia.

—Mamacita, mamacita!, que esta noche todos se hallen en casa!, entró diciendo Juana. Pedrito, vuela a la Universidad y dile a Daniel que no se nos pierda esta noche! Papá caerá aquí pronto. Se lo diré!, se lo diré!
Mi compadre!

—¿Qué sucede, hijita? Es alegría o es locura lo que tienes?, preguntó Elisa; tratando de arrimarse al espaldar de la cama.

Pedro partió por el zaguán como una bala. Una idea estaba madurando en el cerebro de la joven madre. Y no vaciló ya en exponerla primero a su viejecita.

—Encontré mi compadre! El le llevará a mi hijo a la pila bautismal! El, sí, él, para qué pensar más! . . .

—Pero, de qué compadre estás hablando, chiquilla? Creo que has perdido la cabeza.

—De mi compadre José Vicente Pérez y Vivar, hijo de nuestra difunta doña Teresa!

—¿De doña Teresa?

—Sí, mamacita, sí! Nos encontré hoy al pic de la tumba de la buena señora que me obsequió los zarcillos y la pulsera. Nos sorprendió orando por el alma de ella. Es guapo, de serio aspecto y simpática figura. Ofreció visitarnos esta misma noche. Le conté de nuestra amistad con doña Teresa. Quiero que él sea mi compadre. Arreglemos el cuarto. No ha de llevar a mal que yo le proponga. Además, ha de comprender nuestra pobreza y no habrá necesidad de mucho. Sí, mamá?

Se acercó después a la cunita de su niño. Le vió dormido y le acarició. Cambióse de ropas y puso manos a la obra: a arreglar el cuarto para recibir la visita del señor Pérez.

—Danielito no se ha negar a una botella de buen vino, verdad?

—Está bien, hijita. Que pudiera levantarme sólo por ahora!

A la hora de merienda, el plan era ya conocido por todos los de la casa. Una nota de atrasada alegría invadió por los rincones de la habitación proletaria. Antonio salió a traer a la dueño de casa, amiga también que fué de doña Teresa. Daniel se dispuso complaciente a acce-

der al pedido de Juana. Y el bautizo vendría a voluntad del compadre.

—No les parece que sería mejor limitarnos hoy a recibir la visita para solicitar en otra ocasión el compadrazgo?, insinuó doña Clemencia, propietaria del solar. Quizá, continuó ella, esta noche habrá mucho con los recuerdos de Teresita. Su hijo vendrá por oír algo de la difunta y nada más.

—Para todo habrá tiempo ahora mismo. La vida de doña Teresa de algún modo se vinculó a la mía y a la de mi familia. Acaso no le voy a mostrar el obsequio de las alhajas? Y el obsequio no tiene su historia al igual que mi hijo? Así se expresó Juana, entusiastamente y ahogando al final un suspiro delator de su pasado íntimo.

—Doña Clemencia sabe lo ocurrido. Por otra parte, Juana no deja de ser chiquilla. Con o sin nuestro consentimiento, ha de lanzar la proposición a poco que el Sr. Pérez vea al niño. Sí, bien está que sea ahora mismo.

Acababa de hablar Elisa y una voz dió aviso de que una pareja buscaba el domicilio de la familia Garcés. Eran pasadas las ocho de la noche.

—Aquí viven, dijo una muchachita que jugaba en el zaguán.

Unos instantes después, hechas las presentaciones, el caballero y su esposa tomaron asiento en el viejo sofá, cubierto para la ocasión con una manta nueva.

—Esta tarde tuve la suerte de verle a Juana visitando la tumba de mis padres. Y resolví la cita aquí para saber cómo fueron los últimos días de mi madre. Uds. me perdonarán; pero yo no podía aplazar este encuentro. A pesar de que mi esposa se halla algo indis-

puesta de salud desde que arribó a mi país, tampoco ha querido dejar para otro día esta impertinencia nuestra. Vuelvo a pedirles que me perdonen.

Doña Clemencia se adelantó a explicar que no había motivo de disculpas, y manifestó que todos sentían la más íntima satisfacción de conocer al hijo de su amiga Teresa y a su digna esposa.

—Efectivamente, dijo la buena anciana, su difunta madre venía con mucha frecuencia a esta casa. Por su carácter amable, viéndole sola, todos los aquí presentes hicimos de ella un refugio de noble amistad, hasta cuando la muerte la arrancó de nosotros. Era gentil y alceccionadora. Hablaba siempre de Ud. Ultimamente, no sabíamos a dónde dirigirnos ni cómo hacerlo para participarle el fallecimiento.

Algo como una terrible acusación pareció taladrar el alma del hijo errabundo. Este movió la cabeza y suspiró. Abandonando un corto silencio, habló de las cartas sin contestación enviadas a su madre y a sus amigos compatriotas, de la dificultad de comunicarse desde Europa durante la guerra, de su permanencia en España y en Francia y de su viaje de retorno.

La esposa del señor Pérez, de quien él hizo luego unas referencias, miraba pensativa a los circunstantes. No dominaba aún el idioma español. Hablaba el francés. Bella y muy joven, en su rostro se dibujaba la simpatía para Juanita y sus padres. Y servidas que fueron unas copas de vino hervido, la grácil francesa reparó el despertar del niño en la rústica cuna colocada en un ángulo de la pizca. Dijo unas palabras en su idioma a su esposo y éste se apresuró a expresar que su señora tiene

especial predilección por las criaturas tiernas, desde que en Francia trabajó en una casa-cuna.

—Es mi hijo!, exclamó Juana ante la expectación de doña Clemencia y de sus padres. Es mi hijito a quien todavía no le bautizamos!

La señora de Pérez, con una vuelta de cabeza hacia su esposo, esperó la traducción. El la satisfizo provocando una visible inquietud de regocijo y otras palabras que a todos tuvieron pendientes de su significado, hasta que habló el señor Pérez en segunda traducción interesada.

—Mi señora pregunta si será posible que la madre llevara a criar al niño en nuestra casa, donde se le brindarán toda clase de cuidados. Será en una quinta que tengo en proyecto comprar cuanto antes.

—Señor, su bondad nos aturde. La gentileza de su digna señora nos abrumba, contestó Antonio. El niño es muy tierno e iría sólo a causarles molestias.

—En todo caso, les agradecemos de corazón, prosiguió Daniel, tomando las últimas palabras de su padre. En efecto, la criatura daría mucho que hacer. Pero Juanita ha pensado en algo que, igualmente, comprometerá la gratitud de todos nosotros, de llegar a realizarse. Que diga ella

Juana, emocionada, no acertaba a empezar. La señora de Pérez se angustiaba por comprender lo que quedaba dicho.

—Mi esposa tiene experiencia en ésto. Se familiarizó con los niños tiernos de las madres imposibilitadas de cuidarlos por los horrores y las obligaciones de la guerra. Y ahora extraña mucho esa su juvenil actividad, que la desempeñó a órdenes de la Cruz Roja, formando parte de un grupo de señoritas voluntarias.

Juanita quería acometer ya con su plan y, al mismo tiempo, doña Clemencia asumió el turno, mientras la señora de Pérez, expresando su curiosidad en el rostro, se levantó a verle de cerca al niño y pronunció unas frases de ternura, que hacían trascender su afecto y su predilección en pleno despertar.

—Es la voluntad de Juanita que Ud., señor Pérez, sea el padrino de la ceremonia bautismal del niño. Así lo ha resuelto desde que esta tarde le conoció en el cementerio al hijo de la nunca bien llorada doña Teresa . . .

—¿Quién es el padre?, preguntó el señor Pérez.

Un profundo silencio llenó la pieza de habitación. Y, no encontrando la respuesta pronta, el señor Pérez tradujo para su mujer la proposición. Sonrió ella de gozo y, con una venia, dió su asentimiento inmediato.

—No tiene padre, repuso doña Clemencia, luego de un paréntesis en el que se resolvió el desecho de Juana. No tiene padre, repitió la sustentadora del diálogo difícil, haciendo un intervalo de silencio que llegaba al alma de Juanita y los suyos.

—Comprendo, dijo el señor Pérez. Comprendo. Pero la vida es así y hay que aceptarla como viene. Ha de ser para mí y mi señora una verdadera satisfacción complacerle a Juanita. Sólo les pido que tengan la paciencia de esperar hasta instalarnos en nuestra propia casa. Ello no demorará mucho. Por ahora, todavía estamos en el hotel. Mis parientes que, por los periódicos, deben conocer de mi regreso, no me ven aún. Y quisiera que no me vean hasta indagar qué trato le dieron a mi querida madre. ¿Podría acompañarnos en la casa la comadre Juanita?

—Piense Juanita, volvió a decir el señor Pérez, y se

levánto para despedirse, agradeciendo por los informes y la postrera amistad dispensada a su madre.

Antonio y su familia, no menos que doña Clemencia, abundaron en agradecimientos para el señor Pérez y su esposa.



DANIEL Y LOS CUATRO PICAROS El Ayuntamiento, controlado por las derechas unidas, estaba realizando parte de su programa. Hubo una reunión de delegados provinciales del Conservatismo para elegir el

nuevo directorio, pues su jefe máximo desempeñaba la Alcaldía.

Realizar un programa de partido quiso decir, las más de las veces, situar en los puestos de responsabilidad y de influencia a los hombres de confianza, pagar los compromisos electorales distribuyendo empleos mayores y menores entre los más activos agentes de la campaña, y cerrar las puertas a toda intromisión del contorno político. Pero, por encima de todo aqu esto, la susodicha realización significó también el avance por todos los escalones legítimos e ilegítimos, si para durar en los planos ganados o para llegar más lejos.

La palabra que se repetía en casi todos los números del programa partidista era el término "pueblo". Al pueblo se le ofrecía el cielo y la tierra, la felicidad hecha pan y ventura. Pero desde que se inventaron esos programas, nadie encontró al pueblo en su lugar ni en su tiempo. Los programas habían venido siendo círculos excéntricos y concéntricos, según la época, de posibilidades

tendientes a mejorar la suerte de unos y a empeorar la de otros. Mas, como el pueblo lo componen los ricos y los pobres, los amigos y los enemigos de una causa, los honestos y los perversos, el programa, en manos de los mandatarios, suele dividir, fraccionar y triturar al pueblo. Así es cómo ha surgido la oposición o sea la parte del pueblo que no quiere que un programa le haga feliz y que propugna distintos principios, o que, simplemente, se pasa a la orilla del otro lado, porque no cabe en el presupuesto.

—Las últimas novedades de la propaganda belicista acentuaron vigor en la táctica. La guerra enseñó, esta vez mejor que la otra, a diversificar el método y a intentar alcanzar lo mismo que se proponen los enemigos, impulsando un poco la acción por encima de la prédica. Pero nadie quiso ceder más de lo que podía perjudicar las egoístas posiciones. Si no hubiese sido así, no tendría sentido tampoco el que gamonales y presuntuosos capitalistas operaran poniendo plata y persona a órdenes de un signo político, y que pobres desocupados y gentes asalariadas presentaran sus pechos en los peligrosos conflictos internos, sociales y policíacos. Y si ha de ser factible que aquellos se vuelvan pobres, los demás, ni en el mejor de los casos, se harían ricos con las comodidades de que ahora gozan sus adversarios. De donde se conoce que una es la realidad total del pueblo y muy otra la relatividad concreta del mismo, que explotan los partidos con mayor o menor acercamiento a lo que ellos denominan meta y que no es sino una infame valla en el camino de la especie humana.

Así habló un profesor sin partido, charlando con estudiantes en el hall de la Universidad. Algunos universi-

tarios, afiliados a la derecha, al centro y a la izquierda, discutieron con calor al crítico. No abordaron la conclusión. Imposible. Y esto mismo demostraba, en la conciencia de Daniel, que la política es camino de obstáculos, divergente de otros caminos. Y que el punto común, llámese felicidad popular, por ejemplo, estaba condenado a perderse de vista, a no ser que alguien hiciese intervenir a la imaginación para perfilar en abstracto un curioso orden social que en Rusia valga como ciento y en Estados Unidos de Norte América, como cero.

Daniel meditaba siempre sobre estas ideas, desde aquella plática universitaria al margen de la clase de Derecho Político. Y recordaba también las tenidas con los dirigentes del Partido Socialista, en las que se abundó en la táctica y se dejó obscura la meta. Llevaba presente que entonces se enunció que aún quedaban francas otras vías, que la legal no es la única transitable en las campos de la política.

En el choque de eso que estamos llamando posibilidades de acción partidista, funcionarios del gobierno nacional y cabildantes son el blanco de las acusaciones. Muchas veces no hace falta descubrir a conciencia un error administrativo. Basta que a alguien se le ocurra sentirse descontento, envidioso o malvado, para que por la superficie de las masas siga trasvolando una laya de censura o una calidad de protesta. Pero también en no pocas ocasiones se abusa del mando. El mando agranda la voluntad libre aun para interpretar las leyes y adecuarlas a la justificación o siquiera a la explicación de un hecho. Y los que osan señalar el hecho como extraño a la ley o como contrario a los intereses del público, caen bajo el común denominador de "oposicionistas", con

lo cual las opiniones que no gustan al gobierno llevan ya el sello de la parcialidad ante los hombres silenciosos y apagados, que son los más. De ahí a que los opositonistas también extiendan su voluntad libre frente a la que obsequia el Poder en nombre de la ley, hay muy corta distancia. Y es llegado, entonces, para los más audaces de abajo, el calificativo de "pícaros". Serán cuatro, serán mil o un millón los pícaros, no importa mucho, aunque sí importa algo. Ellos son una preocupación para el gobierno, cuando no una amenaza. Y se irán un día al Poder personalmente o por medio de sus hijos. Mas, ha de convenir evitarlo o retardarlo y decir que ellos son cuatro para empequeñecerlos, para aplazarlos, para que experimenten, antes de su turno, que si abajo se grita, desde arriba también se molesta. Y el "pueblo"? Cuando hay pueblo en una parte, con ese género de política se le está defraudando. Si hay pueblo en ambas partes o no hay en ninguna, sólo se le está engañando. Para que voluntades multitudinarias abandonen el espectáculo y se decidan a actuar, se necesita hacer una movilización de ideas y sentimientos, señalando y aclarando objetivos. Y si los providenciales o los pícaros encuentran en esto ya una tarea aisladamente difícil o peligrosa, de conciencia, para los unos y los otros, intentar, con sinceridad, la armonía por sobre los partidos y grupos que bien poca cosa son ante el pueblo o, cuando más, instrumentos de un método y personeros de un sistema mental de división intranquila o de una conjunción muy escabrosa

De este modo acaso habría querido pensar el hijo de Antonio, a raíz de la cita discuidora con el catedrático, dada la simpatía que él le inspiró en el hall de la Univer-

sidad. Y así pensó, en efecto, no él sino un estudiante no converso a la política de partido, y lo expresó en un diálogo con Daniel Garcés, insistiendo casi hasta convencerlo. Era un joven argentino del último año de Ciencias Médicas, admirador de un líder que maduraba en su tierra, como producto de la segunda conflagración mundial.

La avalancha de compromisos municipales llegó hasta el cargo de un avieso agitador izquierdista quien, en conocimiento de que Daniel, hijo de un curuchupa, podía hacer algo en su favor por intermedio de su padre, se lo contó. La proposición no cayó bien.

—Yo, dijo Daniel, me he ganado la vida y me la gano con y sin empleos oficiales, y mejor sin que con. Si mi padre me ofreciera conseguir un buen cargo influyendo ante el alcalde, no le aceptaría, además de que también estoy fichado como un miembro idóneo de la entidad de picaros, por el mismo sector en que milita mi viejo.

A la mañana siguiente, un angelical ex-seminarista iba a posesionarse del cargo del amigo de Daniel. Lo condujo el Presidente del Comité Central Electoral Conservador. Y éste no salió de la oficina sin antes obtener la lista de empleados de esa dependencia con un pliego anexo en el que constaban las faltas, los atrasos y otras incorrecciones, anotadas ya en un cuadro por el recién nombrado jefe. Todo estaba en regla. Y no todo era falso en la documentación que iría a parar en el despacho de cancelaciones y nombramientos. No todo era falso. Muchos abusos de la administración anterior se comprobaron. Pero esos mismos abusos y otros más graves ha-

bían cometido antes los funcionarios que volvían luego de un prudencial retiro o de un involuntario receso.

—Mira, dijo Daniel a su compinche. Ríete de estos traficantes de la victoria. No reclames ni hagas bulla en el Partido. Desde este mes tengo trabajo agradable en una empresa particular. Su propietario, don Ramón Palacios, a quien conocí al tiempo que atrapaba a unos judíos ladrones, me llevó con un empleo suficientemente remunerado. Hay también un puesto para tí. Portándote laborioso, cumplido y correcto en las obligaciones, puedes burlarte del hambre que ellos programaron contra nosotros. Vamos este instante a casa de don Ramón!

Las ejecutorias de Daniel y la confianza que había logrado ganar entre el personal de la gran empresa de transportes urbanos, contribuyeron mucho para que su amigo sea aceptado sin dilaciones en la oficina de controles. Y ya estaban ambos a buen recaudo. Los demás compañeros iban cayendo aun de los puestos ínfimos, unos por renuncia espontánea y el resto por despido. "Para los cuatro pícaros, ni agua", decían los representantes del "pueblo" en la Comuna, no obstante que unos pocos cultos y finos conservadores, de la dirección partidista, aconsejaban no intranquilizar a la clase empleada y demostrar una tolerancia que prestigie al Partido, habilitándole mejor para sus gestiones ulteriores . . .

Una tarde llegó Daniel a casa en compañía de su colega de trabajo y activo luchador socialista. Lo presentó ante Juana.

—Ulpiano Zapata, a las órdenes de Ud., dijo el joven.

—Sí lo conozco. Le he visto en las elecciones. Una noche estaba en el club de mi papá con otros que que-

rían apedrear a los que se encontraban sesionando. No recuerda? Ud. y sus compañeros salieron insultando a los derechistas y golpearon a uno que llegaba a la sesión a última hora.

—Calla, Juana! Olvida esas cosas que nos pertenecen sólo a los hombres! Las mujeres están bien rezando en la iglesia y cuidando a los guaguas. Y sonrió Daniel al pronunciar sus últimas palabras.

—Ven acá, prosiguió Daniel. Ven, Ulpiano. Mamá, mi compañero de trabajo

Cruzadas las presentaciones, se pusieron a charlar. Juana experimentaba momentos de tranquilidad y confianza. Y desde que recibió la visita del señor Pérez, veía algo claro su porvenir.

—¿Continúa en amores con Hilda?, preguntó Juana a Zapata.

—No, señorita Juana. Se casó ya con un curuchupa.

—¿Por qué se dejó quitar?

—Porque perdí el empleo que le gustaba a ella. Yo trabajaba en la Sección de Distribución de los Abastos Municipales.

—A lo mejor Hildita se casó con el que le ha reemplazado a Ud. en el cargo

—Tal vez sea así. En cuanto supo que me habían cancelado, me vino con la mecha de que sus papás le iban a hacer casar con un tipo de plata, y no he vuelto a verle más.

—¿No era Hilda de su Partido?, preguntó Juana tomando la charla a mayor gusto.

—No. Era del Partido de ella, o sea del que vive y muere por el dinero, por el sueldo.

--¿Por qué insulta así a las mujeres? No todas somos iguales.

--Ya te estás recomendando, Juana, interrumpió Daniel, que pocas veces se ofrecía bromista.

Un mensajero preguntaba en la puerta de calle por la vivienda de la familia Garcés. Atendióle Juana cortando la conversación y recibió una tarjeta con el nombre y la dirección domiciliaria del señor José Vicente Pérez y Vivar y señora Susana de Pérez, residentes en la "Quinta Teresa", al norte de la ciudad.

Juanita esperaba este aviso para ir a saludar al señor Pérez y señora. Debía, además, preguntar por la fecha del bautizo de su hijito. Ella y Daniel resolvieron ir el domingo a conocer la residencia de los compadres.



E L El señor José Vicente Pérez y Vivar había permanecido cinco años educándose en París, **SEÑOR** **PÉREZ** cuando su padre manejaba haciendas y ejer-

cía decisivas influencias en el gobierno y en la sociedad. Único hijo del hogar, apenas terminados los estudios en el colegio nacional capitalino, partió con su viejo, don Sebastián Pérez de Rojas, a conocer Europa. Después de recorrer Francia, los Países Bajos, Inglaterra, Dinamarca, Alemania, Austria e Italia, don Sebastián visitó España, indagando allí por los primeros Pérez y Rojas que se trasladaron a América. Gustaba de empararse en las archivadas genealogías españolas de prolongación americana. Y, al año de iniciada su primera gira

de placer, ingresó a José Vicente en un famoso Instituto donde también él cursó aprovechable enseñanza en sus mocedades.

De regreso de Europa, don Sebastián se detuvo en Panamá, en donde recibió la noticia del nombramiento de Ministro Plenipotenciario de su país en el Istmo. Y, antes de posesionarse del cargo, recorriendo México y la costa occidental de Estados Unidos, vino a su ciudad a llevar a su esposa, doña Teresa Vivar, con quien se instaló en la Legación. Más tarde fué trasladado con igual cargo a Madrid. Desde la capital española hacía frecuentes viajes a París, a ver a su hijo.

Durante la ausencia de los esposos Pérez y Vivar, sus bienes eran administrados por incscrupulosos parientes. La vejez no les permitía concretarse a velar por su riqueza. Se contentaban con que sus administradores les enviaran mensualmente una apreciable renta para atender a la educación de José y para completar la opulencia de esposos aristócratas en las urbes europeas. Pero el descuido, la indelicadeza y los malos tiempos estaban arruinando las propiedades de los Pérez y Vivar. El tratamiento de la salud quebrantada del viejo, determinó la venta de una parte de los bienes. Y retirado luego del servicio diplomático, regresó a América, a su patria, a consumir lo que le sobraba y a emprender, por segunda mano, en negocios de mala ventura.

Cuando joven, el señor Pérez de Rojas ya había sido diplomático y siguió la carrera por varios países de Latinoamérica, a satisfacción de los gobiernos, pero con largos recesos ocasionales por la política interna. De manera que no hubo tiempo para que se desarrollara en él

la vocación para hacer dinero e incrementar sus herencias.

Un ruidoso pleito suscitado con uno de sus parientes que administraba la más grande y hermosa de sus haciendas, patrimonio de los antecesores de su mujer y envidiable aporte a la sociedad conyugal de los Pérez y Vivar, aceleró el ritmo decadente de su salud. El hombre invirtió mucho dinero y se alejó de su rancia parentela, a causa de aquel litigio que enriqueció a no pocos abogados, quienes ostentaban ya preciosas villas a fuer de acusadores y defensores de los ricachones en pendencia. Bonito filón explotable, de moda en tiempos en que el homenaje a lo que dicen y no dicen los códigos constituye una mina fácil para transferir los dineros y las propiedades, por subterráneos pasadizos, de los perezosos señores a los leídos y escritos de la peor jurisprudencia profesional, que aun sube a los estrados legislativos y dictatoriales, a perurgir reformas e interpretaciones legales, que cuestan a las partes encopetadas y abundosas. Y, por esta ruta, también se esfumó una estimable cuenta de los haberes del cansado viajero, víctima de la explotación.

Los cholos mayordomos y los indios labriegos veían con pena el veloz traspaso de las propiedades y el retaceamiento en fincas de sucesión y venta. La tierra de todos, que invoca la tesis comunista, se empobrecía y se parcelaba amontonando escrituras en las notarías. Y la cholada y la indiada, sujetas a un sueldo en rigor de sanción, presenciaban el desfile de propietarios nuevos, de herederos pocas veces laboriosos o de hombres de trabajo en contrato de arrendamiento a insignificantes cuotas anuales. Los nuevos ricos se amoldaban a la vida

de suficiencia económica, despepitándose por alcanzar el nivel social marcado en otros por la sangre y los títulos venidos de España. Era la ingrata deuda que la misma tierra quería cobrar a sus colonizadores con la baja producción allí donde escarbó la mano del hombre y, con la crudeza del clima, allá donde nó.

La nostalgia, que los indios conciertos custodiaban por el vencimiento de su raza, reflatba cada cuando se ponía en evidencia la fuga de los viejos amos y los grandes apellidos. Y, a este andar de las cosas, los hombres y los hechos, también para los Pérez y Vivar sonó la hora del quebranto.

Murió el señor agobiado por una enfermedad cancerosa y por los ilícitos apetitos de propios y extraños. Quedó una obligación bancaria por pagar, consecuencia de los costosos viajes por el exterior y del abandono de sus propiedades. La viuda abonó el préstamo, liquidando aquello que se esforzaron por sanear y conservar: una hacienda situada al pie de la cordillera. Después, vendió la elegante casa solariega para asistir a su hijo y comprar la pequeña vivienda donde ella terminó sus días años más tarde.



ESPOSA José Vicente se vió en situación de sus-
D E pender sus estudios en cuanto supo de la
ULTRAMAR desventura económica de su hogar mater-

no y el comportamiento de sus tios y primos. Estaban transcurriendo los años de la segunda guerra mundial. Acostumbrado él a las agitadas y placente-

ras urbes, gastó por allá dos veces el valor de los pasajes que le envió su madre ya viuda, y no pudo salir hacia América. Luego de cinco años de educación en París, llegó a hablar muy bien el francés y aprendió a trabajar en agencias noticiosas y en empresas de transporte civil, ocupando, posteriormente, puestos de enganche franceses para la guerra. Cuando la derrota de Francia, se internó en España. Por referencias y consejos de su finado padre, buscó en la península una conocida rama de su nombre. Dió con ella en Madrid, tras largo indagar, superando, en este esfuerzo, a don Sebastián. Pero, vano empeño y pretencioso. Muchas de las familias de esa rama eran allá también otra cosa en nuevo sitio económico. Esa entrega que él quiso hacerse como de la más apartada fronda al tronco, confundióse con la amistad ofrecida a un compatriota en tierra ajena y, con el transcurso de los días, las atenciones al vástago no se diferenciaron del acogimiento a un refugiado de la guerra en distinción de trato.

José Vicente regresó a Francia. En Burdeos tenía unos condiscípulos queridos. Se arrimó a la familia de dos de ellos, los que le facilitaron trabajo. Sus compañeros, dos gratos hermanos con quienes disfrutó por vacaciones el dinero que le enviaban sus padres, tenían calificadas la procedencia de abolengo y las generosidades del amigo huésped, tanto que, al enrolarse ambos jóvenes en los cuerpos de resistencia contra los alemanos, hicieron asumir a José Vicente su rol en la compañía a la familia, que la constituían la madre y dos hermanitas, Fabiola y Susana, novia aquella de un rico comerciante de licores.

Por temporadas, los dos valientes franceses hacían

su aparición en casa, después de cumplir las consignas de la resistencia. Pero, por temporadas también, nada se sabía de ellos. El correo secreto traía, de vez en cuando, unos partes escritos a lápiz desde el lugar equis o ye, con el aviso de lo que la familia y José Vicente debían hacer en determinada fecha y a tal hora, de acuerdo con el plan de la liberación.

Las últimas Navidades de la ocupación alemana, los dos patriotas fueron a pasar junto a su familia. Hablaron del matrimonio de Fabiola, en peligro ella de prendarse de un oficial germano, y advirtieron, además, los amores de José Vicente y Susanita, amores apoyados desde entonces por quienes iban a ser hermanos políticos del compañero de estudios en París. Conocieron el tren de vida que se imponía el joven Pérez y llegaron a tratar al padre de éste, el señor Sebastián Pérez de Rojas, con títulos de nobleza y muchas tierras cuya suerte posterior ignoraban, porque José Vicente se cuidó de no informar de su crisis familiar.

José Vicente y Susana contrajeron matrimonio antes que la otra pareja. Trabajaba él con empeño y esperaba poder salir a América. Ella recibió su dote de cincuenta mil francos. Además, Susana cobró unos ahorros de sus servicios en una escuela normal, servicios que luego se trocaron en deberes de la Cruz Roja en una casa-cuna.

Deteniéndose en España, José Vicente y su esposa tomaron el camino de América. La paz estaba entrando en Francia. Los hogares franceses se reintegraban a la vida tranquila, aunque empobrecida. Era tiempo de que José Vicente viera a su idolatrada madre, con quien no pudo comunicarse por largos y tremendos años. Susana

soñaba con conocer y vivir en América, respirando en las latitudes por las que la guerra pasó sin fuego general ni bomba atómica; pero sí con lo demás de la calamidad hecha terror, miseria y tormento.

En el viaje, José Vicente se forjaba planes para reorganizar su destino. Poco a poco, se hacía escuchar de Susana acerca de lo mucho que habrá que trabajar en su patria. Y se enteró ella de la situación no holgada de su marido, sin desilusionarse. Por qué desilusionarse, se decían mutuamente, si hemos experimentado en carne viva la guerra europea y hemos resuelto ser felices?

APELLIDO Midiendo el presupuesto del retorno, los es-
SIN posos no quisieron avanzar de Panamá
TIERRAS —donde se cumplía la ruta pagada en Bar-

celona— sin visitar México, país del que Susana había leído mucho y visto algo en películas. En México, José Vicente supo de otros amargos detalles de la situación que le tocaba afrontar. Y templando cada vez más su carácter, se encaminó con su esposa a su patria.

No debía sorprenderle a ella que llegaran a un hotel en la propia ciudad de los opulentos Pérez. Ni que su marido pensase arrendar una finca para trabajar en la tierra de grandes riquezas perdidas. El ánimo estaba, en ambos, predispuesto para rehacer el apellido opacado de una familia azotada por el infortunio.

Con el escaso sobrante de los dineros que traía esa pareja de aventura y con lo que produjo la expropiación de la última casita de doña Teresa, adquirieron una quinta residencial. Y pronto gestionó él, entre los menos malos de sus parientes y entre los más buenos de los amigos de su padre, para conseguir una hacienda vecina en arrendamiento, donde serenar el duelo en el trabajo.

Así, los jóvenes esposos se instalaron en campo ajeno. En los teatros y en los bares, en las reuniones de fa-

milia y en los conventos, las señoronas y los caballeros de sociedad comentaban la situación del matrimonio singular y el presente de un apellido que quería reflejar en medio de la desventura organizada por la imprevisión, el despilfarro y las ambiciones personales de los suyos.

Muchos antiguos sirvientes en las haciendas que fueron de don Sebastián se ofrecían para trabajar con el nuevo Pérez. Los dueños de las fincas les trataban muy mal. Tenían que satisfacer los caprichos difíciles de los que, en subiendo a la sociedad por el dinero, exigían crueles servicios y soslayaban artificioosamente las obligaciones que la moderna legislación del trabajo les impuso.



LA FIESTA Juana estuvo a visitar, un domingo,
BAUTISMAL acompañada de Daniel, la casa del ma-

trimonio Pérez-Datroix, residencia sencilla sin dejar de ser elegante y bien situada. Una camioneta descansaba frente a la puerta principal. Sentada en su interior, fumando un cigarrillo, la señora de Pérez aguardaba a su esposo para partir. Salió él al tiempo que Juanita y Daniel se presentaban junto a la camioneta.

--Buenos días, señor José Vicente. Buenos días, señora Susanita.

--Estábamos por ir donde Uds., dijo el señor Pérez, luego de contestar la salutación.

Todos se dirigieron a la sala. En el trayecto, José Vicente comunicó a Juana que ese día iba a pasar en la

quinta y que le era de urgencia ir el lunes a la hacienda, por lo que estaba dicho también que el bautizo debería efectuarse después de contadas horas.

—Nosotros hemos estado pendientes de lo que Ud. diga, compadrito. Si es hoy mismo el bautizo, mucho mejor, manifestó Juana.

—¿Cómo va a llamarse el niño?, preguntó el señor Pérez.

—Quiero que doña Susanita indique un bonito nombre. En el Registro Civil le pusieron Enrique.

—Tiene que seguir llamándose Enrique, acentuó el padrino. Agreguémosle otro nombre de pila.

El compadre cruzó unas breves palabras en francés con su esposa y, tras la risueña contestación de ella, propuso que el futuro hombre se llame Jorge Enrique. Jorge era el nombre de un hermano de Susana, aquel con quien mejor congeniaba José Vicente.

—Bien. Esta noche, a las siete y media, pasará por la casa de ustedes para encaminarnos a la Capilla Mayor con el niño.

Cumplidos todos los preparativos, los compadres y la familia de Juana esperaban en la Capilla el momento del acto ceremonial. La señora de Pérez, del brazo de su esposo y hasta que comiencen los bautizos, se dió un paseo por las orillas del templo, admirando los cuadros, las columnas, las esculturas y los altares a media luz. Conversaban en francés. El hacía alusión a las obras maestras de arte religioso de la ciudad. Citaba templos y artistas coloniales, prometiendo para después de unas semanas una visita detenida a esas maravillas que guarda la segunda patria de su mujer. No hubo tiempo para más. Principió la ceremonia.

Los ojos de la concurrencia a tanto bautizo en colectividad se prendieron en Susana.

—Qué linda gringita!, exclamaban las chiquillas que habían ido al templo acompañando al bautizo de otros niños.

—Católica ha sido la gringuita, susurraban unas vicjas del público grueso.

—Preciosa es, decían todos.

Concluido el acto, en dos automóviles, los compadres y los familiares de Juana se dirigieron hacia la residencia del matrimonio Pérez-Datroix. Elisa era la única ausente de la parentela de Antonio. Ella había quedado asistida por una vecina, pues su salud se agravaba por momentos.

En la casa de José Vicente se encontraban algunos amigos suyos y muy pocos miembros de su familia, entre primos y tías que adelantaron motivos para que no continúe el voluntarioso aislamiento del único hijo de don Sebastián. El joven Pérez sentía especial afecto a determinadas personas de la parentela, aunque no olvidaba las acciones globales de todas ellas. Y siendo esa la primera visita de los allegados ahí presentes, manifestó que estaban fuera de culpa directa en el escandaloso despojo de que fueron víctimas sus padres. Los liceos hacían hablar a todos, inclusive en son de reproches y reconciliaciones.

La bella francesita se hizo simpática para los parientes de su marido. Una de las primas aprendió el idioma francés en el colegio. La chica se deleitaba practicando con la señora de Pérez.

Eugenia, como así se llamaba la prima afectuosa de José Vicente, fué la que primero supo del bautizo y ofre-

ció llevar otros parientes a la "Quinta Teresa". Y allí estaban esa noche las tías Rosario y Margarita, Eugenia, su hermano Manuel y Fanny. Todos, por lo menos en la vestimenta, seguían guardando el duelo por la muerte de doña Teresa. De vez en vez, las señoras revelaban algún hecho que les mortificó en el seno de la familia a don Sebastián y su mujer. Por este medio, José Vicente se informó de insospechados actos de la conducta reprochable de algunos de los suyos.

Bebieron abundante y exquisito vino en la reunión cuasi íntima. Antonio, sentado cerca de doña Clemencia, la dueño del solar donde habitaban los Garcés, conversaba de los recientes sucesos políticos locales que le interesaban al compadre. Juanita departía con Fanny sobre los propósitos de la señora de Pérez, de tenerle a ella en la quinta con su niño. José Vicente y su primo Manuel hablaban de la guerra en Europa. Curioso, Manuel, fatigaba a su primo con preguntas mil.



PLANES DE La reunión se disolvió a las tres de la ma-
TRABAJO ñana. Para el siguiente día estaban seña-

ladas labores agrícolas de urgencia, a cargo del joven finquero. El señor Pérez y su señora, Eugenia y Manuel, de viaje a la hacienda, pasaron por el domicilio de Antonio. José Vicente y Manuel bajaron del automóvil y entraron en el cuarto de Juana.

—Juanita, mi querida comadre, dijo el señor Pérez, véngame a suplicarle que vaya a la quinta. Allí no quedan

sino la cocinera y una muchacha que no son de toda nuestra confianza. Hasta terminar las siembras en la hacienda y despejar un bosque, nosotros estaremos en idas y venidas para verle los sábados y domingos. Hágame este servicio. Váyase a la quinta y acomódese con el niño.

—Así lo haré, mi compadrito. Siento sólo por mi mamacita que está gravemente enferma. Pero, pierda cuidado. Después de almuerzo me trasladaré a la quinta.

—Muchas gracias, comadre. Todo queda dispuesto en la casa y aseguradas nuestras piezas personales. Puede visitar a su mamá a la hora que desee. Lo esencial para mí es que vigile la quinta como si fuera su casa propia.

Antonio y Daniel habían ido al trabajo. Elisa dormía recién su dolorosa mala noche. José Vicente y Manuel se despidieron de Juana y continuaron la marcha, camino de la hacienda.

—Mira, José Vicente, dijo Manuel en el trayecto. Tú estás en magnífico plan de trabajo. Necesitas gente de confianza, ayuda material y brazos. Esta familia, que se te ha hecho simpática, puede servirte muchísimo. Que le hospitalicen a la mujercita postrada, para quien creo que ya no hay remedio, y que los demás, sin excepción, ingresen a tus labores. Hay tanto que hacer! Daniel me parece un muchacho apto para que se entienda en las entregas de madera y leña en la ciudad. Antonio, según dijo anoche, es carpintero. Viene de perla la explotación del bosque.

Era conocida en la familia la fuerza de iniciativa de Manuel. Aprendió a trabajar con su padre, en la agricultura. Y, durante sus últimas vacaciones, dejó consagrados grandes recuerdos de acción constructora en una

finca paterna. Esto lo presuponia José Vicente desde que Manuel opinaba con seguridad y certeza a propósito de charlas de intención agrícola. En la familia, unos habían sido excelentes agricultores y ganaderos, y otros crecieron para acabar con lo propio y lo ajeno.

El señor Pérez agradeció a Manuel por sus sugerencias muy oportunas y le recomendó que, de vuelta a la ciudad, hablara al respecto con Antonio, su mujer y Daniel.

Efectivamente, en la noche del mismo lunes, Manuel estaba de nuevo en casa de Antonio. Obtuvo de éste que se comprometiera a dirigir la explotación de un bosque que era parte del primer negocio de José Vicente y que se le hospitalice a Elisa. Daniel se negó a abandonar la ciudad. Pedrito, el menor de los hijos de Antonio, muy contento aceptó también ir a vivir en la hacienda.

--Dios es grande y caritativo, dijo doña Clemencia, quien bajó a participar en la conversación provocada por Manuel. Esta pobre familia ha sufrido lo que Ud. no puede imaginarse. Doña Teresa le apoyaba. A Juanita le trataba como a una hija. Yo me alegro y les felicito por el arreglo al que han llegado. Al fin, bueno, Danielito parece que tiene sus compromisos de diverso orden. A cargo de él quedaria la pieza. Lo que es en cuanto a Elisa, en el hospital ha de pasar mejor atendida que aquí.

--Sí, sí, repuso Manuel. El campo les espera a Antonio y Pedrito, ofreciéndoles salud, dinero y bienestar. Juana vivirá tranquila en la quinta y, conforme resuelva José Vicente, también ella podrá disfrutar de días más apacibles en la hacienda. Todo esto me parece lo más acertado que ha debido pensar mi primo.

—A la vuelta de una semana, opinó doña Clemencia, el señor Pérez se dará perfecta cuenta de que el dulce espíritu de Teresita le alumina. Aquí, en este cuarto, recordaba ella a su hijo y lloraba la suerte de la familia. Y ahora el destino ha hecho que su entrañable hijo venga también por aquí para alzar este humilde hogar y dotarlo de trabajo y comodidades. El señor Pérez se lleva unos excelentes colaboradores. Honrados y laboriosos todos ellos, ya verá Ud., a poco que comiencen a responder por sus obligaciones, cómo se ganan el cariño total de sus compadres!

—De eso no hay duda, señora Clemencia. Me queda la satisfacción de que mi primo ha dado firmes y eficientes pasos en su tarea de abrirse un camino de porvenir claro. Yo le admiro a él. De cuanto tuvo, a la realidad que le circunda ahora, hay una distancia que, a cualquier hombre que no acuse un carácter bien formado, le habría enloquecido de despecho. Estoy, sin embargo, por creer que el matrimonio le salvó. Por su mujercita viene cultivando en sí una gran pasión y una voluntad recta, que le harán triunfar. Y yo procuro que se rodee de colaboradores buenos como él. Muchas gracias, señora. Y buenas noches con todos. Hasta mañana!

EL BOSQUE EMBRUJADO Por unas pocas decenas de mil al año, José Vicente arrendó una antiquísima ha-

cienda en el panorámico valle de la cercanía. El contrato incluía un viejo bosque de gruesos eucaliptos para que sea convertido en pastos y sembríos; edificación de casas nuevas y una larga acequia para riego. El arrendatario se propuso hacer, del bosque, leña y madera para construcciones. En la primera semana que siguió a la firma del contrato con un anciano amigo de su padre, el señor Pérez se concretó a ultimar la organización general del trabajo.

"La Esperanza", como así se llamaba la hacienda tomada en arriendo, estaba ubicada a cuarenta kilómetros de la capital, colindando con un río y las laderas de conocidas familias. Producía cereales y patatas, y había espacio para numeroso ganado vacuno, lanar y caballar. José Vicente la tomó con sembríos iniciados, un resto de cosechas y centenares de animales, más la peonada y vetustas casas amplias para residencia, graneros y fábrica de mantequilla.

En el corredor cerrado con vidrios y enredaderas, cerca de un descompuesto piano, se había sentado Susa-

na a descansar, contemplando el desarrollo de los quehaceres de las longuitas del servicio doméstico. En el alegre patio de la propiedad, separado por una tapia alta y veredosa del corral de ordeño, dos caballos permanecían ensillados.

—Quieres leche espumosa?, preguntó José Vicente a su mujercita que parecía rememorar los campos de Francia.

Ella contestó que prefería ir a ver las vacas y los terneros hasta que llegasen Manuel y Eugenia, quienes habían prometido acompañarle ese día en la hacienda.

El joven agricultor, vestido para cabalgar, llamó al mayordomo, y se despidió con un beso de su mujer.

El bosque quedaba algo lejos de la casa de la hacienda, y de él, los viejos conciertos contaban que era miedoso por embrujado.

Mientras los dos jinetes ascendían por un estrecho sendero, en partes abierto para el tránsito de vehículos, divisaron un automóvil a la distancia, en la carretera pendiente.

—Por ahí viene el auto de doña Rosarito, dijo el mayordomo, enterado del vivir de las familias propietarias de esos lugares. Continuamente y sobre todo los domingos vienen por acá los sobrinos del difunto patrón Sebastián, agregó el corpulento guía.

El novato agricultor se conservaba en un silencio semitriste. Lanzaba miradas por las lejanías, acaso por donde estaban las antiguas propiedades de sus padres. Recordaba su niñez mimada en la ciudad y en las haciendas. Y pensaba en su madrecita que tanto había sufrido. De cuando en vez, preguntaba al mayordomo por el nombre de tal o cual propiedad que observaba en las

partes altas del valle. Apellidos nuevos surgían del diálogo, con la breve historia de los traspasos de las fincas.

—Benedicto!, gritó el mayordomo en llegando a un portón de tapias por el que salió ladrando un mastín.

Era la segunda ocasión que, después de hecho el contrato de arrendamiento, iba por ahí José Vicente.

Traspasaron la puerta y entraron en un patio irregular. Al fondo, una casa a medio derrumbarse y un chozón de vivienda era todo lo que había de abrigo.

—Ni la Jacinta creo que está aquí. Sigamos no más, patrón

—Por aquí me parece que debemos comenzar el trabajo. Este es el lugar más accesible al camino. Es urgente terminar la vía para el transporte de la madera y la leña, ordenó José Vicente parando el caballo en la vega húmeda y charcosa.

—Aquí principiamos hace un año el trabajo de la acequia, y después el patrón se desentendió. Tumbamos unos árboles, y el bosque empezó a castigar. Un carpintero murió con cólico, y una rama dejó a otra lisiado para siempre

—Que el bosque comenzó a castigar, dices? No me vengas con tus cuentos y disparates, Marcelo! El cólico y la rama nada tienen que ver con la paz y la tranquilidad que reinan en este bosque benigno!

—No estará muy confiado, patroncito. Cerca de la quebrada está el árbol padre, el primero y más viejo de todos. Allí, todo el que se aproxima se marea y pierde el sentido. Dicen que por entre los árboles anda el alma de amo Patricio, el que sembró el bosque cultivando almáxicos con las semillas del árbol padre. Alrededor de ese árbol caían rayos siempre que llovía. Por esto, amo Pa-

tricio dizque mandó hacer la capilla en la hacienda. El tuvo una hermanita que era monja.

Las palabras del mayordomo querían interpretar algo de la historia de esa propiedad y de sus dueños. José Vicente dejó que él siguiera hablando y, cuando terminó, asumió su turno para decir:

—Todo puede ser verdad, menos aquello de que el bosque castiga. Si alguien se ha marcado, eso se debería quizá al aire que viene de las cinacinas del pantano o a qué sé yo. Y hazme el favor de no hablar más de estas cosas! Dile a la gente de trabajo que haga lo propio. Vamos a convertir este bosque en leña y madera para llevar a la ciudad. Acá vendrán los camiones. Para que tú veas, podemos comenzar derribando al árbol padre. No habrá también un árbol madre?

—Patroncito, lo que me dijeron los mismos cuidadores del bosque que todavía viven aquí, fue que unos gringos quisieron hacer leña para el ferrocarril y que no pudieron. La monjita hermana de amo Patricio, al saber de ese proyecto, murió.

—Sí. La madre Magdalena daba la vida por el bosque. Pero si no se destruyeron los árboles en beneficio del ferrocarril fue porque la línea se halla distante y apenas había, en ese entonces, un mal camino hasta el poblado de San Felipe. Ahora es distinto. Y el ferrocarril ya no necesita de leña para moverse.

—Buenos días, amo patrón, asomé saludando Benedicto, el guarda-bosque.

—Buenos días. No te ha pasado nada? Dónde está Jacinta? Contaste los árboles de ese lado?

—Eso mismo estuve haciendo, patrón. Jacinta fue a soltar a los borreguitos. Setenta y cinco árboles hay en

el bosque chiquito. Ya están altos los retoños de los diez árboles que tumbó amo dueño para la iglesia del pueblo.

El bosque chiquito era el conjunto de pocos árboles que quedaba al otro lado de una quebrada y al que no llegó José Vicente cuando estuvo a conocer la hacienda. Había, en total, quince mil doscientos árboles en buen terreno, admirable recuerdo de don Patricio, uno de los primeros en aprovechar la introducción novedosa del esbelto eucalipto a estas tierras. Preciosos bosques del recio y aromático vegetal fueron sacrificados en diversos lugares del altiplano, cuando el ferrocarril consumía leña. Desgraciadamente, muy pocos propietarios han seguido la lección de sus mayores. Y ahí están esos terrenos monótonos y pobres, sin siquiera árboles silvestres.

José Vicente impartió las órdenes al mayordomo y al guarda-bosque para que reúnan brazos y completen cuanto antes el tramo de camino que ponga en enlace el bosque con la carretera. Bajó a darse una vuelta por el ruinoso edificio y regresó portando una antigua vasija que la había descubierto en su primer viaje y que la estimaba como un objeto arqueológico.



A LA OBRA En la casa de la hacienda estaban Susana, Eugenia y Manuel, arreglando las pizcas para come-

dor, sala y dormitorio; distribuyendo de nuevo los cuadros borrosos que pendían de las paredes y limpiando el piano. Pedro, desde que llegó al predio, anduvo con los longos tras de los toretes, por los potreros y corrales.

Rendidos por el trabajo de la mañana, los esposos y sus visitantes se sentaron a almorzar. Luego de una rápida sobremesa, hicieron la siesta. El reloj de pared dió la hora con tres golpes sonoros y solemnes, que quedaron vibrando en la sala adecuada en el largo y vistoso corredor cerrado. De acuerdo con la costumbre, la longuita del servicio en el comedor de los patrones fué a dar, consiguientemente, tres campanadas en la torrecilla del colonial templo, levantado a continuación del granero. Esas campanadas se oían casi en todos los ámbitos de "La Esperanza", y se las empleaba para regular el horario de trabajo de amos, labriegos y vecinos.

José Vicente y Manuel recorrieron la fábrica de mantequilla. Tomaron datos sobre la producción de los últimos días; dieron normas para mejor llevar la contabilidad, y presenciaron buena parte del trabajo que allí se desarrollaba. Después, pasaron al depósito de herramientas agrícolas. Hicieron separar del montón de fierros todo lo que podía servir para la explotación del bosque, y se metieron en el granero. Luego estuvieron en la pesebrera y, por fin, en las habitaciones de los empleados, exponiendo todo un nuevo plan de labores y despertando el entusiasmo en la gente para que rinda más.

A las seis de la tarde, comenzaron a iluminarse con linternas de petróleo los cuartos de los patrones y los sitios más transitables del interior de la casona. La peonada se aglomeraba en los patios, a entenderse con los jefes y empleados. El personal adscrito al servicio de la ganadería cerraba los corrales y pasaba por la pieza del administrador, dando cuenta de las novedades del día. La gente de labranza guardaba las herramientas. Una grata actividad se difundía por todas las dependencias

del caserío. En los corrales cercanos y distantes pafaban los caballos o mugían los bueyes, en tanto las aves se concentraban en sus sitios nocturnos y los perros, cansados de ambuiar por los contornos acompañando en la ceba o en el arado, se acostaban en las orillas del patio principal o merodeaban por los rincones donde solían encontrar su comida, al llamado de las sirvientas.

Conversando con Manuel acerca de lo que se ha hecho y lo que hay que hacer, José Vicente fué a la sala a revisar papeles y a escribir unos mensajes a la ciudad, en demanda de lo que necesitaba proveerse o en procura del arribo de sus colaboradores técnicos, con quienes había de programar la modernización completa de las faenas y el mejor financiamiento de los productos en los mercados. Despachó los mensajes con el chofer que estaba listo para conducir un camión bien cargado, y llamó a Pedro.

—Te agrada estar aquí?, preguntó el señor Pérez.

—Claro que sí. Hoy anduve por unos lindos potreros. Me fuí hasta donde están los toros bravos, montado por primera vez a caballo. Quiero que papá venga pronto y que mamacita se sane para que también nos acompañe.

—Desde mañana, tú te concretarás a la contabilidad de la hacienda con el respectivo empleado. Has de ayudar a constatar las cuentas para pasar a los libros. Treemos por los toros y caballos cuando sea más necesario.

—Muy bien, señor José Vicente.

Eugenia escuchaba el diálogo en compañía de Susana, desde una pieza contigua. Pidió su abrigo y anunció que, con Manuel, era hora de ir a la ciudad.

—Boby!, gritó Eugenia, llamando a su perro. Jactante y afectuoso tiene que presentarse, agregó.

Instantes después, el perro estaba jugando con la chiquilla. El hocico denunciaba que Bobby habíase dado un hartazgo en la mantequillera.

—Eugenita, dijo Manuel, José Vicente desca que nos quedemos a dormir esta noche aquí. Hay todavía mucho de qué hablar. Además, Susanita también ha de necesitar tus indicaciones para el trato con la servidumbre. Ya que hemos venido, hagamos una obra completa.

—Está servida la mesa

—Ya vamos, Dolores, contestó José Vicente a la longuita.

Pasaron al comedor. Hasta después de la merienda tertularon en torno al trabajo en marcha. Susana, en animada charla con Eugenia, su intérprete, se retiró a la sala, a oír instrucciones relativas a las costumbres campesinas. Eugenia tuvo luego para largo con la indigestión de Bobby.

Alternando cigarrillos y café tinto, los dos primos resolvieron los detalles de la colocación de los productos agrícolas y ganaderos en las consignaciones de la ciudad y esbozaron un contrato de víveres con los Abastos Municipales, así como la venta de madera, leña y reses. Manuel trató en extenso sobre la cura del ganado enfermo, de los toros reproductores que ofreció llevarlos por una temporada a "La Esperanza", de la selección de semillas y, en fin, de todo cuanto interesa a un agricultor y ganadero sin mayor experiencia, pero con una gran voluntad para trabajar.

Manuel era muy ducho en actividades de esa laya. Con su padre como maestro, él hizo prosperar sus propiedades en diversos aspectos. Durante las vacaciones fué costumbre establecida que el emprendedor joven to-

mara con seguro criterio la dirección de una hacienda. Y no contaba sino veintitrés años. Era estudiante de Derecho y miembro prominente del sector derechista católico del universitariado.

Un torrencial aguacero se desató hasta la media noche. Susana y Eugenia fueron a dormir a eso de las diez. Los dos jóvenes de empresa continuaron en conferencia, prolongándose hasta los recuerdos de don Sebastián y doña Teresa, punto delicado para toda la familia. Satisfechos, empero, de cuanto habían resuelto, se entregaron al sueño.

Muy fresca y clara vino la mañana. Ofreciendo una nueva visita para después de una semana, Eugenia y Manuel se metieron en el automóvil y tomaron el camino de la ciudad. Bobby era ya casi un cadáver junto a la chiquilla que mucho le adulaba.



UNA ESCUELA El joven patrón hacía preparar su ca-
EN LA ballo para recorrer los campos en la
HACIENDA branza, cuando apareció en el patio un

grupo de niños con su maestra, una coquetona normalista recién egresada, robusta y hermosa. A nombre de la escuela de San Felipe, parroquia cercana a "La Esperanza", la preceptora pidió al señor Pérez un apoyo para ampliar el edificio escolar, y manifestó que se encuentra en esa labor en todas las haciendas del valle.

El Estado no atendía con eficiencia a las necesidades materiales de la educación rural. En vista de ello, el

Comité de Padres de Familia se propuso emprender en una campaña, para que la escuela de San Felipe se aprovisione de fondos y otros recursos con qué terminar un local, cuya primera piedra se había colocado diez años há y, como estaba, venía muy estrecho para el número de niños concurrentes. No poco hubo de sufrir la joven maestra en esta dura e ingrata misión. Los propietarios de haciendas se resistían a proporcionar la ayuda solicitada, alegando que "nada ganan los chicos campesinos con la enseñanza masónica, atea y deshonesta". Decían ellos que, al contrario, los niños pierden en la escuela el tiempo que deben emplear en las labores agrícolas y del hogar. Eran gamonales muy pegados a los prejuicios y al afán de explotar el trabajo ajeno, dando obligaciones a los indios para que las compartan con sus hijos. Además, tenían miedo de que los campesinos se eduquen en la escuela laica. "De allí han salido los indios y los cholos revoltosos", decían a todo pulmón. A duras penas admitían la enseñanza del catecismo, el alfabeto y las cuentas, en destantaladas escuelitas prediales.

Entrado del propósito que la guapa maestra llevó ante él, José Vicente preguntó cuánto ganaba ella. Al conocer la insignificancia del sueldo, expresó:

—Y así Ud. se aviene aun a levantar edificio para la escuela?

—Qué otra cosa puedo hacer yo, señor? Me eduqué para maestra y es mucha gracia que siquiera me hayan dado colocación. Por lo demás, sí encuentro divertido este trabajo por las haciendas. Al mismo tiempo que saco por turno a los niños para que conozcan sitios y personas, tarea que realizan también mi Directora y mis compañeras adscritas a la escuela mixta. Número 18 de esta

comarca, me es placentero escuchar las razones que me salen al paso para demorar nuestro proyecto, vista la pobreza del Estado.

—Como qué razones, señorita?

La chica era resuelta y hablaba con un acento provocador de una negaliva rotunda. Había sido víctima de la campaña del gamonalismo de la parroquia y de la incomprensión del teniente político, autoridad suprema en los pueblos pequeños. Pero la juventud del propietario que esa vez tenía delante de sí y los informes que de él recibió en la vecindad, determinaron el que la maestra se extendiera con franqueza en su crítica a los viejos avaros, a los gamonales y a los reacios padres de familia que secundaban la labor de aquellos contra la escuela laica.

José Vicente invitó a las preceptora a entrar en la sala, donde su señora arreglaba a su gusto las cortinas y los visillos.

—Siéntese, señorita. Siéntense, niños. Pues muy interesante está todo esto. Disculpen la sala. Estamos recién instalándonos Conque el gobierno, a mucho hacer, les sucita a los maestros para que padezcan una vida de martirio, no? Y los dueños de haciendas le cchan a Ud. con desprecio! Y Ud. pasa divertida en las andanzas inútiles?

La maestra, al oír las palabras del joven agricultor, vaciló entre captar en ellas la ironía o el asombro por una realidad desnuda.

—Señor, replicó luego de un corto silencio. Sé que Ud. llegó recientemente de Europa. Que conoce varios países extranjeros. Que está reorganizando su economía. Y que es casado con una dama francesa. Mi interés es

también buscar el reverso de la medalla y darme cuenta de lo que son los jóvenes terratenientes, los que, como Ud., vuelven del exterior a trabajar la tierra y se nutren de ideas clásicas. Me ha tocado, por lo general, entenderme con señoras y señores de edad y aspecto severo, con mayordomos que contestan agriamente y con administradores que representan con más ambición a sus amos de vida urbana.

—Entonces, yo soy un motivo de estudio en este momento?

—Como estaré siendo yo para Ud. . . .

El señor Pérez quedó mirando un momento la atrayente figura de la maestra, y exclamó:

—Me ha vencido, señorita! Me ha vencido! Dolores, pasa unos vasos de leche espumosa y dos copas de vino. A ver, cuántos niños son? Dos, cuatro, seis, ocho, catorce, veinte, veinticinco. Veinticinco vasos! Más bien vayan, niños, con la muchacha, al ordeño.

José Vicente y la maestra se sirvieron el vino.

—Bien, bien, dijo el señor Pérez. Soy como Ud. amigo de la franqueza y también de las resoluciones prontas. Los viejos propietarios de nuestro país debieran, en efecto, quedarse en las ciudades entregando las haciendas a sus hijos. No sirven ellos para enfrentarse con los difíciles problemas del trabajo y sus prolongaciones sociales. Salvo honrosas excepciones, esos señores hacen a su riesgo los conflictos campesinos y extienden, lo que es peor, el concepto de que el rico es avaro y de reaccionarias ideas. Entonces, los enemigos no tardan en darles qué hacer. Esos sujetos, que llevan en la cabeza la consigna de irrogar daños a la propiedad, dispersan a los laboriosos hombres del campo. Les azuzan. Les pervier-

ten. Les arruinan. Y con el ejemplo patético de los viejos ambiciosos y explotadores, las gentes creen en todo lo que predicán los agitadores comunistas!

Hizo una pausa hasta prender un cigarrillo, y continuó:

—Mi padre, del que también habrá oído hablar Ud., si bien por sus ocupaciones intelectuales prefería la vida de la ciudad, no perdió de vista nunca la situación de sus sirvientes y peones, ni los deberes para con el pueblo. Ahora, toda esa multitud de labriegos, que está a órdenes de otros propietarios, le extraña y le recuerda con cariño. No pocos indígenas quieren trasladarse acá. Han extinguido en su alma la lealtad a la tierra, para ofrecérsela a los individuos. Mi padre ordenaba a sus mayordomos y administradores tratar bien a la gente de trabajo. Les proporcionaba regocijos y descanso. Todo ésto, sin amargar le energía para la acción disciplinada y productiva. El sostuvo una escuelita con treinta niños en la más poblada de sus haciendas. Desde el exterior, escribiendo a sus representantes, preguntaba siempre por la escuela de Guarachucho. Allí trabajaba, a sueldo de mi padre, una maestra muy entusiasta y de grandes iniciativas.

Llamó a Dolores con un nuevo turno de vino, y se levantó a buscar un cenicero. Al fondo de la sala-corredor, la señora de Pérez tenía a Pedro a su lado, haciendo clavar una tabla floja del piso. Los golpes comenzaron a fastidiar a los tertulianos. Y a la señora tal vez le parecía larga la conferencia.

—No sientes que se te va la mañana?, preguntó Susana, aprovechando la proximidad de José Vicente, quien cogía un cenicero de la mesa.

—No va perdida la mañana, contestó abrazándola,

mientras por el otro extremo de la sala asomaba Dolores con un charol y copas llenas.

Los niños que acompañaban a la maestra se habían desparramado por diversos sitios de la estancia. Las vacas y los terneros se encaminaban al potrero.

José Vicente presentó a su esposa. Se sirvieron el último vino y, en su idioma, Susana pronunció unas palabras de interrogatorio para su marido. El repuso en forma de resolución. Volvió la cara hacia la maestra, y dijo:

—Señorita, he tenido verdadero placer al oírle. Yo soy aquí un agricultor principiante. Esto no es mío, como ya le habrán dicho en el pueblo. Es una hacienda en arriendo. Avise al Comité de Padres de Familia de la parroquia que están a las órdenes tres árboles para el edificio escolar y unas cincuenta piedras labradas.

Mis más profundos agradecimientos para Ud. y su digna esposa, señor Pérez. Al gobierno transmitiremos el particular.

La maestra y los niños se despidieron rumbo al poblito. Por entre los linderos de los sembríos que daban a la carretera, los chicos marchaban entonando canciones escolares. Detrás iba la maestra, llevando de la mano a la más pequeña del conjunto y regresando a ver por momentos la casa de la hacienda.

—Ahora sí dedícate a tus cosas, Susanita, dijo José Vicente en lengua francesa.

Susana hacía fecundos esfuerzos por aprender con rapidez el español. Ya podía contestar a varias preguntas en el idioma de su esposo.

—Vas a los cultivos ahora?, interrogó ella.

—Iré por la tarde. Estoy pensando instalar en la ha-

cienda una escuelita para los hijos de los empleados y labriegos. He visto que hay muchos niños de edad escolar, algunos de los cuales me parece que concurren a la lejana escuela de San Felipe, lo que significa para ellos mucho caminar. Qué opinas tú, Susana?

—No me parece mal. Debemos tender a ganar la estimación y la gratitud de las gentes que nos sirven. Voy a elegir ahora mismo una pieza para aula. Yo proveeré el material de enseñanza. Tendré mucho gusto en supervisar la escuela.

Susana era también maestra graduada en Burdeos. Ejerció el magisterio durante tres años, hasta que pasó a una dependencia de la Cruz Roja. Tenía, pues, fresca su pedagogía aprendida y practicada en su propio país.

—Bien. Tú arreglarás el aula y dotarás a la escuela del material de enseñanza. Yo pondré la maestra. Podríamos traer acá a ese preceptorita muy simpática y parlanchina?

—¿Es graduada?

—Sí, y luchadora como tú.

—Entonces que venga. Invítale uno de estos días para proponerle.

—Quisiera saber cómo le va a Juana en la quinta. Me hace falta Antonio. Tiene que formular el presupuesto de las herramientas para la explotación del bosque. Es necesario también enganchar aserradores. Los camiones están ociosos. Para terminar el camino del bosque, ya tengo brazos.

—No importa gastar bastante al principio, dijo ella. Aquí veo que existen halagüeñas posibilidades de emprender en una producción en gran escala. Sólo te recomiendo que no te agites mucho. Conviene que te ro-

décs de buenos colaboradores, que sepan dirigir bien el trabajo.

—En todo esto he pensado. Ya ves que no he perdido la mañana?



MANOS Poniendo en orden las cosas y los asuntos, empleáronse los primeros días. Juana

LABORIOSAS na estaba viviendo en la quinta. Antonio inició su faena en el bosque al mando de veinticinco aserradores y otros brazos auxiliares. La vía iba abriéndose y prolongándose hasta el interior del extenso bosque. Los motores de los camiones funcionaban incesantemente, llevando maquinaria y peones a distintos lugares de trabajo. Después, la maestra se instalaba en la hacienda.

Nueva vida, nuevo impulso cobró esa bella propiedad. El señor Pérez, vistiendo traje de cabalgar, unas veces en las tareas agrícolas, otras en los aserraderos, ordenaba y aceptaba insinuaciones de los jefes de actividades programadas. Antonio, no obstante el estado de salud de su mujer hospitalizada, se desempeñaba con ejemplar decisión, ganando para pagar las pensiones en la clínica.

Confianza en Juana, su comadre, los esposos Pérez-Datroix resolvieron no ir el domingo a la capital. Querían inaugurar solemnemente la escolita. Con la asistencia de los trabajadores de todas las reparticiones, se cumplió, en efecto, la fiesta preparada para el do-

mingo. Concurrió el cura de San Felipe a celebrar una misa en la capilla de "La Esperanza".

Manuel y Eugenia también estaban allí con sus tardíos obsequios de vajilla y cristalería para el matrimonio emprendedor y laborioso. Durante todo el día se realizaron, en medio de un general regocijo, los números de la inauguración de la escuela. Tomaron la palabra ante los campesinos el cura, la profesora y, para recoger las expresiones de gratitud de todos, el patrón. Este se perfiló en su discurso como un buen orador y decidido partidario de la educación de los niños campesinos, sea cual fuere la fuerza que eduque.

Las colegas de Graciela, que también se encontraban presentes, comentaron entusiasmadas la generosa espontaneidad del hijo de don Sebastián. Alguna no dejó de expresar su sospecha de que la preceptora estaba cayendo en la trampa de un gamonal cualquiera, dada la guapeza de la chica.

Por la tarde, para rematar el festival y manifestando la pena de no poder proporcionar también una corrida de toros, Manuel organizó un equipo dominical de fútbol con los empleados y demás trabajadores. Ofrecióles llevar en el próximo viaje una pelota y adecuar un campo deportivo.

Hasta la alegría tuvo ya organizada en la hacienda el distinguido joven agricultor. Era para él inclusive asunto punzonoso no morir de hambre ni dejar que su esposa sufra privaciones, habiendo oído, como oyó ella a sus hermanos, hablar de las fastuosidades de los Pérez-Vivar en América. Por otra parte, varios envidiosos de la pasada opulencia y muchos nuevos ricos pre-

tendían ver en el hijo de don Sebastián al vulgar fracasado trotamundos, inhábil para levantarse de una caída.

Cerebros despertos, manos activas y corazones decididos y icales se agruparon alrededor de José Vicente, un ex-rico que se educó en muy caros países extranjeros para todo, menos para inclinarse sobre la tierra y exigirle sus tesoros. Arribó a su suelo natal como a una extraña y hostil parcela de vida. Y si sus padres le abandonaron con el viaje eterno y sus bienes se precipitaron a la quiebra, también sintió y sufrió los horrores de la guerra en su propio teatro. Vió cómo allá se derrumbaban los prestigios y las riquezas, los pueblos y la misma historia de siglos. Y se propuso, pues, triunfar junto a su mujercita, marcando una nueva etapa para su apellido.

Cuando los dos esposos volvieron a quedarse solos, la noche de aquel domingo, conversaron sobre diversos tópicos. Cansada ella, fué a dormir. El, recostado en el sofá, leía los periódicos de la fecha. A través de ellos revisaba el estado de la política y memorizaba los nombres públicos en boga. Se daba cuenta de los temores del gobierno, de la carestía de las subsistencias y de la situación económica general. Casi en todas las piezas periodísticas pescaba varias veces las palabras "reconstrucción nacional", lema que fué del movimiento revolucionario último.

José Vicente sonreía a ratos o bostezaba. Tiró los diarios sobre el próximo sillón y pasó a la cama.

La densa noche acentuaba el silencio del paraje. El nuevo granjero quería ya dormir sin soñar. La vida le había presentado por delante las más graves aristas. Las horas del día se llenaban de propósitos, preocupaciones, cálculos y esperanzas. Estaba hablándole la realidad ac-

tual, y no le quedaba, para el futuro próximo o para el futuro lejano, otro pensamiento que el de trabajar, construir, reedificar una posición y hacer el prestigio de una familia. Cada amanecer le brindaba mayor impulso para sus proyectos. No era el patrón controlado por la labiosidad o la pereza de sus subordinados. No era el latifundista a quien la tierra había de proporcionarle un renglón fijo para las holganzas, trabaje o no trabaje. Era, más bien, el propio dueño de sí mismo y de su tiempo; el gobernante completo de sus gentes, el contador general de sus negocios y el sostén de muchas familias, a las que les facilitó ocupación estable y otros horizontes de vida. Y, por sobre todo eso, tenía una mujercita con quien compartir sus triunfos y en quien inspirar sus propósitos. Dormía sin soñar, en efecto, como si existiese a espaldas de las alucinaciones del mundo trivial, dedicado a guiar la arquitectura de su pequeño universo personalísimo, sin historia conocida por el escándalo, o con el novedoso capítulo de una historia bien conocida y manchada apenas por los viejos y celosos terratenientes.

UNA Se sucedían las semanas en medio de una ca-
TARDE da vez mayor emoción de los esposos Pé-
AMARGA rez-Datroix y sus colaboradores. Se traba-

jaba a firme y con magnífico éxito en los negocios agrícolas, ganaderos e industriales en general. La escuela funcionaba a todo primor y era visitada como una reliquia de cultura guardada en la hacienda, por todos los que llegaban en pos de José Vicente por finanzas o por mera amistad. Cartas halagadoras venían de Francia, a consolar a Susanita. Y acrecían las relaciones sociales de la pareja amable.

—Estos casados, decía un observador urbano y de vida muelle, han resuelto hacer todo lo contrario de lo que hacemos nosotros. Se pasan la semana en el campo y vienen a la ciudad los domingos. Toman los asuntos sociales sólo al margen de la rústica convivencia, como un paréntesis instrumental. Esto hay que decirselo a José Vicente.

Por el correo secreto, el señor Pérez y su señora conocían los comentarios de la familias gratas e ingratas. Y poco o nada les importaba la estimativa de pro-

pios y ajenos. Aun yendo a la capital, sus distracciones más socorridas eran el cine, el teatro y los tés íntimos con Eugenia, Manuel y alguna nueva compañía. El duelo de José Vicente influía mucho en esta norma de conducta. Y no menos hacía su afán por sentar una base económica segura, antes de disfrutar a plenitud y sin riesgos.

Una tarde, el laborioso granjero estaba charlando en el patio de la hacienda con el Veterinario de la Zona. Había hecho una concentración de ganado enfermo de garrapata y, luego de las observaciones técnicas y del baño recomendado para los animales, desfilaban éstos hacia los potreros. De improviso llegó Daniel, hijo de Antonio.

—Señor José Vicente, dijo nervioso el joven. Quiero hablar con mi padre. Mi mamacita se encuentra muy grave.

—Siento en el alma, querido Daniel. Tome la camioneta y vaya al bosque.

Daniel regresó con su padre. El señor Pérez salió al encuentro de ellos, y preguntó si necesitaban dinero como anticipo. Instantes después, Antonio, Daniel y Pedro, en la misma camioneta, partieron a la ciudad.

Juanita y doña Clemencia, en la puerta de la sala de operaciones del hospital, esperaban que el médico ordenara sacar el cadáver. Elisa había muerto. El cadáver fue transportado a casa de doña Clemencia, donde se hizo la velación. Y, a la mañana siguiente, estaban a acompañar al traslado todos los trabajadores de "La Esperanza", subalternos de la actividad que dirigía Antonio.

Antonio volvió a la hacienda luego de ocho días, pues al pensar en su nueva situación de jefe responsable de un contrato que le significaba un fuerte ingreso a

quien le dió una nueva manera de vivir, el buen viejo no quiso descansar en la urbe. Se devolvió a su compromiso, mientras, entre los campesinos labriegos y pastores del contorno, se decía que el bosque ya estaba "castigando". Pero el bosque, a tal ritmo de trabajo, se desintegraba en enormes depósitos de leña y madera labrada, al golpe seco de las hachas y al estridente silbido de las sierras.

Los aserradores y hacheros tenían sus habitaciones en las casas nuevas levantadas en la desembocadura del camino, a orillas del bosque. Era un caserío familiar. Allí vivían los trabajadores, sus mujeres y sus hijos. Antonio iba a dormir a veces en la hacienda. Lucía aún arrestos de juventud. El campo robusteció su organismo que estaba carcomiéndose en la estrecha existencia urbana. De él cuidaba una mujer, hija de blanco en india, carnosa cocinera de los patrones de esa propiedad. Con la muerte de Elisa, aquella unión progresó en maridaje consentido.

Juana llegó a tener conocimiento de la situación de su viejo. Le preocupaba lo que al respecto dirán sus patrones y compadres. Pero eso se consagró pronto como una realidad tolerada con apariencias de enlace legítimo, de la que los jefes no se preocupaban.



LEJOS Dada la cercanía de la capital; José Vicente se
D E L mantuvo siempre informado de las cosas de
ESTADO la política. Todos los días leía los periódicos

de la fecha, recostado en un sofá, después de interesantes sobremesas con su señora o de vespertinas

charlas con la maestra, el mayordomo o alguna visita del contorno o de la ciudad. Pero, por mucho que los diarios vinieran temprano, con el primer retorno del camión lechero, los dejaba para su hora. Don Sebastián también alternaba sus ocios pequeños con los grandes ocios de la diplomacia, empapándose de los asuntos del Estado, el gobierno y los partidos políticos.

El joven Pérez, aunque al tanto de lo que ocurría en el país, trabajaba lejos de la maquinaria administrativa. No le inquietaba la situación de sus parientes y amigos compañeros de escuela, en pleno reparto de utilidades fiscales, con cargos de alta influencia, o en trances de ser ministros o embajadores, diputados o líderes de grupos. Mas, vivía él, al propio tiempo, muy dentro de esa maquinaria de administración peleada y hasta crivaneada. Pagaba fuertes impuestos. Sufría las consecuencias del control o descontrol de los apetitos obreros, de las agitaciones del mercado industrial y, si podía competir en precios agrícolas con otros propietarios, no por eso se eximía de cubrir más y más gravámenes para el sostenimiento de la gestión fiscal.

Una noche y como siempre rendido, José Vicente, hombre estudioso y a la vez que perspicaz, estuvo entregado a la lectura de la prensa. Por ella se informó de que en la capital se estaba organizando un nuevo partido político. Los diarios citaban los nombres de las principales figuras de la directiva y, no sin sorpresa, encontró el suyo entre los fundadores de la agrupación.

Era fácil para el lector deducir cómo pudo haberse filtrado su nombre por esos renglones. Estaba apareciendo como político junto a un íntimo amigo, quien le había anunciado una visita en la hacienda. Además, los

apellidos coincidían, por lo general, con la clase pudiente, no afecta al viejo Partido Conservador.

Luego de conversar con Susana y de dormir unas pocas horas, el diligente joven se levantó temprano y se sentó junto a su máquina de escribir, para rectificar el dato periodístico. Su primera intención de ser breve y conciso se trocó en una vehemencia de fatigoso protestante, aleccionador de juventudes y enemigo de todos los partidos políticos.

Primero la patria, decía en la carta al diario. Primero el país y después los grupos. Mientras más grupos se organicen, más pronto se presentará el caos propiciador de incomprensiones

No le parecía bueno el gobierno. Repudiaba a los izquierdistas. Detestaba a los liberales. Se burlaba de los conservadores. Y aconsejaba a los hombres del nuevo partido, para terminar pidiendo que se aclare que él no descaba ingresar en las filas de última hora, por encontrarse dedicado por entero a sus actividades particulares.

Al día siguiente fué publicada la extensa carta. Por ella, muchos antiguos amigos de la familia Pérez-Vivar supieron que un vástago de don Sebastián era el aclarante que, en enjundioso remitido, hacía su aparición en el campo.

Los más diversos comentarios expresaban los lectores a propósito de la publicación. Para el mismo gobierno, no carecía de interés la pieza bien escrita, desde que ahí se insertaban conceptos sobre lo hecho y no hecho por los partidos políticos, apreciaciones acerca de lo que estaba ocurriendo en Francia y recuerdos de lo que sucedió en Alemania e Italia. Quería ofrecer quizá el perfil de una política concurrente a los fines sociales del Gobierno

Constitucional, haciendo más larga, más experimentada y más certera la lucha partidista, y circunscribiéndola a los tres grupos existentes de derecha, centro e izquierda, con prevalencia del centro y consulta a los extremos, sin dejar que éstos gobiernen, y si apenas relegándolos a planos de observadora sugestión.

—Qué va a hacer a estas horas el Partido Conservador arcaico y desgastado? se preguntaba el joven ciudadano. Y los izquierdistas, en nombre de quiénes quedarán gobernar? Qué pretenden los del nuevo partido, si ahora los tres grupos no se entienden y echan a perder los mejores gobiernos en medio de sus acchanzas e impertinencias?

Preguntas eran que, en verdad, si no podían modificar los pensamientos en marcha, por lo menos invitaban a que reflexionen sus amigos y presuntos copartidarios.



POLITICO José Vicente revisó los diarios con
EXTRAVAGANTE avidez, buscando la página donde

debía publicarse la carta. Y como nunca hasta entonces, en el momento de desayunar, estaba con la vista sobre los periódicos. No bien terminó la lectura de su artículo y de las principales noticias, cuando un automóvil entró en el patio de la hacienda. A través de los visillos, él y su señora observaron que Manuel y un ex-compañero de aulas bajaban del vehículo, con periódicos en la mano.

El listo granjero advirtió el objeto de la visita, y dijo a su mujer:

—Un día perdido quizá o el principio de nuevas preocupaciones

—Buenos días, José Vicente. Susanita, cómo ha amanecido? Rafael quiere verles.

—Has olvidado de mí, José Vicente? dijo Rafael Montúfar. No recuerdas que en la escuela jugábamos a los liberales?

—Sí lo recuerdo, Rafico. Era a la guerra entre liberales y curuchupas. Te presento a mi señora.

—Con su permiso, señora, comenzó Rafael. Hemos venido por algo parecido a aquel juego. Pensamos visitarles antes. Mas, traigo también una carta impresa y urgente. Valga esta oportunidad. Podemos conversar?

Los tres hombres tomaron asiento en una esquina de la sala. Susana pidió permiso y se retiró a sus quehaceres.

—Aquí me tienes, Rafael, metido a arrendatario de esta finca. Por nada de la vida cambiaría esta actividad muy mía. En la capital compré una quinta, a donde no voy sino de vez en cuando. La urbe no me atrae.

—Me alegré mucho al saber de tu regreso de Europa. Mis ocupaciones no me permitieron verme contigo en la capital. Esta ocasión un tanto agria no la esperé jamás. Pero, en fin, tú sabrás disculparme. Y de salud?

—Muy bien, querido Rafico. El campo resultó ser lo mejor para mí y para Susanita. Tú comprenderás que la muerte de mis padres puso término a otro modo de concebir la vida. Y no he pensado siquiera hacer conducta de plena sociedad sin antes afirmarme

—Lo sé y lo siento. Y, por otra parte, te felicito. Tus primeros éxitos en la empresa agrícola han sido muestras rotundas de tu brillante iniciativa. En la ciudad, te

recordamos siempre, y no podemos olvidar tampoco cuán buenos fueron don Sebastián y doña Teresa.

—José Vicente tiene tiempo medido para su labores. Afrontemos nuestro tema, interrumpió Manuel.

—Hoy soy de Uds. Pierdan cuidado.

Rafael sacó una diario del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—Leí tu carta al periódico. El culpable soy yo, dijo Rafael.

—Qué te parece la carta?. preguntó el autor.

—Tenemos que hablar.

—Miren. No se pongan a divagar en el preámbulo. A pesar de todo, Uds. me han hecho un bien citándome entre los patrocinadores de un nuevo partido político. Pero se han hecho también un daño Uds. al no habérmelo consultado antes. Digo en la carta lo que diría mañana en un caso semejante. Me dieron la ocasión de hablar y hablé en público. No creo que, organizando nuevos partidos políticos, hayamos de salvar al país. Se puede asegurar que sólo una minoría de habitantes de nuestra patria hace vida de ciudadanía activa. Quizá esa porción no pasa de un décima. Y para un sector así tan pobre ya se quiere tener una media docena de grupos repelentes. No te parece, Rafael, que no es ésta la mejor manera de servir a la patria? Para ser ciudadano patriota no veo la necesidad de ser dirigente de partido. Y los dirigentes se han desacreditado tanto, mi amigo! Es que un dirigente deviene siempre en un dirigido. Lo que llaman las bases o masas de pueblo por un lado, y la dirección colectiva por otro, hacen que el hombre político no sea libre ni dueño de su personalidad, salvo que goce de la magnética de los grandes líderes. Nosotros, al

menos hablo por mí, no nos hemos preparado para éso. De gana trataríamos de desorientar a los ciudadanos. Todavía no se ha hecho en el país siquiera conciencia conservadora, conciencia liberal, ni conciencia izquierdista. Y, en estas condiciones, anda lucha tú en nombre de una nueva doctrina! Dime, qué principios, qué sistemas y qué métodos van a preconizar?



BUROCRATA Rafael escuchó atento las palabras de **ILUSTRADO** José Vicente. Era aquel de esos jóvenes

que creían haber nacido para mandar. Alguna vez fué candidato a diputado conservador, y obtuvo escasos votos. Leía mucho sobre política. Admiraba un tiempo a los Jefes de Estado europeos que mayormente discutidos resultaron ser. Y, con intervalos de pereza y vacación obligada, también militó entre los burócratas de altos sueldos. Descendiente de una familia conservadora y católica, no estaba de acuerdo con los cabecillas del tradicional partido. Le disgustaba su manio-brerismo. Luchaba, eso sí, desarrollando toda política contraria a las izquierdas.

Era Rafael quien en su casa reunía a varios amigos para tratar de asuntos del gobierno. Y convenció a muchos acerca de la "necesidad" de insurgir por nuevos ángulos, en la competencia entre fuerzas ciudadanas y políticas. Desde luego, él abandonaríá toda preocupación de éstas, supuesto un nombramiento de influjo con cargo a una partida fiscal. No era un definido hombre de pensar

y hacer políticos. Si por aparecer dirigiendo un grupo de compatriotas sacrificaría a sus íntimos amigos imponiendo su voluntad, por ascender en la burocracia perdería sus amistades y sus partidarios. En nada se diferenciaba, pues, de los ejemplares del liderismo derechista o izquierdista en acción. Todos sus conocimientos los adecuaba a esta suerte de conducta.

—Para tomar la resolución que he tomado, mis partidarios y lo hemos discutido mucho. Se me ha confiado la jefatura del grupo. Estamos ya en las labores de propaganda. Publicaremos pronto un periódico propio. Contábamos con tu adhesión. El Conservatismo juega en la oscuridad y está inspirando mucha desconfianza entre los adeptos de la plataforma. El Liberalismo está purgando sus errores. Hay que contrarrestar a las izquierdas, que se creen las únicas usufructuarias de la revolución. Existen en el país innumerables ciudadanos no afiliados a partido político alguno. Tal vez ellos piensan coincidentemente acerca de los sectores en boga, y presumo que vendrán a nosotros. Colocados nosotros entre los extremos, alcanzaremos buenas posibilidades de dominar y controlar a las mayorías, en un más temprano que tarde. No se trata sólo de un partido más o un partido menos. Se trata de escoger la mejor manera de servir a la patria, interesando por el destino de ella a un apreciable sector de ciudadanía apagada y apática, visto el fracaso de los antiguos partidos, inclusive el Socialismo y sus derivados.

—Los socialistas han tomado posiciones peligrosas para nosotros. Esto afecta, además, a todos los propietarios de tierras y a los fuertes industriales. Hay que adop-

tar alguna nueva actitud que sea de efectivos resultados para el equilibrio social, dijo Manuel.

—En vez de salir a la lucha formando filas para una tercería política, Uds. debieran introducirse a fondo en el Partido Conservador para desplazarles a esos viejos testarudos y ambiciosos, y asumir la directiva. Por este camino llegarían más pronto, porque la base está hecha y lo que se necesita, según veo, es remozar, con elementos nuevos, las jefaturas en las que han ido a tropiezar los anhelos de las frescas generaciones.

—Pero, José Vicente, contestó Rafael, cómo vamos a hacer otra labor en el seno del Conservatismo si allí existen jefes que se turnan en círculo vicioso y que han heredado sus posiciones en la extrema derecha desde la guerra de liberación? Al viejo Agustín, por ejemplo, no le desplaza nadie. Los ingenuos hombres del pueblo, que toman parte en las asambleas para elegir directores, obran mecánicamente, sugestionados por los cuatro vivos que adulan a ese señor, a sabiendas de que está chacheando

—Esa es una ilusión, Rafael, nada más que una ilusión. Todo partido debe contar con sus cuadros de primero, segundo y tercer orden. El primer cuadro estar debe lleno de dirigentes expertos entre jóvenes y viejos. El segundo pertenece a la concurrencia de afiliados obedientes. Y el tercero, en el que se enfoca lo mejor de la propaganda, es lo que se llama el pasto de todos los partidos, donde se encuentran los ciudadanos que hoy pueden estar con los liberales y mañana con los socialistas o con los conservadores. A esta gran fracción acuden los candidatos, seguros de triunfar con zalamerías sobre la maleabilidad de gentes indecisas o simplemente

te empleomaníacas. Vayan Uds. por la segunda categoría y desde allí hagan ambiente para la renovación. Pero si ya han dado un paso comprometedor, pues alegando inconformidades o una táctica de protección común, regresen en son de alianza, si tanto tomen a las izquierdas. Como van Uds., marchan a favor del enemigo. Y la misma imprudencia registrada al haber buscado la publicidad prematura, me indica que todavía carecen de método para explotar el recurso psicológico. Disculpen mi franqueza.

La discusión se tornó luego un poco agria y recriminadora de parte y parte. No lograron ponerse de acuerdo. Para José Vicente, el problema merecía nada más que una serie de artículos de prensa, que expliquen su punto de vista, una vez que, sin quererlo, sus amigos le expusieron ante el público. Para Rafael, el asunto llevaba caracteres de certidumbre y decisión patriótica oportuna, que debía compartirlas con sus amistades y comilitones, haciendo entrar en juego sus propósitos personales y aun sus fencores, promoviendo asambleas en la ciudad, escribiendo manifiestos, viajando por las provincias y acercándose a las masas.

Transpusieron la conversación a las cuestiones de familia. Hasta las hora del almuerzo a que les invitó José Vicente, los dos visitantes recorrieron las dependencias de la casa de la hacienda. Después, con el ideal en derrota, volvieron a la ciudad, discutiendo en el camino su actitud posterior, si para proseguir o para silenciarse.



**LA
MAESTRA
ENAMORADA**

Procedidos de Pedrito, José Vicente y Susana se pasearon largo, a pie, por los extensos cultivos, los amplios pastos y

el aserradero que estaba significando un cuantioso renglón de ingresos. El hombre se consideraba feliz llevando esa vida productiva, tranquila y silenciosa. Para ella, todo estaba completo. Como aspiración, sólo deseaba tener a su madre junto a sí, y esperaba el vástago de la nueva familia, plena de juventud y fuerzas para el trabajo.

Todo marchaba a satisfacción en la hacienda. Prosperaban los negocios en la ciudad. El señor Pérez aumentó oficinas en la finca. Introdujo otros camiones para el transporte de madera y productos agrícolas, y extendió sus contratos de venta por diversos lugares donde se demandaba la riqueza alimenticia del valle.

La escuelita funcionaba alegre. Los niños campesinos del vecindario, dejando de asistir a la escuela de San Felipe, por la simpatía que ellos y sus padres sentían por la maestra, cambiaron de ruta y acudían por las mañanas y las tardes a "La Esperanza", donde Graciela transformó en un bello colminar lo que era casi abandonada estancia de peones. Ella trabajaba sin descanso. Después de despedir a los niños, antes de la merienda, se encerraba en su pieza de habitación, a revisar los cuadernos de los chicos, a preparar programas de enseñanza, a leer libros de su especialidad, a fin de hacer de su escuela algo que, cumpliendo su misión, agrade al benefactor, de quien siempre solicitaba ella que opine sobre el curso de sus labores.

José Vicente andaba muy ocupado para poder de-

lencirse en la escuela y charlar con la maestra y los escolares. Susana daba vueltas diarias por todos los departamentos de la hacienda. De cuando en vez entraba en el aula, a presenciar las clases y a conversar en español con Graciela.

La simpática preceptora, habiéndose quedado sin padres, hizo de su apostolado la única preocupación de su espíritu, libre ya y desde que se instaló en la hacienda, de las impertinencias provenientes de su condición de maestra fiscal. No había aceptado amores sino para el honesto esparcimiento que podía proporcionarse en el pueblo donde inició su carrera.

Poniendo en juego toda clase de esfuerzos, Graciela preparó una fiesta escolar íntima, a la que invitó a los esposos Pérez-Datroix, a algunos empleados de la hacienda y a sus amigas que fueron colegas en San Felipe. Concurrieron algunos padres de familia. Los números se desarrollaron entre aplausos y honda complacencia del patrón. Emilio, quien llevaba la contabilidad de toda la finca, joven muy laborioso y simpático, ayudaba a la maestra con singular diligencia. Y lo que antes no pasó de ser un ingenuo compañerismo entre él y ella, se delataba ya como la perfecta comprensión de dos buenos corazones, fervorosos y gratos a la observación de los circunstancias.

Terminada con feliz éxito la festecita escolar, Susana abrazó a Graciela expresando sus parabienes. José Vicente abundó en frases de alabanza para la maestra y recomendó a los padres de familia seguir confiando en la escuela.

Para la maestra, su triunfo era la culminación de un magnífico ensayo escolar, cuyas experiencias llevaba

anotadas en un cuaderno que casi no lo abandonaba ni en los momentos de comer. Las profesoras que habían asistido al acto comentaban los halagüeños resultados del nuevo método de enseñanza aplicado con cariño y con fe por la joven estudiosa e inteligente, quien explicó en público que el éxito se debió a la ayuda material y al respaldo moral del señor Pérez y su esposa, también maestra.

—Si desea ir el próximo domingo a pasearse en la ciudad, díganos, Graciela con toda confianza. Ud. necesita también alternar sus preocupaciones. Vaya a la capital! Goce del cine alguna vez. Visite nuestra quinta y llegue allí como a casa propia. Emilio puede hacer lo mismo

Las mejillas de Graciela se cubrieron de carmín al oír las palabras finales de la proposición de José Vicente. Susana se apresuró a secundar la idea de su esposo.

Dos lágrimas rodaron de los ojos de la maestra. La tarde entera fué para ella un baño de emociones. En su alma maduraba una especial inclinación hacia el afecto de Emilio. Este joven, desde los primeros días, en sus momentos desocupados, atendía con amor a los pedidos de Graciela, ya ornamentando el aula, ya haciendo trabajar el mobiliario, ya también trayendo de la ciudad los libros y demás útiles que ella necesitaba. Como para él era asunto de obligación viajar todos los lunes a la capital, siempre regresaba con sus regalos para Graciela, incluyendo, a veces, un nuevo libro pedagógico. Todo ésto, en oportuna conjunción con las insinuaciones de los dos buenos patrones, causó en el ánimo de la maestra un sentimental brotar de emocionada gratitud. La chica sacó un pañuelo y lloró. No acertó a hablar ese

momento. Susana, sentada cerca de ella en la sala, quería disculparse a veces, y terminó reafirmando su simpatía y su ilimitado cariño para Graciela y para Emilio, excelentes y pundonorosos colaboradores de su marido.

La maestra levantó la cabeza. Extendió una mano hacia el hombro de Susana, y dijo que lloraba porque se sentía feliz. Una nueva vida, una vida de perfecta dicha, según ella, principió para sí en la hacienda. Relató su situación familiar, de soledad y abandono. Había perdido a sus padres, y no le quedaba más miembro de familia que una tía residente en el puerto principal, de la que sabía que estaba divorciada y que trabajaba en una oficina de correos.

No obstante su guapeza, la joven maestra nunca tuvo un amor comprendido. Sólo conservaba ingratos recuerdos de su corta carrera magisteril. Su misma orfandad temprana hizo que, a poco de la muerte de su madre y tan pronto como se graduó, se resignara a aceptar un cargo de docencia en San Felipe, donde vivía con una compañera de peligrosas relaciones con autoridades escolares y con gamonales del contorno. Varias veces se había escapado de caer en las redes denigrantes con que le fastidiaba un inspector del ramo. En sus noches de reflexión sobre su porvenir, muchas horas no había podido dormir, y no pocas ocasiones se levantó de la cama resuelta a renunciar su cargo fiscal y recluirse en un convento.

Una nueva vida, en verdad, llevaba la chica desde que fué a trabajar particularmente. Mal pagada por el gobierno, criticada por rudas gentes que la consideraban igual que su ya conocida colega, con quien tenía que compartir el domicilio en pueblo extraño; acometida

por inescrupulosos funcionarios, el cambio le vino como una oportunísima alternativa de salvación. Por esto no vaciló en ir a la hacienda. Y porque recordaba todo su pasado en la conversación de aquella noche, después de la fiesta, tampoco pudo reprimir sus lágrimas.

Modesta, inteligente y laboriosa, bella por añadidura, Graciela se hizo adorar de Emilio, y le correspondía con confianza. Era él un joven muy activo. No sólo se ocupaba en sus propias obligaciones. Estaba en todas partes donde se le necesitó. Gozaba del afecto de su patrón y muchas de sus iniciativas triunfaron en los negocios, con grandes rendimientos. Su familia provinciana tenía un negocio de abarrotes en buen sitio de la ciudad.



A L A S La proposición de José Vicente y Susana, pa-
D E L ra que Graciela vaya a la capital a recrearse
A M O R un domingo, como estímulo a su exitosa la-

bor, vino de toda oportunidad. Emilio había pedido ya, con anticipación, un permiso para ir a verles a sus padres. Por otra parte, Graciela quería conocer la quinta del señor Pérez, encargada al cuidado de Juanita, y muy solicitada por diplomáticos que hacían llegar propuestas con buenas mensualidades de arriendo. Además, la maestra descaba hacer unas compras y presenciar una película largamente anunciada y que iban a pasarla en matiné dominical. Todas estas apetencias, ella las sentía y las acariciaba; pero nunca se le ocurrió manifestárselas. Metida en el aula, extrañaba sus sencillos

goces de colegiala en la capital, sin abandonar sus propósitos de educadora fervorosa y amada por un joven que era de todo su corazón.

En la pequeña camioneta que la conducía Emilio, sentada junto al dueño de su amor, marchóse ella a la ciudad. En el trayecto se preguntaban cómo los benignos patrones pudieron darse cuenta del oculto cariño. Pero, al mismo tiempo, les dominaba la idea de que estaban al servicio de gentes de sentir y obrar humanos, y de esposos que habían hecho su cultura lejos de los prejuicios sociales reinantes en el país.

A las nueve de la mañana, ambos estaban en la quinta de José Vicente, a participar las órdenes que la señora envió para Juana. La visitaron por algunos momentos. Graciela, declinando la invitación de Emilio para almorzar juntos en casa de sus padres, ofreció verle a su novio a la hora del cine.

Emilio se despidió de Graciela con un beso prolongado, que no se libró de los indiscretos ojos de Juana, quien tomó a la pareja como esposos.

—Entre, niña Gracielita. La patrona dice en el papel que prepare aquí el almuerzo para los dos y un té para que vayan tomando de regreso.

—Sí, Juanita. Muchas gracias. Yo voy a almorzar aquí, ya que tal es la orden de la patrona. Emilio volverá a las dos y media a llevarme al cine. Después estaremos a despedirnos. Qué boticas están de turno?

—Si quiere comprar algo, mande no más a la muchacha. Ella conoce todo.

—Entonces que me acompañe. Descó hacer unas compritas de urgencia. Tengo unos chicos enfermos, y me duele no poder atenderles en la escuela donde les cogen

dolores de cabeza y de estómago. Allí es necesario un pequeño servicio de botiquín.

—Cuántos hijitos tiene, niña Graciela?

—Ah!, no. Yo no me refiero a niños hijos míos. Yo no tengo ni uno. Soy la maestra de la hacienda a donde concurren a educarse muchos chicos del campo. Me da pena de esas gentes. Parece que la zona alta es insalubre. Aún no le cuento al señor Pérez del estado de salud de los niños, a quienes tanto les estima. Yo no tengo hijos. Yo no tengo nada.

—Creí que el señor Emilio era soltero. Recién se casaron?

—Pensamos hacerlo pronto. Vamos a ver . . .

—Mucho le quiere el patrón al señor Emilio. El señor Contador es muy serio, muy trabajador y simpático. Le felicito.

—Gracias, Juanita. Me permite el teléfono?

—Siga no más. Las llamadas son diarias acá, preguntando por los patrones. Están locos por tomar la quinta en arriendo; pero la comadre Susanita se opone. Ella es, pues, madrina de mi hijo. En el papel que ha mandado con Ud. dice que la otra semana vendrá a verle al ahijado. Siempre envía saludos al guagua.

—¿Quién es el padre?

—No tiene padre. Fué una desgracia. Si le contara Mejor es olvidar

—Son sorpresas de la vida, Juana. Pero tienes y tenemos unos patrones que son un modelo de jefes en todo.

—Ya dízque está encinta la patronita?

—Así creo. Linda es la señora. Está aprendiendo el español rápidamente. Dónde está el teléfono?

—Siga adelante, al rincón del lado derecho.

Graciela llamó a sus amigas ex-compañeras de colegio. Después habló con la casa de Emilio. Quería saber si en verdad fué él donde su familia, a pesar de que le tenía gran fe. Le vigilaba, porque le amaba.

Tranquila y hacéndosa, Graciela se puso a arreglar las piezas de habitación, a fin de que se encuentren flamantes para cuando venga Susana. Y, hasta momentos del almuerzo, leyó una revista encontrada en unos anaqueles.

A la hora que se fijó, Emilio estuvo a llevarle a Graciela. Fueron de compras por las boticas, acompañados de la muchacha. Hecho el paquete de medicinas, lo entregaron a la doméstica y, encaminándola hacia la quinta, los dos enamorados siguieron al cine. A las cinco se presentaron de nuevo para servirse el té y emprender en el retorno a la hacienda.

REALIDADES Sentados a la mesa, esta vez también
CAMPESINAS Emilio, los esposos Pérez-Daltroix char-

laban con Graciela acerca de la ciudad, los teatros, la quinta y otros tópicos. Susana manifestó que se había olvidado de encargar una compra de remedios para las longuitas recién ingresadas al servicio doméstico y que estaban sufriendo de parásitos intestinales. Intervino, entonces, la maestra con su tema acariciado en secreto.

—Terrible es la realidad del campesinado en lo que respecta a la cuestión sanitaria, dijo. Entre mis alumnos hay quienes se desmayan con frecuencia, no tanto por la alimentación deficiente cuanto por la pésima calidad del agua y la ausencia de prácticas higiénicas en los hogares de las alturas. Voy a establecer, como primera medida, un botiquín para atenciones urgentes. Traigo algo de lo que ha estado pensando Ud., señora. No tengo hermanos, no tengo a nadie para velar por la salud y el bienestar familiares. Siquiera contribuiré con mi modesto aporte a defender la vida de los pobres indiccitos, que por demás descuidadamente viven.

—Hízose un tiempo algún experimento con misiones sanitarias campestres, prosiguió Graciela, después de

breve pausa en que los patrones le felicitaron por su iniciativa. Se trazaron grandes programas también con unas misiones culturales. Parecía que una completa reforma educacional y sanitaria estaba en marcha. Se hablaba de granjas escolares, de escuela rural típica, de bibliotecas ambulantes, de alfabetización de adultos, etc., etc. Escuchábamos conferencias sobre lo que se llevó a cabo en México a raíz de la revolución y de lo que convenía hacer en nuestro país. En efecto, se elaboraron algunos planes. Pero se ve que todo eso era sólo literatura impresionista. Las escuelas normales rurales fueron suprimidas en su mayor parte. En cambio, se pretendió que, con obligar a los propietarios de haciendas a que paguen un profesor predial, todo estaba resuelto. Y había que ver la resistencia de los gamonales de antiguo cuño para las escuelas! Y había que ver también cómo los mismos gobiernos clausuraban planteles fiscales en lugares importantes, alegando, unas veces, escasez de fondos y, otras, insuficiencia del número de alumnos . . .

—No se ha comprendido el problema de la cultura popular, dijo José Vicente. Los revolucionarios han intentado hacer conciencia campesina lanzando a los trabajadores del agro contra sus patronos y contra el capital. Y, mientras ésto se ha hecho en la superficie con medidas violentas, el viejo Liberalismo se ha esmerado en perseguir o por lo menos amortiguar el espíritu religioso; en preparar maestros librecos a lo largo de años, a fin de que, por obra lenta, se haga la culturización del pueblo. Han salido los normalistas bien leídos, con grandes bagajes de conocimientos; pero, salvando honrosísimas excepciones, ellos se han embarcado en la política general: figuración fácil, petulancia, comodidades en la ciudad y,

lo que es peor, intervencionismo extremista en el aula y en la cátedra. Si algo se obtuvo, los colegios normales mediante, fué gracias a los hombres de talento que dirigieron esos planteles y a que, por entonces, nuestras fracciones izquierdistas recién estaban buscando campos para aclimatarse. Ahora converse Ud. con un flamante preceptor, y verá que le habla de mil teorías pedagógicas, aplicables a los lujos de las grandes urbes, o propiciadoras del fomento de actitudes políticas en los niños y en los jóvenes. Esto tampoco es regla general. Ud. es un caso de ejemplar consideración, muy mal aprovechado por el fisco. Y así habrá otros casos. Desde luego, y no me lo negará, la vida y sus circunstancias han apartado a Ud. de caer en el montón magisteril ayuno de justicia y de sentido práctico. Por una parte, tiene razón el magisterio de luchar más allá de la escuela en favor de sus derechos de clase. Lo malo está en que se alardea mucho de doctrinas y teorías con la voluntaria o involuntaria, consciente o inconsciente, intervención de los alumnos. Por ésto es que el pueblo no comprende con madurez los movimientos políticos. Todos tienden hacia algún fanatismo y son inhábiles para secundar las buenas intenciones de los gobiernos, o para cooperar por el bienestar colectivo, lejos del predominio de todo partido. Y en los campos, ya lo ha visto Ud., mucho hay que empezar a hacer. Un desesperante analfabetismo, una mortal deficiencia y una terrible incomprensión de los problemas, forman la carga que pesará sobre las generaciones cual triste legado de estos tiempos.

—Señorita, agregó el joven agricultor, he descubierto en Ud. el tipo extraño de maestra completa. Habrá observado que le dejo en absoluta libertad para que ac-

túe. Sé de sus sanos impulsos. No quiero alfabetizar a las gentes para que ingresen en las filas de Dios o del diablo, ni para que se catequicen en los cerrados fanatismos, no. Deseo sólo contribuir a la cultura campesina, a la cultura de esa porción de compatriotas en nombre de quienes se han hecho las trastadas políticas, para olvidarlas en el primer reparto de altos cargos. Sé que un propietario hace muy mal en esmerarse por mantener ignorantes y esclavizados a sus servidores. Los que así proceden, están preparando las armas funestas de que ocharán mano los falsos apóstoles de cualquier extremo. Tanto los recalitrantes conservadores como los extremistas de izquierda, actúan mejor y a sus anchas entre las gentes ignaras. Les convencen con facilidad para los ratos de violencia. Les azuzan para los levantamientos caprichosos. Mentira que a los comunistas les convenga culturizar a las masas! Esté Ud. segura de que el día en que llegemos a contar con una mayoría de compatriotas bien educados, los partidos políticos se arruinarán por la misma insurgencia de otros tipos de hombres, que desplazarán a los líderes que hablan en nombre del pueblo y que no consiguen otra cosa que dividir al pueblo para retardar el progreso. Pues cuando el pueblo pueda expresarse a conciencia, los partidos, en la mejor de las situaciones, serán apenas instrumentos, meros instrumentos, de los que las masas harán lo que les venga en gana. Y en realidad de verdad, los partidos son sólo medios de gobernación. Por acá se los ha tomado como un fin de lucro y preponderancias excluyentes. Aunque le parezca audaz mi opinión, sostengo y sostendré que mientras más inteligencia cultivada se difunda entre las mayorías, menos porvenir de chance tendrán los partidos a la

manera de los de esta época. Eduquemos, pues, al pueblo para el sentimiento unitario en el servicio al país, para la mutua cesión racional de derechos y para las francas cooperaciones que redundarán en provecho de todos. No formemos hombres para los partidos. Si éstos buscan adeptos, que los hallen más allá de los colegios y fuera de las cátedras.

Graciela escuchaba con profunda atención. Y tras una bocanada de humo de tabaco, el señor Pérez siguió:

- Por cierto que, de oírme ésto los políticos de nuestro medio común, me tacharían de loco o de quien sabe qué. Pero yo sé que en ningún sitio partido alguno puede jactarse de ser el portador real de la felicidad de un pueblo. En primer lugar, los demás partidos les impiden actuar desde arriba o desde abajo. En segundo lugar, los dirigentes, a quienes corresponde el mando en caso de triunfo, están educados en las viejas escuelas del exclusivismo, con lo que hacen enemigos a poco costo.

—Estamos conformes, señor Pérez. Y debo añadir una experiencia: los gobiernos de grupo o partido tienen recelo de emplear gentes numerosas en la labor de educar. Los conservadores preferirían que todos los docentes sean de solana, y ya están los seminarios sufriendo grandes vacíos en sus reservas. Los izquierdistas y los laicos querrían eliminar toda influencia particular y confesional en las escuelas; pero no disponen ni de hombres ni de materiales suficientes para hacerse cargo de toda la población escolar. Es menester, como dice Ud., crear una nueva mentalidad nacional que aprenda a reconocer enemigos externos, si llega el momento, en vez de perder el tiempo acabando con los llamados enemigos internos. De nuestros partidos políticos y gobernando en nombre

de ellos, por no ceder posiciones, inclusive han surgido los traidores a la patria, los aliados de las lejanas y falsas causas, y los tiranuelos fraticidas.

—Doloroso fué el crimen del zarpazo territorial a nuestro país. Supe de él en Francia. Las oligarquías nos han arruinado. Las torpezas de los grupos beligerantes nos han desacreditado en el exterior. Siempre aparecemos como un pueblo tenazmente inconforme. Pero averigüe Ud. si esa inconformidad es producto de la razón popular o de qué! Son, en mi concepto, apenas resultantes de las suicidas maniobras de descontentos que se introducen entre los soldados, entre los maestros, entre los obreros y entre los estudiantes, para reclamar aquello que ningún partido ni todos juntos podrán realizar. Yo advierto que para la cultura hay dos fundamentales problemas en nuestra nación: la urgencia de reeducar a los jóvenes mal inclinados a la facna del grupo egoísta, y la alfabetización de los campesinos. Para lo primero, conviene insistir en presentar todos los días a los partidos como causantes de las ignominias de la historia, ofreciendo un anverso de suprema moralidad individual y respeto colectivo con el ejemplo de patriotas nuevos y escritores no envenenados por la consigna de la ambición partidista. Para lo segundo, no hace falta formar seminaristas docentes ni laicos gritones, peor totalitarios soviéticos, sino ciudadanos capacitados que, en gran número, se ubiquen en los campos, preparándose no en colegios de bachillerato, sino en escuelas sencillas, rápidas y eficaces. Para los establecimientos de segunda educación y para los planteles de altos estudios, están bien los institutos de largos planes y extensos programas. Vencido a breve plazo el oscurantismo por medio del

alfabeto y los conocimientos básicos sobre higiene, civismo, agricultura, comercio y pequeñas industrias, las escuelas de concentración urbana y rural se encargarán, con otro tipo de maestros, de ampliar la cultura fundamental y urgente, de profesionalizar a los hombres y a las mujeres, y de seleccionar el elemento para los estudios secundarios y superiores. Pues es una calamidad la existencia de planteles lujosos en ciertos lugares, mientras en el campo no se imparte, muchas veces, ni un rudimento de letras y números con los útiles necesarios. Y el problema de las edificaciones culturales no es para olvidarse tampoco. Mucho hay que hacer. Por desgracia, siempre se está tropezando con que el gobierno tiene que sostenerse él como norma, prefiriendo un ejército bien rentado y una policía cuantiosa, a fin de parar los golpes de la insurgencia partidista, porfiada e intolerante.

El singular Pérez, quizá jactándose de hombre viajado, tal vez descontento también del estado de cosas que encontró en su país, o acaso en un arranque de exhibicionismo orientador, hablaba con aplomo y como si estuviese entre personas que de inmediato se harían cargo de sus ideas para actuar. Su educación, empero, no era para dudar de su sinceridad, ni los desengaños cosechados en el seno de la familia podían haberle lanzado a la tribuna de reformista suigéneris y peligroso. En el extranjero palpó realidades tremendas, y vino a observar profundas miserias políticas, económicas y sociales en la maraña de un civismo de estancue revuelto. Si le desagradaban los conservadores extremistas y ciegos de ambición, le causaba una solemne tristeza aquella izquierda hecha con sujetos volubles y rencorosos, en su libertina mayoría.

—Aquí quiero hacer un modelo de escuela predial, dijo Graciela. Estoy escribiendo mis experiencias y los resultados. Ojalá todos los propietarios de haciendas fueran como Ud.!

—Mientras no surja una revolución al margen de los partidos actuantes, será imposible educar a las nuevas generaciones para un honesto y fecundo servicio integral a la patria. Supervive, por un lado, la escuela de tipo colonial, que forma hombres de feudo, y amenaza, por otro, la torpe inconformidad sin salida, que predicán los arribistas con diversos nombres. Los liberales, en vez de afianzarse en el centro y desarrollar su programa con decencia y sin mezquinos cálculos, se ascinaron ellos mismos, comenzando por querer ser los únicos y eternos mandarines y terminando por prestarse a las componendas coquetonas con los reaccionarios primero y con los socialistas de escasa visión, después. Entre un conservador de títulos heredados y un bolchevique de fofa palabrería, no me quedo con ninguno. Y si tal es el producto social de la larga competencia entre los partidos políticos, éstos están perdiendo el tiempo

Susana balanceaba de sueño. Emilio, restregándose los ojos, vió que la muchacha arreglaba las tazas en la mesa para servir un café, y tomó las últimas palabras de José Vicente, a fin de simular atención al entusiasta diálogo digno de mejor causa o, por un preciso decir, de otro auditorio.

—Aun para que se implanten nuevos métodos de una política partidista, es menester formar otras mentalidades. Los mismos partidos no se preocupan de educar hombres para la dirección de los prosélitos. En esas células de los izquierditas sólo ejercitan una labor des-

tructiva cuando hay algo que combatir. No es verdad, Graciela?, terminó diciendo Emilio.

—A los propios dirigentes les falta cultivarse, repuso José Vicente. Los hombres que vemos afanarse por las cosas de la política de partido son, por lo regular, silvestres hombres que, si leyeron literatura de barata y exótica propaganda, no tienen la inteligencia clara para adaptar planes y sistemas al medio nacional. Y si se han informado de lo que han hecho los partidos similares en otros países, toman los programas sin su historia de antecedentes. Son los visionarios del trasplante presuroso. Esto, cuando algo de novedad quieren introducir, que lo común es gritar reclamando las cabezas de sus enemigos, impulsados por la venganza o la envidia, aunque luego del posible crimen se consagre el recuerdo de un simple delito vulgar, sin siembra de ideales.

De tanto hablar, el señor Pérez apolítico parecía ya un nuevo poseído de la política. Tenía tirria por las cuestiones planteadas por los partidos. El entusiasmo fugaz de los que le tomaron en cuenta para organizar un nuevo grupo político prendió en él, a no dudarlo, la llama de una casi enfermiza preocupación de crítica, que se perdía entre las paredes de la hacienda, hasta que, esa noche, cansado, levantó la tertulia para ir con su pequeño séquito a poner en giro algunos discos de música con qué amenizar las horas de la tranquila estancia. Los minutos robados al sueño se dedicaron luego a la censura de la conducta de los vecinos del valle, que le disputaban el agua y los brazos, y que no disimulaban su envidia por los proficuos negocios del interesante granjero. Y, para rematar la sesión, trataron del precio de las papas y el maíz, la cebada y el trigo, la leche y la mantequilla, en un

afán de venta mayor, mientras, según sabíase, los demás productores tendían a ocultarlos, para provocar la escasez auspiciadora de la carestía.



TRIBUNAL DE MENORES Antonio, el jefe de los trabajos de explotación del bosque, recibió una carta de su hijo Daniel. Este joven andariego había da-

do unos pasos en falso con una chica perteneciente a un hogar de escandalosos y forajidos mestizos. Y de las relaciones con alguien, provino una niña con la que sus abuelos de mal vivir pretendían financiar la existencia de la desgraciada muchacha. El padre de ésta era un abigeo perseguido por los funcionarios judiciales. La madre traficaba con su moral y la de pobres y desdichadas chiquillas. Alentaba el plan de hacer señalar una pensión de alimentos para la criatura, previo el reconocimiento, más que la idea de favorecer un posible matrimonio de su hija. Con este fin, hizo citar a Daniel ante el Tribunal de Menores. De aquí que el joven solicitaba el auxilio de su viejo.

Antonio se trasladó a la ciudad y, con Juana, estuvo a conocer lo ocurrido. Daniel contó los detalles de la situación. Convinieron en que no merecía la pena el enlace. Más aún, descubiertas las intenciones de la mujercita y su madre, resolvieron no complacerles en nada. Presto fueron hacia el despacho de un abogado.

El Tribunal de Menores se había establecido en una de las tantas administraciones reformistas, para impar-

tir ayuda y protección a la infancia indigente y abandonada, y para educar en medios propicios a los niños de conducta difícil. La reforma de la justicia infantil se la tomó de la experiencia de otros países, con todas sus virtudes y sus defectos.

Fran las tres de la tarde. En el recinto del Tribunal arceciaban las quejas y demandas. Las madres, con sus tiernos niños en los brazos, conversaban en la antecala con sus abogados y parientes, echando centellas contra sus ingratos convivientes.

El Tribunal sesionaba atendiendo al reclamo de turno. Por ahí cerca merodeaban, más con curiosidad que con interés científico, unas señoritas ayudantes.

—Señor Presidente: estamos aquí para contestar la demanda, dijo el abogado de Daniel y amigo del granjero Pérez, aprovechando que el Tribunal dió por terminada una audiencia y ordenaba la prisión de un mozo conscripto, metido a padre y patriota.

—Siéntense, señores. Que venga la señorita demandante para oírle.

Acercóse al escritorio del Tribunal una vieja de piel tostada, seguida de su hija y con la criatura del negocio en los brazos. La nueva madre despedía llamas por los ojos. Delgada y morena, con un guiño contestó el saludo visual que al disimulo le dirigió el miembro más próximo de la mesa. Apenas se sentó la muchacha, lanzó unos insultos al joven demandado.

—Hable, señorita, ordenó el Presidente, dando acomasados golpecitos con un lápiz sobre el escritorio.

—Este sinvergüenza, este canalla

La mujercita cortó su relación y, cerrando los envuicidos párpados, se puso a simular llanto.

—Aquí estamos para hacerle justicia, señorita, dijo la mujer del Tribunal. Hable serenamente.

—Este canalla, este sinvergüenza me engañó. Quiero que por lo menos reconozca a su hija y le dé los alimentos. Se niega a casarse conmigo.

—Es falso, señor Presidente, replicó Daniel, sin esperar orden alguna. Estas mujeres labiosas son acostumbradas sólo a gozar de pensiones alimenticias por hijos de diversa procedencia. Son unas

—Silencio, atrevido! No le he pedido que hable Ud.! No sabe ante quienes se encuentra?, interrumpió el Presidente.

—Ni poniéndole cadenas en las manos y en los pies a este bandido, me he de ver satisfecha. Venir a deshonorarle a mi hijita linda que tenía al escoger las propuestas de matrimonio! Hecho el político entraba en la casa, pretextando que le persiguen los guardias civiles por comunista. Señor Presidente, pido que reconozca a la hija, que se le señale al padre una mensualidad para alimentos y que no vuelva a molestar más a la chiquilla!

José Vicente, sospechando que algo grave pudiera estar sucediendo con Antonio, se embarcó en la camioneta y partió a la ciudad. Buscó al viejo carpintero en la casa donde vivía Daniel y, por referencias de otra inquilina, supo que la escena se desarrollaba en el Tribunal de Menores. Llegó al teatro de la justicia infantil en el momento más interesante. Entró de incógnito, y se quedó de pie atrás, regocijándose con tan presurosa manera de tratar los problemas del capital humano.

—Señores, oigan los insultos de esta mujer! Sería bueno que primero ella reconozca a su hija y acredite su conducta. Me parece que es

—No hay tales insultos, afirmó uno de la mesa, moviendo húmeda y pesadamente sus indiscretos labios.

—Ahora Ud. no tiene sino que declarar que la criatura es su hija, o se va a la cárcel, fué el dilema planteado por el Presidente.

El señor Pérez detenía la risa a más no poder.

—Veamos a la guagua! Y acto seguido, la mujer miembro del Tribunal que así decía, acercóse a mirar a la niña.

—Ahí están los ojos, ahí está la boca, ahí está la nariz! Ni qué negar!, exclamó una ayudante de la oficina.

—Señorita: Ud, según veo, nada tiene de su papá. Sin embargo, no me atrevo a ofender a nadie, gritó Daniel en medio de la inquietud general de los presentes.

El Tribunal quedó estupefacto. Los abogados de ambas partes reían. El señor Pérez hizo llamar a Antonio para que éste insinué serenidad al joven.

—Siga ultrajando a mis colaboradores, atrevido!, gruñó el Presidente, mirando a Daniel por encima de los aros de los anteojos pesados y rascándose la cabeza.

—Señor, uno puede traer aquí serenas intenciones; pero la forma cómo precipitan las cosas los miembros del Tribunal, desdice de toda seriedad.

—Qué procedimiento ni qué pan caliente! Ud. no es abogado y no ha de venir a enseñarnos!

—Expongan razones legales, señores del Tribunal. Argumenten puntos científicos, y juzguen el caso con conciencia y seriedad, manifestó Daniel. Y prosiguió:

—Cómo pueden comprobar ahora que yo soy el padre, si para descubrirlo no mencionan un sólo antecedente? La señora o señorita quiere decir que los ojos, la boca, la nariz son un indicio. Ahí están sus ojos también,

señor, delatando que Ud. se parece al caballero de al lado. Pero, por este dato, yo no puedo asegurar que Ud. sea hijo de él o padre del mismo. Y si digo que a estas mujeres nunca les he conocido ni en misa?

Y si pruebo que la señorita demandante no actúa con su propio nombre? Y si, a pesar de todo, yo doy una solución radical al asunto? En qué quedaría el plan de dinero para sí, que ha traído la vieja rufiana?

—¿Qué dice, insolente?

—Perdón, señores, intervino el señor Pérez, levantándose de su asiento. Yo le conozco mucho al joven. También conozco a la señora. Daniel está llevando el tema deliberadamente a otro terreno. Sus intenciones son o, al menos, eran distintas. De esto no se va sacar nada en bien de la niña. Permítame que yo arregle el asunto. Mañana sabrán la solución.

La vieja palideció al recordar la figura del hijo de su patrón antiguo, en cuya casa sirvió de camarera.

—Señor, dijo la mujer ofuscada, este muchacho no quiere ni casarse, ni reconocer a la guagua, ni dar para alimentos. Haga el favor de convencerle.

—No es así la cuestión. De Ud. sé todo y de su plan también. Daniel, pórtese correcto!

—Llame a la policía!, rugió un miembro del Tribunal. Debemos proceder sobre lo actuado. Mi moción de sentencia es la de que el señor Daniel Garcés Fonseca es el padre de la niña; que le apresen por atrevido y que se ordene a la oficina donde él trabaja, descontar cien suces mensuales que recibirá la madre. Además, debe pagar los honorarios al defensor de la señorita. Se ha dicho todo!

—Estoy de acuerdo, declaró otro miembro del Tribunal.

—Yo también, dijo el Presidente. Que redacten los oficios respectivos para firmarlos ya!

—Protesto, señores. Así no se procede!, gritó el abogado de Daniel. La señora que ha interpuesto la demanda y su hija no son hábiles para comparecer aquí en juicio. Se trata de investigar la paternidad? Esta no es la manera! Se quiere forzar un reconocimiento? Este no es el lugar! Se está gestionando acaso un compromiso económico a favor de la madre de la criatura? Primero tendría ella que reconocer a su hija y probar con razones legales que el padre es el señor demandado. No es asunto tan sencillo el que se está ventilando. Y esta violencia ha destruido unas nobles intenciones.

—Disculpe, señor Presidente, expuso el señor Pérez. Qué fué de mi proposición? La sentencia va a resultar escandalosamente nula. Además de la incompetencia del Tribunal, brilla aquí el atropello del procedimiento. Como si todo esto fuese poco, la madre de la señorita debería acreditar su conducta moral. Yo conozco ciertos antecedentes. Empezó la vida en la capital, hace muchos años, sirviendo en mi casa. Lo que sucedió después, recordará ella mejor que yo.

—Señor, Ud. nada tiene que ver en esto! Se levanta la audiencia!, replicó el Presidente.

—Vamos con otra demanda, indicó uno de los miembros, frotándose las manos.

Daniel salió preso. Las señoritas colaboradoras redactaban presurosas unos informes y lanzaban miradas amenazadoras a todo hombre que se encontraba en el recinto. Algunas de ellas, también golpeadas por la mater-

nidad, refrescaban en la memoria sus casos.

José Vicente Pérez acudió al Ministerio. Obtuvo la libertad de Daniel. Puso con su firma la denuncia contra el Tribunal de Menores.

José Vicente charló en extenso con el Ministro de Previsión Social, acerca de los problemas que estaban a cargo de esta dependencia administrativa. Se refirió al hecho de que las leyes, de por sí, nada valen, por sabias y oportunas que fuesen. Abundó en el imperativo de seleccionar hombres para las empresas delicadas como la investigación de la paternidad y la protección infantil. Insistió en que él nada buscaba del gobierno ni lo deseaba; pero que, el dolor de la patria ultrajada por sus servidores a sueldo, le obligaba a ese acto de comedimiento. Y, defiriendo a una sugestión de Daniel, presentó, además, un pliego de insinuaciones para que se reflexionara sobre la mejor forma de resolver los problemas sociales y del trabajo. Le interesaba, pues, conocer de cerca a un Ministro socialista, aunque expulsado del partido, por prestarse a colaborar en un régimen que el Socialismo calificó de "amigos sin norte y sin bandera".

El señor Pérez veía con pena que los asuntos de ese Ministerio continuaban de mal en peor. Y, para muestra, tenía lo suficiente con lo que de improviso constató en torno al caso de Daniel.

Más decepcionado que antes, el joven agricultor dió de nuevo las espaldas a los asuntos de la administración pública, y prosiguió entusiasta sus tareas en la finca, burlándose de cómo se hacía el gobierno del país, cada vez que los periódicos inscribían noticias sobre los errores ministeriales.

—Que mi suerte no permita que yo llegue a entenderme con estos hombres muy caros!, decía él, apenas olió la administración pública por primera ocasión con un asuntillo inesperado y cómico. Y muy al margen del oficialismo, creía ver en todo funcionario un ganapán y en toda autoridad, una amenaza para los ciudadanos.

Más presuntuoso y ensimismado, en sus labios se empequeñecían todos los días las gestiones del gobierno y las andanzas de los partidos políticos.

LA Animada y halagadora continuaba en curso
CUENTA la explotación del bosque. Todo el día trona-
DE LA ban los motores del aserradero, cantaban las
MADERA hachas, y los camiones rodaban cargados de

duelas y leña, rumbo a las fábricas de la ciudad. Y la contracuenta del bosque, esto es, la apertura de la acequia, se hallaba también en hermosa realización. Para inaugurar ese canal, el patrón prometió organizar una corrida de toros en San Felipe.

Muy apreciables eran los ingresos por concepto de la venta de madera. La cuenta crecía vertiginosamente en el banco. Los trabajadores estaban bien pagados y contentos. Con las utilidades de esta empresa, el señor Pérez adquirió ganado fino y semillas de pasto extranjero.

La inauguración de la acequia fué señalada para un domingo. Mas, en la soltadura de prueba de la víspera, los peones de la hacienda fueron alevosamente atacados por los conciertos de un vecino que porfiaba en discutir el derecho al agua del río. Había perdido el pleito con el anterior dueño de "La Esperanza"; pero no cesaba en sus fastidiosos intentos.

Tan pronto supieron los demás peones y los carpinteros, del ataque sangriento en la boca-toma, partieron allá

con armas y herramientas cortantes, anhelosos de la represalia y sin dar aviso al patrón. De la refriega resultaron un muerto y varios heridos en cada bando. Al caer la noche, la hacienda estaba alborotada. Desde las lomas habían bajado los pcones y conciertos para vengar la sangre de los suyos. Al toque de bocinas y tambores, también los secuaces del mal vecino amenazaban sitiar el edificio de la hacienda de José Vicente.

Susana se puso nerviosa. El patrón dió órdenes de vigilancia estricta por los contornos de la casa. No sería el primer ataque a ese predio. Moradores de la parroquia cercana acudieron a expresar su adhesión a José Vicente, quien pidió de urgencia auxilio al cuartel de policía de la ciudad.

La noche transcurrió bulliciosa y amenazante. De vez en cuando, sonaban disparos de escopeta. En las alturas silbaban los indios de ambas partes, en señal de alerta. Un grupo de asaltantes se había apostado a pocas cuadras de la casa residencial de "La Esperanza, en el camino que conducía al pueblito. En cuanto apareció la policía montada, al amanecer, una lluvia de piedras lanzaron los atacantes contra los jinetes. Algunos de aquellos dispararon sus rudimentarias armas de fuego, y otros acometieron con instrumentos cortantes a los guardias y a los caballos. Volvían a gemir las bocinas.

La indiada, ya fuera de control, gritaba con furia, llamando al mismo tiempo a sus compañeros dispersos a lo largo de otros tramos de la acequia. Toda la noche, grupos de pcones habían pasado destruyendo el canal con tanto interés y entusiasmo construido, inclusive me-

diante mingas de San Felipe, parroquia que iba a beneficiarse también del agua.

Se clausuró la fiesta taurina. El ganado fué devuelto al páramo. El Sr. Pérez quería tener una entrevista con el disputante del agua. Sabía aquel que la propiedad vecinal, con algún esfuerzo, podía aprovechar de otros manantiales aunque lejanos; que el pleito lo perdió el alevoso azuzador y que quizá todo eso no sería sino una forma de rebuscar dinero y preeminencia en el mercado de víveres, como compensación. No fué posible la entrevista.

Otro triste saldo de heridos produjo el inesperado encuentro entre la guardia civil y los indios, a quienes su patrón y los mayordomos les habían excitado con alcohol para el ataque.

La cuenta del bosque estaba ensangrentada.



TERGIVERSACIONES Esa misma mañana, en grandes
DE LA caracteres, los periódicos publi-
POLITICA caban la noticia de una despia-

dada matanza de indígehas por fuerzas de la policía. Eran los indios peones de Gabriel Jurado, como se llamaba el verdadero causante de la tragedia, los que, según el dato periodístico, resultaron muertos y heridos por los policías, con la complicidad de José Vicente Pérez y Vivar y sus concertos. La información terminaba diciendo que el asunto se encuentra ya en el Tribunal de Garantías Constitucionales, organismo creado por la última Asamblea Nacional y que, manjado

por los opositores del gobierno, fiscalizaba todos los actos de la administración.

Gabriel Jurado, terrateniente pleitista y envidioso, vivía al tanto de los proyectos y mejoras que su adversario introducía en la hacienda. El y curuchupas de bolsillo grande y corazón duro, andaban en dimes y diretes contra el régimen, secundando la política del obstáculo al gobierno para que fracasase y ceda el campo. Fué él quien la misma noche de la refriega con la guardia civil, voló a las redacciones de los periódicos de la ciudad, a denunciar la masacre a su manera, comprometiéndolo también al régimen.

El gobierno, sin tener aún detalles exactos de lo sucedido, envió una comisión a la que oportunamente se unió el propietario de la finca asaltada. No se investigaba bien el caso, cuando ya el Tribunal de Garantías, intercesado en proteger los derechos constitucionales y en ocasionar molestias al gobierno, por medio de sus comeditos miembros, tomaba cartas en la denuncia recriminando al Ministerio de Policía. Y ordenó que uno de sus vocales se trasladase al lugar del hecho, para que tome informes precisos. Todavía más, no obstante el receso de la Legislatura, los diputados de izquierda y, de modo especial, el representante de la raza indígena, preparaban una manifestación pública de solidaridad para con los indios, y de protesta y repudio hacia las autoridades.

Manuel y muchos amigos del apesadumbrado joven agricultor, llegaron a la hacienda al tiempo mismo que bandadas de izquierdistas iban por las lomas a ponerse en contacto con los indios.

José Vicente, después de leer los periódicos, no hizo

sino encarrecer a las autoridades que investiguen serenamente, ofreciendo hablar más tarde. Los pobladores de San Felipe, los sirvientes de "La Esperanza" y numerosas personas llegadas de la capital, expresaron los más condenatorios conceptos acerca del conocido Gabriel Jurado, de quien el dueño del predio en arriendo trazó la biografía completa y respulsiva.

Por pronta providencia, Manuel insinuó a su primo que enviara una rectificación general a los diarios, invitándoles a esperar el esclarecimiento de los hechos. Tal se hizo, mientras se iniciaba el sumario

Todas las declaraciones concordaban en acusar a los peones de Jurado. Y no faltaron testigos que presenciaron que este gamonal siniestro azuzó a los indios para que emprendan en el censurable acto, precisamente en vísperas de la inauguración de la acequia.

Cuando luego de aclarado el atropello, José Vicente exigió a los diarios hacer una formal rectificación, algunos se negaron bajo el pretexto de que se trataba de un problema particular. Pero el agricultor comprendió que allí había un secreto de negocio, y tuvo que costearse los consiguientes remitidos. Eran diarios que explotaban los temas copados por la extrema derecha y extrema izquierda, de cuya subvención se nutrían.

Hasta tanto, ya se habían cruzado agrias exposiciones también públicamente, el gobierno y el Tribunal de Garantías, cada uno sin dominio de la realidad ni consideración a los ciudadanos cuyos derechos decían proteger el uno y el otro. Para los más exaltados, era el momento de una trastada contra el "régimen sanguinario", así como en la orilla opuesta era el instante de sacarles

por la ventana a los opositoristas incrustados en la respetable corporación.

El sumario concluyó condenando a Jurado a pagar indemnizaciones.

Con hechos, la vida estaba enseñando a José Vicente que, por fuerza, la política se introduce hasta en los pacíficos bosques, en los inofensivos ríos, en el trabajo honesto y en la tranquilidad de los hogares.

No hacía mucho que el señor Pérez observó en la ciudad cómo se resolvían los problemas simples a espaldas de la ley y por funcionarios sin disciplina ni técnica. No era, pues, necesario delinquir o suplicar un servicio al gobierno, para que un nombre apagado vuele de boca en boca, en la comidilla con qué se adulaba al gobierno o se le reprochaba.



AGUA El hasta entonces solitario granjero que, con
Y el Estado y los funcionarios, no mantenía
IIARINA otras relaciones que el pago de impuestos, se

convenció de cuán imprescindible era acercarse a ellos y moverse en la órbita de las instituciones. Comprendió que el gobierno, la policía, la prensa, los tribunales y también los grupos políticos, podían ser, en un momento dado, factores de bienestar o de desgracia para el individuo, según cómo sepa aprovecharlos.

El incidente suscitado por el egoísmo y la envidia en torno a la accquia, enseñó al señor Pérez que inclusive la respetabilidad de las instituciones se engloba en la

persecución gratuita al ciudadano y, más todavía, al propietario, si el hombre, como ciudadano o como propietario, no maneja siquiera amistades que le vinculen con aquellos órganos y factores de la convivencia social.

Atraído como por un poderoso imán prometedor de refugio, José Vicente salió en viaje a la capital, acompañado de su esposa que llevaba algunas noches sin dormir. Debía explicar su conducta ante los poderes públicos, afectados también por la perversa táctica de su enemigo sanguinario. Debía hacerse conocer en las redacciones de los diarios y agradecer a la institución policial que, a costa de sacrificios inevitables, salvó no sólo tal vez la hacienda de un ataque inmisericorde, sino quizá, además, su vida misma.

Los indígenas levantiscos poco necesitaban para consumar los crímenes individuales y colectivos, instigados por la malevolencia de un sujeto o por las iras y venganzas de los extremos políticos. Y no habría de esperarse una campaña de alfabetización que valga, mientras hacia el ancestro se dirijan las consignas apasionadas. Casos se habían registrado, en que el gamonal feudatario y el comunista amargado, lanzaron pobladas de campesinos excitados contra las misiones sanitarias, los maestros de escuela, las fuerzas policíacas de protección rural, o contra otros propietarios, cuando no era el cura de la parroquia quien, desde el púlpito, alentaba estos desmanes. Cruda realidad campesina en un país de pocos ricos, tradicional desorganización de la economía y muchos partidos en nefasto rol urbano y presupuestario. José Vicente meditaba en todo aquello, en su automóvil, junto a su mujer sumergida en la nerviosidad.

Al atravesar la plaza de San Felipe, pequeño pueblo situado entre la hacienda y la capital, un numeroso grupo de gentes provistas de tarros y ollas, jarras y lavacaras, apareciendo de sorpresa por una esquina, se precipitó sobre el automóvil de José Vicente, en fenomenal furia saturada de risas y vocerío salvaje. El vehículo quedó con los vidrios rotos y despidiendo agua por todas partes, en tanto los pasajeros, los dos meditados esposos, con los vestidos y el cuerpo completamente húmedos, no acertaban entre avanzar a la ciudad o regresar a la hacienda. En las calles por donde debía pasar el carro, otros grupos que delataban las mismas intenciones, gritaban y se mojaban, presentando un espectáculo aterrador.

Para Susana, esta recepción del pueblo de San Felipe, no significaba otra cosa que las demostraciones de los enemigos que empezaban a surgir alrededor de su José Vicente. Para éste, aquello fué el saludo de Carnaval, o el juego multitudinario y escandaloso que despierta el instinto bélico en las personas y que hace estragos sin necesidad de provocación. Trataron de tomar otra ruta para emprender el retorno a "La Esperanza". Con censura, explicó él la para Susana muy curiosa fiesta.

Conduciendo el automóvil por insospechados caminos, los viajeros pudieron, al fin, ponerse de nuevo en la carretera, dejando atrás el pueblito. Era imposible regresar.

Cerca de la ciudad, dióles el encuentro Emilio, quien venía cumpliendo sus obligaciones. Todo él bañado hasta los huesos y sucio de harina, invitó a los patronos a desistir de su empeño de avanzar a la capital. Se había concedido juego libre, y era conocida la conducta de los

moradores de la urbe en los días de Carnaval, haya o no haya autorización para jugar.

—Entonces qué hacemos?, preguntó José Vicente.

—Pues, regresar a "La Esperanza" por otro camino para no cruzar por San Felipe.

No les quedaba otra alternativa, pese a la urgencia del viaje. Rumbo a la hacienda, se enfilaron por un estrecho sendero, apenas abierto para las carretas de buques.

Después de cambiar de vestidos y de darse un baño, alternando el comentario acerca del para Susana tan curioso como primitivo juego, con las preocupaciones de lo que había que hacer de urgente en la ciudad, el patrón y Emilio resolvieron ir por la noche a la quinta, a fin de arreglar los problemas planteados, al otro día.

—Deben llevar ropas de mudada y resignarse a entenderse con las autoridades y amigos en las casas, o hacer muchachescos soslayos al juego para llegar a las oficinas públicas, aconsejó Graciela.

—Las autoridades no juegan el Carnaval en sus despachos?, interrogó Susana, ya en completo dominio del idioma de su esposo.

—En los despachos tal vez no se juegue. Pero creo que todo el mundo, como hace un siglo, se divierte en mi país por estos días, ensuciándose el cuerpo y la ropa, y exhibiendo una torpe manifestación de instintos salvajes. El Carnaval es portador de alegría barata. Qué le vamos a hacer! Por ahora quédate tú aquí. Iré con Emilio.

En la cocina, las muchachas de servicio se lanzaban agua a rabiar. Graciela salió un momento y regresó puesta un delantal blanco. Lanzó pétalos y serpentinas a la cabeza de Susana, y luego rocióla con agua perfumada.

—Ah! Ud. también?, dijo Susana, esquivando el bulto.

—Penas aparte, señor Pérez y señora Susanita! Ahora juguemos, aunque no como en San Felipe.

José Vicente se levantó del asiento y, arrebatándole a Graciela las flores y serpentinas, correspondió con creces al acto. Su mujer se reía tanto que le llenaba de placer a él. Pareció haber comprendido ese casi inexplicable fervor que conlleva el Carnaval en son de estímulo.

—Ahora desquitate tú, Susana. Toma!

Hasta que Susana reciba las municiones para el ataque a Graciela, José Vicente con una mano tenía sujeta del brazo a la maestra que, dócil y alegre, se dejó mojar y echar encima todo el aparato de guerra de que disponía la francesita.

Entró Emilio con paquetes de papel picado y polvo aromático, cual si con Graciela se hubiese propuesto jugar. Y abundó en cordiales ataques a la patrona, al señor Pérez y a su amada.

Susana, ante el inevitable espectáculo que estaba agradándole, fué la primera en lanzar agua pura, a chorros, sobre Emilio. Tal gracia le producía el mojar a otro, que su esposo le concedió también juego libre.

La diversión continuó por la tarde, para sepultar, a la hora del té, los adversos comentarios hechos antes al tradicional juego.



L A A las ocho de la noche y tan luego
MAQUINA como terminó de merendar, José
ADMINISTRATIVA Vicente, en compañía de Emilio,

emprendió viaje a la ciudad. Susana y Graciela oían música grabada.

Los pobladores de San Felipe se hallaban reclusos en sus hogares. Apenas, frente a las cantinas, unos pocos individuos ebrios continuaban rindiendo un decadente homenaje al Carnaval. En medio de una relativa calma de la urbe, los viajeros llegaron a la quinta, donde las muchachas también habían jugado hasta dejar huellas en los pasadizos.

Muy por la mañana de la siguiente fecha, el dinámico agricultor estuvo en pie. Hasta impartir órdenes a su personal, envió el automóvil por un cambio de vidrios rotos. Y a seguidas llamó a Manuel por teléfono, a fin de que le ayude en las gestiones programadas para ese día. Manuel vino minutos después.

—Manuel; deseo, antes de nada, agradecer al jefe del cuartel de policía por haber evitado mayores desgracias en el valle, dijo José Vicente.

—Bien. Después solicitaremos una audiencia al señor Presidente de la República y otra al señor Ministro de Gobierno. Luego estaremos en los periódicos, en el Tribunal de Garantías y en la casa del propietario de la hacienda. Si lo deseas, podemos visitarles también a los Ministros de Agricultura y Previsión Social.

—Mira, Manuel. Si hoy puedo hablar con el señor Presidente de la República y con el jefe del cuartel, las otras visitas no importaría aplazarlas para la próxima semana. Me interesa sobremanera que el Mandatario me

escuche acerca de la disputa de aguas y de la tragedia de los indios. Estoy pasando como un gamonalillo vulgar. Para quienes no me conocen, soy el terrateniente que sacrifica vidas a capricho. Y para el infeliz ése que reclama el agua, soy un . . . usurpador de sus derechos.

—Vamos! No perdamos tiempo!

—Su Excelencia estará en el despacho a las nueve. Pero pueden verlo en la residencia presidencial, donde atiende a veces desde las siete de la mañana los casos muy urgentes, indicó el portero en respuesta dirigida a Manuel

—Si anunciamos desde aquí que queremos hablar con Su Excelencia, tal vez no se niegue a recibirnos. Creo que a S. E. le convendría oírme a propósito de la masacre en el valle. Soy el arrendatario del predio asaltado.

La señorita empleada accedió a hacer el anuncio por teléfono, y luego dijo:

—Su Excelencia pide por favor que se sirvan esperarle aquí unos minutos. Entre tanto, tomen asiento.

A las nueve en punto llegó S. E. acompañado del Canciller y seguido de numerosos ciudadanos que lanzaban estentóreos vivas al Primer Magistrado.

La conferencia del Mandatario con el Ministro de Relaciones Exteriores iba de largo, por lo que Manuel propuso ir antes a la G. C. Así lo hicieron. Mas, como no se le encontrara al Jefe de la Guardia Civil, expresaron el agradecimiento al Secretario. También dieron aviso de que el señor Pérez había enviado una suma de dinero a la Cruz Roja, como auxilio para la viuda e hijos del policía muerto en la refriega con los indios.

De nuevo en la antesala del despacho presidencial, la señorita empleada manifestó que S. E. se desocupó

hace rato de la entrevista con el Canciller y que, en esos momentos, estaba con una comisión de industriales.

Otra espera. Para amenizar el intertanto, la señorita puso en charla el tema del Carnaval, lamentándose de que sea imposible culturizar la popular fiesta.

—Las autoridades, dijo ella, tienen que preferir dar libertad para el juego antes que verse desobedecidas en sus prohibiciones. De todas maneras, el pueblo juega, y se vuelve molesto imponer castigo a causa de una diversión tan arraigada.

—El asunto, para mí, es fundamentalmente de educación, opinó el señor Pérez. Dentro o al margen de la cultura de otros tiempos, fué que vino el Carnaval a enraizarse en países como el nuestro, con modalidades cada vez más indeseables. Y es que el pueblo no ha aprendido sino a buscar su diario sustento y a pelearse la existencia por las vías lícitas e ilícitas. Nunca se le enseñó a divertirse. Jamás se puso a sus alcances el adiestramiento para las formas superiores de encontrar la alegría.

El reloj daba las doce campanadas del medio día. La sirena universitaria, como haciendo una línea recta, prolongada y quejumbrosa, a continuación de los doce puntos marcados por la campana más grande de la ciudad, invitó a igualar los relojes. En esta tarea se encontraban José Vicente y Manuel, al tiempo que la señorita interlocutora contestaba una llamada telefónica, cuando salió la comisión de industriales de hablar con Su Excelencia. Sonó el timbre del despacho vecino. Pasó un joven cojo al escritorio del Primer Magistrado, y regresó con unos papeles en la mano. La señorita entró en el despacho presidencial y, de vuelta, suplicó a los dos ciu-

dadanos de la espera que tengan paciencia por un momento, hasta que el señor Presidente firme unas comunicaciones.



EL CASO A las doce y media, José Vicente estu-
EN LAS vo hablando con Su Excelencia. Afuera se
ALTURAS aglomeraba la gente ansiosa de exponer sus
quejas y aspiraciones de alcance meramen-
te ministerial.

—Disculpe, señor, que haya hecho esperar largo tiempo. Yo había deseado charlar con Ud. a raíz de ese escandaloso acontecimiento. Por la prensa me enteré de lo ocurrido. Leí también sus rectificaciones a las primeras noticias. Dígame Ud., señor, por allá vive este Jurado?

—Excelencia, celebros el conocerle. Jurado está allá y aquí. Está en todas partes con sus dificultades y conflictos

—Cómo se originó la tragedia?

—En el contrato de arriendo de "La Esperanza" se estipuló la construcción de una acequia para riego. Esta acequia, terminada ya, debía inaugurarse con la participación del pueblo de San Felipe que también tiene opción al uso de las aguas y ayudó con varias mingas para concluir el canal. Pero, sin mayor antecedente que yo conociera, Jurado instigó a sus peones para que ataquen a mis aguateros y pretendan marchar sobre mí. Los indios alcoholizados acometieron después a los policías y entonces cobró proporción la desgracia. Si bien luego del sumario se le obligó a mi enemigo a que pague indemnizaciones, para mí no está terminado el caso,

Desde su reducto político, ese señor sigue fastidiándome.

—Señor Pérez, no le tema a su enemigo. Lo conozco muy bien. Sé en qué filas milita. Contra todos mis deseos, ese ciudadano no se deja ver. Ha estado en todas partes, en verdad. Ha movido aun a los dirigentes comunistas y a un grupo de abogadillos defensores de los indios, en el afán de abultar el incidente. Y el señor es conservador. Haciendo causa única con los extremistas de la izquierda, en caso de demostrar la oposición a mi gobierno por medio de pretextos incongruentes, nos presentaron, él y los cuatro pícaros de siempre, como masacradores de indígenas, como violadores de la Carta Fundamental de la República, como tiranos, en fin! Pero dígame Ud., señor, qué oposición va a ser ésta con que especulan los amargados de regímenes caídos? Si la policía no hubiese respondido a su llamamiento, esto es, si los peones de Jurado hubiesen acabado con Ud. y su familia, otros conservadores o los mismos, u otros comunistas o los mismos, habrían gritado que no hay una valla para el crimen, que el gobierno no protege a los propietarios, que los policías ganan la plata del pueblo sin hacer nada!

—Excelencia, nuestra vida democrática, tal como se la lleva en nombre de las leyes, de la cultura, del progreso y de la paz, no la entendemos bien ni nosotros. Si no gobierna tranquilamente un partido, porque es imposible que pueda hacerlo, cual ya se ha visto aquí y se ve en otros países, se dedica a estorbar, por sistema, toda administración. Y si, por desgracia, gobierna momentáneamente, procura legalizar el caos para un difícil existir republicano, o instaura un orden de todos modos provisional contra el que van a chocar las demás apeten-

cias partidistas. No milito ni quiero militar en sector doctrinario alguno. Me eduqué en Europa y, a la orilla de toda inquietud de grupo, vivo de la agricultura, sin ser dueño de tierras. Quédele a S. E. por lo menos la satisfacción de haber derrocado un orden de testarudez e ineptitud y de que ningún otro hombre será capaz, ni lo fué, de brindarnos la espontánea y auténtica sensación de una unidad nacional hasta antes de la reunión de la Asamblea Constituyente, según estoy informado. Lo que vino después, fué obra clara de los partidos y sus ambiciones. Y ahí están los resultados. Ni estableciendo turnos para cada uno de los partidos, a efecto de que gobiernen un lustro hasta completar el ciclo de todos los ismos, me convenceré de que los partidos políticos son una ventaja y una bendición para la patria. Acaso lo sean para la Democracia sin norte fijo. De todas maneras, sea la que fuese la intención de una tal suerte democrática, no estimo que éso sea lo mejor para surgir y otorgarnos nuestra propia personalidad.

—Yo respeto sus opiniones, señor. Como respeto todas las demás de mis compatriotas. Siga Ud. trabajando la tierra con confianza. No les tememos a los tinterillos ratoniles ni a los intelectuales librescos que, cuando van por el campo, lo hacen a caza de incidentes con qué mortificar al régimen. Tampoco les tememos a los gamonales de aldea, que se traicionan a sí mismos, a su doctrina y a la religión que dicen profesar. Todos los ciudadanos tienen derecho a criticar mi labor. Pero, igualmente, nadie tiene derecho para esgrimir la mentira y la calumnia como instrumentos de combate. Quienes predicán la moral católica deben ser los primeros en condenar el robo, la envidia, el egoísmo. Y quienes proclaman la jus-

ticia social deben abrir bien los ojos para captar la realidad nuestra, realidad en la que hay compatriotas pobres y compatriotas ricos, en que a los pobres hay que ayudarles proporcionando trabajo, y realidad también en la que, si no se respeta el capital y el esfuerzo privado, nos hundiremos todos en la inanición y la monotonía.

—Nuestros políticos, señor —prosiguió el Mandatario—, nuestros políticos blandengues están convirtiéndose en unos profesionales del acomodo, en traficantes del desorden y en artistas del caos; irresponsables artistas que, donde ven rodar un campesino azuzado por ellos para que desafíe a la estabilidad de las instituciones públicas y particulares, se acobardan y se lavan las manos, echando sombras y sospechas sobre personas inocentes. Y creen que, refugiándose en una hoja periodística, en alguna ley contemplada para el caso o en el partido al que pertenecen, ya están libres, triunfantes y victoriosos. Y sueñan con la caída de mi gobierno. Señor, yo me retiraré del Poder sólo cuando una fuerza física superior me lo obligue. Estoy llenándome de justicia para servir a mi patria con todo mi corazón y toda mi alma. Respeto y respetaré el estatuto constitucional, y cuento con el apoyo del pueblo y el ejército! Mientras yo gobierne, habrá garantías para todo hombre honesto.

—Excmo. señor: Fué mi deseo principalmente saludarle y agradecerle por el respaldo dado a mis derechos. Era para mí un asunto de conciencia, además, una vez que alrededor de mi nombre se hizo el escándalo que tan desagradables prolongaciones tuvo para el gobierno. Muchas gracias, Excelencia.

—De nada mi señor. Que le vaya bien!

Después de la conferencia con el Mandatario, José Vicente hizo una visita a los directores de los periódicos, al dueño del predio arrendado y al Ministro de Agricultura. No fué al Ministerio del Trabajo del que un pésimo concepto se formó anteriormente por la desidia y el desorden que ahí reinaban. Le era muy chocante la persona del Ministro, por otra parte.

A su paso por San Felipe, de vuelta a la hacienda, los moradores del lugar ofrecieron mingas para reconstruir la accquia a breve plazo.

Estaban, pues, tomadas las posiciones para la lucha. El uno se metió en el gobierno y el otro en la oposición, cada cual con su grupo y sus ideas.

EL ARISTOCRATA Entre los grandes y pequeños propietarios y entre las personas de
Y viso social, no menos que entre los
EL ADVENEDIZO

grupillos políticos, el caso de José Vicente Pérez y Vivar y Gabriel Jurado repercutió con inesperada trascendencia. Los sensatos daban la razón al joven hijo de don Sebastián. A muchos no les importaba la condición de los dos contendores, sino en cuanto de la lucha podía aprovecharse para la campaña contra el gobierno. Pero los detallistas en el análisis de esta situación anotaban un amplio margen de diferencia entre Pérez y Jurado, cuyos nombres se unieron en una matanza de indios, que puso en aprietos al régimen.

Todos sabían que, como en las películas de cine corrientes, se suele presentar al malo bajo una apariencia desfavorable y al bueno con todos los atributos, inclusive rebuscados, de lo gallardo, agradable y simpático. Y las chicas de las familias distinguidas, propietarias del valle, tomaban también por ese lado sus murmuraciones en las ociosas sobremesas de las noches sin sueño.

Desde luego y en verdad, José Vicente era un hombre joven y apuesto, marcial y cortés. Jurado, en cambio, no pasaba de un gitanillo enriquecido en el negocio de

reses y en sus jugarretas de advenedizo comprador de tierras en liquidación. Con su cuerpo ancho y pesado, acoquinaba la gracia flexible de la ginatería. Exhibía tez blanca, párpados adormecidos y nariz ganchuda. Su mirada siniestra y su vozarrón denunciaban de lejos al pillastre del cual sería peligroso fiarse. Noble bien controlado en la conducta diaria el uno, y chalán plebeyo el otro, sus apellidos sonaban también en los cafés públicos y en los tés íntimos de las casas adineradas

Las gentes curiosas e investigadoras descubrieron en José Vicente Pérez al joven que, con honestidad ejemplar, levantaba un prestigio agrícola, después que sus padres sufrieron el quebranto de una fastuosa posición. Sabían de su permanencia en el exterior y de su matrimonio con una mujer europea. Sabían también de sus normas cívicas y de sus planes de trabajo que envidiaban los mayordomos y huasicamas de las haciendas vecinas.

Jurado era hijo de un introductor de vacunos en el Matadero Municipal capitalino. En un caballejo que arrastraba un sucio carricoche, Gabriel distribuía carnes en las tercenas suburbiales hasta su primera juventud. Pero, en convivencia con perversos negociantes y abogados inescrupulosos, levantó riquezas y sirvió a los más nefastos gobiernos, desde las plataformas electorales hasta los cargos bien rentados. Por medio de sus influencias administrativas, comprendió en negocios que le reportaron ganancias de muchos guarismos. Cuando la revolución última, fué un caído sin ser liberal. Pertenecía al Conservatismo en cuanto necesitaba mimetizarse en el desarrollo de sus ambiciones explotadoras, lo que no le impedía aliarse con los más mugrientos reclamadores de

la justicia social, siempre que programaba el daño para el gobierno de sus antipatías o para la persona de sus envidias características.

Y, en su boato, ostentando chequeras de los principales bancos, el nuevo rico se filtraba por la alta sociedad. Logró casar a una hija suya con un aristócrata venido a menos y sin vocación para nada más que frecuentar los salones lujosos. Habitante de preciosas quintas, reunía allí a alguna parte de la buena sociedad.

Mucho se habló en la capital de la boda de la hija de Jurado. Era conocido en la urbe que un noble se considera a sí mismo una cosa de suma importancia, para cuidar con esmero sus enlaces familiares y aun sus relaciones amistosas. Pero algo existe en el mundo capaz de vencer a la nobleza más acrisolada. Ese algo se llama dinero. Además, ciertas rancias parentelas estaban inclinándose al placer que proporciona el mando, desde que tiranuelos militares y civiles, explotando el miedo al Comunismo, organizaron en derredor suyo lo más rico de las familias celosas del futuro económico de sus hijos.

La sociedad capitalina concentraba el interés del comentario sobre el matrimonio de la hija del carnicero, en la dote, o sea en la suma que le habría significado al advenedizo el tener un yerno aristócrata. Se murmuraba que el negocio le resultó a Jurado por una cantidad de muchas cifras y un chalet señorial. Naturalmente, el milagro no se debía sólo a la gestión de una simple chequera. Toda la riqueza puesta a los pies del novio no era demasiado para exhibir un suegro tan feo. Hubo de por medio una conspiración reaccionaria que estaba gestando al amparo y con la ayuda de hombres fuertes de otros tiempos, que no perdían su ascendiente en algunos sec-

tores y en cuyo torno se agrupaban los ricos descontentos. La política entró así en los hogares y entró con el dinero y el escándalo, con la mixtificación de los apellidos y el deseo de administrar el país.

José Vicente se informó, en la capital, de todos estos pormenores. Sabía él que en las luchas de vida o muerte no hay que prescindir de la biografía del adversario. Con frecuencia, desde que se contabló la contienda, recibía visitas de sus primos y primas, a quienes no les acordaba ningún desliz cometido contra la fortuna de sus padres, ni contra el prestigio de sus hermanos.



CORRIDA El caballero y el nuevo rico estaban frente a
D E frente y de vecinos en el valle. Con cuidado-
TOROS so empeño y distribuyendo invitaciones a

personajes de la capital, el señor Pérez organizó en San Felipe la inauguración de la ya reparada acequia. Según el contrato, de las aguas los dos tercios debían utilizarse en la hacienda y el resto, en el riego de pequeñas propiedades. Tal era, además, el propósito del viejo dueño de "La Esperanza". Sólo que, no obstante un juicio victorioso, los influjos de Jurado desataron el despecho del anciano y la resolución de abandonar la hacienda, entregándola a un joven de arrestos.

José Vicente era muy bien aceptado en el pueblo de San Felipe. Su conducta como agricultor le valió la gratitud de no pocas personas y de numerosos padres de fa-

milia, que educaban a sus hijos en la escolita de Graciela.

Llegó el domingo de la aplazada corrida rural. El pueblo se vistió de gala. Gentes de la ciudad, invitadas o nó, acudieron en autobuses repletos a presenciar la fiesta brava. Iban a lidiar dos artistas que, a la sazón, se encontraban de programa en los rucdos capitalinos. Muchos aficionados criollos se preparaban a disputarse colchas obsequiadas por distinguidas damitas. Las primas de los Pérez y sus relacionados habían ido hasta la hacienda para acompañar a Susana. Objetivo psicológico era, además, captar, a través de la fiesta y la accequia, la voluntad de un pueblo calificador de hacendados, para ofrecer un frente único a las peligrosas arremetidas del enemigo tenebroso.

Triunfal entrada hizo José Vicente con su familia. Los pobladores de San Felipe habían preparado arcos y discursos para recibir a su benefactor y al anciano dueño del agua. No se omitieron los "abajos" contra Jurado.

La acequia fué bendecida por el cura de la parroquia desde un puente levantado a dos cuadras de la plaza. En la ceremonia, padrinos y madrinan sostenían multicolores cintas, que pendían de las ramas de un árbol hasta besar con sus extremos el cristalino líquido por cuyo dominio hubo sangre en la boca-toma y los alcantarillados.

Hermosa, gentil y brillante fué la corrida. Los matadores volcaron todo su genio en el cuadrilátero rural. Los aficionados ganaron preciosas colchas en las que lucían los nombres de las haciendas, cuyos propietarios formalizaron así la alianza con el señor Pérez. Los cornudos se acreditaron una vez más como buenos. El pue-

blo no cesaba de vivir a las familias que presidían el regocijo.

Los postas de Gabriel Jurado disimulaban su tristeza y abatimiento en las filas de curiosos, en las esquinas y en los senderos de los alrededores, tragándose la envidia y el rencor. Altos funcionarios de la administración pública y especialmente delegados por los Ministerios de Agricultura y Trabajo, felicitaron al noble joven por su obra triunfal.

Amplia, honda y majestuosa, la accquia bordeaba el poblado, humedeciendo los pequeños sembríos y yendo a perderse en resccas lejanías.



EL ENCONO IZQUIERDISTA Para la contabilidad política de la izquierda, la presunta matanza de indios peones en el valle constituía un

estimable renglón a explotarse en los discursos y en los periódicos. Pero esto mismo hizo que el joven agricultor, bastante bien vinculado a respetables sectores sociales y con un bagaje de patrióticas ideas acerca del capital y el trabajo, y del pueblo y su gobierno, se pusiese a actuar abandonando la indiferencia. Ya no fue sólo, en ese agricultor, el afán de la defensa propia lo que le impulsaba a una lucha de ribetes políticos. Era también y con mayor intensidad el repudio a lo que él llamaba el nuevo rico o el advenedizo resabiado.

José Vicente, con más atención que antes, seguía de cerca todo cuanto estaba ocurriendo en la política. Leyó la nueva Constitución del Estado y las leyes secun-

darias expedidas por la Asamblea Nacional y sus organismos representativos. Estudió uno por uno todos los tribunales y comisiones constitucionalmente establecidos. Se compenetró de la labor de los líderes izquierdistas metidos en esas corporaciones, y pronto advirtió que, detrás de la Carta Política o, por mejor decir, entre líneas, no se había arreglado sino una estructura de máquina hecha para la subversión legal, para el obstáculo sistemático y para extender el descontento, ya con las restricciones de carácter administrativo, ya también con la imposibilidad de sancionar de modo alguno a los revolucionarios cuyas avanzadas estaban precisamente en las altas comisiones y en los tribunales llamados a intervenir en pro del orden y la paz.

Para José Vicente, toda esa literatura legalista en que se plasmó la revolución anterior, no pasaba de ser un producto destructible de una mala inteligencia multitudinaria. La patria, a su juzgar, estaba siendo un negocio de agitadores rentados para machacar el caos y pescar lo más gordo a río revuelto, con la circunstancia de que no eran los mejores hombres los que, puestos en primera fila, amenazaban captar el mando. Eran, se repetía en todas partes, "unos cuántos charlatanes de oficio diverso y nunca bien llevado".

Atomizando estas ideas y estas conclusiones, José Vicente dióse a sentar parlanchina cátedra entre sus amigos de la ciudad. Bajo los más diversos pretextos, en la quinta "Tercsa" se reunían varios señoritos, a la hora del té dominical, para despellejar a los izquierdistas y echar un vistazo colectivo a la situación mundialmente caótica. Algunos miembros del Partido Conservador y los jóvenes que propugnaban la marcha del nuevo grupo

político, admirando y secundando al repentino discursista, creían tener en él el próximo diputado por los agricultores de la Sierra.

El encono de las izquierdas para con el régimen estaba, pues, despertando otras posturas de defensa y de ataque entre los que menos habían pensado sostener al gobierno. No cabía duda de que era un encono de temperamentos que rumiaban venganza y que se amargaban por la insatisfacción de sus apetitos personales. Pero era también y además un encono suicida que escarbaba la tierra y que, buscando tender raíces populares, apenas ahondaba el propio sepulcro a pocos metros del mismísimo palacio que fué su objetivo inmediato.

Dos o tres artículos publicados por José Vicente en un periódico de centro-derecha bastaron para que los facedores de diputaciones en las asambleas derechistas vayan por él ansiosos de trabar amistad. Ningún nexo había entre todos estos caballeros y el gobierno; pero se venía inevitable la conjunción anticomunista de ésta y aquellos, sin expresas declaraciones ni pactos. Era tan sólo asunto de sacar de las filas y del conglomerado hombres no enemigos personales del régimen, para que triunfaran las tesis retardatarias, revisando las leyes en vigencia que disgustaban al gobierno y a las derechas. Uno de esos hombres podía ser, de acuerdo con los cálculos de los afiliados expertos, el señor Pérez, hacendado y escritor.

Se publicó el manifiesto derechista, a través del cual se enjuiciaba la situación política. En él firmaba también José Vicente. Y como se acercaban las elecciones de diputados, las izquierdas tomaron precisa nota del tiro. En su contramanifiesto, no faltó la condena por la

masacre de indios consumada en la hacienda del precandidato a diputado.

Oportuna llegó, entonces, la ocasión para que el próximo manifiesto de las derechas fuese redactado por el señor Pérez, el ciudadano que, no obstante sus protestas de indiferencia para con la política de grupos y partidos, estaba ya figurando como una promesa parlamentaria.

En su escrito, el joven finquero habló de los fines y los métodos de las fuerzas de izquierda en el mundo y en el país. Reveló la táctica legalista y disfrazada de los líderes sin masas. Presentó al Comunismo como único partido con programa de personalidad original, del que los otros sectores izquierdistas tomaron sus fragmentos de una manera anti-histórica, tratando de aclimatarlos en las latitudes. Y atacaba al Comunismo en su doctrina, para acabar luego con sus intérpretes y portaestandartes locales y extraños. Citó nombres y despertó, bajo la sugestión de los viejos zorros del Partido Conservador, la sospecha de que los extremistas, desconfiando del proceso electoral, portante acaso de una irreparable pérdida para ellos, preparaban un plan mayor y efectivo para llegar pronto al Poder. La especie, con denuncia y todo, pudo fructificar en las alturas.

Los socialistas y comunistas afirmaban porfiadamente que el régimen de la revolución había ido a dar en brazos de los reaccionarios. Así las cosas, quedó en el aire el rival del señor Pérez, quien tuvo ya plantada su tienda en un campo a donde Jurado no podía mercecer acceso, mientras, como rico y como gran dueño de tierras, recibía éste también los golpes de los extremistas.

INCENDIO El patrón dormía profundamente. Susana
EN oyó unos golpes en la puerta del dormitorio.
EL BOSQUE Era la media noche. En los vidrios de

la sala-corredor se reflejaban raras claridades, en la profundidad de la noche sin luna y sin estrellas.

Sudoroso se presentó Antonio, al tiempo que los peones y oficinistas por el viejo carpintero despertados, abandonaban sus lechos y, haciendo sonar herramientas, corrían hacia el bosque. Un formidable incendio se había producido en las construcciones de los trabajadores. Las llamas iluminaban el contorno hasta muy lejos. Como fósforo se inflamaban los depósitos de madera y leña. El espectáculo puso en pic a todos los vecinos de la comarca.

Tras largas horas de heroicos esfuerzos, se consiguió extinguir el incendio de las casitas que habitaban los carpinteros. El siniestro causó a José Vicente la pérdida de unos miles.

El hecho preocupó a los pueblitos próximos. Se hablaba de un terrorífico acto del enemigo del señor Pérez. Se decía también de una represalia comunista por las intervenciones políticas del patrón. Y los más ingenuos volvían a pensar en el castigo del bosque embrujado.

Realizadas las investigaciones, se aclaró que el origen del incendio era un descuido de los trabajadores en una habitación donde, cerca de ramas secas de eucalipto, hicieron funcionar un reverbero de gasolina. Sin embargo, en el ánimo de Antonio y de los mayordomos del

predio, persistía la sospecha de que Jurado se vengaba del agua con el fuego, mediante manos negras y desleales.

Sin demora alguna comenzaron los trabajos de reedificación del caserío de aserradores. Más aún, las construcciones fueron proyectadas como para dar, en lo sucesivo, cabida a una nueva población rural con plaza y campo deportivo. El propietario de la hacienda consintió en ésto. Y el buco de José Vicente tenía otro elemento propicio para su plataforma.

Las mingas se sucedían todos los sábados. A buen precio fué vendida una extensa zona del bosque donde se emprendió en el levantamiento de viviendas particulares para campesinos. Con esta mejora, demostró una vez más, el señor Pérez, que sabía sacar partido de toda desgracia. Los propietarios del valle se dieron cuenta, entonces, de que allí estaba un hombre de empresa y de gran voluntad.



ANDANZAS Daniel había formado su pequeño hogar al
DE margen de su familia. Continuaba en su
DANIEL empleo particular sin olvidarse de las

andanzas políticas ni de sus estudios. Demasiado tolerante era su patrón para disculparle tantas faltas de asistencia al trabajo por los compromisos adquiridos en la política, hasta que un día le amenazó con el despido.

La vida comenzó a golpear rudamente al joven padre. Lo poco que ganaba compartía con su mujer y su

retoño de ilegítima unión. Estaba a punto de abandonar sus estudios universitarios, cuando sus jefes del partido le facilitaron trabajo bien remunerado en uno de los organismos que las izquierdas tenían copados con presupuestos fiscales independientes. De tal manera, suspendió sus servicios en la empresa particular. Pero en el nuevo cargo debía laborar mucho en pro de la doctrina, aunque en el despacho brillase por su ausencia.

Daniel cumplía, una tarde tranquila, la comisión de visitar la comunidad indígena más fuerte del valle cercano. Y fué allí en compañía de un amigo y correligionario. Desde las alturas divisó un bosque y unas casas a medio levantarse. En cuanto satisfizo la consigna del partido, tomó un sendero y marchóse hacia el sitio de trabajo de su padre.

Antonio se disponía a alzar la faena. Por entre los árboles apareció su hijo. Los dos se abrazaron. Daniel presentó a su amigo y evitó hablar de la misión cumplida en la comunidad indígena. En la habitación de Antonio se sirvieron carne asada y maíz tostado. El buen viejo ordenó a su compañera que prepare la merienda para los visitantes y dos camas, pues era tarde para dejarlos caminar hacia la capital.

Entre los carpinteros que actuaban a órdenes de Antonio, uno reconoció en Daniel al exaltado extremista, muy activo entre los obreros de la ciudad. Le miraba de reojo y no vaciló en ir a dar parte de esta visita al patrón, cuyo espía creía ser sin que se le conceda importancia. El denunciante comunicó que los jóvenes hospedados en el bosque y bien recibidos por Antonio, habían venido de la comunidad vecina del predio de Gabriel Jurado.

Al descubrir que, pese a las ambigüedades del correo voluntario, se trataba del hijo de Antonio, el patrón escribió un papel al jefe de carpinteros para que hiciese llegar a Daniel hasta la casa de la hacienda y pueda "charlar un poco sobre política".

El jornalero que fué a presentar el caso ante el patrón, no auscultaba los sentimientos paternales de su jefe ni las intenciones de José Vicente. Creía que había hecho una denuncia comprometedora. Y empezó a comentar el lío entre los demás hombres del bosque, muchos de los cuales conocían que, entre el huésped agitador y Antonio, no existían otros vínculos que los sagrados de padre a hijo. No dieron importancia al asunto y, por el contrario, los carpinteros se amistarón obsequiosos con los dos visitantes y le convencieron al taimado de que cayó una oportunidad más para que Antonio afrontara la situación de su hijo izquierdista y mal querido de no pocos ciudadanos.

—Qué vientos le han lanzado por estos trigos, mi joven!, dijo José Vicente, al otro día.

—Quise verle a mi papá. Traje también una misión algo difícil, que me parece haberla cumplido.

—Sigue Ud. de redentor de los campesinos?

—Cada vez le encuentro con mayores arrestos de observador político a mi señor Pérez. Desde luego, como Ud. que fueran todos los conservadores, así francos, de claro y sincero pensar y útiles para el prójimo!

—Ya se salió de los límites precisos, Daniel. No soy conservador. Si lo fuera, no gustaría de discutir con Ud. Yo gozo oyéndoles a los comunistas en charlas cara a cara. Casi todos tienen facilidad de palabra.

—Me está estimulando, señor Pérez. Y, por la con-

fianza que me inspira, voy a contarle en qué ando. A mí también me gusta oírlo. Cada cual tiene sus preocupaciones y sus preferencias. El médico, el abogado, el ingeniero, el sacerdote, el agricultor, el maestro, todos forman parte del ser colectivo en el que el trabajo profesional, si bien satisface necesidades a contrato de compensaciones, marcha en pos de sus ideales de orden humano. Pero los pueblos admiten y aceptan, además, un mecanismo propiciador de justicia, en el que los hombres, sea la que fuere su profesión, se enrolan ya no sólo con la fe en el trabajo individual cumplido, sino también con las emociones del concurso colectivo y orientador, que pone sus miras en el Estado como órgano que administra el destino de todos. Ese mecanismo se realiza en los partidos. Y me he convencido de que el partido que mejor interpreta y desarrolla tal necesidad es el Partido Socialista. Ahora, en nombre de él, he venido a organizar una comuna y a aleccionar a los indígenas con respecto al Código de Trabajo y a las garantías establecidas en la nueva Constitución de la República. De paso, mi compañero instaló un curso para analfabetos. No le parece que estoy sirviendo a mi país como Ud. lo hace en la escuela de aquí?

--Muy bien. Ud. es ya un político doctrinario. Pronto le declararán opóstol y llegará a ser diputado de los campesinos, pese a que Antonio sueña con su conversión. Para decirle una verdad, voy tomando el sabor a nuestra política. Veo, siento y participo ya de lo que proporciona la política nacional. El hombre, como Ud. dice, no es, no puede ser, un ente aislado. Si es bueno, su bondad repercutirá en los demás hombres. Si es malo, también la maldad hará sus efectos en los otros. Pero

140 Joaquín Mena

surge el gran problema de entendernos todos. Cada sector tiene su moral y sus principios. Y lo bueno suele trocarse en algo malo a poco que se cambie de terreno partidista. Por manera que no cabe discutir los principios del Socialismo con los de otro signo doctrinario.



LA TRESTA Se sirvieron unas copas de cognac, y el
DE LA agricultor continuó:
IGUALDAD —Ahora quiero concretarme al método de

Uds. Están, dice, explicando ante los campesinos el Código de Trabajo y la Carta Política. Menos mal que se interesen también por el culto de la letra en reductos indígenas. Sobre este último particular conservo mis especiales apreciaciones. Y he de declarar, en lo tocante a lo primero, que la explicación de las leyes adolece del grave defecto de presentar fantasmas a los ojos de los indios. Faltan a la sinceridad desde que creen que las leyes se han hecho sólo para rielar reivindicaciones, ofreciendo fáciles las cabezas de los que llaman patrones ricos y explotadores ociosos. Pero, veamos el efecto de esta labor. Los indios hacen un mito de lo que no comprenden bien. O Uds. les explican las cosas en tal forma que les entiendan a medias. Así es cómo toda ley, por clara que sea, les vincula a los abogados, a los letrados, a los intelectuales que, por este camino, profesionalizan el tutelaje de la raza autóctona. Me he topado con campesinos a quienes se les trata de hacer un indiscutible bien y que no pueden dar un paso sin consultar al

doctorcito equis, sin cuya intervención todo se les vuelve una montaña. E inversamente, los problemas que requieren madurez mental y buen juicio se les echa con cuatro palabras categóricas para las rápidas movilizaciones de sus reclamos que les harán ricos de la noche a la mañana, sin el menor esfuerzo, sin diferenciar a los hombres cultos de los ignorantes, ni a los patrones honestos y cumplidores de las leyes sociales, de los egoístas y miserables. No es así? Por qué no predicán la intención total de los códigos? Por qué no fomentar el cooperativismo entre elementos que juntos crean riqueza y juntos sirven a una misma patria? Yo, como Ud. sabe, no posco bienes raíces propios. No he heredado nada de mis padres. Soy un trabajador de tierras ajenas. Luego, no estoy defendiendo las tesis arcaicas de los latifundistas. Mas, el método que siguen Uds. conlleva la desventaja de prevenir a sus enemigos y de obligarles a la defensa cerrada, de la que advienen los conflictos, la escasez de la producción, el recelo de los capitales y la quiebra del trabajo en sí. Ya verá, a partir de mañana; los campesinos que han escuchado sus lecciones estarán flojos de brazos, exponiéndose a ganar menos y despertando en los propietarios vivos la desconfianza en sus grandes esfuerzos y en los de sus peones. Y allá en la ciudad se alzarán los precios de las subsistencias, porque hay gentes que cotizan las dificultades nimias a valores que deben sufragar inocentes compatriotas. Y no se han dado cuenta de que los ricos ya emprenden en mejoras sociales, más con el fin de arrebatárles las masas a Uds., que con el de servir al pueblo?

—Perdone, señor Pérez. Una realidad no arreglada a lo largo de los siglos, jamás se compondrá por obra de

evolución lenta y esporádica. Las necesidades crecen y las consecuencias de la desigualdad han de ser más tarde fatales para todo el pueblo. Nuestro método tiene en su haber muchas experimentaciones de largas pruebas. Hay estados que alcanzaron, por la vía revolucionaria, el bienestar de las clases pobres, que son las más numerosas en el mundo. Y esa cooperación al mejoramiento social por iniciativa de ciertos hombres pudientes no es sino un paliativo que apenas prolonga la triste agonía de las masas.

—La idea socialista de Uds. no va más allá del Estado. El objetivo, por lo que advierto, es la sublevación de las masas para imponer un régimen que ampare a una clase. Pero el Estado es sólo un órgano del pueblo. Un mal órgano, aunque necesario. Y si buscan una idea de Estado que distribuya felicidad a un sector y elimine el derecho de las familias cuyo trabajo se acumula en las propiedades adquiridas o heredadas, a la larga tendrían Uds. que recomponer los nuevos obstáculos que la desigualdad, proveniente de los esfuerzos dispares, acarrearía dentro del nuevo orden. Me dirá Ud. que hay que señalar un límite a las adquisiciones, esto es, una frontera a la capacidad de trabajo de los individuos. Entonces, en qué queda el derecho a producir según las energías y las necesidades de cada uno? No descubre Ud. la injusticia en la igualdad? Lea de Rusia e infórmese de México qué sentido tiene allá la igualdad y qué esfuerzos titánicos han fracasado yendo tras la solución! Los mismos bolcheviques declararon que la dicha comunista prosigue en la etapa de las aspiraciones superiores al plano socialista que reclama sus inaplazables reajustes. Y tome en cuenta que el régimen de gobierno que se res-

ponsabiliza de esas aspiraciones y de aquella dicha es un régimen imperativo por totalitario, extraño, por ende, a nuestra Democracia, a cuyo amparo actúan Uds. y hasta la invocan como un bien supremo. Para Uds. la Democracia es un fin o un simple método?

--Entonces la situación está bien, señor Pérez? Crucémonos de brazos y aguardemos que a un Jurado, por ejemplo, se le ocurra limosnarnos un poco de felicidad sobrante.

--No tal, querido Daniel. La situación es un producto de la historia que no se ha de arreglar con medidas de Estado simplemente. Los estados o han desaparecido con autonomía y todo, o hánse debilitado ante el poderío de los grandes países. La situación es un problema popular. Necesita un arreglo proporcional a lo que somos y aspiramos a ser. La realidad pueblo es superior a las peripicias del Estado. Aquella realidad palpita en cada uno de nosotros. Y siempre cuando pensamos en ese defectuoso órgano de administración, envolvemos la realidad en sueños y la deformamos, porque solemos conceder al Estado las virtudes de un providencialismo que no existe. No hay tal Estado infalible. Y ya hemos visto que, por el contrario, él es inferior a muchos problemas del pueblo. De manera que Uds. viven apoyándose en un fantasma que inclusive se hace repudiable, desde que también sirve para dar curso a las fórmulas exclusivistas, a las fórmulas que no resuelven nada y todo lo complican. Es el tiempo, alimentado por la cultura y el trabajo, el que hará ver mejor la ruta de la justicia. Con otras palabras, es la evolución, como todo un ser vivo, la que irá sentando las soluciones hábiles en cada época. Y bien sabe Ud. que cada época tiene su justicia. No hay que

precipitar los asuntos. Uds., por revolucionarios, son, dentro del panorama de mis ideas, meros agentes que retardan la evolución, con ansias de anticipaciones. Cada vez que Uds. entran a actuar, se observa que terminan perdiendo, esto es, obligando al país a un retroceso controlado por los oscurantistas, por los que se beneficiaban de todas vuestras derrotas!

—Perdone, señor José Vicente. Nada es más cierto en el mundo que lo único real y efectivo que nos ofrece la lógica de la libertad es que los hombres nunca nos hemos de poner de acuerdo para escoger el camino del bienestar. Y si, por otra parte, es verdad que, de vez en vez, de la discusión surge la luz, las discusiones políticas echan sombras más densas sobre el presente y el porvenir. Sigamos viviendo esta etapa de la libertad de pensar y actuar. Así no dejaremos de buscar lo mejor. Entre tanto, continuemos siendo amigos, pues que la amistad es la llamada a fundamentar la comprensión entre los hombres. Y no le quitaré más tiempo. Muchas gracias.

—No se vaya, Daniel. Quédesc a almorzar aquí, junto a su papá. Alguna vez siéntase miembro de una familia. Distráigase. Descanse.

—Vendré otro día, señor Pérez. Hasta la vista! Adios, papá!

Por el sendero que serpenteaba sobre la colina, los dos amigos iban comentando las ideas de José Vicente Pérez y Vivar, nuevo tipo de hombre político, tan anti-conservador como antizquierdista, sin ser partidario liberal.

—Nada hemos perdido, Antonio, dijo José Vicente en saliendo al patio lleno de sol y de vida. Sigamos con

nuestro tema de hacer hablar a la tierra, a los árboles, al ganado y al agua! Y que ellos, los otros, se pierdan en su delirio por los programas políticos, poniendo el Vaticano, el Cominform o la Masonería Internacional encima de la Patria, para actuar como conservadores, socialistas o liberales, respectivamente. Dejémosles. Pero que también nos dejen trabajar a nosotros! Siquiera mientras sea posible engañarnos mutuamente con la palabra Democracia! Lástima es sólo que el porvenir pertenezca al que mejor y más pronto engañe al amparo de la palabreja!

—Así es, patrón. No acierto qué hacer con mi pobre hijo. Pienso en él y, a lo sumo, me queda la satisfacción de terminar mis reflexiones de padre bendiciéndole con cariño.

—Naturalmente, él está convencido de su ideal político. Lo que es raro entre las gentes acostumbradas a simular actitudes hasta lograr el plato de lentejas del presupuesto del Estado. Tarde o temprano, empero, les ha de resultar un buen esquinazo a los gritones. Un golpe de cuartel es cosa corriente como maniobra de los partidos políticos. Daniel y los suyos han de haber puesto ya el ojo en uno de tantos coroncles burdos y audaces, que de improviso se levantan de la cama con ganas de “salvar al país”. Ya verás, Antonio, ya verás. Todo ha de ocurrir, menos la salvación prometida Qué destino de pueblos! Vamos, vamos a las faenas.

EL HIJO Susana se paseaba en el jardín. A ratos se de-
D tenía a presenciar la clase que Graciela dic-
PÉREZ taba allí sobre asuntos biológicos. José Vicen-

te tenía preparado el ingreso de su esposa a la Clínica Maternal, y esperaba la orden del galeno.

La señora sintió un poco de malestar. Anunció a su marido que descaba acudir lo más antes a la Clínica. Vino el médico y opinó en igual forma.

Esa misma tarde, José Vicente fué a instalar a Susana en la Maternal, a donde acudían señoras de la encumbrada sociedad. Y dos días después, llegaba al mundo el primogénito del joven agricultor. Los padres y parientes no cabían de gozo. "Ha de llamarse Sebastián", decían los tíos. "Trá a París y a Burdeos, a conocer a su familia", profetizaban los pequeños primos de la criatura. "He aquí el nuevo Pérez", sentenciaban los observadores y testigos de lo que fué una fortuna.

José Vicente resolvió trasladarse a vivir en la quinta "Teresa". En la hacienda, todo se hallaba en orden. El plan allí impuesto se cumplía con exactitud de relojería.

En efecto, satisfecha la dieta de Susana, los dos esposos y su hijo se quedaron en la ciudad.

—Me considero más feliz que nunca, dijo el joven

marido a su mujer, en cuanto se sentaron a reposar en la sala de la bella quinta. De la hacienda, no te preocupes, Susanita. Todo está arreglado. Iremos allá en vía de inspección una vez por semana. Tengo en proyecto, además, organizar un negocio en la ciudad.

—Está bien. Sólo te suplico que abandones las inquietudes políticas. Pensemos en la familia. Voy a escribir a mamá enviándole una foto de mi hijo.

Juana veía con júbilo que la quinta se inundaba de felicidad. Ella y su chiquitín gozaban a plenitud del cariño de Susana. Y la muchacha hacendosa tenía ya a su alcance la ocasión de servir a la gentil comadre y patrona.

La señora mataba el tiempo leyendo novelas francesas y recibiendo visitas de los allegados al hogar. Su esposo alternaba entre la ciudad y el campo, siempre entusiasta y dinámico en sus labores, siempre correcto y cariñoso. Los políticos ya le habían tomado como una figura interesante. Los funcionarios se complacían en servirle. La prensa se cuidaba de no tratarle como a un cualquiera. Disponía de una buena biblioteca y se esmeró por hermoscar la quinta a gusto de su señora.

Una noche, José Vicente fué invitado por su primo Manuel a una reunión de agricultores. Allí se relacionó con otros terratenientes y con aviesos políticos interesados en comandar la marcha del país.

Los socios charlaron extensamente en el club. Bebieron mucho. El codiciado señor Pérez adquirió título de ingreso. No era más el hombre suelto de ideas económicas, ni el productor libérrimo que podía hacer y deshacer de sus efectos de comercio.

Y después de éso, con frecuencia llegaban las invi-

taciones de la sociedad. En medio del recato que imponía el duelo, él y ella se divertían un poco, al paso que progresaban los compromisos. Mas, no por tal cosa dejaban de fomentar los negocios. Los visitantes eran, por lo general, hombres de empresa, gentes de industria. Y, siguiendo esta trayectoria, el señor Pérez establecióse como gerente de una fábrica de tejidos y dueño de un centro expendedor de vinos nacionales y extranjeros. Extendió sus finanzas hasta Burdeos, desde donde sus cuñados hacían grandes exportaciones con destino a América.



CANDIDATO El Club de Agricultores, contra la opinión de los reacios terranientes que, para disimular su desconfianza a las ideas

A

DIPUTADO

del señor Pérez, decían que éste es muy joven y no conoce la realidad del país, decidió, por gran mayoría, que José Vicente sea el candidato a diputado por la provincia y que se lleve su nombre, con recomendación especial, a las fuerzas unidas de derecha.

El señor Pérez no había concurrido a la sesión memorable. Y, en cuanto se le comunicó la nueva, redactó su formal excusa. La excusa no fué aceptada y era tarde para admitirla. Su nombre ya constaba en la lista proclamada por los organismos directivos de los partidos unidos.

La ciudad estaba descargando el peso de preocupaciones y compromisos en el hasta hace poco silencioso

finquero. Y, como los negocios rendían a satisfacción, su permanencia en la urbe se volvía muy necesaria. Por otro lado, los halagos y la fama política que él edificaba ya formaban parte de su conducta.

Una comisión de prestantes caballeros estuvo una mañana a saludar al señor Pérez y hacer conocer el plan de propaganda electoral. Decíase que había excelentes probabilidades de triunfo. Se presentaron luego otros candidatos de la lista. La conferencia fué larga. Todo quedó aprobado y resuelto.

Los periódicos anunciaban el retorno del Poder a la derecha. Comentaban los juegos exactos del Partido Conservador y sus adláteres. Una especie de recelo se cernía por entre los demás sectores. José Vicente era ya un hombre atrapado por la política, pese a sus anteriores confesiones. Más todavía, era una ficha nueva en el tablero de se definían las apetencias retardatarias de los ricachones con y sin escrúpulos.

Sin embargo de las vallas impuestas por los izquierdistas en la ley electoral, las inscripciones de los ciudadanos daban lugar a largas colas de hombres y mujeres, civiles y religiosos, entre los que predominaban los mozaibctes de dieciocho años de edad, que aún respiraban un aire místico y colegial.

El gobierno ofreció libertad absoluta para los sufragios. Y, por este orden de cosas, las izquierdas minoritarias no disimulaban el descontento y se agitaban a la vista de los pesquisas y guardias civiles que, olvidando a los rateros, les seguían los pasos con temor, pero también con la intención de jugar el todo por el todo.

No tardó en circular la especie de que se conspiraba sistemáticamente en los organismos residuos de la

Asamblea Nacional y en los cuarteles. En las diversas esferas sociales se calculaba con la caída del régimen. Los agitadores hablaban más alto. Echaban de menos el programa de la revolución. Acusaban al Primer Magistrado de seguir la política del jesuita, desde que subió al Poder.

José Vicente y su señora partieron a "La Esperanza" en vía de recreo. En la ciudad se presentía algo grave. Por las noches se intensificó la vigilancia en los cuarteles y en las casas de los políticos de oposición. Los diarios de la fecha siguiente publicaron la noticia de que los cabecillas de un intento de revuelta fueron aprehendidos y expulsados del país.



VAYA UN PLAN TERRORISTA! Ese día, varios amigos del Club de Agricultores estaban en la hacienda, a conferenciar con el señor Pérez sobre la si-

tuación. Las cárceles se llenaban de presos. En grupos compactos iban cayendo estudiantes universitarios, obreros y jefes izquierdistas. La Universidad suspendió las clases. En las fábricas se impuso un orden de fuerza, a fin de evitar las consabidas huelgas.

Tan repentinamente ocurrieron estos hechos, que las gentes se preguntaban en las calles y plazas de la ciudad por la forma cómo se habría descubierto el complot sedicioso y por la naturaleza misma de éste. El gobierno publicó unas declaraciones suyas. Las hojas sueltas oficiales que los amigos de José Vicente llevaron a la ha-

cienda, citaban un plan terrorista, dentro del cual los comprometidos aparecían con números y se había puesto señal de cifra también a los que debían ser victimados con armas de fuego, con instrumentos cortantes, en la horca o por medio del veneno. Muchos hombres del gobierno y de los partidos de derecha se imaginaban haberse salvado de la muerte por milagro, y se tocaban el pellejo por si la salvación fuese apenas un sueño.

José Vicente y sus amigos resolvieron volver a la ciudad. En el parque principal sonaban disparos de rifle y de pistolas lacrimógenas. Los estudiantes de la Universidad se habían apoderado del edificio al grito de "Abajo la Dictadura!" El ejército seguía fiel al régimen. No le costó mayor trabajo desalojar, después de un par de días, a los jóvenes universitarios. Y llovían las adhesiones de los oportunistas al Presidente de la República, condenando el atentado.

—No hemos olvidado la marioneta, dijo José Vicente al Director del club con quien avanzó hasta su quinta. Falsa o verdadera, esta laya de revolución nos pinta tal como somos: indecisos, tenebrosos y cobardes. Con ese miedo de parte y parte, con sus recelos y esa intranquilidad, nadie se concreta a sus deberes para consigo y para con la patria. Todos esperan novedades por el simple deseo de esperar. Ya es un hábito la procura de cambios administrativos, aunque nada gane el pueblo con dichos cambios. He ahí una izquierda que, no pudiendo establecer la competencia en las urnas, quiere tomar las cosas por arriba. Y he ahí también un gobierno que actúa en función del temblor y la importancia que concede a los grupillos y a los hombres que, desde tiempos atrás, viven siendo un peso muerto en la vida republicana.

na. Si nuestros gobernantes supieran ser leales a una norma y a un principio antes y después de recomendarse como candidatos, ni habrían sido tiranos para conservar el orden, ni habrían sido flojos para perdonar a los profesionales de la sedición.

—El gobierno tiene razón de proceder con mano dura, repuso el interlocutor. Los enemigos del régimen, cual rezagos bien ubicados de la izquierda legislativa dominante, actuaban en todas partes con autonomía presupuestaria. Las leyes estaban hechas como para matar al gobierno y destrozarlo, sin dar tiempo a la queja. Lea esa Constitución por ventura rota y se convencerá de la perfidia moscovita en realidad de conducta de renegados!

—Sí la conozco. Hace poco andaba por el valle un enviado del bloque izquierdista, aleccionando a los indios sobre sus derechos. No quiero pensar que ese enviado haya estado cumpliendo consignas vinculadas a la revuelta. Pero es cierto que hemos soportado órdenes superiores que el Soviet imparte para países como el nuestro. La revolución legalistas no es cosa nueva. Francia marcha, en la actualidad, por el mismo camino en manos del Comunismo

—Opino que cualquier otro mandatario habría procedido de igual manera en las circunstancias conocidas. Y esa Carta Política tenía que desaparecer tarde o temprano. Mejor que haya sido temprano. Fué ella tan artificiosa y llena de trampas, que el control total del país iba quedándose a merced de los pequeños grupos constitucionales integrados por ciudadanos de poca inteligencia y mucho temperamento.

—No sé si me equivoque. Pero se me ocurre pensar

que la explosión revolucionaria del año anterior no fué un fin en sí mismo, sino un pretexto previo a otras situaciones que cada partido calculaba meticulosamente para luego de derribado el régimen aquel. De modo que, en tanto las derechas escogían a su tiempo la vía legítima, las izquierdas ordenaban su mundo propicio para que explote en condiciones favorables. Quizá contra algo semejante estaría luchando el pasado gobierno.

—El otro fué víctima de su impopularidad, José Vicente. El otro era producto del más escandaloso fraude que ha podido perfeccionar el viejo Liberalismo. Entre ayer y hoy existe una diferencia: ayer, la lucha fué de sólo el Ejecutivo contra estas fuerzas a las que secundaba el pueblo. Ahora, la lucha es entre las izquierdas y el Poder o sea entre el Estado mismo y unas leyes incómodas y teóricas. Esta vez parece que el pueblo no ha entendido el momento. La apatía popular está apoyando, claro se ve, la actitud del gobierno, dado el antecedente de que la Asamblea Nacional tuvo que salir por la ventana, en medio de la sorda contienda entablada contra el régimen.

—Sigamos observando. Todavía habrá que esperar algo más. Seguramente vendrá una nueva convocatoria a elecciones para el Poder Legislativo, y entonces Uds. sabrán lo que hacen. Para mí, en buena hora que mi candidatura diputadil se haya anulado. No me agrada esta suerte de distracción.

Una parte de la prensa concedía importancia de seriedad al intento revoltoso. Los demás periódicos se movían del plan terrorista. Pero, sea de ello lo que fuese, comprendió el joven agricultor que, por el momento, más importa preocuparse de la industria maderera, de

sus rejos, siembras y trojes, de su bodega de vinos y de su fábrica de tejidos. Regresó a la hacienda, afanoso por hacer un recorrido general. Susana quedó en la quinta, acosada por las llamadas telefónicas de los amigos y consocios de José Vicente.



EMILIO El Contador General y Graciela se habían
Y constituido en los señores de la granja. Sus
GRACIELA órdenes eran obedecidas con gusto por

empleados, sirvientes y peones. Marcelo, el mayordomo, se desmepeñaba a plena satisfacción. Y, allá en el bosque, Antonio convertía en cheques y billetes los árboles añejos.

El señor Pérez, respetando el curso libre de las fecundas iniciativas de sus subalternos, les dejó en paz y, con Marcelo y Pedrito, salió a un rodeo por las cumbres y laderas.

Los amores de Emilio y Graciela, entre tanto, habían progresado mucho. Durante el día trabajaban con ejemplar ahinco. Desde las ocho de la noche, en cambio, si no conversaban en la sala oyendo música o bailando, se sentaban afuera, junto a las plantas trepadoras, a gozar del perfume de las rosas y los lirios, dedicados al diálogo en voz baja. Se amaban.

—Graciélita, dijo Emilio, verdad que somos felices?

—Ya lo creo. Y esta felicidad se la debemos, en parte por lo menos, a nuestros queridos patrones.

—Creo que toda la dicha se la debo yo a ellos. Es mi anhelo que ellos sean

Emilio hizo una pausa. Ahogó un suspiro y dió un beso a su amada.

—Que ellos sean qué?

—Que ellos nos acompañen siempre.

—Depende de nosotros más que de los señores.

—Depende de tí, Graciela.

—Qué quieres decir?

—Quiero decir que pienso en nuestro futuro

—Yo también pienso en él . . .

—Entonces

—Entonces tienes la palabra, Emilio mío.

—Con la palabra hemos estado desde que nos conocimos. Cerremos el capítulo de la palabra. Nuestro amor es digno de la eternidad. Mis padres ya lo saben y están contentos.

—Feliz tú que cuentas con la opinión directora de tus queridos padres. Yo, bien me conoces, soy sola. Y no debo acariciar otra aspiración

—Iba a decirte que el señor Pérez y su esposa serán nuestros padrinos.

—Lo digo yo también, amorcito.

—Cuándo?

—Dímelo tú.

—El día de los cumpleaños de la señora Susanita.

—Muy bien. Voy a prepararme. Tengo unos ahorritos de la profesión.

—No te preocupes. Yo pediré mi herencia y estableceré una consignación en la capital para hacerme cargo de los productos de la hacienda, a comisiones.

El enlace quedó pactado. Intercambiando ardorosos besos, se levantaron y se retiraron a sus piezas. Graciela vivía acompañada de las longuitas del servicio domésti-

co. Emilio tenía a Pedro bajo su inmediata vigilancia. El muchacho dormía en el mismo cuarto.

Pedro observaba minuciosamente los amores de la joven pareja. Abandonando la cama, por las noches se deslizaba hacia los corredores y gustaba de estar mirando a los dos a través de los visillos. A la luz de las lámparas o a la luz de la luna, esos amores avanzaban tenaces con la complicidad de las sombras. Y nada se le escapaba a Padro.

En el recorrido que hizo José Vicente hasta el páramo, más con el objeto de ahuyentar los temas políticos que de verificar un rodeo, Pedro contó que Emilio y Graciela se pasaban a solas hasta altas horas de la noche en el jardín. Entre el jadear de los caballos, el ruido de las caídas de agua y los informes ocasionales del mayordomo, el chico intercalaba alusiones delatorias de la intimidad de ella y él.

—Qué dicen, qué hacen?, preguntó el patrón con maliciosa curiosidad.

—Se abrazan y se besan. Bailan tocando la victrola. Van al bosque y a los potreros. Una vez se enojaron. El señor Emilio, dejando de ir a verle a ella, me tenía al lado de él arreglando los libros de contabilidad hasta las once o doce de la noche. La señorita Graciela se acostaba temprano para dormir después de llorar mucho. Ahora ya están de buenas.

—Emilio y Graciela van a casarse. No lo sabías?

De regreso de la excursión, el señor Pérez y el mayordomo se detuvieron en las parvas de cebada. Ordenó a Pedro adelantarse a la hacienda para que avise que Emilio y los choferes deben empacar mieses y cargarlas

en el camión. Quería marcharse a la ciudad inmediatamente.

Medio mohino, Pedro se acercó a dar la noticia a Emilio. Este puso malos a la obra. En el desarrollo de la labor, algo estaba malo que dió motivo para que el joven amoneste al chico, quien amenazó con que el patrón le va a reprender a él, porque le molesta a la señorita maestra.

Graciela se desocupó de sus tareas y dispuso lo necesario para que el señor Pérez vaya merendando.

José Vicente se sentó a comer. Pidió que Emilio y Graciela le acompañasen. Ella no sospechó que se precipitaba el momento de participar al patrón el asunto matrimonial. Pero Emilio lo advertía.

—Todo va bien, Gracielita?

—Absolutamente todo, señor Pérez.

—Me alegro. Quieren ir el domingo a la quinta?

—Descamos saludarle a la señora y conocer al niño, dijo Emilio

—Encantado.

—Además, agregó Emilio, tenemos que anunciarles otra grata nueva.

—La nueva del matrimonio? Mayor encanto para mí. Y Susana gusta de hacer casar . . .

Sonrojados y nerviosos, los dos amantes se miraron de soslayo.

—Esa es la ley de la vida, muchachos, manifestó el señor Pérez, preniendo su vista en ambos. Con tal de que no me abandonen, yo les ayudaré a sostener la cruz. Así es que me doy por avisado.

—Señor Pérez, por favor, dijo Graciela, de que Ud. lo

sepa, estamos complacidos. Pero a la señora Susanita queremos comunicarle personalmente. Dénos este placer!

—Está bien. Labios sellados. Les esperamos el domingo!



LOS Se alzó la mesa. Los motores del camión y
CHOFERES del automóvil comenzaron a tronar en el

patio. Los choferes, que conocían del amor que florecía en la hacienda, se pusieron en camino con el patrón y con la envidia natural de varones desafortunados. Uno de ellos quería apostar que no habrá matrimonio. El otro creía estar seguro de que sí. Formalizaron una apuesta para dentro de un mes, previas las declaraciones tomadas al testigo Pedro.

El señor Pérez iba pensativo. Acaso reflexionaba en la deserción de la servicial pareja. Quizá se imaginaba que su escuelita corría peligro. O tal vez suponía que, de quedarse ambos en la hacienda después del matrimonio, el trabajo ya no sería tan decidido y entusiasta.

El chofer del automóvil, a cuyo lado se sentó José Vicente, era el de la afirmativa en la apuesta. Y se aventuró a insinuar una conversación al respecto.

—Señor Pérez, hemos hecho una apuesta Sergio y yo. El dice que Emilio y la señorita Graciela no se casarán.

—Magnífica apuesta. Pero se me viene la idea de que Ud. oyó algo de la charla que tuve en el comedor con ellos.

—Nada de eso, patroncito. Yo suelo poner la bala

donde pongo el ojo. La señorita está Ud. ya me comprende

—No lo he notado.

—Ganaré la apuesta?

—Está ganada. Son jóvenes que han resuelto su porvenir. Me alegro de que hayan visto claro su destino. Y ya que hemos hablado de esto, le ruego guardar reserva.

—Me conviene mantener el secreto. Confíe.

En el camino, delante del automóvil, iba formándose una hilera de granos de maíz. Un costal que formaba parte de la carga del camión se había roto. Pararon los carros en la cuesta. Los dos choferes se dispusieron a arreglar el cargamento. Risueño, el chofer del automóvil dijo al otro:

—Veo que me vas a ganar, Sergio.

—Quieres duplicar? Que sea por dos docenas y el picante!

—Espera! Dos docenas y el picante para un domingo en La Carolina? Está bien!

El patrón parecía dormir dentro del automóvil. Tenía cubierto el rostro con un periódico.

Los vehículos volvieron a ponerse en marcha. Ya coronaban la cuesta desde cuya cumbre se veía iluminada la ciudad. Allá, lejos, se destacaba el macizo edificio del Penal, mundo aparte de los perseguidos en nombre de alguna causa o de algún pretexto.

—Patrón, sin quererlo, se duplicó la apuesta, habló Abelardo.

—El problema se complica.

—Bastante. Tanto más que Sergio anda enamorado de Juana por mucho que ella no le corresponda.

—Vaya, vaya! Qué he estado para oír este día! Jua-

nita es una buena muchacha. No le falta experiencia.

—Por la experiencia que tiene es que no le hace caso al mudo. Mientras está en la quinta, es de verle todo él romántico, comedido y molesto. A veces me vienen ganas de hacerle una pasada.

—Como qué? Hay que cuidarle a Juanita.

—No hay peligro, patrón.

—Hagamos una pequeña volada, propuso José Vicente, enfervorizado por la charla.

—La que Ud. quiera.

—Anuncie a Susanita con cautela que el domingo estará Sergio a pedir la mano de Juana.

—Cierto! Así habrá dos parejas bajo el mismo asunto.

Al cruzar las calles de la ciudad, José Vicente observó que patrullas de soldados a caballo recorrían los barrios centrales. La inquietud no había pasado. Circulaba el rumor de que grupos de ciudadanos se preparaban para asaltar al cuartel de guardias civiles. Y se multiplicaban las manifestaciones relámpago, breves arremetidas de pequeños conjuntos que lanzaban gritos contra el Dictador y, luego de desfilar una cuadra, se disolvían sin dejar rastro ni dar chance a los policías.

En la quinta, todos dormían. Al oír el ruido de los carros, se levantó Juana y prendió las luces de los pasadizos.

—Buenas noches, patrón, saludó Juana.

—Buenas noches, comadre, contestó él.

Abelardo se puso perplejo al percibir tal saludo por primera vez. "Comadre", repitió entre dientes. Para destrocár el equívoco, José Vicente se apresuró a decir que Juan era su comadre.

—Buenas noches, señorita Juana, saludó Sergio.

—Patrón, no viene nada dentro del automóvil? preguntó Juana, esquivando la atención de Sergio.

—Conteste, comadre. Sergio le está saludando. En el automóvil viene algo para la despensa.

—Voy a sacar. Buenas noches, señor Sergio. Cómo ha venido?

—Bien, señorita Juana. No le gusta contestar mis saludos, no?

—Disculpe que no le oí.

Muy por la mañana del siguiente día, Sergio escribió un papel para Juana y, disimuladamente, lo hizo resbalar por debajo de la puerta en la pieza donde ella dormía. Preparó el camión y retornó a la hacienda.

Juanita pasó de la cocina a su cuarto y levantó el papel del suelo. Lo leyó y lo rompió luego. No era la primera ocasión que recibía un parte amoroso. Pensaba a ratos y terminaba llorando su pasado. No quería más aventuras.

—Patrón, qué debo hacer?, entró preguntando el chofer del automóvil.

—Limpie el carro para que nos lleve a la fábrica.



HACIENDO La fábrica estaba situada en las afueras
U **N** de la ciudad. Susana solía distraerse tam-
LIO bién viendo funcionar los telares. En

cuanto tomaron asiento en el automóvil los esposos Pérez-Datroix, Abelardo creyó llegado el mo-

mento de cumplir la broma del pacto. Los patrones no disimulaban su cólera al ver piquetes de guardias civiles armados en el barrio industrial.

—Patrona Susanita, Sergio y Juana pidieron licencia para el domingo?

—No nos han dicho nada, repuso amablemente la señora.

—A mí tampoco me han dicho nada, agregó el señor.

—Entonces ahora han de pedir el permiso. Sé que en este mes se casan.

—Esta es broma suya, Abelardo. Sergio está enamorado de Juana sí; pero no veo acercarse el matrimonio.

—No sé. Lo único que hago es anticipar para que dispongan lo conveniente. Ya vendrá el comunicado oficial

—Que venga el comunicado oficial y entonces creeré. Juanita es un encanto de muchacha.

—Sergio también es un encanto de ciudadano, patronita. El ha sido el del número 27 que debía matar al número 89, según el plan terrorista. Es de izquierda, por sí acaso.

Los dos esposos se echaron a reír. José Vicente corroboró las palabras de Abelardo.

—Así es, dijo el señor Pérez. Desde luego, a mí no me importa la tendencia política de Sergio. El me importa como chofer y como presunto novio de Juana.

El domingo muy demañana, Emilio y Graciela fueron a saludar a los patrones en compañía de los padres del novio. Susana se mostró muy fina en atenciones a los visitantes.

Abelardo fué a soltar anchas carcajadas en el garage, donde Sergio limpiaba el motor del camión.

—Por qué te ríes, idiota?

—Porque ahora me pagas, imbécil!

—Bruto, te van a crecer ebrio!

—Animal, río de tu número! No del número 27 sino del número del domingo en La Carolina!

Juana echaba discretas miradas al garage por la ventanilla de la despensa.

En la sala, Emilio y Graciela afrontaban el tema ante la indescrptible complacencia de los patrones. Se formalizó el padrinzago.

En sus idas y venidas a la sala, en cumplimiento del agasajo que la patrona hacía a los novios, Juana se dió cuenta del asunto y buscó modos de ir al garage. Dando la cara a Abelardo y viendo de reojo a Sergio, indicó que Emilio y Graciela contraerán matrimonio después de quince días.

Sergio lanzó lejos el paño que tenía entre manos y palideció.

—Por qué palideces?, preguntó Abelardo. Acaso tú estaban comprometido con la señorita profesora?

El rostro de Juana se cubrió de rojo. Mordió los labios intrigada por las palabras de Abelardo.

—Comunista, no te dije que me reía de tu número? Ya ves? Bonito número!

Juana se puso nerviosa y no acertaba a entender el lío. Adentro, la patrona, que esperó recibir a una embaajada de Sergio y Juanita, celebraba la resolución de la pareja de novios y decía que José Vicente y Abelardo, mal informados, estaban creyendo en otro enlace.

Graciela tomó en sus brazos al niño Pérez y escu-

chaba de boca de Susana las ternuras que proporciona el hogar formado con amor y decisión. Emilio charlaba con José Vicente acerca de que en la quinta estaba circulando una broma con Juana y Sergio como protagonistas. Decía que eso habían hecho para despistar el verdadero caso.

—Abelardo es muy ocurrido, dijo Emilio. Con él es de pasar en continuas risas. Y es de ver cómo se tratan y qué epítetos se gastan él y Sergio!

Desde luego, ambos son de correas. Y no ha sabido que el uno es curuchupa y el otro comunista? Pero ninguno es peligroso. En el trabajo son muy correctos.

La escena entre Abelardo y Sergio demoró en sus-tanciarse. Al fin, Juana se enteró de lo que se trataba y se separó del simpático dúo de choferes. Gordo y alto el uno, Sergio, y pequeño, enjuto y zanquivano el otro, los dos vivían simulando peleas con el dicitario y en pleno humor de fiesta. Trabajaban contagiados por la felicidad de sus patrones.

—Niña Graciela y señor Emilio, mis parabienes, entró diciendo Juana. Los choferes, llenos de contento, van hoy a La Carolina. El señor Abelardo ha ganado cervezas y picantes al señor Sergio. Con los choferes del bosque dizque se han dado cita.

—Efectivamente, interrumpió el patrón. Sergio decía que Emilio y Graciela no se casarán pronto. El otro sostenía que el matrimonio se venía al galope . . .

—Al galope! Cómo han sabido?, preguntó Graciela.

—No sé. La verdad es que hoy tienen día vacante. Que vayan a gozar.

—Llevo a Graciela a la casa, dijo Emilio. Allí le espera mi familia.

—Un momentito. Juanita, llame a los choferes. De-
seco que se sirvan una copa con ellos. Lá mañana está
muy fría.

—Aquí te quise ver, escopeta! No te portarás ner-
vioso delante de Juana!, gruñó Abelardo.

Entraron los llamados. Se generalizó la alegría. Des-
cubierto todo el plan, el patrón sacó un billete grueso del
bolsillo y extendiólo a Sergio para el compromiso del día.
Se sirvieron un cognac y se disolvió la reunión matutina.
Los novios fueron a casa de Emilio. Abelardo y su com-
pañero se lanzaron rumbo al barrio expansivo.

Por la ancha calle pasaba una manifestación re-
lámpago. Los choferes ingresaron a ella. Suspendingo el
acto, estaba hecho el grupo para la farra. Momentos
después, a todo correr llegó la policía montada. Ninguno
de los manifestantes se dejó apresar.

El dúo de choferes, amigos centrales de la camarade-
ría de trabajadores de la hacienda y del bosque, se me-
tió hondo en la noche de farra, en unión de otros miem-
bros del Sindicato. Los guardias civiles que hacían el
servicio por ese lugar, identificaron a Sergio y lo llevaron
al calabozo más cercano. Rápidamente se distribuyeron
en comisiones los compañeros sindicalizados. Al princi-
pio, la autoridad se negó a conceder la ex-carcelación de
Sergio. Rendidos de tanto andar de aquí para allá, el gru-
po de Abelardo, con una orquesta de suburbio, fue a dar
un sereno a Sergio en la prisión. Casi al amanecer, gra-
cias a los buenos oficios de Manuel, primo del señor Pé-
rez, ante quien intercedió Juana, abandonando el secre-
tismo de su afecto, el entusiasta manifestante fue pue-
sto en libertad.

En casa de Emilio bailaban numerosos invitados. Se

celebraba el cambio de aros. De improviso, una orquesta tronó debajo de los balcones. Eran Sergio, Abelardo y otros choferes de la hacienda y de la ciudad.

A las ocho de la mañana, Juana se presentó en el recinto de la fiesta con el abrigo de Sergio, a comunicar que el patrón había ordenado que por la tarde estén todos en "La Esperanza".

Abelardo vió entrar a Juana y le invitó a una copa. Emilio le ofreció otra. Sergio dormía en un sofá.

—Lo que es yo me sirvo esta copa por otros dos candidatos a divorciados, gangueó Abelardo.

—Calle, calle! Ud. ya está borracho, dijo Juana.

—Por qué se toma el duelo?, interrogó Emilio.

—Los patronos han de llegar a saber y se han de disgustar.

—Salud por Juana y el comunista!, gritó Abelardo.

Juana aprovechó el instante y salió corriendo.

Luego de dormir un poco en la quinta, los choferes se pusieron en camino a sus labores. En la hacienda, Susana había tomado a cargo la escuela. Después, el trabajo prosiguió como antes. El patrón regresó a la quinta con su mujer.

CARTAS La madre y los hermanos de Susana despachaban para acá una nutrida correspondencia ilustrada. Iban y venían las fotografías

DE denunciadoras de nuevas realidades ante los ojos de los destinatarios de uno y otro lado del océano. Y llegaban también periódicos franceses, con los que se deleitaba la joven esposa.

FRANCIA Francia atravesaba una difícil etapa política. Allá como aquí, la lucha entre derechas e izquierdas era tenaz y muy cargada de astucia. Los párrafos epistolares dedicados a José Vicente explicaban que el Soviet quería hacer de Francia la avanzada del Comunismo occidental y la clave de la solución del problema español.

Menudeaban, además, los desacuerdos en la Asamblea Nacional de la República Francesa, entre los simpatizantes y afiliados a los cuadros de Stalin y el sector del Movimiento Popular. Todo esto se sumaba a la extensa literatura de crítica política, vertida en revistas y libros que enfocaban el panorama de Occidente. De manera que el señor Pérez seguía al detalle y contando con fuentes precisas, el curso de los acontecimientos en la tierra de su esposa.

Fabiola, hermana de Susanita, había muerto. La

pobre viejecita, asistida por sus dos hijos, arreglaba la existencia de sus últimos años, solazándose a ratos con las cartas cariñosas de su hija y su yerno. Y sufría la miseria general de una Francia acabada y abatida por las ambiciones de los usufructuarios de la guerra y de los salteadores de la post-guerra. Con hondos problemas del trabajo, una desesperante inactividad agrícola e industrial y la incertidumbre en el dominio de las fuerzas políticas gobernantes, ésa hermosa patria no parecía estar saliendo de un conflicto internacional sino entrando en otro nuevo.

Los dos hermanos de Susana trabajaban en una planta vinícola y habían podido iniciar con suerte una empresa exportadora. Por intermedio de ellos, José Vicente ponía al consumo en su ciudad los primeros vinos de acreditadas fábricas de Burdeos, que reabrían sus puertas al comercio internacional.

Enjugándose las lágrimas, Susana, sentada en la biblioteca, miraba el último retrato de Fabiola. Y releía la carta enlutada de su querida madre.

Una lluvia pertinaz golpeaba los cristales de la galería. De vez en vez, se iluminaba instantáneamente el recinto con las ráfagas de lejanas tempestades eléctricas. Entró Juana con una carta más, recogida del buzón de la puerta principal. La muchacha se angustiaba al comprender que algo triste afectaba hondo a su patrona. Las cartas de negros ribetes que estaba escribiendo Susana acentuaron la sospecha.

—Todavía no viene José Vicente?, preguntó la señora a Juana.

—Aquí está el patrón. Leyó una carta y pasó al dormitorio.

—Díle que quiero verlo.

Dominado por la nostalgia, pero demostrando que deseaba reanimar a su mujercita, tomó la carta que había colocado sobre el velador y se levantó.

—Susanita, dijo, he pensado que es urgente que tu mamá venga cuanto antes a nuestro lado. Tus hermanos tienen que ver ahora por sus respectivos hogares. El final de Fabiola puede llevarle pronto a la tumba a tu madre.

—Mi buen José Vicente: eres muy digno y generoso. Que se cumpla tu voluntad.

—Sí, mi amor. Ella estará bien con nosotros. Si mis nunca bien llorados padres se me fueron, siquiera gocemos de la presencia de tu madre que es la mía. Déjame escribir y arreglar este asunto.

José Vicente fue a su escritorio y dispuso lo necesario para que la Sra. Datroix haga viaje a América.

La carta recién llegada para Susana venía de uno de sus hermanos. En ella se decía que la anciana estaba a punto de agravarse del corazón y que se le había prescrito un cambio de ambiente.

—Mira, qué coincidencia!, se acercó diciendo Susana. Jorge me escribe que se le ha recomendado un cambio de clima a mamá.

—Magnífico. Hagamos un cablegrama. Voy este momento a despachar un giro.

La tristeza de Susana cedió. Ver a su madre junto a sí, aunque fuese para profundizar bajo el mismo techo el dolor de la partida de Fabiola, parecía un esquema de sueño en súbita demanda de emociones.

Y así fue que Jorge contestó pocos días después anunciando el viaje hacia Susana. El había contraído

nupcias con la hija de un industrial relojero. Negociaba en vinos. Aunque nada decía sobre la posibilidad de que le acompañase su señora en el viaje a América, José Vicente guardaba las esperanzas de una grata sorpresa que alegraría por entero a su querida mujer.



EL SEÑOR MINISTRO A raíz de los últimos acontecimientos políticos, se produjeron unas renunciaciones ministeriales. Un Ministerio fue ofrecido a un

fuerte industrial costeño, el mismo que se excusó por no estar de acuerdo con el orden imperante. Pero se pusieron en movimiento ciertos grupos políticos y éstos candidatizaron para Ministro a José Vicente Pérez y Vivar, joven en quien las derechas veían un valioso soporte de sus intereses. Acogiéndose a la táctica de aprovechar a los hombres "sin resistencias", todos los socios del Club de Agricultores y numerosos amigos tenían asegurado el Ministerio para él.

Una mañana que José Vicente salía hacia el centro de la ciudad, fue detenido en la puerta de la quinta por una comisión de militares, a la que acompañaba el Secretario Particular de la Presidencia de la República.

—A las órdenes de Uds., señores, José Vicente Pérez.

Dió media vuelta e invitó a la comisión a entrar en su casa.

—Mucho celebramos el conocerlo, señor Pérez. El Primer Magistrado nos envía aquí a presentar a Ud un atento saludo y a ofrecerle, en nombre del gobierno y del

ejército, la cartera de Economía. Invocamos su amor a la patria y sus nobles propósitos de hacer surgir las fuerzas vitales de la nación. Correspondiendo a sus patrióticas energías, el pueblo sabrá enaltecer y reconocer sus sacrificios en el Ministerio.

Tal expuso el militar de más alta graduación. Otro de los comisionados dijo que Su Excelencia esperaba hablar con el señor Pérez esa tarde.

José Vicente se quedó perplejo. Todavía no le pasaba la primera impresión que le ocasionó la comparecencia de militares en su casa. Creyó, al principio, ser quizá uno de los detenidos políticos que debían abandonar el país, contrariamente a lo que pudo haber sucedido con otros hombres ministeriales, a los que, en vez de una cartera, les fue entregada una orden de expatriación.

—Amables caballeros, contestó el señor Pérez, jamás pensé que yo sería tan necesario en mi patria. Apenas llevo escaso tiempo de vivir aquí. No puedo asegurarles que conozca a fondo la realidad nuestra. Mis amigos me han brindado conceptos que no se los merezco. Estoy muy agradecido de la bondad de Su Excelencia. Y lo siento, señores, ese cargo no es para mí. Sirvanse manifestar al Primer Magistrado mi formal excusa, así como mis sinceros reconocimientos por su confianza.

—Mire, señor Pérez, repuso un capitán. Para llegar a esta decisión, el Mandatario ha examinado todos los aspectos del momento político. Queremos en el Ministerio de Economía un hombre como Ud. Le rodearemos del elemento técnico suficiente. Además de las razones relativas a sus conocimientos y a su ética, nos interesa salir ya de las vulgares consagraciones que la política ha venido haciendo dentro de la administración. En tal ca-

so, dejaremos a Ud. en paz, a fin de que se decida hasta mañana.

Los comisionados se despidieron. José Vicente fue hacia Susana, a dar cuenta de lo ocurrido. Ella estaba muy inquieta sin saber de lo que se trataba.

Después de cruzar cariñosas palabras con su mujer, el flamante candidato a Ministro marchó al club de sus amigos. Hizo reunir a los dirigentes y a varios socios. Algunos de éstos advirtieron el objeto de la reunión. Viejos calculadores de los que le distinguían a José Vicente, tenían ya hecha la atmósfera propicia para empujar al joven agricultor a la aceptación del Ministerio. Todo estaba arreglado y previsto.

En cuanto el señor Pérez expuso el motivo de la reunión, los gestores del movimiento se adelantaron a analizar la situación del país y la necesidad de que sus hombres, sin comprometer todavía al Partido Conservador, estén dentro del gobierno. José Vicente se mostraba reacio a aceptar el cargo. Entraron otros socios, quienes afirmaron que de él está dependiendo no sólo el prestigio del Club de Agricultores sino también la tranquilidad del régimen que les había hecho el servicio de eliminar a las izquierdas de la máquina del Estado.

En la ciudad ya se decía que se había propuesto para Ministro de la cartera vacante a un señor Pérez. Nadie antes había oído sonar su nombre en la administración pública. Era una nueva figura que no causaba ni repudio ni entusiasmo en los sectores populares e intelectuales. Sólo unos tres o cuatro comunistas y el rival Jurado intentaban unir otra vez el nombre de este candidato a Ministro, a la masacre de peones en el valle, a efecto de despertar recelos contra el gobierno.

Al día siguiente, un Ministro de Estado y el Secretario General de la Administración se presentaron en la quinta de José Vicente, para insistir en que acepte el nombramiento. Como sus consocios ya le habían convencido, el señor Pérez dió la respuesta afirmativa. Por la tarde, estaba designado Ministro. Conferenció largamente con el Primer Magistrado, y pidió una semana para arreglar sus asuntos particulares.

El señor Ministro ordenó del mejor modo como pudo sus compromisos agrícolas, comerciales e industriales y, cumplidos los siete días de la licencia, se consagró a la vida oficial

Volaron los meses. En corto tiempo, el señor Pérez estaba ya contagiado del boato oficialista. Imprimió vigorosas normas de trabajo en sus dependencias ministeriales. Todos los días, a primera hora, estaba informándose de la labor hecha la víspera y de la que debía hacerse en cada departamento. Puso en vigencia su programa económico, extractado de entre lo posible de aclimatarse que contenía su plan fundamental, producto de sus viajes, lecturas y experiencias.

La crítica al plan Pérez vino fuerte y violenta del lado central y de la izquierda rezagada en la prensa y la Universidad. No pocos comentarios llegaban a la persona misma del Ministro. Explotaban, pues, su juventud desconectada de los problemas del país y su condición de servidor de los intereses del famoso club. Y, en realidad, más que sus propias ideas, casi sin sospechar, estaban poniéndose en marcha las aspiraciones de los viejos políticos de derecha. El espíritu se le iba amargando. Varias veces sintió deseos de renunciar. Era en las ocasiones en que veía chocar grandes intereses encontrados,

cuya solución caía de más arriba, pese a toda opinión y a todo antecedente. Pero ahí estaban sus consocios y amigos, para hacer percibir rosas anunciadoras de la fama política.

Dentro de la administración se adivinaba una confusa mixtura de intenciones partidistas. Mientras por un lado avanzaba una rama que se decía ser radical, personificada en jóvenes de cercana procedencia conservadora en desempeño de cargos de alta responsabilidad, por otro lado asomaba risueña la derecha franca en hombres al estiló de José Vicente.

Susana tenía algo de urgencia que decir a su esposo y le vino en ganas visitarle en su despacho. La extranjerita estaba curiosa de conocer, en el país de su marido, los más gruesos engranajes de la cosa pública.

En los corredores del Ministerio había numerosas personas que querían hablar con el señor Ministro. Desde la linajuda dama y el ricachón señor, hasta los más modestos trabajadores y las chicas que buscan empleo, hacían su turno de espera. Susana prefirió pasar en el conglomerado como una incógnita, aun a riesgo de ser maltratada por los porteros. Se introdujo en la Subsecretaría, donde, junto a la puerta del despacho del Ministro, otra cola de hombres y mujeres ansiaba hablar con el señor Pérez sobre empleos, agricultura, herramientas, llantas, tierras baldías, permisos de importación y cuanto de pintoresco estaba asignado a ese Ministerio.

Los porteros disparaban las frases más groscras a los ciudadanos que, cansados de esperar de pie, empujaban las puertas pretendiendo ganar sitios preferenciales en los lugares más próximos a la persona del Ministro. Montones de amarillentos legajos llenaban los escrito-

rios. Las máquinas de escribir taladraban el ambiente con sus tableteos de metralla impresa, que fijaban nombramientos, cancelaciones, informes, etc., que había de firmarlos el Ministro luego de la agitada hora de la audiencia pública.

Susana estaba dándose cuenta de la carga que su marido llevaba sobre sus hombros. Vió que era imposible llegar de incógnita hasta el escritorio ministerial, y regresó a la quinta.

Para evitar palanqueos e interferencias de la calle, los empleados cercanos al Ministro solían desconectar el teléfono. De modo que el señor estaba incomunicado por ese medio. Los jefes de sección y sus ayudantes querían ser, pues, los únicos intermediarios entre el ciudadano que palanqueaba y el ciudadano que firmaba los nombramientos. De ahí la necesidad de cortar la comunicación telefónica y echar al rincón, tras siete llaves, a la persona del Secretario de Estado o Ministro.

Ni por teléfono pudo hablar Susana con su esposo.

Ese día, el señor Pérez llegó a merendar muy tarde de la noche. Había tenido Consejo de Ministros desde las seis. Se desocupó a las diez p. m. Susana le esperó leyendo publicaciones francesas venidas en el último correo.

Mientras comía el señor Ministro, su mujer se sentó al lado, a conversar.

—Has tomado gusto a la cosa?, preguntó ella.

—Qué va! Ahora es únicamente punto de honor no abandonar en seguida el cargo. Sólo por ésto, no renuncio. Hemos discutido hoy un aspecto de mi plan. Triunfé en el Consejo de Ministros. No me importa la crítica de los adversarios.

—Te estás agitando mucho, José Vicente.

—En el Ministerio se juega todo mi nombre. Los servicios a la patria ticnen que ser siempre intensos.

—Ojalá no te canses pronto.



RUMBO Asistiendo a banquetes y otras reuniones oficiales, a cumplidos y citas de la sociedad, José

CIEGO Vicente y Susana cobraron clima de nueva vida. La hacienda y los negocios anexos corrían a cargo de subalternos de confianza. Pero el rumbo tranquilo del hogar se resentía mucho.

Después de cenar, el señor Ministro volvía a salir "por asuntos del gobierno". Regresaba por lo general a la madrugada

La mecanógrafa personal del Ministro, una chica esbelta, guapa y cautivadora, de pelo rubio y ojos verdes, fue sorprendida, no pocas ocasiones, por los parientes del señor Pérez, en los bares y balnearios, junto a su jefe.

Las murmuraciones no se hicieron esperar. Susana sufría en silencio. Una noche, la linda francesita fue al cine con Eugenia, cansada de esperar a su esposo para la comida. Al pasar por un café reservado, las dos mujeres vieron el automóvil ministerial de José Vicente junto a la puerta. Susana ordenó parar su carro.

—Eugenia! Esta vida se me hace insoportable desde que José Vicente es Ministro. A veces quiero regresar a mi país. Aquí está él! Aquí está con esa chiquilla malvada! Dios mío!

—Qué hacemos? Entro a sacarle a él en algún pretexto?

—No. Me basta con haberlo comprobado.

—Déjame ir a verlos sin ser vista! Espera!

Eugenia, fingiendo llamar a un hermano suyo, traspasó la puerta. En una mesa, junto a la cantina, en un reservado de cortinas semialzadas, José Vicente bebía y charlaba con la mecanógrafa de escultórico talle. Eugenia retornó al carro.

—Susana, paciencia. Mañana será otro día. Volvamos a casa!

En la quinta, se habían apagado todas las luces. Al tiempo que entraba el carro, un bulto se echó tapia abajo a la calle lateral angosta.

—Abelardo, sígueme!, dijo Eugenia.

El chofer, con la furia de quien intenta atrapar a un ladrón, corrió tras el fugitivo. Este salió a dar, por la otra puerta de la quinta, en las habitaciones anexas al garage. Era Sergio que suspendía uno de sus encuentros con Juana.

—Conque de esos somos, ch? Sinvergüenza, te vas a la iglesia o te rompo el alma! Ahora qué digo a la patrona?

—Ya sé que se trata de una celada tuya por adular a la patrona y obligarme al matrimonio. Dile que no has podido identificar a nadie y que posiblemente se trata de un intento de robo. Vieron a Juana?

—Ella es más lista que tú, animal de la estepa! Ella, hasta nosotros abrir el portón y entrar, fue a hacerse la bien dormida!

—Somos amigos, verdad? Y compañeros también, no es así?

—Convenido, camaradá incauto. Pero tú también te has propuesto amargar a los patrones?

—Les considero mucho. Tú sabes. No es que quiera amargarles. Amo a Juana y eso es todo.

—Qué fué?, inquirió Eugenia a Abelardo.

—Si no hubiéramos regresado a tiempo, la quinta estaría bien robada.

—Y para qué las luces apagadas?, preguntó a Juana.

—Para que no se consuma mucha corriente, patronita.

La señora de Pérez lloraba amargamente en su dormitorio. Abelardo, en medio del dolor que tendía sus alas sobre la joven familia, aprovechó la situación para hacer entrar un poquito de felicidad por otro lado. De buena gana empujaba a Sergio al matrimonio.

—Señorita Juana, dijo Abelardo, llamándola hacia el corredor principal. No haga sufrir a la patronita. Dígale que mañana sin falta irá al altar con Sergio. Ojalá así se tranquilice

—Qué le pasa, señor Abelardo? Para Ud. todo le parece con color y sabor de enlace, bodas, altar y no sé qué más.

—Yo he visto todo. Y no es la primera ocasión que a mí me consta. Por el momento, la patrona no se ha dado cuenta o no da importancia, porque se halla preocupada de otros asuntos. Ya vengo hablando con Sergio.

—Qué dice Sergio?

—Qué ha de decir, pues! El cumplirá su palabra y terminado el cuento.

—Vea, señor Abelardo, recién estamos empezando a querernos. No haga escándalo, le suplico.

—Bueno; pero se amarran!

—Eso dispondrá Dios con el tiempo y las aguas.

Susana, en verdad, olvidó o postergó el tema del bulto fugitivo. Conversaba con Eugenia sobre la forma de arreglar la situación del hogar.

—Qué hago? Regresaré a Francia con mi madre y mi hermano? Ellos nos visitarán a fines de este mes.

—No hagamos conflicto, Susana. Más bien convengámonos a José Vicente de que debe renunciar el Ministerio y concretarse a la agricultura.

—Llama a Manuel. Hay que contar con él también.

Minutos después, Manuel estaba en la quinta.

—Manuel, dijo Eugenia, qué has sabido de José Vicente?

—Muchas cosas. Las cosas que saben Uds. El y ella acaban de salir del café y se van quién sabe dónde. Presumo que fueron a bailar en el bar de los judíos.

—Conoces tú a esa muchacha?, preguntó Eugenia.

—No es de la capital. Es provinciana, recién egresada de un colegio secundario. José Vicente le dió el nombramiento hace unas semanas. Sé que había querido ser monja y que no le tomó afecto al claustro. Podemos deshacernos de ella.

—Cómo?, interrogó en voz baja y quejumbrosa la señora de Pérez.

—Que eso quede a mi cargo.

—No irás a escandalizar infructuosamente a la familia!

—Yo sé cómo. Descuiden.

Manuel salió presuroso en el automóvil de José Vicente, acompañado del chofer Abelardo. Después de dar unas vueltas por los contornos del conocido bar de los judíos, tomó una dirección fija.

—Es un plan de vida o muerte para un matrimonio, para un Ministro y para una fortuna, decía Manuel a su amigo Nicolás, sentado en la cama de éste.

Nicolás era un joven fornido, aventurero y derrochador. Se preciaba de ser enamorado de Eugenia; pero, aunque ella no le tomaba en serio, él gozaba de la sincera amistad de su hermano, compañero de estudios y de andanzas nocturnas.

—Ya sé lo que te propones, Manuel, dijo Nicolás ras-cándose la cabeza y poniendo un punto aparte con un bostezo.

—Susana y Eugenia quedaron pendientes de lo que haríamos tú y yo por la familia y ahora mismo.

—Entonces Eugenia sabe que yo estoy contigo? El asunto es algo difícil. Además yo estoy trasnochado. Por esto me acosté temprano . . . Pero, ciertamente, hay que salvarle a José Vicente. Vamos hacia nuestros muchachos.

Entusiasta y dicharachero, Nicolás se vistió como para ir a un baile. Aguzó su talento picaresco, y procuró tramar el plan sin comprometer a nadie más que a la intrusa, a la endiablada, a la vulpeja.

Se embarcaron en el carro y rodaron unos minutos hasta dar, en otro barrio, con la casa de los compinches de Nicolás.

—Aquí viven.

Nicolás bajó indicando que es necesario esperar con paciencia.

Después de media hora y cuando sonaron las doce campanadas en lo más hondo de la noche, aparecieron con Nicolás dos jóvenes metidos en elegantes abrigos. Todos tomaron asiento en el automóvil.

—Necesitan dinero?, preguntó Manuel.

—Todo está previsto. Les dejaremos a ellos en el bar y regresaremos a dormir tranquilos en nuestras respectivas camas, dijo Nicolás.

—Son muchachos de gran temple, agregó Abelardo, después que bajaron los dos jóvenes desconocidos para Manuel en las inmediaciones del bar judío. Ya verá, señor Manuclito, que vale la pena saber contar con hombres así. Ellos van a salvar un destino. Mi patronita quedó llorando y ya habla del divorcio como nunca. Cómo se han precipitado las cosas a causa de esa mujerzuela!

Las dos sombras enfundadas en abrigos se encaminaron hacia el bar. La puerta roja se destacaba entre los juegos de luces del barrio alegre. Se percibía una sensual orquesta de jazz.

—¿Qué crees que harán?, preguntó Nicolás volviendo la cara a Manuel.

—Dime ante todo si se posesionaron bien del asunto.

—Absolutamente.

—Temo un escándalo.

—No pasará nada, opinó el chofer. Son guambas de ingenio. Son unos terribles mataperros. No son ni criminales ni gente de baja calaña. Ponen sus ocurrencias al servicio de la alegría y el placer, de la amistad y la aventura. Y lo hacen muy bien. Recuerdo lo que sucedió con la hija del doctor Salcedo, con la señora de Huelpas, con el artista Donoso, etc. Son miembros de una simpática pandilla a la que protege con cariño el Sindicato de Choferes cada vez que se ofrece.

—Ya ves, Manuel?

—Gracias, Nicolás. Yo pensaba en otro plan.

—¿Qué plan era?

—Estaba furioso.

—No, no, mi querido Manuel. Vamos a tomar un trago aquí cerca.

—Entre, chofer, ordenó Manuel. Pida algo de comer y regrese a sentarse en el carro.

Hasta las tres de la mañana, en medio de la inquietud que provocaba el sólo pensar sobre lo que estaría sucediendo en el bar aquel, los dos amigos bebieron hablando, de rato en rato, por teléfono, con la quinta. Nicolás estaba muy confiado en el éxito de sus muchachos.

Las mujeres no habían podido dormir hasta cuando Manuel estuvo de vuelta, luego de dejar a Nicolás en su casa. Pocos minutos más tarde, llegó José Vicente en completo estado de embriaguez. Dijo que se había encontrado con el Ministro Plenipotenciario de un país amigo. Pasó a dormir sin decir una palabra más. Manuel quiso preguntar algo al chofer del carro ministerial; pero se arrepintió en seguida.

Manuel y Eugenia se retiraron también a dormir. Aconsejaron a Susana que no mencione nada del plan a José Vicente, y ofrecieron regresar al otro día o después de pocas horas.

—Qué hicieron?, preguntó ansiosa Eugenia en el camino.

—Nosotros, nada. Fue un plan de Nicolás. El también ya se fue a dormir. Bebimos un poco.

—Sí lo noto. Se vieron con José Vicente?

—Sólo en la quinta. Aguarda. Mañana por la mañana llamarás a Susana después de hablar conmigo.

Amaneció persistente una llovizna molesta. Eugenia no sabía qué hacer. Se levantó temprano. Al ver que

su hermano dormía profundamente, ordenó a un muchacho que localice por teléfono a Nicolás en nombre de Manuel. El chico volvió con la noticia de que Nicolás continuaba durmiendo. Acto seguido sonó el teléfono. Era Susana.

—He revisado la chequera de José Vicente. Ayer ha arrancado cheques por dos mil, mil doscientos y ochocientos. Estoy resuelta a plantearle mi decisión que te conté ayer.

—No digas eso, Susanita. Haz como si nada supieras. Confórmate con cualquier explicación que él dé. Advierte al chofer que no haga presumir nada. Y no te olvides de llamar al banco y ordenar que no pague los cheques girados en el establecimiento de los judíos.

El señor Ministro dormía su mala noche. Susana manejábase con una compostura delicadísima, como si nada ocurriese. Los choferes conversaban en voz baja, preparándose para ir ambos a la hacienda.



LA CRONICA Sentada en el comedor, Eugenia leía los
DE periódicos de la mañana. En la última
LOS BARES página de un diario encontró un título

que decía: "Una señorita trató de suicidarse anoche". La crónica no identificaba a la mujer.

Eugenia corrió a la cama de Manuel con el periódico. Sobresaltado leyó Manuel la crónica sobre el intento de suicidio. Vistióse apresuradamente. Y, dándose apenas tiempo para tomar el desayuno, fue a casa de Nicolás.

Este había leído ya el diario y se hallaba precisamente hablando en clave y por teléfono con sus secuaces.

—¿Qué hay?, preguntó Manuel.

—Un triunfo. Pronto vendrá mi mejor hombre. Siéntate. Descas café?

—No gracias. Estoy nervioso.

Unos golpecitos en la puerta anunciaron la llegada del protagonista, quien venía seguido del otro. Ambos entraron risueños.

—Pobre guambrita!, dijo el llamado Capitán Hermoso.

—¿Cómo fue aquello?, interrogó Nicolás.

—Pues de muy sencilla manera. Entramos a tomar unos tragos. En una mesa distante estaban el Ministro y su chica, y un representante diplomático con la suya. Con la de él, se entiendo. Les veíamos bailar. Había allí como unas diez parejas.

—El señor Ministro giró algunos cheques, interrumpió Manuel.

—El señor Ministro y su compañero de farra no sabían dar cuenta de sí mismos. Y seguían bebiendo. Nos acercamos a la mesa y les solicitamos permiso para bailar con las dos mujeres. Ellas accedieron. Como estábamos de parada y teníamos licores en nuestra mesa, las chicas, fastidiadas de oír charlas sin importancia para ellas entre los dos señores, se encamotaron. Ya ven que, por añadidura, no somos tan mal parecidos.

—Y?

—Y aquí viene lo mejor. Salí a la calle y volví a entrar con la noticia de que unos jóvenes buscaban a dos señoritas empleadas de algún Ministerio.

Inmediatamente, ellas se pusieron los abrigos y me

pidieron que yo les sacara a ocultas de los señores que más dormían y disparataban que conversaban. Hecho ésto, les llevamos a otro lugar donde promovimos una nueva farra, con la idea de ausentarnos con las chicas todo el día La mecanógrafa comenzó a hablar alto, reclamando por el Ministro. Abrí su cartera y encontré allí una pistola. En el bolsillo del abrigo había puesto la chequera del señor Pérez. Borracha como estaba, intentó quitarme la pistola. No pudo. Aprovechó un instante de descuido mío y me arrebató el arma. Grité que la señorita quería suicidarse. La gente se alarmó. Todos se levantaron de sus asientos. Alguien llamó por teléfono a la policía. En una camioneta nos metieron a los cuatro y nos llevaron. No tuve más que presentárselas como mujeres, como simples mujeres. Ventajosamente, no nos conocían ni por el nombre. El y yo rendimos nuestra declaración. Las chicas deben también haber salido ya, o seguirán encerradas. Que en cuanto a la chequera y a la pistola del señor Pérez, quedaron depositadas en la Intendencia.

—Lo demás corre a cargo del señor Manuel, agregó el otro. El debe ir a retirar los objetos depositados y a recomendar que se eche tierra sobre el asunto, a condición de que la chica mecanógrafa se vaya de la ciudad y no vuelva más. Sería desagradable que por ahí aparezca el nombre del Ministro. En las indagaciones, por ejemplo.

José Vicente se despertó a las nueve. A las diez, se disponía a ir a su despacho. Manuel y Eugenia ya estaban en la quinta, sabedores de todo lo sucedido. Mientras Manuel se dirigía a entrevistarse con José Vicente,

Eugenia fue a insinuar a Susana que dé una contraorden al banco para evitar inquietudes.

—Has leído los periódicos?, preguntó Manuel.

—Me he informado de lo principal.

—Qué tal la crónica de la señorita suicida?

—Este es un hecho sin importancia por muy común.

—Esa chica es tu empleada. Ha estado con unos mozalbetes de barrio, tunando hasta la madrugada. Unas pertenencias tuyas han sido encontradas en poder de ella. Aquí las traigo de la Policía. El incidente no merece una investigación. Pero como tu nombre pudiera salir a flotar si no tomamos medidas oportunas, le he convencido a la señorita de que debe dejar su puesto en el Ministerio y aceptar otro cargo en su provincia natal.

—Qué estás diciendo?

—Lo que me oyes. Susana todavía no sabe de esto.

—Que la chica se va, dijiste?

—Debe irse. En el bar se ha topado con un antiguo pretendiente, quien le ha sacado a bailar varias veces en presencia tuya. La madre de ella fue la protagonista de un crimen pasional hace dos años. No faltaba más!

—Bien, pues. Ah!, esta vida oficial! El asunto queda sólo para los dos.

Mal dormido, José Vicente dirigía la mirada turbia por los contornos de la sala. Sus ojos se detuvieron en un retrato al óleo de su padre.

—No manches el nombre de la familia. Sé un correccionista. Tienes tu hogar y no es justo que así oscurezcas tu porvenir.

—Llama a Susanita.

—Está con Eugenia.

—Susana!

—En qué se hallan?, entró preguntando la señora.

—Se trata de un asunto muy particular, Susanita, se apresuró a contestar Manuel. Y dirigiéndose a José Vicente, dijo:

—Ya es hora de que vayas al despacho. Te acompañaré allá.

—Vamos.

La mecanógrafa, avergonzada y compelida por Manuel, envió su renuncia al escritorio del Ministro.

—Concrétate al trabajo, José Vicente. Anoche has estado de mucha suerte. Bien podía sonar un escándalo en los periódicos de oposición.

—Qué es ésto?

—Una renuncia irrevocable. Tu mecanógrafa no vendrá. Ya tiene otra colocación.

—Mucho has trabajado de ayer acá, Manuel. Acabas de hacerme un gran bien. Te agradezco.

La señorita mecanógrafa, en efecto, no regresó al Ministerio. Pobrecita ella, era una inocente víctima del servicio administrativo y de su propia guapeza. Quizá ningún mal hizo a nadie ni intentó hacerlo. Fueron altos funcionarios los que le pervirtieron para conseguir el nombramiento desdichado. Pero se devolvió a tiempo a la provincia, para recomponer su conducta, al abrigo de un antiguo amor y gozando de un empleo menos acosado por los compromisos sociales.

Y todo ello no obstante, Susana quería tener siempre pretextos para que su esposo renuncie el Ministerio. Pues la política recrudecía con los ataques al gobierno. Los negocios decaían en la hacienda y en la ciudad. Pero los ricachones estaban satisfechos de la permanencia.

de José Vicente en el gabinete administrativo. A ellos, en cambio, no les convenía la separación del señor Pérez.

Continuaban las altas fiestas, los banquetes y los agasajos oficiales. Susana dió en frecuentar los bailes tan sólo por estar cerca de su marido. Muchos ojos desaprensivos comenzaron a detenerse en la bella francesa, a quien su primer parto le trajo más hermosura y agilidad. Bailaba muy bien. Conversaba en español fluido. Las señoras y señoritas habitúes de los cafés y los cines no tardaron en rodearle a la esposa de Pérez con su amistad. Era de las primeras invitadas a los cocteles y a los pascos por las haciendas vecinas.

Correspondiendo a una de tantas invitaciones, Susana reunió en "La Esperanza" a varias familias del mundo social y político. Los empleados y sirvientes notaron, con pena, el cambio que habían sufrido el señor Pérez y su señora. Domingos se sucedieron en que, después de haber trasnochado en los grandes bares de lujo y en los salones privados de la capital, los dos esposos y otras parejas propensas a la descomposición de la cordura, cayeron por la mañana en la finca, a organizar comilonas y bailes denunciadores de la pujanza con que la sociedad atrapó a los en otro tiempo tranquilos patronos.

José Vicente se abrió al humor y a la expansión con pollitas del nuevo círculo de familias amigas de la casa y con solteronas en trances de aventura. Empleados y peones, chóferes y carpinteros, vecinos y clientes, lamentaban la turbia etapa de vida de tan buenos esposos. Y mientras unos creían que ese hogar estaba precipitándose definitivamente por el plano inclinado de la quiebra total, otros decían que todo eso no era sino efecto tran-

sitorio del carácter oficial que asistía al señor Pérez y que, mientras más pronto deje de ser Ministro, mejor podrá levantarse y recompensar el tiempo perdido.

Algunos renglones de ingresos agrícolas e industriales estaban afectándose por la falta de control y las órdenes mal dadas por el mismo patrón. Por otra parte, a causa de los gastos de lujo y farras, las cuentas bancarias iban en veloz descenso.

Los encargados de los negocios particulares del Ministro se esmeraban por cubrir, con esfuerzo, honradez y veladas, los más notables egresos que pesaban en el desequilibrio de la contabilidad.

VACIOS Los compromisos de José Vicente sur-
DE LA gían en aumento. Inexpertos aún, él y
EXPERIENCIA su mujer, en caso de hacer fortuna rá-

pidan, invertían apreciables cantidades de dinero en el mantenimiento del boato. En tanto que en la superficie se aparentaba abundancia de recursos, para dar cabida a la generosidad y al lujo, por dentro se complicaban las cuentas atrasadas y los créditos hipotecarios.

El matrimonio de Emilio y Graciela y el bautizo del primogénito de los Pérez-Datroix dieron lugar a cuantiosos egresos pagados por la pareja derrochadora. Bien que Emilio se apersonó en los trabajos y negocios de la hacienda hasta presentarla como un modelo de actividad; pero si esta línea de entradas y la del bosque, con altas y bajas, siempre progresaban, en los demás renglones estaba claro el desorden anunciador de una quiebra.

Graciela, en sus largas conversaciones con su esposo, se esforzaba por hallar la fórmula para recomponer la situación de sus patrones. Insinuó a Manuel y a Eugenia que colaboren en el afán de reducir a José Vicente a sus compromisos agrícolas e industriales, previo abandono del Ministerio. Mas, todo resultó infructuoso. Y fue tal el desbarajuste, que, poco más tarde, al cumplirse el

primer período de arrendamiento de la hacienda, el patrón tuvo que desprenderse de sus acciones en la fábrica textil, con el objeto de salvar ese inicial modo de vida que se impuso.

Por otra parte, la visita de la madre y el hermano de Susana obligó a inversiones en costosos pascos por los más pintorescos lugares del país, accediendo también al querer de los turistas emparentados con el noble agricultor, cuyas intimidades aún no descubrían.

Apareció una nueva propuesta de arrendamiento de "La Esperanza". Y, ante el descuido del señor Pérez, se generalizó en el valle el comentario de que la hermosa propiedad iba a otras manos. Intervino Manuel para hipotecar la quinta y forzar la cuota, a cambio de la cual podía quedarse en la hacienda tan cariñosamente trabajada.

Los enemigos del Ministro se solazaban con las noticias acerca del desastre del "noble presuntuoso". Los nuevos ricos veían triunfar la tesis del trabajo, el ahorro y la viveza, sobre las cualidades de la sangre y la herencia.

"No hay más ley que la del dinero", decían. Y para pronto esperaban también la caída del Ministro, aunque los más avisados se percataron de que precisamente la pose oficial estaba hundiéndolo como agricultor.

A la ruina material ya difícilmente ocultable, se sumaban las aparatosas caídas sociales de los jóvenes esposos. Era del dominio vulgar que, mientras él frecuentaba las esferas de la alta política, esferas complicadas, además, con las conquistas femeninas, de ella se había prendado un joven diplomático, cuya señora regresó a su país quebrando la paciencia.

Por motivos oficiales, el Ministro señor Pérez hubo de ausentarse a un lejano puerto, donde debía cumplir una importante misión en no menos de una semana. La en otrora muy retraída Susanita quedó sola en la casa de la ciudad. Su madre y su hermano habían marchado a la hacienda.

Una noche, Susana y el fastidioso galán, después de una fiesta de aquellas en que las parejas desfilan en la madrugada cogidas por el flirt y los licores, desaparecieron con rumbo indefinido. Los sirvientes de la quinta y, en especial Juana, indagaron si la señora habría ido a la hacienda o a casa de Eugenia. No hubo necesidad de tanto para que esta curiosidad despertara la inquietud en el ánimo de los parientes del señor Pérez y en el de la madre de Susana y su hermano.

Como concurriendo a una urgente, cita los Datroix y los Pérez estaban, desde por la mañana, en la quinta "Teresa". Trataron de disimular el caso, dorando la "desaparición" con un inesperado viaje de la francesita a la ciudad donde se encontraba su marido. Este, por mucho que concedíase amplias libertades, no dejaba de adorar a su mujer. Desde el puerto envió varios telegramas a Susana, algunos de los cuales perurgian la contestación.

A las nueve de la mañana se plantó un automóvil a la entrada de la quinta. Pesadamente, Susana se deslizó del asiento carro afuera. Su rostro exhibía huellas profundas de una noche sin sueño. Se metió en su dormitorio y, sin pronunciar una palabra, se dispuso a descansar.

Manuel intentó hablar con Susana. Pero ante la inquietud de la madre de ella y la presencia de su hermano, gentes aún extrañas dentro de la familia, desistió el joven y fue a charlar en reserva con Eugenia.

—Yo conozco a ese tipo, dijo Eugenia. Es un comodín calavera y sin hogar. No tardará en volver a su tierra a causa de su muy poco deseable conducta social. Lo sé bien!

—Hay que usar de mucha prudencia. Me da pena por ambos. Vamos, entre tanto, a tranquilizar a la madre. Ella sufre del corazón.

Jorge, sin atinar qué hacer por eso que muy bien lo comprendía, cruzó unas frases con su mamá y se puso a leer revistas. En la sala encontró numerosos retratos de su hermana, de su cuñado y de su sobrinito. Mirando la cordillera por una ventanilla de la biblioteca, meditaba el hombre en la ética de las familias de estas latitudes y estos crisoles humanos. Creía explicarse él un caso de poca o ninguna trascendencia para José Vicente; pero, a la vez, un caso de delito para todos los que conocían los detalles de la situación en la que eran un solo fenómeno, afectos, odios y pasiones.

Eugenia, hablando en francés, llevó la conversación por distintos temas europeos. Sus intervenciones se circunscribían a las preguntas. La señora madre de Susana contestaba extendiéndose en relatos calmados.

Allá en las piezas de la servidumbre, cundía una angustia con temores.

Completamente desalineada, con la cabellera descompuesta y el brazo izquierdo desnudo sobre las frazadas, Susana dormía el sueño reparador. Sus vestidos, todavía tibios, yacían en el sillón más próximo. Se acercó su madre, acompañada de Eugenia. Por la mente de Eugenia, chiquilla en la flor de la edad, pasaron ideas atormentadoras y suspicaces.

La señora de Pérez exhaló un largo suspiro y cam-

bió de postura, poniéndose con el rostro frente a las dos mujeres que la veían dormir. Abrió los azules ojos largos. Saludó a su madre y a Eugenia. Y volvió a cerrar los ojos.

Entró Jorge. Con ademanes resueltos quiso que su hermana hablara algo. Le era ya insoportable la actitud de Manuel y Eugenia quienes, aunque nada decían, alimentaban un reproche. Se interpuso Eugenia y llevó a todos a la sala. Manuel había salido a la calle.

Minutos después, el señor Pérez llegaba a casa. Sin anuncio, ante una comunicación del Primer Magistrado sobre la necesidad de una junta de Gabinete, para tratar de cuestiones de la política recrudescida por la campaña opositorista, tuvo que emprender en el regreso. Fue a cambiarse de ropas para partir en seguida. Llamó a Susana. Se presentó Eugenia.

—Susana está algo indispuesta de salud. Quiere dormir. Déjale en paz.

—Deseo sólo verle y me voy a sesión de Ministros.

Saludó con su suegra y su cuñado. Observó que su señora dormía. Preguntó si habían llamado al médico. Y, haciendo una leve caricia con la mano en el mentón, se fue, el señor Ministro, avisando que regresaría a almorzar un poco tarde.

Para evitar algún paso irreflexivo, Eugenia mandó al chofer por Manuel. Con la noticia de que había llegado José Vicente, Manuel estuvo a almorzar en la quinta. Todo se hallaba listo; pero el señor Ministro no venía. Al fin, por medio del teléfono dió él a saber que va a almorzar en la Casa Presidencial y que, por tanto, no le esperaran. Anunció que el médico irá por Susana.

El doctor fue recibido en la puerta principal por Eu-

genia, quien expuso que nada grave ocurría con la señora de Pérez y que ésta se había repuesto de un pequeño malestar. Como le dijera que ella se había entregado al sueño, el médico se despidió ofreciendo los servicios para el momento que lo requiriesen.

Todos pasaron a la mesa, excepción hecha de Susana. Mientras almorzaban, la charla volaba de Burdeos a los Andes y de la guerra a la paz. Momentos después, la señora de Pérez se sentaba a la mesa, puesta la salida de cama.

—Te sientes bien, Susanita, preguntó su madre luego de las saluciones.

—Fue una noche de baile que se prolongó en otra parte hasta la madrugada. Hay telegramas de mi marido?

—José Vicente llegó hoy y está almorzando con el Primer Magistrado, dijo Manuel.

—Qué hombre! Desde que es Ministro, o comemos muy tarde o me deja con la mesa servida.

—Sabía él que estabas de invitación ayer?, interrogó Eugenia.

—Debíamos asistir juntos, como siempre, a un té de compromiso. Pero se fue él tan intempestivamente! Unas amigas vinieron a llevarme casi contra mi voluntad. Amanecimos en la Legación de Francia, donde había otra fiesta.

—Pero, Susanita, intervino Manuel; si tu esposo está ausente, quién puede obligarte a salir de casa?

Jorge también dirigió una amonestación breve a su hermana. Y terminó preguntándole si se sentía feliz o nó en el matrimonio.

Susana explicó todo. Desde los antecedentes de la

domiciliación en la hacienda hasta cuando se trasladaron a la quinta. Se consideraba segura del cariño de su marido. Esto produjo en Eugenia un sentimiento de renovada simpatía hacia Susana. Pues la señora de Pérez, en su relación, evitaba el que se trasluzca lo que, por culpa de José Vicente, constituía ya un recuerdo de amargura en la vida conyugal.

Eugenia expresó luego que no valía la pena aceptar sombras gratuitas en un matrimonio joven. Dijo que había que olvidar lo ocurrido. Manuel aprobó la idea.

—Pero, qué ha pasado?, preguntó Susana.

—Nada ha pasado, contestó Manuel.

—Nosotros estamos aquí desde antes de que tú llegaras, expuso Eugenia.

Susana palideció. Se levantó y fue a su dormitorio. Distribuyó en orden sus vestidos. Cuando vino José Vicente, ella tenía a su vástago entre los brazos. Su esposo, con el mismo afecto de siempre, le abrazó y le besó, en presencia de todos.

Por la tarde, antes de que el señor Ministro vaya a su despacho, Manuel tomó a su cargo la labor de recordar a su primo el estado de sus negocios. Le invitó a que renunciara el Ministerio, si no quería verse envuelto en dificultades de diverso género.

No llegaron a conclusión alguna. José Vicente salió y, poco después, Manuel y Eugenia se despedían también.

Sonó el teléfono. Susana se apresuró a contestar. Era el impertinente diplomático que estuvo a dejarle en la quinta al otro día de la última reunión social.

La señora Datroix y su hijo se sentían incómodos. De acuerdo con la opinión del médico, resolvieron ir a

permanecer una temporada en la costa. La anciana se agravaba del corazón.



REPROCHES Después de encaminar a su madre y a su
MUTUOS hermano, con quienes había podido co-

nocer muchos lugares de la patria de su esposo y distraerse con felices arñplitudes, Susana se dedicó a arreglar el escritorio personal de José Vicente.

Entre muchos papeles al parecer de importancia, halló un sobre abierto con cartas que se referían al traspaso de sus acciones de la fábrica y, como escondido entre ellas, otro sobre con misivas amorosas sin firma, destinadas al señor Ministro.

Susana se sentó a leer y descifrar una por una las mensajeras aquellas. Así descubrió que José Vicente iba teniendo amores secretos con una señorita de la ciudad.

Recompuso el paquete para dejarlo tal como lo encontró, guardando para sí la más comprometedora de las comunicaciones. Por último, se entregó al niño hasta pasada la una de la tarde en que asomó el señor Pérez.

Algo nervioso, él buscó conversación a Susana, acercada del último té. En los círculos sociales persistía el comentario sobre la sonadísima fiesta con prolongaciones en la Legación de Francia. No faltó una mujer quien, en anónimo, dió cuenta al señor Pérez lo que había sucedido.

José Vicente creyó no dar importancia al asunto. Mucho le amaba a su mujer para pensar siquiera en desconfiar de ella. Sin embargo, la simple curiosidad condujo al diálogo.

--Cómo resultó el té del miércoles?

--Como casi todos, muy concurrido y prolongado.

--Por qué no llevaste a Jorge?

--Ni yo misma quise ir. A última hora, unas amigas, que son tus amiguitas, vinieron a llevarme, asegurando que a las siete de la noche estaríamos de regreso,

--Bien, Susanita. Te creo. Pero, mira la historia que han inventado alrededor de tí.

Susana leyó el papel e insensiblemente llevó la mano a la mejilla.

--Esto es falso! Cómo se permiten imaginarse tanto! Hasta las nueve de la mañana estábamos en la Legación, después de haber disfrutado largas horas donde los esposos Muñoz-Valenzuela.

--Hay que cuidarse de la calumnia.

--Ve, mi queridito, qué papel es éste que encontré debajo de tu escritorio?

--Este es un papel cualquiera. Diré, mejor, una travesura.

--Las travesuras de esta clase son peligrosas, señor Ministro. Conserve con más cuidado sus documentos íntimos.

--Te recomiendo que los conserves tú, juntamente con el que recibí hoy.

La charla avanzó hasta los reproches de parte y parte. Pero no pasó de ahí. Se restableció la tranquilidad, cumplido que fue ese mano a mano, que tanto pudo valer para afianzar las libertades individuales como para que ambos vuelvan al camino propio.

Media hora después que José Vicente fue al Ministerio, el señor X, porfiado y lechuguino traficante del amor, se presentó en la quinta, pretextando buscar al se-

ñor Ministro. La señora le recibió con mucha discreción. La visita duró una hora. El y ella conversaban en la sala, de espaldas a los vidrios, a través de los que, para Juana, era muy fácil y cómodo observar los detalles de la entrevista inesperada. La señora de Pérez hacía reflexiones y parecía reclamar su derecho a la tranquilidad en el seno del hogar. Y, tan pronto como el joven se despidió, ella fue por un momento al dormitorio. Desde allí timbró a la muchacha.

—Hay que enviar la ropa a la lavandería, ordenó la patrona. Y a seguidas preguntó:

—Cómo van los amores con Sergio?

—Ya está haciendo bromas la patronita. El señor Sergio me respeta mucho donde quiera que me encuentre. Tiene hasta miedo de decirme algo.

—Es un buen empleado.

—Pero si a mí me diera algún motivo desagradable, dejaría de ser bueno.

Después de una pausa instantánea, la muchacha aventuróse a disparar la pregunta que le estaba haciendo cosquillas en la lengua.

—Quién es el señor que vino en busca del patrón?

—Es un amigo de la familia. Lucgo irás a casa de él con un recado.

—Voy a dejar la ropa en la lavandería, patrona Susanita?

—Sí. Pero aguarda un momento.

La señora fue a escribir una esquila. La metió en sobre y dió las indicaciones para que llegue al destinatario.

—Entregarás ésto también a él, dijo poniendo en

las manos de Juana el abrigo que el visitante había olvidado.

De la lavandería, Juana pasó a la casa del amigo de Susanita. Su propio nombre no estaba escrito en el sobre. Apenas citaba el cargo.

El destinatario de la esquila recibió a la mensajera en su habitación. Agradeció por el servicio y dióle en obsequio un billete.

La señora de Pérez se arreglaba para salir a la calle. Abelardo esperaba con el carro frente a la entrada principal.

—Patronita, le voy a contar una cosa, se acercó diciendo Juana. Ese señor cuyo nombre no conozco todavía, me obsequió dinero. Yo no quise recibir; pero él insistió. Después que salí yo, entró una señorita que demostraba tener mucha confianza con él. Su papel quedó en la cama.

—Que no sepa José Vicente, Juanita. Luego de leer el papel que le dirigí, no creo que continúe con sus molestias. Qué se ha imaginado el individuo ése! Si llama mi marido contestarás que estoy en casa de Maruja. Hasta luego!



BLANCO A causa de unas reformas aduanceras, el
DE LA Ministro señor Pérez sufrió rudos ataques
OPOSICION de la oposición. En periódicos grandes y

chicos aparecían los comunicados llenos de crítica para todo el régimen y muy particularmente para el Ministro de Economía. Una pequeña hoja humorística satirizó de burda manera al joven funcio-

nario. Con rasgos caricaturescos asomaba ahí el Ministro libando con su mecanógrafa, mientras la señora de Pérez ocupaba otra mesa al lado de un amigo

Los viejos ricos, celosos del prestigio del Ministro, hicieron la defensa, con energía, en todos los diarios. Se multiplicaban las firmas de adhesión a la persona del Ministro Pérez. A iniciativa de una amiga de Susana, se promovió un gran banquete de desagravio, al que concurrió lo mejor de las amistades capitalinas.

La campaña, empero, continuaba. La opinión general reclamaba el cambio de Gabinete. Y no era que con el dicho cambio iba a resolverse la crisis ni cosa semejante, sino que la oposición bien se daba cuenta de que, después de ese conjunto de Ministros, los próximos colaboradores serían más vulnerables todavía a la acción demolidora. Los más prestantes ciudadanos de todos los sectores se negaban a servir al régimen. De modo que, al fastidiar por un cambio de Gabinete, mientras los izquierdistas del extremo repudiaban al gobierno total, sólo se pretendía aminorar el ascendiente de los Secretarios de Estado ante el pueblo. La reacción del sarcasmo era lo que más le dolía a S. E.

El Ministro Pérez presentó su renuncia irrevocable. La renuncia no fue aceptada. Al contrario, más amplias facultades le fueron concedidas, por lo que el joven Ministro comenzó a hacer uso de mucha energía en su cargo. Revisó los principales nombramientos, cancelando a todo elemento vinculado con las izquierdas o con sus enemigos personales. Llamó a colaborar cerca de sí a varios amigos del círculo de Manuel. Y casi todo el grupo que, en el Club de Agricultores, le favoreció desde un principio con sus simpatías, estaba con altos sueldos.

desempeñando funciones relacionadas con la agricultura, el comercio, la industria, las minas, la pesca, etc. No pocos de ellos, por primera vez en su vida, dejaron el trabajo en las haciendas para aceptar un escritorio con renglón presupuestado y el respectivo tren de granjerías, influencias y prebendas. Estos supieron aprovechar la oportunidad.

Y allá, abajo, los ciudadanos desempleados se batían entre el hambre y la desnudez. La crisis económica progresaba con caracteres desesperantes. El robo, la estafa, el fraude y el nepotismo eran citados por los opositores con mortificadora frecuencia. Mas, para explicar la pobreza de los hogares que se consumían en la inanición, mientras contadas familias se distribuían el presupuesto, cual si fuese éste un botín para aplacar hambres atrasadas, ahí estaban las razones de la post-guerra y la situación internacional quebrantada. El pueblo, sugestionado por los simpatizantes derechistas del régimen, no acusaba intentos de emprender en una operación definitiva. Las penas para los revoltosos estaban en vigencia estricta y, de tiempo en tiempo, se daba de baja a grupos de oficiales del ejército, acusados de querer alterar el orden.

Susana, atendiendo a una llamada de su madre, de quien decía Jorge que se hubo agravado en su salud, fue hacia ella, sin presumir que en esa misma fecha efectuaba viaje, con dirección al puerto, aquel aventurero amigo. Iba él con rumbo a su tierra. En el trayecto cordializaron él y ella. Pero ya junto a su madre y hermano, ella no volvió a verle más.

Susana debió permanecer varios días en el puerto atendiendo a la situación en verdad delicada de su ma-

dre. José Vicente, mientras duró la ausencia de su mujer, pocas veces fue a dormir en la quinta.

Una tarde que el señor Ministro departía en su despacho con una delegación de damas auspiciadoras de un festival infantil, llegó un telegrama de su esposa, en el que decía que falleció su madre. Él se trasladó para apersonarse en los funerales. Y retornó a la capital en unión de Susana. Jorge regresó a Francia.

Los dos esposos fueron a descansar una semana en la hacienda. El Ministerio se le encargó a un colega. En "La Esperanza", ambos rememoraban los tiempos felices, cuando no pensaban sino en trabajar y rehacer el nombre y la fortuna de los viejos Pérez. Mutuamente se perdonaron sus errores. El sosiego volvió al hogar.

Manuel, el único de los parientes de José Vicente que no quiso ser empleado público, dió en visitar todas las tardes a su primo, con el objeto de alcanzar la decisión de la renuncia. Entre tanto, Eugenia se esforzaba por reencarrilar la compostura en la joven familia pre-dispuesta a un fracaso.



CONSEJOS Un bien meditado plan estaba realizando
DE DON Manuel, en el afán de apartar a su primo
SANTIAGO de la política. Colaboraban con Manuel, en

esta tarea, su hermana, Eugenia, Graciela, Emilio, Antonio y un vecino propietario, don Santiago, anciano setentón quien, en sus mocedades, fue desde combatiente militar anticonservador hasta diputado y diplomático. Más tarde se distinguió como un gran financiero y autor de una envidiable fortuna. Perteneció a

aquel grupo de liberales que insurgieron a sangre y fuego hasta ver flamear el pendón rojo en el Capitolio, para retirarse luego a gozar de rentas y adquisiciones baratas. La apertura de un camino, que les correspondió hacer por partes iguales a don Santiago y a José Vicente, fue la base de una beneficiosa amistad. Había de por medio, además, una pugna entre don Santiago y Gabriel Jurado, por nimios asuntos que éste solía discutir en el velle.

Pero si por un lado Manuel y los suyos trazaban bellos y prometedores proyectos de trabajo y finanzas para que el señor Pérez vuelva sobre sus anteriores pasos abandonando la carrera política, don Santiago, a poco que advirtió la conveniencia de tener un Ministro amigo en el gobierno, se apartó de su primera idea y llevaba otro camino, tendencioso camino, propiciador de ventajas económicas en las que José Vicente no había pensado.

—Realmente, Ud. es necesario dentro del régimen, dijo el viejo una mañana que fue a visitar al Ministro en su despacho. Yo no soy partidario del gobierno. Creo que, en todo el país, no tiene un solo partidario, por lo mismo que S. F. no pertenece a ningún partido. Pero tampoco me agrada, es decir, me desagrada más la campaña izquierdista. De dos males, el menor: Es preferible, pues, el actual orden de cosas. Sosténganse y paren los golpes.

—En "La Esperanza", prosiguió don Santiago, se puede hacer todo lo que sugiere su primo. Pero ya es tiempo de que Ud., señor Ministro, haga valer sus influencias en el ramo económico para mejorar la producción. A través del Banco de Fomento, que está a su in-

mediato alcance, puede Ud. realizar un magnífico ensayo de mecanización de la agricultura, comenzando en el valle, tal vez en su propiedad o en la mía. Haga comprar maquinaria moderna, buenos semcetales y pasto fino. Ponga más gente en el trabajo. Abra créditos en su favor. Ud. ha estado dormido, señor Pérez, con el Ministerio de Economía en sus manos!

Al comprender que José Vicente tomaba cada vez más en serio sus obligaciones oficiales, Manuel provocó una reunión en la hacienda, reunión a la que concurrirían él y Eugenia.

Toda la tarde de un domingo conversaron en "La Esperanza" acerca de los negocios y las desventajas provenientes del Ministerio. Sin conseguir lo que se proponía, Manuel regresó disgustado a la ciudad. Eugenia se quedó a dormir allí. Ella deseaba que, por lo menos, Susana haga las veces de jefe en la finca.

Si Manuel fracasó en su intento de obtener la renuncia ministerial de José Vicente, Eugenia luchaba por otro imposible. Nunca se conformaría Susana con dejarle a su esposo en la ciudad y recluirse ella en la hacienda. El señor Ministro estaría incompleto en sus funciones, y la señora, habiendo perdido a su madre, no aceptaría la soledad en el campo. La proposición de Eugenia era difícil.

—Qué opinas, Susana?, preguntó el señor Pérez, después de oír a Eugenia.

—Haz lo que mejor te parezca.

—Continuamos en la ciudad!

—Está bien!

Y triunfó la tesis de don Santiago. Luego de que muchos años había permanecido olvidado y al margen de la

administración, un Ministro acababa de entregarse en sus brazos, como se entregaron tantos otros en los buenos tiempos de sus vacas gordas.

Don Santiago se trasladó a su casa urbana, sitio estratégico para movilizar sus planes en la ciudad y para vigilar, sin ser visto, a su amigo Ministro, en cuyos oídos hizo sonar el secreto del porvenir y las comodidades fáciles de alcanzar.

Se discutía en Gabinete un contrato de importación de maquinaria agrícola, equipos camineros y lotes de sementales para que negociase el Banco de Fomento. Los licitadores se ofrecieron a granel. Como mejor postor asomó don Santiago Salazar. José Vicente no vaciló en ceder el millonario contrato a su vecino y amigo.

De aquella ocasión en adelante, a propósito de todo gran negocio del Estado, se presentaba don Santiago o hacía comparecer a uno de sus hijos. La fortuna estaba llamando de nuevo a las puertas de los Salazar. Pero el viejo conocía toda la técnica del teje y maneje en esta clase de intervenciones. Introdujo a Manuel en un contrato de los muchos que celebraba el Ministerio de Economía con particulares, y le hizo ganar unos miles sin mayor esfuerzo. Y, por otra parte, en forma de propinas extras, de las casas exportadoras extranjeras, le llegaban saldos a favor, que tenía el cuidado de compartirlos con su hombre, simulando un préstamo que no lo reclamaba jamás, o un obsequio a la señora.

El Ministro alzó la hipoteca de la quinta. Los mejores modelos de máquinas agrícolas fueron a dar en "La Esperanza" y en la hacienda de don Santiago, a precio de costo. Risueñas perspectivas se presentaron para

esa compañía anónima. Los créditos bancarios estaban a las órdenes de ellos.

José Vicente compró más camiones, herramientas y máquinas, a fin de recuperar el tiempo perdido en el bosque. Con una fabulosa ganancia liquidó el negocio de sementales y tractores. Desde luego, sólo nombres al parecer inofensivos figuraban en los contratos. Los Salazar estaban detrás de ellos. Y detrás de éstos, los Salazar le tenían al señor Pérez.

Siguiendo los consejos de don Santiago, José Vicente abrió un fuerte crédito para adquirir en propiedad "La Esperanza". El viejo financista se encargaba de ir cubriendo las cuotas del crédito con las participaciones que se le ocurría señalar a su protector.

Manuel se sorprendió del cambio operado en el Ministerio. Al paso que estas y otras cosas sucedían en tal Secretaría de Estado, el espejismo de un bien hacer al país convencía a ciertas gentes de que el Ministro de Economía desarrollaba una labor fecunda.

Susana no había dado más que decir de sí. La muerte de su madre le hizo tomar más cariño a su hogar. Se sentía muy alejada de sus hermanos. Tenía presente, que no contaba sino con su esposo, su hijo y una casa bajo cuyo techo ser feliz. La adversidad le había golpeado sin compasión. Pero veía ya acercarse nuevos tiempos de ventura.

José Vicente cobró mayor apego al cargo. Descubrió, gracias a la asesoría de ese lobo de la antigua política, la forma de servir a la patria, sirviéndose también a sí mismo. La habilidad que aprendió de don Santiago le estaba acarreando beneficios antes inalcanzables. No robaba. Ganaba mucho dinero en los negocios con el Estado y

por intermedio de sus amigos. Estas finanzas brillaban antes en manos desconocidas. El Ministro Pérez no se había dado cuenta de que siempre alguien, porque así dice la ley, podía obtener grandes utilidades como licitador favorecido. Ese alguien no necesitaba sino ser amigo o pariente del Ministro. Así era cómo otros estaban enriqueciéndose, mientras el señor Pérez se consideraba honrado con llamarse Ministro y a cambio de lo cual aun su hogar iba al descabro.

Si no hacía él lo que estaba haciendo, según la moral de don Santiago, lo haría otro, quizá perjudicando en grande los intereses nacionales. A juzgar por los razonamientos del viejo, frente a un negociante, a un mal negociante como es el Estado, se hallaban hombres de visión y de trabajo, que hacían refluir ventajas en provecho de la tierra, de la producción y del desarrollo económico del país. Los otros, los que anteriormente ocuparon esos sitios, apenas acumularon, en opinión del asesor privado, para depositar en los bancos extranjeros y para malgastar en los paseos extracontinentales.

Todas las noches, don Santiago iba a visitar al Ministro en su casa. Los números y las firmas comerciales absorbían el tiempo libre del señor Pérez, quien consultaba a su amigo puntos muy escabrosos de la administración y de la política. Salía bien de todos los trances en medio de un panorama en que la picardía y la suspicacia se arreglaban con la viveza de la parte contraria.

Ya era el señor Pérez un Ministro experto. De su propio ingenio brotaban las soluciones para los casos amargos y comprometedores. El estaba en todas partes. Aplacaba por ahí un descontento en las cámaras de industriales y enderezaba por acullá un problema de impor-

taciones e importaciones. Consiguió elevar los ingresos fiscales y propugnaba nuevas ramas de actividad económica, beneficiosa para el país. Todo esto era mucho en un pueblo cuya holgura se midió por la contabilidad fiscal, a falta de una economía de función completa y estimulante.

Las cosechas mejoraron, sí, con respecto al año anterior. Pero los precios de las subsistencias seguían altos. Los terratenientes se embolsaron demasiado dinero. Abajo había pobreza. El Ministro, siempre que se ofrecía hablar del asunto, argumentaba que la pobreza se liquidará pronto y que las inversiones hechas por los agricultores para mejorar sus cultivos, anunciaban un buen futuro.

Su método discursivo estaba gustando a los ricos e infundiendo esperanzas a los pobres. Una esperanza vuelta sistema de trabajo salvaba de dificultades al régimen. Pueblo heroico y sufrido, no podía menos que esperar. Ya había esperado los años que duró la guerra y a lo largo de los cuales se le predicó un pacífico advenimiento de prosperidad. Y todavía esperaba aplaudiendo a veces las peroratas de los magistrados o guardando silencio ante la consigna del gobierno, de "dejar trabajar".

Los potentados simulaban contribuir a la solución de los problemas económicos. Ellos, en los concejos municipales y en las corporaciones de diverso orden, trazaban los planes de seguridad política con pequeños halagos para el pueblo. Habían perfeccionado la táctica de controlar el dolor y la angustia de las masas con el mecanismo de la producción y los mercados, táctica ensayada desde el gobierno anterior. A pocos pasos del Poder,

sólo les quedaba aflojar un tanto el halago y preparar el ambiente.

"Resuelta a nuestro modo la cuestión económica como no pudieron ni podrán hacerlo nuestros adversarios de la otra punta, decían, afianzaremos las posiciones para captar el mando". Con la religión por estandarte, más las promesas de los demagogos de derecha, la mayoría del pueblo se resignaba a soportar las privaciones, sin conceder crédito a las teorías de los revolucionarios marxistas. Estas teorías, desgraciadamente, eran bien o mal digeridas sólo en los centros intelectuales. Pero, atrapados éstos por la vieja manía de reformar todo desde arriba y a costa de grandes sueldos para los líderes, no consiguieron gran cosa en los cuadros de adeptos. Apenas el grito y los discursos incendiarios pretendían contraponerse a la habilidosa gestión administrativa en marcha.

Don Santiago conocía al dedillo los pormenores de la política de antaño. Tenía bien calificados a todos y cada uno de los nuevos políticos. Sabía de los procedimientos de los liberales y los conservadores. Y con su Ministro que, si nada quiso oír de Liberalismo, tampoco comulgaba con los principios del Partido Conservador, hacía las mil maravillas, siguiendo la línea de las maniobras maquiavélicas, en pleno goce de beneficios y fomentando el adulo, el servilismo y la ambición de riquezas individuales. El mismo se encargaba, por medio de terceros, de hacer elevar incienso al Ministro su amigo y de rodarle de influyentes personajes, que alababan en público dicha suerte de política económica y que llevaban hasta los oídos del Primer Magistrado los conceptos estudiados, para celebrar el "gran talento del mejor de los Ministros". El modus vivendi se había convertido en una técnica de

propaganda y explotación, que tan ópimos frutos rendía en todas las circunstancias aprovechadas.

El Ministro, que iba a caerse por su propio peso, fue asegurado por la voluntad férrea de quienes, no habiendo sido antes ni amigos, eran, a la sazón, los beneficiarios del cálculo y el adulo.

**EL
ESFUERZO
DE LA
ANTIGUEDAD** Don Santiago era un viejo vivaz y oportunista. Aún conservaba él un frescor de años bien organizados para facilitar poderío económico a sus hijos. Metido

en la hacienda, leía mucho de historia, especialmente la parte de la historia nacional en la que su padre desempeñó importante papel como político. El mismo también fue de los que figuraron en asambleas legislativas. Sobre lo que heredó de sus mayores, edificó una áfortunada posición.

Puesto un poncho de lana fina, con un gorro colorado, abrigados los pies con el cuerpo de un perro grande que dormía su pereza solemne, don Santiago estaba entregado a la lectura. Había ido por unos días a su hacienda, a ver los cultivos, y no perdía, por cierto, ninguna ocasión para hablar con José Vicente.

Correspondiendo a una llamada, un domingo por la mañana, el señor Pérez estuvo a visitar a su director político. Fue guiado por uno de los hijos del viejo.

Recostada en un flanco de la cordillera, la propiedad de los Salazar se extendía exhibiendo hacia el camino real el vetusto caserío con un torreón que se hacía visible a través de las añosas ramas de altos eucaliptos. Una ave-

nida protegida por gruesos y verdes tapiales, detrás de los que se alzaban hileras de árboles, daba acceso al caserón de patio empedrado y muros macizos.

Antiguamente, esa hacienda era propiedad de los padres jesuitas, cuando los hijos de Loyola, distribuidos por todos los ámbitos de las colonias de España, ostentaban su poderío cultivando enormes extensiones, regando campos fecundos con magníficas acequias, instalando obrajes, construyendo templos y catequizando a los indios. La hacienda de don Santiago, adquirida en tiempo en que los liberales arrebataron los bienes llamados de manos muertas y los pusieron a disposición del Estado y de compradores del círculo de sanguinarios combatientes, era una de las más ricas de la comarca. Todavía conservaba intactas las viejas casas que fueron refugio de jesuitas estudiosos. Ahí estaba la gran sala de la biblioteca, ahí las celdas de los seminaristas, el recio moblaje forrado de cuero, las esculturas del templo y los lienzos ejecutados por artistas de las viejas y prestigiosas escuelas.

Todo cuanto había de interés, don Santiago iba mostrando a José Vicente con nutridas explicaciones. Tenía escrita la sucesión de rectores de eso que fue predilecto asiento de los jesuitas de la provincia. No faltaban los cuadros al óleo, de obispos que ocuparon puestos privilegiados en el gobierno colonial y que, perteneciendo a la Compañía de Jesús, dejaron transcurrir apacibles días de meditación y trabajo campestre en la hacienda que llevaba el nombre de la comunidad.

"La Compañía" era, pues, un reducto de robusta historia. En sus terrenos funcionaban los molinos más célebres del valle. Una larga, profunda y ancha acequia conducía el agua para el riego y las industrias desde un

lejano río. Ese acueducto quedó inutilizado por un terremoto sobre cuyos escombros fueron reedificadas las casas y mejorados los caminos vecinales. Pero la accquia no pudo ser reconstruida, y así el predio se proveía de agua mediante otros canales, muy pobres para competir con la obra de los jesuítas.

—Este pozo que ve Ud. aquí, dijo don Santiago arriándose al brocal, este pozo data de dos siglos atrás. De aquí surte buena agua, de la que bebieron ilustres sacerdotes. Acá está la pesebrera. Yo recuerdo que, al tiempo de la revolución liberal, cuando acompañaba a mi padre en la lucha a muerte contra los conservadores, de este lugar sacamos los mejores caballos para el ejército rojo. En esta hacienda que, años más tarde, llegó a ser mía, acampamos en nuestra última arremetida a la capital de los conventos. Es una lástima que los extensos predios de las diversas comunidades religiosas y que se hallaban a cargo del Estado, hayan decaído tanto, hasta perder su fisonomía y fertilidad. Los que pasaron a poder de particulares, hánse conservado en buenas condiciones, cuando no han sufrido la parcelación por compras o herencias.

—Los Pérez, destacados conservadores, continuó el viejo, guiando a José Vicente por los largos callejones de la huerta, eran rivales nuestros. Ellos, en cambio, como otras familias, habíanse establecido, desde un principio, en hermosos parajes donde levantaron sus haciendas que ahora las veo, si no otra vez en manos muertas, en las de muy vivos sujetos. Mire Ud. la quiebra de las fortunas; los matrimonios de circunstancias y los caprichos de la suerte han permitido que distintos nombres vengan a sonar por estos lares!

—Rechaga su nombre, José Vicente, rehágalo, seguía diciendo el anciano amigo. Muy brutos han salido mis hijos. Yo les he dado todo lo que ahora tienen ellos. Y me sobran fuerzas para acariciar la tierra y hacerla producir. Ud. está rodeado de buenas posibilidades de progreso. No le dije que mi fórmula es la mejor para surgir? Ud. es ya dueño de una propiedad muy hermosa. El crédito aquel lo pagaremos en corto plazo, ya verá! Desde esta grada se puede mirar la finca de los García que está en venta y que colinda con "La Esperanza". Hágase de ella. Saque dinero de un banco. Si Ud. lo quiere, mañana mismo hablaré con el propietario. Sólo en trigo, esta hacienda rinde un renglón muy apreciable. Yo la compraría para mi Medardo; pero tengo en perspectiva algo que me conviene en el Norte, donde reside mi hijita casada.

—Está bien, don Santiago. Le agradezco mucho. Me haré de este predio.

—A lo sumo puede hipotecar la quinta que ya está saneada. Y, para completar el valor, haga préstamos parciales. Maneje el crédito.

José Vicente tenía en ese viejo y sin lugar a dudas, un gran mentor que, si bien explotaba la amistad con el Ministro para asegurar más riqueza a favor de sus lobbies de poca cabeza, también estaba contribuyendo a hacer firme la fortuna de Pérez. Por lo pronto había despertado en el joven agricultor la ambición de ser propietario, propietario expansionista.

Don Santiago y José Vicente conversaron y bebieron hasta muy tarde. De acuerdo con el programa, debían ir a merendar en "La Esperanza" para regresar por la noche a la ciudad.

—¡Jh!, con ese viejo judío viene nuestro patrón, dijo Emilio cuando los dos salían del automóvil.

—Calla, Emilio, repuso Graciela. Ese señor dicen que está dando la mano al señor Pérez. Aseguran que es financista de nota. Gracias a él ha comprado "La Esperanza". Hay que atenderle muy bien.

Los amigos conversaron largo hasta después de comida. Emilio y Graciela participaron de la reunión y escucharon los soberbios planes que acordaron poner en práctica. Fue enorme el contento de los dos empleados cuando, a las claras, como cosa segura, perfeccionaron el proyecto de adquisición de la hacienda vecina.

A muy avanzadas horas de la noche, don Santiago y el Ministro partieron con rumbo a la ciudad. En "La Esperanza" se daba como un hecho la compra de la finca de García. Emilio alzó castillos en su mente. Se imaginaba un nuevo plan de trabajo, otros aserrios, más ingresos y mejor porvenir.

Días después, en efecto, se celebraba la escritura de compra de dicho predio. Ciertos vecinos hacían propagar la especie de que el Ministro, desde que es tal, se ha convertido en gran capitalista y propietario. No recordaban que el joven agricultor, educado en París para cualquier cosa menos para inclinarse sobre la tierra, perdió a sus padres sin heredar una base suficiente para vivir y que en el Ministerio iba agotando todo, hasta el honor de su casa, mientras sólo una amistad nueva le estaba señalando el camino del triunfo, muy trillado camino por el que transitaron haciendo nombres y fortunas muchos de los envidiosos de la época o sus antecesores!

La explotación del bosque rindió muy satisfactorias ganancias antes de que llegue a ser de su propiedad. Quedaba aún algo por aprovechar. Y donde se alzaban robustos árboles e intrincados chaparros, se destacaba un caserío flamante y atractivo. José Vicente anexó dichas construcciones a la nueva compra, para formar un solo cuerpo por ese lado, bautizando la valiosa sección de su propiedad con el nombre de San Sebastián, en homenaje a la memoria de su padre.



CONFERENCIA INTERNACIONAL Si en los años de la guerra, con mucha frecuencia, se llevaban a cabo

las reuniones internacionales para realizar la defensa del hemisferio y proteger la libertad de América, en la post-guerra, los problemas de la paz invitaban a otras conferencias a las que concurrían todos los países por medio de sus representantes.

El Primer Magistrado designó a su Ministro Pérez como jefe del grupo que debía asistir al certamen de proyectos y reajustes internacionales. El señor Pérez obtuvo que le acompañase, como miembro de la delegación, un hijo de don Santiago. Cada delegado fue con su esposa. Susana viajó con su marido.

En estos menesteres de la paz, los gobiernos costean su concurrencia y pocos países sabían de antemano a dónde hay que echar el agua. De modo que los asistentes, en la mayoría de los casos, iban sólo a respaldar puntos de vista que habían experimentado el tanto de los

grandes, o situaciones de conveniencia para unos e indiferentes para otros. Los proyectos de una delegación de conducta sincera podían no ser estudiados o ser rechazados, por no estar constando en la agenda. Lo esencial era conseguir que prevalezca una idea y que los gobiernos que la han suscrito la hagan triunfar por sobre todas las dificultades internas o externas.

Las noticias del exterior informaban que la delegación de acá había llegado completa y sin novedad al lugar de su destino. Después, en sucesivas ediciones de los periódicos, aparecían datos acerca de las ideas que estaban progresando en la Conferencia y del abandono de la cuestión fundamental para qué fue convocada. Se hablaba de un fracaso y de un gasto inútil.

La oposición interna hizo también hincapié en la falta de preparación técnica de los representantes del gobierno. Se tomaba a burla a éste o eso otro miembro del grupo. Y muy pronto se difundió el hecho de que uno de los delegados había ido con afanes de lucro en negocios particulares. Se decía del delegado Salazar que ni siquiera estaba en la ciudad donde se celebraba la Conferencia y que recorría las fábricas en busca de compras al por mayor para la reventa en el país. Informado el gobierno de la verdad de las denuncias públicas, no vaciló en cancelar el nombramiento de aquel representante financiero.

El viejo Santiago, quien no intervino en el palanqueo, ya que el cargo resultó apenas como un acto de galantería del Ministro, escribió a su hijo dando instrucciones para que de allí vaya a Inglaterra en pos de voluminosos negocios. Giró una fuerte cantidad y arregló, de este modo, la ausencia de su primogénito, blanco de

críticas y burlas dentro y fuera de la administración. De José Vicente esperaba, ahora sí, un gesto para avanzar juntos por la vía de los quchaceres agrícolas e industriales.

Terminada la costosa Conferencia, de la que escasas conclusiones eran practicables, el Ministro retornó a la capital de su patria. Vinieron todos los que fueron, excepción hecha del delegado Salazar y su mujer.

Con un corto vocabulario inglés en la punta de la lengua y con los pesados recuerdos de un pasco gratuito por la metrópoli del Nuevo Mundo, los comisionados charlaban en las oficinas y en los bares, creyendo haber hecho un gran favor a la causa de la solidaridad continental y un práctico servicio a su pueblo. En los diarios se publicaban las biografías y los retratos de los delegados, al par que se abundaba en esperanzas de algo benéfico para la industria y el trabajo locales.

Uno de los periódicos, tal vez por iniciativa propia o quizá a pedido del interesado, insertó en sus columnas una entrevista al Ministro que encabezó la delegación.

“La economía del hemisferio y, con ella, la economía mundial —decía el entrevistado— se aproximan a su etapa de equilibrio normalizador de las situaciones consecuentes de la guerra. Para alcanzar ese equilibrio, se harán, de acuerdo con las posibilidades, préstamos a los países que los necesiten y se pondrán al alcance de todos los mercados los productos de la post-guerra. Estoy seguro de que nuestro país, dado el magnífico concepto de que goza en el exterior, gracias a la democrática acción de nuestro gobierno por siempre adicto al Panamericanismo, será participe de un empréstito de muchos millones de dólares, que serán invertidos, de conformidad con

un plan, en el fomento de la industria, la agricultura y la minería, a la vez que en la solución de nuestros problemas sociales, sanitarios y del trabajo". . . .

Más o menos los mismos puntos y opiniones propalaban en sus respectivos países los otros delegados, cual si hubiesen recibido circulares acerca de lo que tenían que decir y de lo que debían callar.

El pueblo no se entusiasmaba ni se preocupaba de las declaraciones ministeriales, a pesar de la insistencia con que eran repetidas, viradas y comentadas por la prensa y la radio.

Don Santiago fue a dar la bienvenida a su amigo José Vicente y señora. Más propenso se mostraba a reír del percance de su hijo que a lamentar la tontería del procedimiento oficial.

—Siento en el alma, mi don Santiago. Las malas lenguas han hecho tomar esa resolución imprudente y comprometedora para todos nosotros y para todo el país. Medardo quedó bien de salud. Preparaba viaje a Londres. Lleva con el mejor éxito sus asuntos particulares. Descuide Ud. de él, mi amigo.

—Ahora nos descuidaremos ambos de esta desgracia de gobierno! Cómo es que el régimen, sin comprobar las denuncias en fuentes imparciales y sólo por el miedo a la oposición hace quedar tan mal a un compatriota, a un hijo mío, quien vivía tranquilo en sus tareas agrícolas? Esto que acaba de suceder con él, más tarde puede ocurrir con cualquier otro. Ud. mismo quizá será mañana víctima de un procedimiento semejante!

—Invoco su serenidad, don Santiago. Ya veré la manera de alcanzar una reparación moral. Si, en verdad, Medardo ha tenido enemigos entre nuestros repre-

sentantes diplomáticos, cuya principal misión es, precisamente, observar lo que hacen y no hacen los paisanos que ambulan por esos trigos, la culpa es sólo de aquellos pésimos compatriotas

—No. No espero reparación moral ni material para mi hijo! El se basta a sí mismo. Y aquí estoy yo para cuando él necesite una ayuda. Lo que me admira es que Ud., siendo quien hizo nombrar para esa laya de delegación a mi hijo, no tenga un gesto de solidaridad para con Medardo. Me admira!

—Apacigüese, mi don Santiago. Yo debo mucho a Ud. He resuelto separarme del Ministerio. Quería hablar antes con Ud. Hoy escribo la renuncia y nos largaremos juntos al valle.

—Sí, sí, esto es decente. Esto es de caballeros. Yo presumía que Ud. estaba con la resolución a punto de escribirla. Diga que, por asuntos de carácter personal, presenta la renuncia. Nada más que "la renuncia". Cuidado con agregar que es "irrevocable". Mande el sobre y, acto seguido, sin esperar la respuesta, se va al campo. Lo correcto y serio es ahora renunciar y abandonar el cargo, rehuendo las consecuencias de lo "irrevocable". Y es, además, un método de anticiparse a una aceptación de renuncia no presentada. Bien está. Escriba la renuncia. La política es aceptable hasta un límite!

La renuncia de José Vicente fue lacónica. Salió el chofer con el sobre dirigido al Mandatario. Don Santiago y el señor Pérez pactaron verse a la hora del almuerzo en la hacienda del viejo. Iria también Susana.

El político ducho, valiéndose de sus amigos serviciales que comentaban el caso de su hijo, hizo correr el rumor de que el Ministro de Economía ha renunciado en

señal de protesta por la cancelación de Medardo Salazar y que, si la renuncia no envió desde el exterior, era tan sólo en consideración al prestigio del país

Noticias así aparecieron en un periódico de la tarde y en todos los del siguiente día. Don Santiago estaba ya en su hacienda. Muy pronto estuvieron allí el ex-Ministro y su esposa. Despreocupados en absoluto de los diarios y de la reacción de S. E., bebieron y se pasaron por las huertas y jardines, deleitándose en las particularidades históricas que guardaba la propiedad de los Salazar.

No había quién aclare o explique la razón exacta de la renuncia del Ministro de Economía. Y como el señor Pérez, en verdad, ya quería retirarse del cargo, porque sus ocupaciones personales así lo exigían, tampoco a él le interesaba conocer las consecuencias oficiales de su resolución.

Pero S. E., sorprendida por la actitud de su Ministro, creyendo que, en efecto, la renuncia no obedecía a otra cosa que a la cancelación del señor Salazar, envió unas aclaraciones a la prensa, desvaneciendo los cargos enunciados contra él y manifestando que el Ministro podrá hacer uso de licencia, pero que no se separará del gobierno.

José Vicente estuvo tres días en la hacienda de don Santiago. Al fin se informó de cuanto vino a raíz de su renuncia. Repetidas veces, altos funcionarios fueron a la quinta y a la hacienda del señor Pérez. Era difícil dar con él. Don Santiago, desde el campo, dirigió mensajes personales a sus amigos y lo propio hizo su huésped, intentando candidatizar para Ministro de la cartera vacante a un amigo que podría armonizar los intereses en marcha. Aún más, el señor Pérez escribió al Primer Ma-

gistrado ratificándose en su resolución de separarse del gobierno.

Los burócratas en censantía pusieron en movimiento y extrajeron de las filas ciudadanas un descansado que, sin ser ni liberal ni conservador ni izquierdista, todo daría en bien de las derechas. Ese descansado pasó a ocupar el puesto de Ministro.

De acuerdo con la costumbre, el nuevo Ministro efectuó numerosos cambios en los cuadros del personal burocrático. Mediante la intriga política, varios palanqueadores se asignaron buenos sueldos. Por no ser cómplice de la trastada departamental, el Subsecretario también renunció, después de entrevistarse con José Vicente.

Manuel no había podido dar con el paradero de su primo. Por mera sospecha, fue a la hacienda de don Santiago y ahí celebró la gran nueva con licores que llevó expresamente de la ciudad.

La farra continuó en San Sebastián, donde estaba ya Eugenia con personas de su amistad familiar. Los trabajadores saltaban de contento al saber que su patrón regresaba hacia ellos. Graciela no cabía de dicha. Todo era buen humor y renovada esperanza. Los que seguían de cerca el problema político, felicitaban al señor Pérez por su oportuna separación. Emilio traía todos los días el comentario escuchado en la capital a propósito de la renuncia del Ministro de Economía.

Algunos empleados adictos al señor Pérez estaban de visita en la hacienda. Fueron a invitar al ex-Ministro y al Subsecretario a una manifestación que, en honor de ambos, se llevaría a efecto en uno de los hoteles urbanos.

EL RETORNO Mayordomos y peones endulzaban las
A facnas con el comentario acerca del re-
LA TIERRA greso del patrón. Peinaban los mejores

caballos y arreglaban las cabalgaduras. Preparaban los baños medicinales del ganado y, de nuevo, las cargas de vajilla, ropaje y ornamentos se distribuían en las piezas de habitación, procedentes de la quinta.

Bajo un sol ardiente, Susana llegó con las muchachas a instalarse en la hacienda.

—He vivido ya la ciudad, dijo a Graciela. Ciudad pequeña, donde todo simulacro de naufragio es el naufragio mismo y donde, si no se mete en la política o en las esferas sociales, todo es monótono. No vale la pena entregarse a ella. Ni la política conserva una lógica segura ni la sociedad sirve para más que disgregar las amistades y diluirlas en el chisme, el egoísmo y la envidia.

Susana se quitó el sombrero, lo tiró sobre un sofá, y tomó a su hijo entre sus brazos.

—Dios hace las cosas como conviene, manifestó Graciela. Nosotros nos sentíamos inseguros aquí. Parecía que la hacienda se nos iba de las manos, que la producción desmejoraba y que todo mal estaba por precipitarse. Les

hemos extrañado mucho. Qué importa, nos decíamos, que el patrón esté en la cumbre de la política, que la patronita se distraiga en la capital y que la familia se una alrededor del señor Pérez, si la tierra ya se distanciaba de él?

—Uds. realmente nos han ayudado, nos han comprendido. Esto pudo estar reliquidado en contra nuestra. Yo misma no me daba cuenta de lo que pasaba. La muerte de mi madre y el retorno de mi hermano me invitaron a reflexionar lo suficiente como para no dejar de hacer de mi hogar y del trabajo una religión. Y ahora sí me siento completa y feliz. . . .

—Llegaban noticias desconsoladoras, referentes no sólo a que la economía de los patronos iba al desastre, sino que también el matrimonio. . . .

—Olvidemos todo eso. La juventud necesita fuertes impresiones para acogerse, con experiencia, a la ruta precisa. Ya sé lo que quiso decirme. Miré, Graciela, con personas inteligentes como Ud. si es posible analizar algo de la conducta humana. Muy peligrosa es la ciudad y muy pequeñas sus posibilidades de socializar las relaciones. Peligrosa, en el sentido de que hay que cuidarse del falso comentario, de la calumnia y hasta del humor de las gentes. En mi experimento creo que siempre perdí algo. No importa, empero. A cambio de aquello, supe afianzar mi derecho a la tranquilidad de esposa y madre. Y a Uds. cómo les trata el matrimonio?

—Bien, como nos ve. Sólo hemos tenido que habérnoslas con una desgracia: se malogró nuestro primogénito. Después, no hemos hecho más que trabajar. Emilio tiene verdadera vocación para las labores del campo.

—Y la escuelita?

—Siempre alegre y cumpliendo su misión. Acabo de despedirlos a los niños. Para ellos también ha sido muy grata la noticia de que Uds. vienen a vivir aquí.

Los terneros del bajío pasaban bulliciosos al hierba-jo, seguidos de los longuitos. Entre ellos andaba Pedro, en traje de pequeño mayoral, cabalgando una hermosa mulita.

—Buenas tardes, patrona Susanita! Dónde está el patrón? Quiero decirle una cosa!

—Buenas tardes, Pedrito. El patrón vendrá esta noche. Has estado bien?

—Bien, gracias. La Alsacia ha parido dos. Son unos lindotes!

—Una sorpresa para José Vicente! La Alsacia fue traída del extranjero.

El personal del servicio doméstico, los mayordomos, los peones y todos los empleados desfilaron por la sala visitando a la patrona. Tendían las manos callosas y expresaban su alegría en su lenguaje sincero, llano y apacible, hecho para entenderse con el agua cantarina y la tierra labrada, que no para enturbiar los espíritus hostigados por la densa vida de insipidez calculadora.

José Vicente llegó a la hacienda a las nueve de la noche. Traía grandes cajones llenos de herramientas nuevas y muchos recuerdos para sus más entusiastas colaboradores. Acompañábase don Santiago.

Graciela, en momentos en que la charla general se orientaba a las cosas de la agricultura y ganadería, participó al patrón el nacimiento de dos gemelos de la vaca Alsacia.

—Ahí tienes tú, dijo, poseído de un aire de plena confianza, el buen viejo convertido en asesor del ya ju-

gado político. Yo te dije que separes para ti ese ejemplar. No me he equivocado!

—Creo que Ud. muy pocas veces se equivoca, mi don Santiago. Y a propósito, respondiendo a una de mis últimas gestiones ministeriales, deben arribar al país otros lotes finos. También ha sido embarcada la nueva remesa de maquinaria agrícola.

—Sería conveniente que nos suscribamos de antemano. Interesémosle a García para que nos dé comprando algunas unidades.

—Tal vez me falte dinero, don Santiago. He hecho inversiones de importancia.

—Puedo facilitarte lo que quieras. Ahora te voy a tener amarrado aquí! Instalemos una planta eléctrica para nuestras propiedades y para el pueblo vecino. No es un mal negocio.

--Como Ud. diga.

Al otro día, don Santiago y el señor Pérez hicieron una visita general a los cultivos, pastos y corrales, al bosque y a las nuevas construcciones. En cada sitio, el experto y añoso agricultor emitía su paternal opinión acerca de lo que había hacer. Desde una colina echaron una orgullosa mirada a los dominios conjuntos y eligieron el lugar para la planta eléctrica.

Los laboriosos granjeros regresaron de noche a la casa de la hacienda. En las lomas se dejaban ver las fogatas de los cazadores de conejos y alguna zigzagante luz de vehículo motorizado, que transitaba veloz por la carretera. De pronto sonó un disparo de revólver entre los árboles del otro lado de la vía. José Vicente contestó con dos disparos. Los caballos aceleraron el paso.

—Quién va!, gritó el viejo.

Un silencio profundo fue la respuesta.

—Nos acecha alguien. Quizá tu enemigo?

José Vicente repitió dos disparos. En el escondrijo sonó uno más.

—No han visto por aquí a alguien?, inquirió el señor Pérez, deteniéndose bajo las frondosas ramas que ocultaban la choza de unos indios conciertos.

—No, patrón. Los tiros vienen del lado del señor Jurado. Dicen que cuando se chuma avanza por acá con ganas de matarnos.

—Mañana irán Uds. al ccbadal del Tomayloma. Observarán lo que haya de particular en la hacienda del mojigato.

—Este es el problema principal, dijo don Santiago, poniendo en marcha a su caballo. Tenemos que deshacernos de ese envidioso. No hay más remedio que despacharle. Le negaremos el agua en absoluto. Le cerraremos los caminos. Le arrebataremos las consignaciones de víveres, y lanzaremos contra él a sus propios peones. Con quiénes se ha metido! Ahora no estás solo!



ACECHO Gabriel Jurado, truchimán terrateniente, había seguido la trayectoria política y financiera
DE LA del señor Pérez. Sabía de las andanzas del ex-
ENVIDIA

Ministro, de sus nuevas relaciones, de las compras de tierras y de cuanto estaba haciendo su rival. La alianza entre aquel terror del valle, que era don Santiago, por sus magistrales empresas e iniciativas, y el

dueño de "La Esperanza", le tenía desesperado y nervioso.

Una madrugada, dos carpinteros del bosque fueron a la residencia del patrón, a dar aviso de que su jefe Antonio sufrió un alevoso ataque de parte de unos desconocidos y en su propia habitación. Los asaltantes habían entrado disfrazados y provistos de garrotes. Cuando se pusieron en pie los demás trabajadores, fue tarde para capturar a los forajidos. La compañera de Antonio resultó también golpeada y ofendida.

Don Santiago había marchado a la ciudad, con el objeto de dar los pasos necesarios para adquirir la maquinaria agrícola y los sementales recién llegados del exterior, y para negociar la planta eléctrica. El enérgico consocio de José Vicente se encaprichó a tal punto que, al realizar sus gestiones, no pensaba únicamente en sí, sino también en el adversario común.

El señor Pérez recibió en su alcoba los datos del asalto a su querido Antonio. Presto reunió a sus empleados y dió las órdenes para que, a las ocho de la mañana, concurran al bosque. Despachó a Emilio con destino a San Felipe, para que traiga a la autoridad del lugar.

Frente a la puerta de la pequeña casa que habitaba Antonio, un grupo numeroso de trabajadores, con sus mujeres y sus niños, recibió al patrón clamando venganza contra Jurado. Estaba lista la camilla para transportar las víctimas al hospital. Antonio sangraba por todo el rostro. La buenamoza que le acompañaba, llorando daba cuenta de la agresión. Todavía estaban frescas las huellas en la arena del corredor, del arrastre de la mujer, inocente mártir de las querellas entre ricos.

Antonio fue conducido de urgencia al hospital de la

ciudad. La gente vociferaba de ira y pedía sanción. El señor Pérez ordenó que se prosiguiera en los trabajos.

A poco llegó el teniente político de San Felipe, con seis guardias civiles armados. La autoridad constató las heridas de Antonio en un sitio de la carretera. El teniente político y la fuerza pública pasaron a la hacienda de Jurado.

Mientras se ponían en acción las sierras, los carpinteros y los peones, los choferes y los longuitos que esa mañana faltaron a la escuela, dirigían insistentes miradas al edificio residencial del pésimo vecino. Los guardias civiles ascendían por el tortuoso sendero, dejándose ver por momentos y desapareciendo entre los cabuyales.

La hacienda de Jurado estaba casi abandonada. Un indio de fiero porte salió al frente de la autoridad para contestar que su patrón no ha venido de la capital desde dos semanas há. Negó tener conocimiento del crimen. Preguntado por los mayordomos, dijo que la noche habían pasado en el pueblo festejando el onomástico del administrador.

El interpelado fue conducido a la prisión de la parroquia. En el camino, la escolta se apoderó de la persona de un arriero que, con diez mulas cargadas de leche, marchaba a la ciudad. Tomadas las declaraciones del arriero, éste, sirviente de Jurado, siguió su ruta, a presentar la queja ante su patrón.

El crimen se esclareció. Fueron, en realidad, secuaces del enemigo del señor Pérez quienes, después de haber bebido licor, tramaron y ejecutaron el plan de ataque a Antonio. El castigo no se hizo esperar, sin embargo de que los abogados del azuzador se derrotían en la defensa de su clientela.

José Vicente armó a su tropa de labriegos y obreros con escopetas y revólveres, previniéndoles que sólo haría uso de dicho indispensable material en cuanto fuesen violadas sus propiedades. Un murmullo de preguerra flotaba en todos los ámbitos del caserío. Y de nada sirvió la intriga del vecino que quiso despertar recelos en el ánimo del gobierno, con la especie de que, en la hacienda del señor Pérez, existían ocultas armas de un grupo de revolucionarios del régimen caído.



LA Restablecido de las heridas, Antonio vol-
REPRÉSALIA vió a sus faenas, juntamente con Daniel.
INESPERADA Este conocía y había tratado a todos los

cabecillas de una comunidad indígena de las laderas del valle. El joven desapareció sin despedirse y luego de averiguar por los detalles del ataque a su padre.

Don Santiago y su amigo íntimo platicaban en el comedor de la hacienda, después de merendar. Cruzaban ideas sobre los proyectos de trabajo y las medidas de seguridad que convenía tomar en defensa propia, de sus gentes y de sus intereses. Los perros que dormían en los corredores se levantaron y salieron veloces a ladrar sobre las tapias. Inusitada inquietud se advirtió entre los empleados. Las lámparas se movilizaban por distintos sitios de la estancia. Los dos tertuliantes también fueron tras de la incierta novedad, poniendo las manos en los bolsillos de los revólveres. Sin previo aviso, sonó una campanada en la torre del templo.

A lo lejos, unos silbos y unas bocinas, seguidos de gritos en lengua indígena, despertaron a los perros de los contornos. Instantáneamente estuvieron ensillados veinte caballos. Don Santiago juzgó del caso quedarse acompañando a la señora de Pérez y a Graciela, quienes, presas de pánico, corrían de un lado a otro, sin acertar a ubicarse. Emilio y su patrón, resguardando el edificio con pones armados, emprendieron el galope hacia el bosque. Les seguían a pie y a caballo numerosos indios y todos los mayordomos.

El bosque estaba tranquilo. Los trabajadores habían tomado posiciones, armados de escopetas y herramientas de labranza. El señor Pérez ordenó apagar las linternas. Tres carpinteros de los más resucitos, regresaron del río, a dar parte que los indios cunuyas asaltaban la hacienda de Jurado.

Los cunuyas constituían una comunidad altiva, que vivía en permanentes reclamos de unos terrenos de pastoreo que, por pocos centavos, fueron arrebatados por Gabriel Juarado y otros dueños de fincas. Más de una vez, los izquierdistas hicieron causa común con ellos, tratando de conseguir que se les devuelva o se les revenda siquiera una hectárea para pastoreo. Allí tenían establecida una célula del Partido Comunista y una central del Comité de Defensa del Campesinado.

Una disputa entre un peón de Jurado y un longuito de la comunidad estaba latente desde hace pocos días, por habersele negado al chico campesino el paso con sus ovejas por los senderos de la hacienda. A raíz de tal incidente, se agravaron las relaciones entre los indios libres y los conciertos, hasta que aquella noche estalló en grande el conflicto.

Daniel era bien conocido y estimado en la comunidad cunuya. Era el elemento de enlace entre los dirigentes políticos izquierdistas y ese formidable grupo que, desde tiempos atrás, gestionaba en los Ministerios la devolución de sus tierras engañosamente arrebatadas por una miseria de centavos.

Advertidos de que se trataba de otro movimiento, el señor Pérez hizo ocultar las armas y recluyó a su gente en los hogares. Despachó un mensaje a su mujer, comunicando que el asunto no era con él.

Los gritos se sucedían al frente más clamorosos y enérgicos. Una inmensa llama devoraba las parvas de cebada del vecino. Sonaron disparos. Los perros aullaban denunciando el espectáculo.

De pronto asomó un bulto debajo de los escasos árboles que estaban sobrando en el bosque. José Vicente, con el dedo en el gatillo de su revólver, fue al encuentro. A pocos pasos del intruso, prendió su linterna de pila seca y la enfocó.

—Soy yo, señor Pérez, dijo Daniel.

—Qué hace Ud. por aquí a esta hora?

—Vea, señor, ese cuadro! Los cunuyas no han querido esperar más. Las fórmulas del hacendado parece que no les convienen. Oye lo que dicen?

—Qué significa eso? De qué terrenos hablan? Mire, Daniel. Coja un caballo y, dando la vuelta por Tumbin-jín, regrese a la ciudad. Su permanencia aquí puede comprometerme.

—Bien lo sé. Ojalá también mi padre quisiera irse conmigo!

—No se me exalte, joven! Antonio no tiene nada que ver en esto!

—Perdone, señor. Estoy nervioso. Haré lo que Ud. dice. Pierda cuidado. En la capital, el problema volverá a nuestras manos. Contra Ud. no habrá nada. Adiós!

Sin hablar con su padre, Daniel tomó el camino más largo para despistar y se dirigió a la ciudad. Entregó el caballo en la quinta "Tercsa" y amaneció en sesión con los directores del izquierdismo.

Los cunuyas se habían apoderado de la hacienda del vecino Gabriel. Las vacas de ordeño se dispersaron en tropel por los potreros. Los terneros acorralados llamaban a sus madres. De las parvas, a la salida del sol, apenas quedaban unos montones humeantes.

El señor Pérez y los suyos no habían dormido. Les atormentaba la idea de que se les acuse de haber instigado a rebelión a los indios, como maniobra vengativa. Don Santiago aconsejó guardar la mayor calma posible. Cuando supo que, mientras la escolta de San Felipe aparecía por los alrededores del predio asaltado, algunos comunistas se hallaban entre los indios, exclamó que ya no había peligro y que el asunto fue por donde quería que vaya por querer.

El jefe del pelotón de guardias civiles venidos de la capital pasó diciendo que una acción terrorista contra los propietarios del valle está descubierta y que se la debe ir a cualquier precio.

La fuerza policial hizo un alto en el bosque. Allí se le ofreció algo de provisiones, en medio de la inquietud de los trabajadores que alternaban en su espíritu una especie de complacencia por el ataque al rival de su patrón y el temor de que se les envuelva en sospechas.

El contingente de guardias civiles no se decidía a tomar la hacienda. Los indios distribuidos por los patios,

corrales y sembríos, gritaban rencorosos y en actitud de desafío. En un verde cuadrilátero, un grupo de los asaltantes asaba carnes de reses y corderos sacrificados para su almuerzo. La situación se tornaba difícil. De boca en boca volaba el rumor de que los indios vecinos de otras haciendas se aprestaban a secundar a los cunuyas y a posesionarse de los predios hasta que sea resuelto el problema de los iniciadores. Y se comentaba que los comunistas gestionaban en la capital la adhesión de los obreros de las fábricas.

Por el otro costado de la hacienda, Gabriel Jurado, cabalgando un brioso caballo y provisto de una pistola automática, actuaba como comandante del piquete policial traído por él, y se afanaba por ponerse en contacto con el refuerzo que se detuvo en el bosque de San Sebastián. Los trabajadores del señor Pérez se mostraban indiferentes. Unos emisarios de los cunuyas vinieron a pedir apoyo a los carpinteros, burlando la vigilancia de las fuerzas de policía. Aquel ayudantillo trabajador del bosque para quien Daniel le fue antipático desde que lo vió con su padre, al extremo de indisponerlo ante el patrón, dió aviso al jefe de la G. C., acampada entre los aserraderos, de que dos indios del motín ambulaban en pos de ayuda para su movimiento. Los infelices emisarios cayeron en manos de los guardias y recibieron golpes sin compasión, después de lo cual fueron llevados a la cárcel.

Sin disimular la furia, tres de los hacheros que tenían identificado a ese sujeto como un repugnante chismoso, lo cogieron solo en su cuarto y, tras una bestial tunda, lo encerraron en su propia habitación, sin darle tiempo para que se queje.

El contingente policial del otro lado se acercaba al

edificio de la hacienda abatida. Los de acá también empezaron a maniobrar, todos a pie y distribuidos convenientemente. Los cunuyas dieron alaridos y, como un rebaño que obedece a una señal, se botaron por los cuatro costados de la manzana edificada. Disparaban sus escopetas y lanzaban piedras a los primeros policías que presentaron el bulto por entre los árboles. Reptando y haciendo disparos al aire, los del frente de San Sebastián avanzaban por las laderas con ímpetus de reducir a los indios a breve término. Pero, de pronto, numerosos grupos de indios de las parcelas de Huarashima, aliados de los cunuyas, asomaron desafiantes en la retaguardia de Jurado. Para ellos, la consigna era acabar con el usurpador.

Los policías se detuvieron. En algunos puntos retrocedieron. Y así quedaron el resto de la tarde, a pesar de que llegaron refuerzos de un batallón de línea.

El espectáculo cobraba vistosidad y peligro. Muchos curiosos y cronistas de la prensa se reunían en San Sebastián con los nervios descompuestos. En tales instantes, don Santiago y el señor Pérez insinuaron al jefe de operaciones militares que intente un arreglo pacífico. Los indios de las lomas cercanas acudían también, vociferando contra Jurado, patrón que alojaba sus intereses en la Edad Media y que no tenía ningún escrúpulo en provocar masacres, como que el complejo del carnicero pillastre reinara en su conciencia pervertida.

A duras penas y cerca del anochecer, los dos auxilios de fuerza pública lograron establecer un estrecho contacto para así esperar la decisión del gobierno sobre un arreglo. Tercos y brutales, los indios incendiaron el granero de la hacienda. Grupos escalonados hasta el ce-

rro occidental se preparaban a atacar a los policías por la retaguardia.

La campana de "La Esperanza" sonó dando las siete de la noche. Un automóvil del ejército suspendió la marcha en el patio. Venían el Jefe Provincial de la G. C. y el Director del Trabajo.

José Vicente, informándose a cada momento de la situación, permanecía en su residencia en conversaciones detenidas con don Santiago y algunos curiosos llegados de San Felipe y de la capital. Salió a verse con las autoridades. Relató los sucesos y sugirió un arreglo a base de la devolución de una parte de los terrenos de pastoreo en disputa. Don Santiago secundó la idea, más con el fin de despejar pronto el conflicto que con el de perjudicar a su adversario.

En efecto, después de intercambiar opiniones, el Director del Trabajo, con poderes plenos para actuar, envió un mensaje a los indios, invitándoles a un arreglo, siempre que desocupen la hacienda y, en tal caso, se posesionen de los predios reclamados hasta formalizar la conciliación. El mensaje fue recibido con protestas. Los indios, bien asesorados, pidieron discutir el arreglo en su cuartel y que se retiren las fuerzas armadas.

El Jefe de la G. C., ante la respuesta de los asaltantes, dió orden de atemorizarles con disparos al aire por todos los lados. Los aullidos de los cuntyas exasperaron más los ánimos y aun los curiosos comenzaron a hostilizar a los militares y policías. Se produjo la contraorden, y tres delegados partieron a la hacienda, luego de consultar, por medio de postas, la voluntad de Jurado.

Al ver a conocidos defensores de indios en la hacienda, los delegados hicieron un arrogante amago de re-

torno. Los indios que comparecieron en la junta se amotinaron impidiendo la salida de los emisarios, mientras afuera un alborotado lenguaje bélico se transportaba a manera de eco hasta las avanzadas más lejanas.

Tras un largo discutir con los puntos de vista escritos que enviaba Gabriel Jurado, se resolvió firmar una acta en virtud de la cual una comisión de demandantes, en el término de veinte horas, se haría oír del gobierno en la ciudad, en presencia del propietario. Y, escuchadas las partes, el Ministro de Previsión Social resolvería el asunto. Entre tanto, los cunuyas no abandonarían la hacienda.

El gobierno, al darse cuenta de que había de por medio un azuzamiento comunista, se negó a conciliar y ordenó que, evitando sangre, la tropa tome la hacienda y desaloje a los intrusos.

La bulla de la prensa era terrible contra el régimen. Este se defendía en largos remitidos y a través de simphonas hojas sueltas impresas en los talleres del Estado.

Compungidos indígenas de otras comunidades, tal vez sin dirección tinterillesca, esperaban la justicia del Tribunal de Garantías Constitucionales, sentados junto a las puertas definitivamente cerradas de lo que fueron oficinas de dicho organismo. En esa actitud, que delataba la majestad de un ignorar de la vida institucional del país, se podía advertir que la raza pospuesta también opera sin los lazarillos de la explotación. Esos indígenas que buscaban a alguien en los pasadizos de las oficinas clausuradas y que, de rato en rato, miraban al interior de las piezas por el agujero de la llave, se habían movido por su propio impulso. Cuán interesante habría sido

oírles con pose de autoridad administradora de justicia y sin ánimo que tienda a desorientarles ni a pervertirles!

Las fuerzas armadas se impacientaban con la larga espera. La orden del gobierno llegó al tiempo mismo en que los indios, por medio de su correo, supieron que sus comisionados no fueron recibidos por el Ministro, sino por el Jefe de Seguridad, quien los remitió a la cárcel.

Era el medio día. El sol reverberaba en el valle. Un avión voló por sobre la hacienda en plan de nervios. Los soldados y los policías se distribuyeron haciendo disparos al aire. Blandiendo lanzas, hachas, garrotos y cuchillos, los cunuyas de la vanguardia se exponían temerarios al asalto final de sus enemigos. Apuntando casi al bulto, el piquete de la G. C. se aproximaba a los corrales.

Los gritos indígenas denunciaban el momento culminante. Allá lejos, una compactación de hombres bronceados era barrida por un grupo de militares a caballo. Otros de los defensores de la propiedad, también a caballo, eliminaban los refuerzos campesinos de los flancos de la hacienda. Cayeron heridos muchos indios y algunos soldados.

Al cabo de una hora y media en que hubo que lamentar desgracias en ambos frentes, las fuerzas del gobierno se instalaron en el predio tomando varios presos. Sin que se sepa ni cómo ni cuándo, los ascsores de la comunidad, que comandaban a los indios desde las casas por ellos asaltadas, habían desaparecido de su teatro.

El parte oficial decía, al día siguiente, que los indios cunuyas fueron sometidos pacíficamente y que sus reclamos serán estudiados por el Ministerio respectivo.

El dicho estudio demoró mucho tiempo. Jurado volvió a su finca. Cerró sus pastos. Cortó el agua a la comu-

nidad y obstruyó el paso a las escuálidas ovejas de los humildes rebaños condenados a perecer lamiendo el suelo cangahua de los riscos miserables.

La oposición política hizo traer los cadáveres de los indios a la ciudad y, siguiendo la costumbre en estos casos, promovió un entierro provocador de una manifestación.

El problema de fondo quedó perdido entre el humo de las balas, los informes del papeleo oficinesco, las iras de los gobernantes y la virulencia creciente de los redentores de la cuestión social.

Daniel fue a la prisión, acusado de soliviantador de indios. Pudo salir libre con la garantía de José Vicente.

—Ahora, será manso, dijo Daniel. Ahora sabrá quiénes somos y quién es capaz de mejores acciones. El feudal Jurado ha recibido una lección.

—Daniel, replicó el señor Pérez, venga a trabajar en "La Esperanza". Olvide la política. Renuncie a su partido. Acá encontrará bienestar. Ofrézcale un poquito de felicidad a su padre con su compañía.

Antonio abundó también en razones para que su hijo reduzca la distancia y se enrolé en los trabajos del señor Pérez.

Daniel cedió. Con su mujercita se alojó en unas cómodas piezas del caserío antiguo. Y se encargó de una sección de trabajos de la planta eléctrica. Tiempo há, había abandonado sus estudios universitarios.

Los secuaces de Jurado se dieron cuenta de que el terrible Daniel Garcés estaba prestando sus servicios a José Vicente. Pusieron espías y tramaron planes contra el joven hijo de Antonio. El buen muchacho se comportó como mejor pudo, en formal tributo de obediencia a su

padre. Más aún, varios peones de la construcción en la que actuaba Daniel fueron reclutados entre los cunuyas, indios tan aptos para la disciplina y el cumplimiento, como insoportables en sus caprichos.

Don Santiago continuaba visitando con frecuencia la hacienda de su amigo Pérez. Otras veces, éste iba a los dominios de aquél. El mal vecino se desmoralizó. Poseído del despecho producido por las minucias con que fastidiaban los trabajadores de "La Esperanza" y de don Santiago a los sirvientes suyos, arrendó su finca a un banquero y se metió en la ciudad, a hacer vida política, junto a los descansados que, día a día, se acercaban al Poder, y a pagar las exigencias costosas de su yerno adquirido a alto precio. De este lastre necesitaba también el carro de los descansados.

EN LA Susana revisaba el correo llegado de
EXPOSICION la ciudad. Entre los sobres de diver-
D E sa procedencia, encontró una esque-
BELLAS ARTES la por medio de la que se invitaba a la

Exposición de Bellas Artes, organiza-
 da por la Casa de la Cultura. Y, deseando apreciar los
 estilos y gustos artísticos del país, al mismo tiempo que
 sintiendo resucitar en sí una de sus preferencias juveni-
 les, insinuó a José Vicente que la llevara a la capital.
 Quería, además, inspeccionar la quinta y visitar a Eu-
 genia.

La señora de Pérez se puso encima su mejor vestido
 de la temporada y salió a la ciudad con su marido. Asis-
 tió a una función matinal de cinc y, tras breve siesta,
 la pareja, en compañía de Manuel y Eugenia, fue a pre-
 senciar la inauguración de las exposiciones de pintura
 y escultura.

—No habrá mucho que ver, dijo Eugenia. Luego ire-
 mos todos a casa, a servirnos un té que desea ofrecer
 mamá.

En los salones demostrativos de los trabajos del año,
 hechos por consagrados artistas, eran los primeros taca-
 neos de visitantes los de ese grupo familiar, ansioso de

impresiones que atemperen los nervios. Diólos el encuentro un profesor melenudo, quien reconoció en José Vicente al ex-Ministro de Economía, tan grato para unos como antipático para otros, desde que, en el Ministerio, le fue imposible complacer a todos.

—Por acá, señores, indicó el profesor. Por acá están los trabajos más sencillos. Luego iremos a contemplar las perfectas obras de los maestros que, este año como nunca, se han esmerado en poner genio y destreza en sus concepciones.

Por cierto que a ninguno le interesaba lo verdaderamente artístico. Sin pronunciar un término, los cuatro se dejaron llevar por el introductor. Pasaron de sala en sala, observando con indiferencia la monótona sencillez hecha ejercicio por los alumnos de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Cruzaron por la sección de esculturas también simples, y pronto les iba cogiendo el tedio del tiempo perdido.

—Ahora les dejo en manos del profesor Merino, expresó el acompañante. El les hará ver las obras del concurso.

Al momento en que desembocaban en el salón por donde principiaron el recorrido, ya la gente estaba casi codicándose por la estrechez del espacio. Entraron por una puerta lateral y dieron con el pabellón engalanado.

—Tengan la bondad de seguirme, señores. Aquí están los trabajos completos. Hay pinturas y esculturas adquiridas por las legaciones diplomáticas y por prominentes protectores del arte nacional, sin embargo de que no se pronuncia aún el Jurado calificador del concurso.

Susana clavó los ojos en un hermoso cuadro de desnudez. Era una obra de gran maestría y talento. Fres-

cas carnes, en simpática actitud, denunciaban la belleza femenina que suele ocultarse entre las modas indumentarias de la civilización. Junto a la mujer, un rosal sangriento discutía su primor a los labios, los senos y el vientre de la Eva sinuosa. Prendida en el marco se leía una tarjeta: "Comprado por la Legación de Francia".

—Es un lindo trabajo, manifestó Susana.

—Su autor es muy conocido en el país y en el hemisferio, agregó Manuel.

—Tiene su historia, dijo el profesor guía. Una historia semitrágica. Está tramitándose el divorcio entre una recién casada, que sirvió de modelo, y su marido, un celoso poeta que muy tarde descubrió el negocio de su belleza, que había hecho su mujer cuando novia. Una guapa chiquilla ante cuyas formas caían los pinceles de los dedos! No les digo más. Y termino añadiendo únicamente que el autor del cuadro quiso suicidarse en cuanto supo del matrimonio de su modelo, días antes de que diera por acabada la obra. La chica hurtó tiempo a su fresco hogar para permitir la conclusión del trabajo.

La corta historia relatada por el comunicativo artista invitó a pensar mucho a los visitantes. Estaban, pues, recreando sus ojos delante del esfuerzo genial de los hombres que acribillan de tragedia al amor y a la virtud por el afán de lucir sus excepcionales aptitudes.

La concurrencia se desbordaba por todas las salas del concurso. Hileras de colegiales de ambos sexos, damas linajudas, escritores y periodistas, pintores y escultores de las viejas y nuevas escuelas, desfilaban su humanidad ante los vistosos paisajes volcánicos y urbanísticos, las regias formas escultóricas y los detalles mínimos

captados ya junto al mar o ya en un predio de la serranía.

Susana estaba entusiasmándose. Se acercó a su marido y díjole al oído que deseaba llevar algo a la quinta.

José Vicente se puso a reexaminar los trabajos, anhelo de dar con ese algo que pedía su mujer. La mayor parte de las buenas obras estaba vendida. Nunca como en esa vez, los artistas estuvieron de suerte para despachar sus motivos a cambio de un cheque que resolvía la crisis del hogar o las andanzas tabernarias.

En un ángulo del fondo del salón, cerca de una ventana, un grupo curioso demoraba en abandonar el sitio. Susana y los suyos se acercaron al grupo. Un precioso óleo de vida familiar llamaba la atención de los observadores. Era la presentación de *La Maternidad*. Los críticos de la delantera discutían los antecedentes del autor, como encaminando el juicio de vanguardia para que los miembros del Jurado, que les escuchaban a más no querer, no olviden esa obra del amigo. Uno de los mirones, escupiendo por el colmillo, señalaba los defectos del trabajo. Otro insistía en la rara exquisitez de la actitud de la madre. Los señores del Jurado permanecían en silencio. Bien sabían y con experiencia personal que, en el arte como en todo, la emulación era hábil para destrozar prestigios y para levantar celebridades.

Se desgranó el grupo. Eugenia y Susana juzgaron conveniente ir detrás de esos hombres. Por lo pronto, la señora de Pérez resolvió, en secreto, adquirir el cuadro que quedaba criticado. Regresó a mirar al profesor Merino y solicitó que apunte la selección comenzando por la obra ya discutida.

Instantes después, estuvo colocada la tarjeta en el

marco: "Comprado por la señora del ex-Ministro de Economía, J. V. Pérez y Vivar", decía. Tratándose de tan noble y rico señor, el precio sería lo de menos para el artista que frotaba las manos de satisfacción.

Excelentes motivos profanos y religiosos fueron observados luego por el doble grupo de críticos y compradores. Manuel y su primo escuchaban atentos a los artistas y, en voz baja, criticaban a su vez a todo aquel que interfería en las opiniones con sus juicios interesados. Los autores que aspiraban a los premios del concurso, con los labios resecos y los ojos en delación de una solicitud de fama, se cruzaban por entre la concurrencia, cada cual más bilioso y presumido. Eugenia, de su gusto, sin reparar ni en la bondad ni en los defectos de la obra, por el sólo hecho de conocer personalmente al autor, se asignó un hermoso cuadro del Descendimiento de Jesús. Era lo único que quería llevar a su casa. Y en otros rincones eligió, de acuerdo con Susana, paisajes nevados, bosques tropicales y temas de costumbres para la quinta "Teresa", además de unas esculturas de famosos artistas.

Al pie de una monumental concepción escultórica que representaba a Caín y Abel, una pobre mujer vestida de negro contemplaba con cariño la imponente obra de recias formas y hondo contenido de conducta humana. Era la madre de un joven escultor muerto en vísperas de abrirse la exposición, víctima de la tuberculosis.

Manuel se aproximó a la escultura. Luego se acercaron también sus acompañantes y el grupo de examinadores expertos.

—Es el último trabajo de mi hijito, dijo la pobre mujer.

Los profesores, mirando fijamente la obra, "aquí

hay fuerza de genio y proporción, a pesar del tema vulgar", opinaron para los curiosos. Los miembros del Jurado asintieron con un movimiento de cabeza vacío de palabras. El señor Pérez preguntó a su mujer si le gustaba el símbolo. Ella dijo que sí. La compra vino en el acto.

—Para que coloques en la puerta de San Sebastián, visible a tu rival, refunfuñó Manuel con sorna, dirigiéndose a su primo.

—Exactamente, contestó el otro.

Entendiéndose con los autores, el señor Pérez iba deshojando cheques con los cuales pagó las obras adquiridas. Pagó también por el cuadro que cligió Eugenia para sí. Los trabajos serían retirados después de una semana de exhibirse.

Satisfecha Susana, quiso tan sólo pascarse por los salones, del brazo de su marido. Muchas damas no encontraban lo que buscaban entre las obras vacantes. Apenas los diplomáticos amigos de los círculos artísticos e intelectuales demostraban su voluntad de pagar algunos esfuerzos colados en los cuadros y esculturas de su gusto.

Susana insinuó la salida. El ambiente anegábase de perfumes femeninos. La invitación a las esferas de la diplomacia y del oficialismo congregó allí mucha gente de toda condición social. Las esencias se entremezclaban al paso de las señoras a cuyas hijas más les importaba hacerse admirar. Olores penetrantes se confundían con el acreamiento de las lujosas ropas y de las rosadas picles. Un indefinible aire de farmacia y herboristería inundaba el interior del gran salón en el que, con los discursos de oportunidad, se hizo la ceremonia inaugural.

Afuera, numerosos artistas vociferaban contra el Jurado del concurso y protestaban por el rechazo de sus obras, que habían sido calificadas de innecesarias de participar en el certamen. Los más exaltados organizaban una exposición de sus trabajos en la vía pública.

—Ya ven que no nos fue mal? Si hay artistas en este país, dijo Susana.

—Nuestros artistas se mueren de hambre, contestó Manuel.

—Como en todas partes, agregó José Vicente.



UN En el portón, un alto funcionario que cola-
TE boró con el señor Pérez en su cargo oficial,
FAMILIAR dióles el saludo introduciéndose luego en su

Ford. Manuel le llamó la atención, y fue a conversar un poco y de apuro. Era muy amigo de su casa. Eugenia también se acercó a invitarle al té que su madre ofrecía esa tarde a Susana.

—Quién es él, preguntó la señora de Pérez a poco que el amigo partió.

—Un distinguido escritor y político. No recuerdas de Gustavo Ruiz, Subsecretario del Ministerio de Economía en tiempos de José Vicente? No sé por qué se han enojado, que ni siquiera se saludan.

—Ah! Gustavo fue? He salido con la vista cansada de tanto color y tanta forma.

—El tampoco pareció haberte visto. Pero se encontrarán hoy. El vendrá a casa con su mujer a la hora del té.

—Se casó con Josefina, mi compañera de colegio. Ha ocupado buenos puestos y escribe muy bien, dijo Eugenia.

—Caramba, cine por la mañana y acuarclas por la tarde, si es para fatigar los ojos, manifestó José Vicente, disponiéndose a hacer caminar su automóvil.

En el precioso salón de la casa de Manuel, al que por primera vez llegaban los esposos finqueros, un par de muchachas con apariencia de blancas palomas, colocaban flores en los jarrones de bronce y plata, y acababan de limpiar los espejos.

—En buena hora que nos fuimos a distraer por allá, dijo Eugenia. Recién han estado en los preparativos exteriores. Me dispensan. Voy a ayudar.

Eugenia era el alma de ese hogar. Sus padres, ya ancianos, casi no salían a la calle, excepción hecha del deber de oír misa todos los días y muy por la mañana.

—Quiero verles a los tíos, insinuó José Vicente.

Manuel fue por sus padres y a poco, entró en el salón con los dos viejos.

—Vicentito, qué casualidad es ésta! Susanita cómo se ha conservado? Aquí nos tienen cargados de años sin poder ni hacer una visita a la familia. Cómo está el bebecito?

—Bien, tía. Y Uds.? A mi tío le veo aún como un roble.

Se sentaron a charlar. El viejo recordó el acontecimiento con los indios cunuyas, que no perdía actualidad en las casas de los hacendados.

—Esos indios son terribles, expresó el anciano. Hace unos cuarenta años, mataron a un sacerdote. Se creen dueños de todos los terrenos del Tomayloma. Los pícaros comunistas les han metido entre ceja y ceja que los co-

Ionizadores españoles les quitaron las tierras, un templo antiguo, los tesoros de su reino y las doncellas de la corte. Por eso no dejan de molestar a los blancos. Son unos ladrones. Y ociosos, además. Se imaginan que siguiendo a los bolcheviques se verán satisfechos en sus pretensiones. Fastidian a los blancos y les perjudican.....

—Qué blancos, pues, papá, intervino Manuel. El cholo Jurado fue el del pleito con los indios. Ese cholo ambicioso y arribista!

Llegó Gustavo Ruiz con su señora y se esfumó el tema amargo. Después de los saludos y los abrazos, tomaron asiento junto a Susana.

Josefina llevaba puesta un rico traje nuevo, una túnica de terciopelo rojo-naranja sobre una falda de raso, brillantes en las orejas y un ramillete de flores en el corpiño. Robusta, alta y graciosa, su ancho abrazo a Eugenia recordaba la amistad de colegialas inseparables.

—También invitamos a Gustavo y Josefina, papacito. Nos vimos en la Exposición de Bellas Artes.

—En esos disparates andan los jóvenes de ahora, dijo doña Rosario, tía de José Vicente y madre de Manuel y Eugenia. En esos disparates!, repitió. En vez de ir a visitar al Santísimo como hacíamos nosotros, o de ir a saludar al Excmo. señor Arzobispo! Bellas Artes Un montón de cuadros inmorales, no más, son las tales exposiciones. Una mezcla de colores a veces incomprensibles. Una revolución de formas!

Todos echaron a reír. El viejo también reía acariciando la barba canosa.

—Pero, mamita, repuso Eugenia, estos son otros tiempos. Hay horas para todo. Además, fue del gusto de Susanita el ir a la Exposición para cambiar impresiones.

En la hacienda ha sufrido mucho. Unos lindos trabajos compró ella para exornar la quinta. Yo me hice de un cuadro del Descendimiento!

—Tontería de guambras. Aquí hay cuadros al escoger. Son cuadros de verdaderos artistas. La Sagrada Familia que ven al frente, continuó la señora, colocándose los anteojos y acercándose al muro, logré comprar en mi juventud por cien pesos dobles. Estaba aficionado el Ministro de España. De estos trabajos antiguos ya no hay.

—Nuestros mejores productos artísticos han ido al exterior, dijo Gustavo. La despreocupación de los gobiernos y la ignorancia de los tenedores han hecho que se pongan en fuga verdaderas maravillas del arte colonial. Ahora debemos contentarnos con lo que ofrecen las nuevas generaciones. A mí, para expresar una franqueza, no me satisfizo la Exposición.

—Nosotros fuimos de pasco, añadió José Vicente. Y de entre lo mejor que está a la vista, Susana se aficionó de unas obras que, si no cuadran en la quinta, las llevaremos a la hacienda.

—Algunos motivos sí son de mérito, dijo Manuel. Por lo demás, es cierto que, para reconocer ahora nuestro formidable pasado artístico, tenemos que pagar entradas altas en los mejores museos del exterior.

Vinieron las primeras entregas de exquisito cognac en copas de plata antigua. Doña Rosario condujo la charla a los pocos residuos de rica vajilla existentes en las casas solariegas de la capital. Citaba nombres de familias cuya fortuna se había filtrado en pequeñas tenencias. La señora estaba locuaz ante la visita de su sobrino que no solía mostrarse fácil a sus parientes ingratos y regañosos.

—Dejemos que hable mamita. . . Recuerdas Josefina que cuando hacíamos los deberes del colegio, mami nos divertía con sus remembranzas?

—Doña Rosarito tiene una excelente memoria, galantcó Josefina. Aquí he pasado horas inolvidables.

—Tan buena memoria tiene, contestó el viejo, que ya no se acuerda que hemos invitado a Uds. para que se sirvan un té. Son más de las cinco, Rosarito, agregó, sacando su macizo y encadenado reloj de oro.

—Cuando tú dices, así debe ser, replicó la anciana. En tu reloj sí creo, porque es de los buenos, de los que traíamos antes de Suiza. Hoy nada vale!

—Está lista la mesa, interrumpió la voz de una muchacha metida en impecable traje de servicio.

Lentamente pasaron al comedor. Los anchurosos y altos espejos dorados reflejaban los vestidos de los pocos invitados, por encima de los jarrones de flores y la regia mueblería de áurcos contornos.

El espacioso comedor regocijaba relumbrante cuando los invitados abandonaron la discreta claridad del salón. José Vicente llevaba del brazo a su tía. El anciano iba junto a la señora de Pérez. Detrás seguía el resto de la concurrencia.

Transpusieron el lujoso comedor de paredes cubiertas de azulejos con tonalidades de estampería. Avanzaron hacia el comedor pequeño, que les reclamaba con una reverberante mesa colocada en el centro, a manera de capilla en solemne oficio, bajo la lámpara colonial ornada de bujías. Eran pasadas las seis de la tarde. El tiempo transcurrió ameno y colmado de fervorosa charla.

En medio de la blancura de los manteles castellanos, se destacaba a todo primor la disposición de tazas y cu-

charas, tenedores brillantes, platos pintados a la antigua, cristales tallados y botellas espumosas. Un ramillete de rosas purpurinas acompañaba a las fuentes de pastas y dulces, haciendo un conjunto de armonía que excitaba los ojos y el paladar.

Cuatro aparadores, dos de cristalería y dos de vajilla de plata fina y maciza, formaban la guardia en los rincones del cuadrilátero privado. El comedor grande estaba vacante desde que los viejos clausuraron sus recepciones sociales, y apenas se veía concurrido por íntimos miembros de familia en los cumpleaños de los señores y sus hijos.

No bien se sentaron, ya la señora observó minúsculos defectos en el servicio, y comenzó a hablar de las muchachas despreocupadas y de la falta de buenas costumbres en los hogares de los tiempos modernos.

Como sus hijos y los sirvientes ya le conocían a la anciana, no hacían sino oír. Y oyeron hasta de los amores de las domésticas que pasan de casa en casa, experimentando malas artes, bajo la sugestión de sus eternos novios.

La mesa iba desmoronándose al calor de la conversación y al ritmo del apetito de los invitados y de los anfitriones. El retintín de los tenedores y las cucharas hacía coro a las frases serias y jocosas, a las risas cortas y a la intermitente tos del viejo jefe de la casa.

Las bujías eléctricas ardían arriba entre los prismas de la gran araña. Las paredes simulaban dejar abrirse las flores pintadas en los cuatro costados. Más allá de los vidrios de las ventanas, la azotea exhibía una edénica composición de maceteros con pétalos multicolores.

Sonaban las copas en el charol y ya retornaban a la cocina las fuentes semidestruidas, para ser reemplazadas con otras de apetitosos y bien alineados comestibles. Las teteras despedían su aromático vapor por encima de las flores y las cabezas de los comensales, vapor que se abrazaba cerca de las araña con el humo de los cigarrillos finos.

José Vicente, con matemática precisión, abordaba los temas familiares y económicos cada vez que era necesario hablar. Archivó todo resentimiento y se explayó al referirse a sus planes agrícolas. Las experiencias ministeriales fueron objeto de oportunas acotaciones de doña Rosario. Eugenia, Josefina y Susana desalojaron de sí la crítica que antes habían callado, para juzgar, con ironía y jocosidad, ciertas inofensivas tareas que incitaban a la risa al ex-Ministro y al ex-Subsecretario ahí presentes.

Con el último tema en la lengua, se levantaron todos y regresaron al salón. Eugenia prendió todas las luces y el aparato de radio. La estancia se inundó de claridad y música agitada.

—Cambia de estación, hijita, ordenó doña Rosario, aproximándose al sofá. Cambia, cambia! Esa música hace daño. Es la música del diablo. Ya te he dicho que por lo menos a mí no me hagas oír esa ridiculez de música.

Con una exhalación de cansancio se sentó la anciana. Y, arremangándose los labios, sonreía ella, feliz por la obediencia de su hija muy bella.

—Ah, mami. Ah, mami! Ud. dice la verdad, expresó la chiquilla dando unas vueltas al dial con su blanquísima mano adornada con una pulsera de brillantes. Mami-ta, prosiguió mientras buscaba otra emisora, pero es peor la quejumbrosa música nacional. Parece hecha por gen-

tes amargadas de la vida y eternamente reñidas con la alegría. La música es alegría, qué caray! . . .

La chiquilla tenía el vino en la cabeza y se mostraba jubilosa de que su primo haya llegado a su casa con su mujer.

—No hay la música que agrada a mami, dijo Eugenia, abandonando el dial en el sitio de donde brotaban las notas de una desesperada conga.

—Eso, eso! Eugenia, exclamó Gustavo al tiempo que todos, inclusive la anciana, se batían en risa.

Se levantó Josefina a ayudar a buscar música selecta en las estaciones del mundo. Notas agudas, fragmentos de jazz, signos radiotelegráficos, palabras en inglés gangoso y en inglés metropolitano, voces castellanas, todo hallaron en el espacio, menos la música que pedía ese momento doña Rosario. . . .

—Mamita, quicre oír el sermón del Padre Jacinto?, preguntó con gracia la vivaz y hermosa Eugenia.

Viendo de soslayo a doña Rosario, todos detenían la carcajada detrás de los labios cerrados.

—Satírica, crees que no te comprendo? Tú estás con comezones en los pies por bailar y me ofreces un sermón, no? Ahora ni los sermones merecen la pena de escucharse. Y no antes, qué palabra de los antiguos oradores! Qué pensamientos! Qué pico!

El calor de los vinos estaba rindiendo efectos cordiales. Haciendo fondo melodioso de una apacible pieza musical vienesa, doña Rosario inquirió por los cuadros y esculturas comprados por Susana.

—Son unas cuatro cositas de adorno. Desde luego, casi todas ellas obtuvieron los mejores conceptos de los críticos profesionales. Ya tendrá ocasión de conocerlos.

—Eso de los premios, observó la señora, es sólo asunto de simpatía a los autores. Desde la escuela y el colegio les acostumbran a los muchachos a burlarse de los méritos ajenos, conquistando medallas y otros estímulos de puro favor. Recuerdo que, en mi tiempo, el que sabía, sabía. La Madre Elenita, mi profesora, en los concursos de Latín y Griego, o en los de Historia, discernía los premios con una justicia muy severa.

—Qué va a decir, mamita, de nuestra profesora la Madre Conchita! Y de la Madre Cecilia? Qué rectas, qué exigentes y qué buenas! No es cierto, Josefina?

—En verdad. Pero doña Rosario tiene también razón. Los tiempos parece que van decayendo en valores de ejemplo y mérito.

—Cómo te va con ese zascandil de Santiago?, preguntó el viejo a su sobrino, plantando aparte una tienda de charla entre negociantes.

—Sé que has formado sociedad con él, agregó Gustavo.

—Un gran tipo es ese!, opinó Manuel antes de que hablara José Vicente.

—Es una magnífica persona. Me va muy bien. Estoy encantado con la amistad de él. Duro y trabajador, tiene una iniciativa de penetración fecunda y oportuna. Gracias a sus intervenciones, adquirí "La Esperanza" y la finca de los García.

—La finca de los García no produce mucho, gruñó el viejo.

—Pero no deja de ser una buena compra, dijo Manuel. Allí están construyendo la planta eléctrica.

—Este sí es un buen negocio, sentenció el anciano. Vinieron otras copas. La charla se hundía en la no-

che. En el comedor sonaban los platos y cubiertos, ubicándose para la merienda.

—Ahora van a merendar aquí, habló doña Rosario. Descansen un poco más entre nosotros. Metidos en la hacienda, peleando con los cholos del vecindario, hasta la juventud están perdiendo pronto.

Después de un breve baile que tuvo por objeto complacer a Eugenia, pasaron a la relumbrante mesa a eso de las nueve de la noche. Llegaron otros parientes y, entre ellos, también el novio de Eugenia. Las primitas conversaban con Susana. Eugenia parlaba a ratos en correcto francés. Comían y bebían destrozando el aliño de la exquisita mesa.

Alzado el servicio, bailaron hasta la madrugada al son de una magnífica orquesta. Los ancianos se retiraron a dormir, y los demás se habían despedido muy satisfechos de la reunión. Los esposos Pérez-Datroix invitaron a sus tíos a un almuerzo en la quinta, el próximo domingo.

Repuestos de la mala noche, José Vicente y su mujer regresaron a la hacienda. Susana iba leyendo en el camino la crítica que los artistas publicaban acerca de la Exposición y los premios. Estaba contentísima por sus adquisiciones. Las obras que compró ella eran citadas entre las mejores. Mentalmente ordenaba los cuadros y las esculturas en apropiados sitios de la quinta "Teresa".

En la parte más alta de la loma que separa el valle de la capital, un involuntario suspiro de Susana llamó la atención de su esposo.

—Qué te pasa, hijita?

—Muy amargo se me está haciendo este valle, marido mío.

—Hagamos lo posible por soportar las dificultades, para saber vencerlas. Ten paciencia.

—Lucharemos sin descanso. La ciudad es más amarga, después de todo.

Susana volvió a su tranquilidad anterior. Viajaba confiada en mejores tiempos.

El carro, manejado por el señor Pérez, a cuyo lado iba su esposa, deslizábase por sobre la humedad de la vía, arrinconándose a ratos para dar paso a los camiones que, bien cargados de leña y madera, de mieses, y ganado menor, subían con rumbo a la ciudad.

PLASTICIDAD Don Santiago salió de la ciudad por la
DEL GLOBO mañana hacia sus propiedades agríco-

las. En todos los balcones y en las torres flameaba el tricolor nacional. Las estrechas calles de la urbe, con sus altos edificios enredados en los alambres de la luz eléctrica y de los teléfonos, presentaban un imponente aspecto de fiesta. En los suburbios, las puertas de las casitas bajas también exhibían banderas de papel.

Los niños de las escuelas y los jóvenes colegiales marchaban uniformados a tomar colocación para el desfile cívico. Bulliciosos batallones de todas las armas, con sus acémilas cargadas y sus implementos mecánicos, se dirigían a ubicarse para la gran parada militar. Escuadrillas de aviones brillaban sonoras bajo el cielo intensamente azul. Era la fecha de la independencia nacional.

El pueblito de San Felipe se mostraba alegre y engalanado con el emblema patrio. En la plaza, grupos de deportistas tostaban al sol sus músculos, dispuestos para las competencias de velocidad y fuerza. Un balón rebotaba en la arena, mientras siete músicos arrancaban aires marciales de sus viejos instrumentos.

En lo más alto del colonial templo de "La Esperanza", también airoso desplegaba sus colores la bandera de

la patria. La gente estaba de vacaciones. La escuela de Graciela había preparado un programa festivo para la mañana y una comedia para la tarde. Emilio ayudaba afanosamente a su señora en el arreglo del salón de actos. Los humildes campesinos, sentados en la acera del local escolar, calentaban las piedras, embutidos en su multicolor indumentaria. Y ahí sus hijos, bañados, peinados y con ropas nuevas, o seguían los presurosos pasos de la profesora agitada en sus tareas, o se distraían junto a los árboles, aprendiendo de memoria las últimas líneas de las loas, en medio de la cháchara.

A las diez se realizó una revista de gimnasia. Los patrones, don Santiago, los principales empleados y todos los padres de familia se habían situado en la improvisada tribuna. Una voluminosa victrola entonó el himno nacional, que fue coreado por ese grupo de generación fresca y sana.

Por la tarde, la comedia alcanzó un éxito digno de aplauso. Uno de los padres de familia pronunció un discurso de gratitud, arremangando el poncho y con acento emocionado. Después habló José Vicente y, por último, Daniel. Las palabras del joven ex-político llenaron de gozo a los concurrentes y, sobre todo, a los patrones. No era ya el agitador profesional que no desperdiciaba ocasión para machacar frases de Marx o Lenin, consignas partidistas o intemperancias contra el gobierno.

A las seis de la tarde, los niños, cogidos de las manos de sus padres, se encaminaron a sus hogares, satisfechos de la fiesta. Por la carretera y por los espinosos senderos, hablando en idioma aborigen, esos grupos familiares encomiaban la labor del patrón y de la maestra

Graciela, a la vez que condenaban la actitud del sínies-tro Jurado.

Llegó la noche y extendió sus densos cortinajes sobre el valle. En las casas de las haciendas y en el pequeño poblado, tenues luces parpadeaban haciendo guiños a las sombras. La materialidad humana tomaba ya su descanso horizontal en sus blandos y cómodos lechos o en duro suelo, abrigándose contra los rigores del frío.

José Vicente fue a dormir a muy avanzadas horas, luego de revisar las cuentas del bosque y de las consignaciones de productos agrícolas y ganaderos. Don Santiago se había despedido después de merienda.

Muy poco durmió el señor Pérez. De pronto vió que Susana abandonaba, nerviosa, su alcoba. Del tumbado del dormitorio caían cerrones que rodaban sobre los muebles y la ropa de cama.

—José Vicente, se cae la casa!

Un movimiento oscilatorio ponía la lámpara central en vaivén de péndulo. Los dos esposos dejaron el edificio y, como pudieron, se lanzaron al patio, envueltos en frazadas. De todas las habitaciones salía la gente presa de larma. Temblor!, temblor!, era el grito de angustia. Dónde están los patrones?, se preguntaban desconcertados los sirvientes. En los departamentos interiores se derrumbaban los sacos de cereales e iban a dar contra las puertas. Crujía el maderamen y los desprendimientos de los viejos adobes golpeaban duro en el tablado del piso.

Cesó el movimiento terráqueo. En medio de la confusión, los patrones y su personal se dieron el encuentro en el patio. Juana, con su hijo tirado de la mano y el bebe de la señora de Pérez en el brazo izquierdo, fue a sentarse en el poyo de una pileta seca.

Los canes de la hacienda aullaban lastimeramente. A lo lejos respondían otros perros entre cantos de gallos y silbos indígenas.

Los peones más decididos penetraron en los cuartos y sacaron frazadas y cuanto de mayor valor señalaban José Vicente, Susana, Emilio y Graciela. Cundía el presentimiento de que el temblor se repetiría.

Los choferes prendieron los focos de los carros para ayudarse en la vigilancia y el salvamento. Cuatro carpinteros llegaron del caserío del bosque a averiguar qué novedades había en la hacienda y a avisar que la cumbre del Tomayloma había descendido cubriendo una parte del bosque, de los cultivos y de las casas cercanas.

Pocos minutos después, un más intenso sacudimiento echó abajo la torrecilla de la iglesia. La campana fue a dar sobre la pesebrera. Un sordo bramido subterráneo excitó mayormente los espíritus. De rodillas, hombres y mujeres oraban en el patio del macizo caserío. Los indios asustados se ponían en cruz sobre la tierra. Los ladridos de los perros hacían enlaces de clamor desde las profundidades del valle hasta las alturas del contorno.

Susana tomó en brazos a su hijito que lloraba sin cesar. El chico de Juanita gritaba desesperado. Los carros motorizados se movían de un lugar a otro, acomodándose fuera de peligro con las cosas de valor que los peones sacaron de los cuartos.

El coro de los gallos anunciaba la proximidad del día. Los patos, las palomas y las gallinas con sus escuadrillas de pollos estas últimas, se botaban al patio en busca de algo que comer. Por encima de la cordillera se advertían los primeros destellos del sol. Todos trataban de divisar la cumbre del Tomayloma, cerro embrujado có-

mo el bosque y por donde se decía que huyeron con sus tesoros los indios que escaparon a la matanza de la conquista española.

—Agua, agua!, gritó Sergio, el chofer que se encontraba a la retaguardia de todos.

Reflejando turbiamente las primicias de la claridad del día, una ancha faja de agua desplazaba hacia el patio ligeras compactaciones de basura y dejaba atrás un juego de redondos charcos.

La parte alta del acueducto se había derrumbado y, a través de los potreros vecinos, el agua llegaba hasta cerca del edificio de la hacienda. Los peones tomaron las herramientas y se encaminaron a desviar la corriente. Momentos después, la acequia quedaba vacía. El río había arrastrado consigo la compuerta de la boca-toma.

José Vicente inspeccionó las dependencias de todas las viejas y nuevas construcciones. No había mayores daños fuera de pocas rajaduras de las paredes, el desmoronamiento de los tumbados y la caída de la torre del templo. Pero allá, en el bosque de San Sebastián, la mitad de las casas estaban en el suelo, formando montones de piedras, adobes, tejas y vigas. Con el segundo temblor, se desplomó la casita que habitaban Antonio y su compañera. Ambos quedaron sepultados. En la casa inmediata murieron otros dos trabajadores. Cuando José Vicente llegó ahí, numerosas peonadas aladocaban los escombros queriendo encontrar vivos a los que yacían bajo tierra. Pero todo esfuerzo vino tardío.

Antonio y la india, después del primer temblor, habían vuelto a su casa, con el propósito de echar mano de

las cobijas y del dinerito de sus ahorros. En esto les sorprendió la muerte.

Los cuatro cadáveres fueron conducidos a la casa principal de la hacienda para la velación. Daniel y Juana, llorando abrazaban el cuerpo inerte de su padre. Las lágrimas brotaban de todos los ojos que contemplaban el cuadro desgarrador.

Emilio fue a hacer un recorrido por los confines del bosque. Un apretado conjunto de árboles del lado de la quebrada estaba sepultado por el deslave del cerro. Se había interrumpido la corriente del río, y recién comenzaba a desplazarse pesadamente una anchurosa laguna ahí formada. En los remolinos de la laguna, ovejas muertas, terneros, piczas de madera labrada y ramas de árboles giraban para seguir su curso por las profundas quebradas por donde el líquido se precipitaba conchoso y enérgico. En las partes más altas de la cordillera había llovido abundantemente. La atmósfera presentábase turbia. Un edificio de la hacienda de Jurado se veía en completa destrucción.



AUXILIOS La noticia del terremoto en el valle fue a
Y extender la alarma en la ciudad. Si bien
CURIOSOS habían sido también intensos los movimien-
tos terráneos en la capital, apenas breves
desperfectos sufrieron unos pocos edificios.

La Cruz Roja, fuerzas de zapadores militares, el personal de la Dirección de Sanidad, hombres de ciencia y muchos curiosos cubrían la carretera a pie y en vehícu-

ios, rumbo a observar los efectos del sismo y a prestar auxilio a los damnificados. En San Felipe, los equipos de salvamento se dividieron en tres grupos, con destino a los flancos y al centro del gran deslave. Los que se encaminaron por "La Esperanza" tuvieron la inmediata ayuda de José Vicente, quien puso a disposición de la Cruz Roja sus carros y varios caballos, provisiones y ponchos de aguas, pues amenazaba llover.

En la hacienda había pocos heridos. Los cadáveres de las cuatro víctimas consternaron de pesar a los visitantes, los que manifestaron su deseo de transportar a la ciudad los despojos mortales para que la Cruz Roja les dé sepultura. José Vicente agradeció indicando que por su cuenta había dispuesto todo, inclusive para arreglar la situación de los deudos. Y, de acuerdo con la voluntad de éstos, los cadáveres se velaron en la hacienda y fueron enterrados en San Felipe. Vinieron otros familiares de los fallecidos. El jardín se desprendía de sus mejores flores que iban a refundirse en grandes y bellas coronas. La sala de la escuela se convirtió en capilla ardiente.

A medio día, el Jefe Supremo del Estado, con el Ministro de Defensa y sus edecanes, seguido de numeroso pueblo, pasó por "La Esperanza", camino del bosque. El señor Pérez se encontraba dando las órdenes para salvar de la humedad los montones de madera preparada. Se entrevistó con el Mandatario quien, en un largo discurso, expresó su dolor a los damnificados y prometió su ayuda. Resolvió asignar algunos miles en favor de las familias pobres que habían sufrido las consecuencias del sismo.

José Vicente charló luego con el Jefe Supremo, acerca de los cunuyas y sus demandas, de las pretensiones de

Jurado y de la magnífica función que cumplía la acequia materia del pleito.

Después de caminar un poco visitando las chozas de los indios y de hablar con los personeros de la Cruz Roja que aparecían por diversos lados, esforzándose por transportar en angarillas algunos heridos agónicos desenterrados de entre los escombros del peñón que aplastó un caserío de pastores, el Dictador retornó a la ciudad, donde las instituciones de beneficencia ya promovían colectas para socorrer a las víctimas. Las ediciones de los diarios de la tarde publicaban en la capital fotografías del desastre en el valle y las nóminas de los muertos y heridos, así como los auxilios prestados y la lista de los que se ofrecían con suma de dinero para las reparaciones. Agregaban a la información parcas y hasta regocijantes teorías sobre las causas del terremoto.

Entre los vecinos de la comarca se comentaba que el volcán del otro lado estaba echando humo desde hace varios días. Otros afirmaban que, en distintos lugares del valle, comenzaban a aparecer vertientes de aguas termales por entre las rajaduras de la costra terrestre. En verdad, así era. El centro del flagelo estaba en la pendiente Norte del valle, donde desde antiguo se habían establecido unos baños medicinales. Allá, los destrozos eran de mayor consideración, por lo que los auxilios y la interminable corriente de observadores se desbordaban hacia ese lado. Hubo muchos muertos y heridos entre los humildes campesinos, cuyos cuerpos terrosos iban siendo extraídos del conjunto de frágiles maderámenes, rudimentaria vajilla de barro y utensilios de cuero y piedra.

Durante la tarde de la ingrata fecha, un aguacero pertinaz acreció el río y otra vez el agua alcanzaba el

nivel de la acequia semidestruida. El patio de la hacienda se transformó en una laguna. Así se fue la noche. Pocos pudieron dormir en la huerta y bajo carpas que soportaron una lluvia torrencial.

Un temblor de poquísimos segundos de duración inquietó de nuevo a la gente. Los perros, con la angustia reflejada en los ojos que parecían dispararse el cielo, no cesaban de ladrar en las sombrías dependencias del colonial caserío.

A la mañana siguiente, mal dormidos, patroncs, empleados, peones y escolares, acompañaban al traslado de los cadáveres hacia el cementerio del pueblo de San Felipe. Presidía el cortejo el joven Daniel. A sus lados iban los deudos de los otros muertos. El cura de la parroquia se detenía en los encuentros de los senderos vecinales para pronunciar sus oraciones. Los habitantes de San Felipe, con los niños de las escuelas, vinieron a dar con el fúnebre cortejo cinco cuadras antes del panteón. Una tristeza general embargaba los ánimos.

Transcurrieron los días envueltos en la amenaza de los misterios subterráneos. Pero bien pronto empezaron los trabajos de reparación de los edificios de la hacienda y del bosque. Ya el agua circulaba normalmente. Las labores de la planta eléctrica se facilitaron gracias al deslave del inmenso peñón.



TEORIA Y REALIDAD Los periódicos emitían sus opiniones acerca de las causas del sismo. Unos atribuían a la actividad volcánica que se despertaba diz-

qué en la cordillera de los altos nevados. Otros creían asignar la causa a orígenes de orden tectónico, dado que el valle "sudaba" abundantes aguas termales. Con el paso del tiempo, la salida de las aguas estaba dejando enormes oquedades expuestas a un plástico desequilibrio. La cresta del Tomayloma se desprendió, decían, por el movimiento de repercusión subterránea y por la altura empinada, en aparente desafío a la ley de la gravedad. Para los indios del valle, el fenómeno era un castigo de sus mayores ante los abusos de los blancos que les robaron las tierras. Y, para los viejos labriegos de la hacienda de José Vicente, el bosque ya casi destruido, ese bosque embrujado, había perdido el apoyo del Tomayloma, para vengar su desaparición.

No pocos hombres de ciencia fueron por las laderas, examinando los derrumbes, las grietas y las aguas nuevas. Cada cual se creía autor de una teoría explicativa del siniestro fenómeno. Otros se remitían a la historia y arreglaban cuentas de décadas y siglos, a fin de especular con la edad de la corteza terrestre y la actividad volcánica. No faltaron los que sentenciaron la causa inculpando a las manchas solares y hasta a lejanas pruebas de la bomba atómica, a los rayos cósmicos y a los pujos marcianos

Entusiastas por la investigación del origen, investigación que, por otra parte, demoraba el remedio para tales bruscas sensibilidades de la tierra plástica, hasta los periódicos olvidaron las colectas ofrecidas para los damnificados. Los nombres que figuraron en las primeras listas con generosas cantidades en promesa, quedaron encubiertos en el silencio.

Se apagó la conmiseración. Se apagó la filantropía.

Muy pocos entregaron sus efectivos para la ayuda oportuna. El gobierno también olvidó su oferta. Diversos grupos, al parecer de buena voluntad, al margen de toda disciplina unitaria, habían recogido donativos que se perdieron sin dejar rastro.

Los campesinos tuvieron que arreglarse apenas con los cortos auxilios de la Cruz Roja, única institución seria y responsable, que hizo lo que pudo y con oportunidad. Y, para colmo de males, los rateros de la ciudad densa emigraron a la comarca resentida, con el objeto de hacer de las suyas en los campos casi abandonados y en las chozas solitarias.

De la misma manera como la corteza terrestre se recomponía por sí propia, buscando su estabilidad, así los grupos de víctimas reedificaban su existencia sobre los escombros de la superficie, humedeciendo con lágrimas y sudores el esfuerzo que se reservaban las entrañas de la tierra, para tragarse en las horas de miseria, soledad y tristeza.

Los indios, en la feria de San Felipe, vendían lo poco que les había sobrado, para rehacer sus chozas y cultivos. Esas carnes tostadas por el sol y endurecidas por el trabajo alentaban la osamenta en pos de los menesteres para los hijos y del impuesto para las arcas fiscales. Ineducados, ignorantes y supersticiosos, al margen de la vida ciudadana, volvían, empero, a emborracharse en las malolientes cantinas del pueblo y a danzar con música penosa, para llorar luego su destino, cogidos por el alcohol que enriquece los bolsillos desaprensivos y sostiene una floja burocracia de papel, fin último de casi todos los planes de gobierno. Arrastrándose por el suelo, a la caída de las tardes, esos restos de civilización antigua, que

forjó imperios riquísimos sobre una soberana legislación de la propiedad y el trabajo, y que ofrendó entrañas generosas para que ardan en el crisol del recio mestizaje; esos residuos de bronce fundido en las iras de los volcanes, zigzagueando por los caminos que ellos y sólo ellos abrieron con sus manos para la erranza de sus pics desnudos, avanzaban a la morada escondida entre los viejos capulíes y de espaldas al sendero, como rechazando la visita de los blancos o la acometida de los nuevos conquistadores.

Pero tal miseria humana o, por mejor decir, tal capa de biología destrozada por la historia y el espíritu del siglo, ha servido a la vez de vano estímulo para los evangelios cristianos y anticristianos que les ofrecieron redención, mientras en las alturas del intelecto el locuaz conferencista y el poeta en desvarío, el supermetodizado maestro y el venenoso escritor, el político de talegas explotadoras y el gobernante zalamero, todos tomaron en su boca y en su pluma un algo de tradición indígena para escupir disfraces de amor y de justicia, al golpe efec-tista del aplauso y la celebridad.

En esa suerte de biología social indígena hay fuerza, sí, para resistir a todos los embates de la vida. Hay energía, sí, para superar a la ilógica de toda administración, y hay vigor para aplicarse silenciosamente las imposiciones de la tierra temblorosa y traicionera. Raza más potente acaso no puede haber como esta que puebla los Andes en los rincones más difíciles y que procrea a ras del suelo, con sangre joven y músculo recio. Mas, la cultura, la higiene y la técnica, iniciadas primero a impulsos del fuego y la espada, y recomenzadas después a oferta del abecedario y el catecismo, sólo han dejado pellizcos en

la piel que se somete esporádicamente al turno de pies calzados y al servicio de ideas exóticas cuando no suicidas, en tanto las mayorías ni saben quiénes gobiernan o, si lo saben, poco o nada les importa, con tal que la olla hierva todos los días el mote y la mazamorra que brindan las pequeñas parcelas o que vienen de la ración pobre, ganada en las haciendas, y con tal también que no falte la chicha para las fiestas y los débiles paños para el abrigo.

José Vicente meditaba en la cuestión indígena, en las densas noches amenazadas por las entrañas de la tierra, viendo dormir y no dormir a su esposa europea y a su primogénito, acaso o sin acaso el último de los buenos Pérez. Recordaba las alturas del oficialismo y sonreía. Él, que nunca pensó ser siervo del Estado; que odiaba la política y que, deshecha la fortuna de sus padres, arrendó tierras ajenas para levantarse con su propio nombre; él, que pasó varios años en Francia estudiando las modernidades de la cultura y la civilización en pleno goce de riquezas; que después se rindió a las promesas de la tierra, trabajando para addecentar su matrimonio, y que tuvo que lidiar con la bravura de los nuevos terratenientes, reflexionaba en el destino de esa raza a la que le acobardinaban los intelectuales llamándole "vencida", cada vez que les abrumaban sus problemas, superiores quizá a las posibilidades psicológicas de los blancos.

Pero ahí estaban, también, unos agenciosos indigenistas, unos falsos líderes de la izquierda y unos pedagogos soviéticos, preparándose para loar al gamonalismo serrano, explotador de indios, a poco que se instaure la primera oportunidad de una nueva orgía del Poder.

Ahí estaban, como siempre en su vida y en su muerte. Ahí estaban ingeniándose por defender lo que en la política rusófila de América Latina se llaman "posiciones" o cargos públicos, gangas, prebendas y negocios privados...

De cuando en cuando, acostado en su cama, echaba bocanadas de humo de cigarrillo y se arrepentía de haber calculado en las alturas del Poder, codeándose con esbirros, bribones e imbéciles, tras un algo de felicidad para su pueblo, en momentos en que los hombres ya habían resuelto no entenderse y destrozar el país, carcomidos por las ambiciones personales. Algún pecado acusaba su conciencia, y así luchaba con las horas de la noche, dándose vueltas en la cama. Pero ahí cerca dormía su hijito, su tierno Pérez, por quien debía trabajar más en cualquier plano y acrecentar la fortuna. Y después de todo se preguntaba cómo alzaron su opulencia los que le trataban con desprecio y se burlaban de la sangre azul! Retornaba la fatigada atención a sus negocios, a sus tierras, a su mujer, a su futuro, para entregarse por fin al sueño, y ver de nuevo el sol sobre la desmochada cumbre del Tomayloma..

Aquella noche insomniosa. Susana durmió muy poco. También pensaba largamente y lo hacía en su Francia querida, en sus hermanos y en su hijo. Tenía mucho que contar a los suyos en las cartas. Había novedades de las que se gusta oír en los salones acerca de estas tierras, sin correr el riesgo de exponerse a los peligros. Cruzando sus blancas y finas manos detrás de la cabellera sedosa y descansándolas sobre el almohadón, lanzó un suspiro a todo pecho, dando mayor relieve a los senos amortiguados por la maternidad.

—No puedes dormir, Susanita?, preguntó José Vicente en uno de sus ratos de velada penosa.

—Es imposible. Ayer leí en la biblioteca mucho sobre las erupciones volcánicas, los terremotos y las revueltas armadas del tiempo de la colonia. Me impresionaron sobremanera los hundimientos de ricas y florecientes ciudades y la desolación de los campos.

—Vivimos sobre bombas de tiempo, de un tiempo que se mide en años, en lustros, en décadas y que se nos escapa a todo cálculo y á toda defensa. Encima de estos Andes canosos a la vez que juveniles se hace pedazos la historia de los pueblos. Y los aeroplanos se desploman al recibir el beso oculto y siniestro de las nieves eternas, que pretenden taladrar el cielo.

José Vicente encendió la lámpara portátil. A medida que él conversaba de cómo estos pueblos han soportado las más crudas pruebas de la Naturaleza y del conglomerado social, Susana iba cediendo al sueño. A través de los cristales y visillos entraban tajantes las claridades del alba. Susana dormía profundamente. Su rubia y crespa cabellera se desparramaba hacia atrás, hasta pender del filo de la cama. Las cobijas denunciaban las robustas formas musculares, repujantes al compás de la respiración.

Apagando la linterna, también el señor Pérez durmió. Afuera, el tropel de las vacas y el ruido de los carros, las amonestaciones de las longas a los terneros y a los perros y el chocar de los barriles de leche hacían el concierto del trabajo organizado por un hombre que pudo ser un vago o un trotamundos sin porvenir, cuando no un empleomaníaco de la aristocracia perezosa; pero que, en realidad, estaba practicando su política de manos activas, a despecho del infortunio procedente de la

confianza extremada y del despilfarro de sus mayores. Ya había soportado peligrosos desbarajustes en su camino. Ya se había enfrentado con la envidia y las pestes físicas y psicológicas del no por eso despreciable terruño. Debía continuar inclinado a la tierra por el honor de su casa y el bienestar de su dama.

Como pocas veces, él y ella desayunaron esa mañana en el dormitorio. Juana y Pedrito entraban y salían atendiendo a los patrones y al niño.

El sol brillaba alto sobre el Tomayloma.

**TESOROS
DEL
SIGLO ANTERIOR**

Apresuradamente vestido, el señor Pérez fue a observar las reparaciones que se hacían en el viejo granero y en el templo. Un hermoso Cristo había rodado desde el altarcillo. Lo tomó entre sus manos y lo guardó en un cajón para mandar a refaccionar.

Un albañil sudoroso se presentó ante el patrón con inquietante curiosidad.

—Venga a ver, patrón. Hay un ataúd apolillado en medio de la pared interior del granero. Venga a ver!, dijo el indio en voz baja.

Los dos solos, el ya propietario de la hacienda "La Esperanza" y el albañil, se acercaron al muro. José Vicente enfocó la linterna en una ancha rajadura. El albañil metió la mano por entre dos piedras separadas a causa de los temblores, y sacó un puñado de madera podrida.

—No hagamos escándalo, dijo el patrón. No asustemos a la gente. Vamos a ver Saca con cuidado estas cuatro piedras asegurando lo de arriba.

No hubo cuidado que valga. Metódicamente salieron las dos primeras piedras y se desplomó un buen tra-

mo del muro hacia el lado contrario, sobre el depósito de herramientas de labranza.

Emilio y Juana acudieron al oír el estrépito.

—Nada pasa!, gritó José Vicente. Estamos derrumbando esta pared por peligrosa. Todos a sus puestos!

Pálido el albañil, sacudía el polvo de su cabeza. En el interior del granero se extendía una nube parda, color de barro.

Volvieron a entrar los dos del descubrimiento. Pronto advirtieron que esa pared había sido construída a manera de división y con no muy firme ensamble en los costados. Los viejos conciertos, comentando la labor en que había emprendido el señor Pérez con su albañil, decían que ese tramo del edificio de la hacienda fue levantado antes que las demás casas y que el muro medianero era también antiquísimo.

Se despejó el polvo del desplome. Fueron aladeadas las piedras grandes que quedaron en el sitio de la curiosidad. Extrajeron tiras de madera carcomida y forrada con cuero y cinchones de metal. Por ahí apareció un cerrojo con cadena enmohecida. Después iban saliendo más cinchones y más tablas apolilladas. Y al forzar una larga cinta de hierro, se pusieron a la vista unos restos de cuero que infundieron miedo al albañil. Este se retiró marcado. Un olor penetrante emergía de ese rincón.

Los enfaenados fueron a sentarse un poco lejos del lugar. El patrón salió luego por una botella de licor y bebieron por el éxito del hallazgo. Tanto el uno como el otro pensaban en algún tesoro escondido y no se atrevían a manifestarlo.

Después de servirse dos copas dobles, el albañil dijo resuelto:

—Patroncito, creo que la buena suerte le persigue. Aquí hay plata enterrada. En estas antiguas construcciones cuentan que los dueños aseguraban sus riquezas, salvándolas de los saqueos militares. Mucho he oído de esto en las haciendas y en algunas casas de la ciudad.

—Si es así, vénganos la felicidad. Guardarás el secreto?

—Así se hace siempre, patrón. Y si no se hace así, corre peligro la fortuna. De las manos dizque se va cuando, estando yendo a coger, se piensa avisar a otra persona. Por acaso no tiene Ud. varillitas de San Cipriano?

—Déjate de varillas. Toma otra copa. Además, la hacienda ya es mía.

—Los antiguos, por no dejarse robar o por no permitir que los gobiernos les quiten, se acostumbraron, pues, a esconder la plata sin hacer saber ni a los hijos. Tal vez repentinamente moriría el que ha guardado aquí la fortuna. Salud, patrón! . . . Dios se lo pague.

A puerta cerrada, retiraron el barro y las piedras. A la altura de un metro sobre el piso de ladrillo, en la base del muro que todavía permanecía firme, entre maderas gruesas que echaban polvo de podridas, entremezclados con residuos de cuero, vieron, en efecto, monedas de oro y plata, collares, pulseras de oro, fuentes de plata, copas del mismo metal, jarritos y cucharitas de oro y plata, anillos, zarcillos con perlas finas y barritas de oro.

El albañil rezaba casi inconscientemente y temblaba ante la fortuna que pasaba por sus manos y las del patrón a un saco de cáñamo. El señor Pérez se contagió del estado de ánimo del jornalero y a veces también rezaba,

se sonreía o quedaba pensativo, creyendo que todo aquello era un sueño.

Minuciosamente escarbaron los escombros, después de dar con la base de la caja escondida, dentro de la que se observaban restos de un cofre que quizá contenía las alhajas dispersas por el derrumbe. Desmenuzaban los terrones y sacudían las piedras. Movían y removían las cinchas y las tablas, recogiendo unas monedas pequeñas de plata. En un cajón grande depositaron las tiras de madera, las cinchas de metal y los residuos de cuero. Tomaron otra copa. A la hora del almuerzo, los dos continuaba desgastándose las uñas entre el barro y las piedras.

—Bendito día, dijo José Vicente. Esto es realidad. Te voy a dar una buena recompensa en dinero y dos cuerdas de terreno de la hacienda en la salida a la carretera, para que vivas allí con tu familia vigilando mis propiedades. Te ayudaré con materiales de construcción para que levantes una casita. Haremos todo con escritura pública. Pero, completo silencio!

—Gracias, amito. Dios le dé más. Ni una palabra saldrá de mi boca.

Mientras todos en la hacienda terminaban de almorzar, el patrón y el albañil, cerrando el contrato con la última copa de exquisito licor, transportaron al dormitorio el gran hallazgo. El patrón ordenó al trabajador ir al almuerzo.

El albañil casi no comió a causa de la impresión. Y en cuanto dió el último y desganado sorbo a su plato, regresó a escarbar los escombros. No encontró nada más.

José Vicente ocultó el valioso bulto como mejor pudo, para mostrarlo a su señora en un próximo día. Orde-

nó que no le esperen para almorzar, y fue a tomar un baño rápido.

A las cuatro de la tarde, el señor Pérez consumía su almuerzo, algo inquieto. Explicó que si no se procedía a derrumbar con cuidado y paciencia el muro aquél, la casa podía venirse abajo.

Susana, sentada al otro extremo de la mesa, acariciaba a su hijo. Entró Emilio.

—Señor José Vicente, voy a poner uno quien ayude al albañil para que saque al patio ese montón de barro y piedras. Hace falta espacio para el maíz.

—Espere, Emilio. Vale la pena agrandar el depósito de productos. Quiero eliminar de una vez toda la pared medianera. Déjeme estudiar el asunto. Diga al albañil que retire las papas de la puerta para sacar esos materiales.

La orden fue cumplida. Después de reposar un poco, el señor Pérez se acercó a conversar con el albañil e indicó para el día siguiente lo que había que hacer. El jornalero se retiró feliz a su cuarto, donde sus compañeros, que trabajaban en otras dependencias de la hacienda, se hallaban tendidos descansando.

Por la noche, después de comer casi sin apetito, José Vicente, acompañado del albañil, fue a visitar otra vez las viejas paredes. Susana y los demás no entendían en aquel esmero sino el afán de proceder previsivamente a la eliminación de un peligro.

El patrón entregó una cantidad de billetes a su buen jornalero, y firmó un recibo por otra cantidad, simulando que el indio había pagado el valor de las dos cuadras de terreno si bien cangahoso, pero hábil para una residencia de nuevo sirviente. Contento el albañil, hizo con

los billetes y el papel un nudo en la camisa, y opinó entusiasta acerca de cómo derruir la pared sin causar daño al edificio.

El afortunado granjero vió en su albañil un sujeto necesario en la hacienda, además de que no le convenia mandar que vaya a rodar su libertad por las otras haciendas, donde los patrones hacían de esta clase de trabajadores sus espías y cómplices nefastos. Charlando con él, subestimó el hallazgo, concediendo importancia a ciertos objetos de adorno femenino que gustarian a su mujer. Detalló lo que se haría constar en la escritura de venta del terreno, como obligaciones del nuevo propietario para con la hacienda, y así colmó de satisfacción al humilde compañero de la buena suerte.

—Estas cosas, dijo el patrón, hay que saber conservarlas en secreto; los objetos hallados tienen un valor artistico. No pienso hacer dinero con ellos. Serán un recuerdo del tiempo para mi señora.

—Patrón, repuso el indio, le felicito con toda mi alma. Y le agradezco por su bondad. Yo cuidaré las siembras del lado de la carretera como cosa propia. En buenas manos está la fortunita.

—Dicen, pues, que para ser rico hay sólo tres procedimientos: hallar, robar y heredar. Nosotros hemos hallado y, sobre eso, vamos a seguir trabajando con más empeño, con mayor confianza en nuestro porvenir. Bien, bien. Anda dormirás.

—Hasta mañana, patroncito..

Completa tranquilidad reinaba en la hacienda. A intervalos y en los pasadizos estrechos, las espermas lloraban dentro de los faroles, y el humo del petróleo de las linternas ascendía cauteloso por los tumbados.

Perfectamente oculto el saco de cáñamo que guardaba el muy valioso tesoro del siglo anterior, parecía uno de muchos bultos de ropa o de íntimas pertenencias nada urgentes de ser removidas.

Susana no había ido a dormir hasta no contestar las cartas recibidas de Francia. Mientras José Vicente se paseaba funmando a lo largo de la sala, su mujer, sentada junto al escritorio y muy cerca de la gran sorpresa, continuaba haciendo sonar rítmicamente la pluma en el papel. Ella escribía de amarguras, penas y dificultades de todo orden para rematar siempre con la esperanza de un tiempo mejor. . . .

Cada vez que José Vicente, en sus idas y venidas, presentaba la cara al bulto de la fortuna, sentía tentadores descos de volver a contemplar los metales preciosos y las joyas.



UN Levantóse Susana dejando sobre el escritorio
TIEMPO tres cartas cerradas. Su esposo, sin poder re-
MEJOR sistir a la tentación de poner de nuevo sus

ojos en aquella singular riqueza, dió el encuentro a su idolatrada mujercita. La tomó del brazo y fue a sentarse junto a ella, en el filo de la cama. Delicadamente le acarició y le besó sorprendiendo dos gotas de lágrimas que, vencidas por alguna recóndita nostalgia, se habían enredado en las pestañas.

—Ahora somos más felices, dijo él.

—Por qué si hasta la Naturaleza nos castiga y nos hace víctimas de injustas caídas? No ha sido suficiente

tener en qué trabajar con honradez. O el hecho de poseer algo es aquí causa de tristezas?

—Todo lo que ha sucedido en derredor nuestro fue la gran prueba de recio carácter. El mal tiempo parece que se va. Aquí está el reverso de la suerte. Pero el mismo silencio y la misma serenidad que nos acompañaron en la temporada negra, que nos acompañen también a partir de hoy. Medio día en el granero bastó para darme el encontrón con la fortuna. Oro, plata, piedras preciosas. . . .

El cariñoso marido llevó dos sillas de la sala y las colocó como para que dos personas presenciaren un espectáculo en miniatura. Puso a un lado las maletas que ocultaban su bulto portador de la felicidad hecha tesoro, y siguió en el diálogo.

—Venga acá mi linda señora. Siéntese. Límpiense los ojos. Hay que ver mucho.

—Debí haberlo visto también el albañil.

—Claro que sí. Pero él está asegurado. Dincro y dos cuadras de terreno a cambio del silencio y de su ayuda en la hacienda! . . .

—Eso es bastante!

—Espera, amor mío.

Y aislando el bulto de todas las maletas, José Vicente echó llave a la puerta por dentro.

Abierta la boca del cáñamo, en una bien dispuesta y segura maleta de viaje fue mostrando a su esposa y clasificando la riqueza. Susana no pudo detener sus exclamaciones de júbilo. Gestos nerviosos y palabras emocionadas con ademanes incontrolables iban sucediendo conforme pasaba el tesoro por sus manos al nuevo depósito.

Los collares, zarcillos, anillos y piedras preciosas fueron acomodados en un cofre. Lo demás, en la hermosa maleta de viaje que aún conservaba las señales de su tránsito por los puertos marítimos europeos y americanos.

—José Vicente! Cómo se explica ésto? Cuán bueno es Dios con nosotros!

Ella, con el cofre sobre sus faldas, reía de dicha.

—Seguramente, como bien opinaba el albañil, los antiguos propietarios de esta hacienda o algún familiar de ellos, para evitar los saqueos de las huestes armadas, de los soldados abusivos o de quién sabe qué otros peligros, dejaron aquí esto sin que tradición alguna lo remueva. Muchas veces, viejos avaros han fallecido repentinamente, sin testar sus fortunas, después de esconder el tesoro con sus propias manos o por medio de gentes llevadas luego al sacrificio final. . . . Pero, cualquiera que sea la historia de esta riqueza centenaria quizá, no nos importa, entendido que quien vendió la hacienda fue jefe de la tercera gran familia que ha vivido aquí. Por las monedas se colige que esto data de los primeros años de la república. Mas, la riqueza misma puede haber venido acumulándose desde muy atrás. Mira estos objetos.

—Los indios primitivos, según he leído, no sólo ocultaban sus tesoros sino que aún los entregaban al seno de la tierra y para siempre, con los cadáveres de sus jefes. Qué graciosa costumbre!

—Todavía es norma enterrar riquezas para salvarlas del robo o el asalto. No sólo en América. En la Europa Central se están descubriendo entierros valiosísimos, provenientes de la riqueza de los magnates de la gran

industria o de las reservas de los pequeños estados que quisieron eludir ciertas consecuencias económicas de la guerra.

El niño Pérez dormía en su cuna cubierta de encajes, a través de los que se filtraba la luz de la lámpara, único testigo de esos momentos felices en oro y piedras preciosas.

—Llévale mañana mismo al indio a la quinta. Ténle trabajando allí bajo vigilancia.

—Ningún temor me asalta. Mañana iré a darle la escritura de venta del terreno.

Guardaron la malta con el cofre dentro de un enorme y seguro baúl, y siguieron conversando largas horas, acostados juntos, diciéndose al oído nuevos y bellos proyectos.

—Las joyas, indicó ella, merecen que las conservemos. Con los metales en barras y las monedas podemos hacer dinero para sanear la propiedad y todas las finanzas. Debemos pagar todavía un fuerte crédito en el banco, y ha de ser bueno adquirir otra propiedad en la ciudad o en el campo.

—Sí. Conviene dar actividad a esta fortuna. Que se cumpla tu querer.

Lorenzo, el albañil, era un indio viudo. Tenía una hija sirviendo en casa de una adinerada familia de la capital. Hecha la escritura y de acuerdo con el arreglo pactado con el patrón, retiró a su hija del poder de aquella familia y le llevó a "La Esperanza". La chica ayudaba en la cocina y en la fábrica de mantequilla. Un guapo y fornido mozo indígena de la hacienda se enamoró de la larga y, como novio consentido, se desempeñó en la construcción de la casita de Lorenzo, levantada en poco tiem-

po junto a la carretera y en lugar estratégico para desplegar vigilancia por extensos predios cultivados de la gran finca de Pérez.

Una noche, rotos los frenos de un enorme camión, éste bajó sin control por la pendiente cercana al hogar de Lorenzo, hogar que sólo disfrutaba del aliento vital humano por las noches, pues todos los días el indio y su hija pasaban en el edificio de la hacienda, en sus respectivos quehaceres. Con el peso de la madera y la fuerza del choque, destruyóse instantáneamente la frágil casita de Lorenzo. Lo sacaron a éste mal herido y, tratando de curarlo en "La Esperanza", no le transportaron a la ciudad. Murió con el secreto. Su hija, sin dejar de ser la propietaria del terreno, se consagró a servir al patrón. Lo que fue su casita permaneció mucho tiempo presentando a la vista de los arrieros y labriegos tres paredes cerradas hacia un costado por una empalizada. Detrás, una chacra de papas y maíz desentonaba con el espacio siguiente, todo cubierto de pasto extranjero y reclamado por vaconas de fina sangre. En ese pequeño cuadrilátero se fundó, pues, la nueva servidumbre, aceptada por un ingenioso albañil cuyo recuerdo se unía a la fortuna imprevista del señor Pérez.

La longa hija de Lorenzo nada llegó a saber del hallazgo de su padre. El patrón la estudiaba y la cuidaba hasta que tuvo que convencerse de que su leal jornalero nunca dijo nada a ella al respecto. Eran los ahorros del indio los que, según el rumor expresamente propalado, se invirtieron en dicha compra y era, además, el deseo del patrón, de establecer una mayordomía en ese sector, lo que indujo a incrustar la chacra privada. Y para dar vida de conveniencia a la parcela, José Vicente casó a la

longa con el mozo que la amaba, uno de sus buenos conciertos. Entonces reedificó la habitación que luego se convirtió también en posada de cansados arrieros, que traficaban con sus productos en las ferias de las parroquias y de la capital.

La ratería se había enseñoreado en la ciudad. Frecuentemente, de las quintas residenciales robaban inclusive de día y jamás eran descubiertos los ladrones. Por este motivo, José Vicente mandó a Juana a vivir allí, acompañando al escaso personal de servicio que había quedado.

Los ocultos amores entre Sergio y Juana habían tomado diverso camino del enlace. De manera que para él la orden venía placentera. Se amaban mucho y se ayudaban mutuamente. Después de todo y según él eso sólo y nada más podía esperar la mujercita traicionada por un hombre que le dió un vástago y se olvidó de ambos.

Recibiendo y atendiendo a los patrones de vez en vez, Juana vivía en la quinta muy tranquila. Debajo de los árboles, a altas horas de la noche, se entregaba a cita con su Sergio acarreador de madera.

El señor Pérez fue un domingo a visitar a don Santiago en su casa de la ciudad. El viejo se encontraba gravemente enfermo. En vano esperó algunas semanas para inaugurar la planta eléctrica. Don Santiago tuvo que hacerse representar por uno de sus hijos.



PARA La inauguración de la luz eléctrica en las
BENEFICIO haciendas de José Vicente y don Santiago
COLECTIVO y en el pueblo de San Felipe llevó varios

días de fiesta con comedias, corridas de toros y agasajos. Daniel se estableció en la parroquia como recaudador de los ingresos por consumo de fuerza eléctrica. Le acompañaba una mujer, madre de su nueva hijita. Había archivado el evangelio del Socialismo y era temible como cobrador. No pocas ocasiones, el señor Pérez recibió quejas, reclamos y protestas de los vecinos de San Felipe. Alabando su energía, el patrón le aconsejaba benignidad con las humildes gentes. Con tinsa prudencia, el buen granjero iba haciendo de ese joven un hombre de trabajo serio y honradez acrisolada. A la vuelta de unos meses, todo el pueblo le estimaba a Daniel, quien más de una noche se expuso a la furia de los sanfelipeños cansados de las molestias y escándalos que promovía el oficinista del servicio de luz.

Los trabajos del bosque tocaban a su fin. Empezaba ya la labor de limpieza y extracción de raíces, para transformar el terreno en campo de sembríos. En las laderas del desplome del Tomayloma, el señor Pérez plantó un simétrico y extenso bosque de eucaliptos.

Falleció don Santiago. Como era difícil entenderse con el hijo de él en las cuentas de la planta eléctrica, José Vicente compró las acciones de los Salazar, y pagó el valor de las máquinas agrícolas y los sementales que ellos y el señor Pérez tenían al uso común en sus propiedades.

José Vicente amasaba fortuna en medio de la envidia de los vecinos hacendados y ante la sorpresa de los

observadores maliciosos. Obsequió un equipo de cine al pueblo de San Felipe, a fin de que, con lo que produzca, la junta parroquial, en la que Daniel era un personero delegado del benefactor, emprenda en mejoras locales. Este hecho despertó mucho más el rencor de los viejos latifundistas que no acertaban a comprender el secreto del éxito de su rival extraño.

En las reuniones que tenían lugar en la quinta "Teresa", José Vicente hablaba siempre y desde entonces del perdido esfuerzo de sus padres y de la intensa laboriosidad que se había impuesto hasta acrecer una riqueza de la que decía ser aún poca cosa en razón de su relativa juventud. Viajaba en avión al exterior, unas veces solo y otras acompañado de su señora. Visitaba otras capitales y adquiría nuevos vínculos para sus negocios. Era de los poquísimos ricos que trataban bien a sus sirvientes y que se atraían la simpatía general de los campesinos. Nunca tuvo que habérselas con problemas de trabajadores ni con levantamientos de indígenas.

La señora de Pérez empezó a lucir las joyas de su suerte en los bailes de sociedad. Yendo y viniendo de la hacienda, José Vicente circulaba como perfecto hombre de honestas finanzas, como progresista agricultor y ganadero de prestigio. Su hacienda "La Esperanza" estaba catalogada entre las mejores y más bellas de la comarca. Hizo de Emilio un experto administrador general de sus propiedades, y se rodeó de emplealos escogidos para llevar adelante sus fecundos planes de trabajo.

**EL
CLIMA
DE ARRIBA**

En la ciudad, todo el mundo hablaba de política. Los liberales asociándose a las izquierdas perseguidas, se habían negado a tomar parte en las elecciones, que el Dictador convocó para una Asamblea Nacional que expidiera otra Carta o Ley Suprema. Los organismos de derecha mandaban en la mayoría de los municipios, y se disponían a ganarse la Constituyente como penúltimo paso en la reconquista del Poder. La popularidad del gobierno de la revolución estaba desapareciendo a pesar de los esfuerzos en contrario. Sólo el ejército quedaba en apoyo del régimen. Los ciudadanos criticaban acerbamente la desorientación administrativa o guardaban en silencio las sorpresas alentadoras de un cambio de orden. No se les escapaba a los resentidos y a los envidiosos la generosa dádiva de cargos públicos a personas anónimas y sin mérito, nacionales y extranjeras.

En estas circunstancias, mientras los liberales e izquierdistas no hablaban sino por boca de jefes con escasisima tropa, los conservadores, en cambio, se disciplinaban mejor, estrechaban filas en torno de sus figuras representativas, y explotaban la fé católica, metiéndose a pronunciar conferencias y discursos políticos ahí donde

se preparaban las procesiones religiosas y se unificaban los trabajadores de derecha. Guerra a los comecuras del 95 y a los secuaces del fascismo rojo, era la consigna general. Y en la prensa de izquierda se atacaba a los cuarteles del Partido Conservador, motejándolos de falangistas.

Se discutía mucho, a la sombra de la post-guerra, sobre la democracia triunfal. Cada fuerza, aplicando su táctica, se creía en condiciones de gobernar. Pero esto devenía en descrédito de los partidos y los grupos egoístas. Buena porción de ciudadanos, en la capital y en provincias, quería operar en las elecciones sin contar con los partidos políticos, plantando en campo separado las tiendas sugeridas por el oficialismo.

Varios estados latinoamericanos reorganizaban sus gobiernos con marcada tendencia a una política centro-derechista. Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia y Francia trataban de ponerse de acuerdo para intervenir en el problema interno de España. Algunas colonias inglesas y holandesas anunciaban airadas su despedida de las metrópolis.

José Vicente y dos amigos del Club de Agricultores charlaban sobre estos temas y tejían cálculos y pronósticos acerca de lo que sucederá antes, en o después de las elecciones copadas únicamente por el oportunismo derechista.

La charla se suspendió con la caída de la tarde húmeda. Comenzó a llover. Un relámpago iluminó toda la estancia, seguido de un ensordecedor trueno. Apenas se oía, en ese momento, el timbre de la puerta principal. Momentos después, Juana anunciaba al patrón la visita de Gustavo Ruiz.

Los hermosos cuadros y esculturas que Susana eligió

en la Exposición de Bellas Artes, adornaban el ancho corredor de la quinta, cerrado con vidrios y plantas trepadoras, al gusto de la francesita. Ese era el lugar predilecto para las reuniones de las amistades del señor Pérez, agricultor y político opinante.

—Oh, mi querido Gustavo! Qué tal? Unos amigos.

Se saludaron todos. Susana presentóse con una chalina espesa sobre los hombros. Departió por breves instantes y se retiró comprendiendo que iban de lleno a hablar de política. Acto seguido, los dos amigos del club se despidieron.

—Deseaba conversar a solas contigo, José Vicente, dijo Gustavo.

—Dí lo que se te ocurra.

—Mi padre está tras de obtener el Consulado en Marsella para mí.

—Y?

—Recuerdas que hicimos la promesa de no regresar al servicio público cuando abandonamos el Ministerio de Economía?

—Por eso tu noticia me llama la atención.

—Joscifina insta a mi viejo para que haga este trabajito, sabiendo que el Ministro de Relaciones Exteriores es su amigo íntimo.

—Creo que no les interrumpo, pasó diciendo Susana.

—Susana, conoces Marsella?, preguntó Gustavo.

—A propósito, Gustavo, Eugenia ha oído entre sus amistades muy amargos comentarios sobre el desca de Fina, de alcanzar de su suegro que pida al gobierno el Consulado en Marsella. Han dicho que también José Vicente ha de estar pensando volver a colaborar con el ré-

gimen Marsella es un bello y muy atractivo puerto. Aquí tengo algunas fotografías.

Hasta tanto Susana regrese trayendo las fotografías de Marsella, José Vicente, con protestas y frases duras recriminó a su amigo, llamando la atención al estado de la política y a sus experiencias pasadas.

—En Marsella se disfruta bien de la vida con un puesto de Cónsul, volvió diciendo Susana. Fui a conocer la ciudad en compañía de mis hermanos, antes de la guerra. ¡Miren qué belleza de costa! Aquí se ve la mejor avenida. Estos son los fuertes de las riberas. Acá una vista de un tren expreso a París, Berlín y Moscú.

—Qué te parece el proyecto, Susanita?, interrogó Gustavo.

—En bucha hora que Josefina no se encuentre aquí este momento. Merece la pena darse un paseo por mi Francia. Pero no sé si convenga hacerlo en las actuales circunstancias. A José Vicente oigo decir que ya mismo se derrumba el gobierno y que nadie sabe lo que vendrá después. No sería, acaso, una triste aventura sujeta al divertido comentarillo de la sociedad?

—Bueno, Gustavo, al fin, dijo José Vicente, lo que tú acabas de manifestar es un chisme o una consulta seria?

—Todavía no me han dejado hablar. Traigo una solicitud. Quiero que tú y Susana conversen al respecto con Josefina y vean la forma de disuadirla.

—Y qué dice tu papá?

—Como él le tiene tanto cariño a su nuera! . . . Ya puedes imaginarte. . . .

—Está claro que si tu papá lo pide, conseguirá el

cargo. Pero eso no me gusta. Por qué no te dedicas a tu hacienda?

—Mucho he trabajado ya en agricultura.

—Mira. Ahora va cualquiera colgándose del presupuesto de Relaciones Exteriores. Eso no es ni una distinción ni un pago de servicios. Es sólo una bajísima sujeta al alcance de las amistades. Y qué amistades siguen como perros hambrientos al actual orden de cosas! Yo sé que el mismo Mandatario dispone de dichos cargos ante las influencias del que más pronto descubre la vacancia. Y esto se derrumba. Esto se cae. Se está cayendo, Gustavo! Quieres enturbiar nuestro retiro?

—Ciertamente, agregó Susana. No hablaré con Josefina esta noche. Para viajar no faltará ocasión. Además, Uds. tienen. . . . No se expongan a las murmuraciones de las familias que han resuelto ver los toros de lejos. Los mismos conservadores creco que se ríen de los ajetres políticos-diplomáticos de los que nunca ha salido bien el gobierno.

—Gracias por tu opinión, Susanita.

Gustavo estaba encariñándose con la burocracia. La hacienda que le entregó su padre a raíz del matrimonio, fue arrendada a un provinciano ricachón. Intelectual y escritor, ese aspirante a viajar y gozar a costa del pueblo, de todo conocía, menos de cómo se cosechan las papas o cómo se siembran los eucaliptos. Desde muchacho vagó por la ciudad enrolándose con poetas bohemios y con funcionarios alegres.

Convencido del error que iba a cometer, Gustavo dió toda la razón a su amigo y ex-jefe. Y se marchó a esperar el telefonazo de Susana a Josefina.

Josefina levantaba castillos en el aire y sobre Marsella.

—Gustavo: mañana será la cita entre tu padre y el Ministro. Este le ha invitado a almorzar para arreglar la venta de la casa.

Un silencio profundo fue la respuesta de Gustavo.

—Te has tragado la lengua, mi amor? Vienes bebiendo? Deja olfatear

Haciendo pucheros con los labios, acercó ella la nariz a la boca de su marido.

—No. No estás, mi esposo querido, mi señor Cónsul General en Marsella.

—Niña Finita, al teléfono!, gritó una muchacha.

—Hola! Con quién?

—Qué tal? Cómo has pasado? Cómo está el nene? Y José Vicente? Te gustó la película del domingo? Le has visto a Eugenia?

A modo de disparos de ametralladora iban saliendo las preguntas sueltas. Y sin contestar aún, Susana siguió escuchando mientras mentalmente preparaba su plan. Hasta que por fin tuvo tiempo para expresarse.

Mientras oía, Josefina exhibía las más caprichosas figuras hechas con las líneas de sus labios. Fruncía el ceño. Cambiaba la posición de la cabeza. Y, con la mano libre en la cadera y un pie detrás del otro, en amago de lanzar lejos un balón, se alistaba para la réplica.

Era natural que los dos maridos se hallasen alerta, en sus respectivas casas, oyendo a sus señoras. Gustavo simulaba, pues, leer una revista a pocos pasos del teléfono, sentado en el sofá del rincón de la sala. Y José Vicente se esforzaba por escuchar también a Josefina, acercando la oreja al audífono que manejaba su mujer.

—Qué horror! Pero, mira Susana! No es que nosotros estemos pidiendo el puesto, sino que el Ministro, dada la amistad con mi suegro, ha ofrecido. Espera, espera. Mejor es que me digas personalmente. Voy por allá.

Cerró la comunicación y avisó a Gustavo que se marcha a casa de José Vicente por breves minutos.

—Te acompañaré, Josefinita. Yo también necesito charlar con José Vicente.

—Sobre el Consulado?

—Qué? Me fastidias con esa música!

—Has cambiado de opinión?

—No he cambiado de opinión. Mi opinión sigue siendo la misma. Aún más, si antes vacilaba en embarcarme en ese propósito tuyo, ahora estoy resuelto a suspender toda clase de gestiones.

—Idiota, neurasténico, torpe! No ves cómo otros esposos hacen pasear a sus mujeres por países más cultos? Tú no piensas más allá de los empleos con oficinas secundarias o de los recesos que aburren a todos los que leen las tonterías que escribes!

—Gustavo se levantó serenamente. Se acercó al teléfono y llamó a su padre. Ella se lanzó a arrebatárle el aparato, sospechando lo que iba a decir al viejo.

—Bueno, vamos juntos donde Susana. Vamos, mujer!

—Pues ahora no quiero irme!

—Otra vez, con la misma calma, Gustavo cogió el teléfono. Y ella, de nuevo, fue tras él para impedir que hablara, al tiempo que contestaban de la quinta "Teresa". Sujecando el micrófono junto a su boca, dijo ella que ya en seguida.

—Vamos, voluble! Ya has de haber conferenciado con

la cholilla de la Aldaz, quien te habrá hecho desanimar! Ahora comprendo de dónde están saliendo ciertos chismes. Vamos!

—Andate tú sola. No tengo ganas de ir contigo a parte alguna!

Josefina se echó encima un saco de piel y corrió al automóvil que descansaba frente a la puerta de calle.

Hasta que su mujer llegue a la quinta, los esposos Pérez-Datroix perfeccionaban el plan y merendaban tranquilamente.

—Finita! Qué tal? Venga a comer con nosotros, dijo Susana.

—Muchas gracias. En la casa quedó Gustavo esperando para merendar. Unas pocas palabritas y debo regresar volando, hija.

Susana y Josefina se encerraron en el estudio de José Vicente. La señora de Pérez se concretó a lamentar el entredicho surgido en torno al supuesto viaje de Gustavo. Se presentó su marido, abriendo la puerta con sigilo.

Josefina, ardiendo en cólera, descendió por el orgullo, abandonado su furor de capricho, en cuanto dijo Susana que evite el desaire de tener que regresar de Europa, bajo una intempestiva concelación.

—Ven, José Vicente. Fue apenas un proyecto de mi suegro. Ahora la cosa se halla tan enredada y antipática! Mi suegro no habla todavía con el Ministro. El asunto va a plantearse en un almuerzo íntimo.

—Me alegro de que sólo así sea. Un mero proyecto. Gustavo sabe que muchos hombres que se estiman, más bien están devolviendo los cargos al gobierno. Por otra parte, si somos enemigos de los ambiciosos, izquierdistas y liberales, hemos de demostrar que no apeteccemos nada

personal, a fin de que no nos acusen de lo mismo que acusamos a los adversarios. Que avance esta máquina como pueda hasta nuestro terreno. Después se verá lo que sea conveniente hacer. Entre tanto, Gustavo que no vuelva a asomarse como servidor público. Los viejos del Conservadorismo no le dispensan un buen concepto de su persona, por ser amigo de los intelectuales modernos. Y éstos, a su vez, excluyen a los paniaguados del régimen.



UN Cuando la mariposeante Josefina llegó de regreso a su casa, Gustavo ya
PADRE había hablado por teléfono con su pa-
COMO MUCHOS

dre. De manera que entraba su mujer y sonaba en la puerta el pito del carro del viejo.

—Qué está pasando, guambras? Vamos a ver!

—Buenas noches, papá, saludaron en coro.

—Siéntese a comer, papacito, insinuó ella.

—Ya merendé, hijitos. Sigán, sigán. No se preocupen. Mañana voy a almorzar con Pablo, el Ministro de Relaciones Exteriores. Alguna vez que se cumpla un deseo de Josefina.

Y en diciendo esto, el viejo tomó una silla; pidió sólo una taza de café puro y encendió un cigarro.

—Pero, papá. . . .

—Nada de pero. Hasta cuándo vas a estar perdiendo el tiempo? No te dedicas a la agricultura. Por darle gusto al loco de José Vicente, renunciaste la Subsecretaría. No haces ningún papel aquí. Acaso piensas vivir siempre

rodeado de esos cholos que se llaman escritores y obedeciendo a la fulanita de Santa Bárbara?

—La situación política

—Ah! La situación política, el derrumbamiento del régimen, el bochornoso retiro de cónsules y gobernadores, las represalias de los que subirán contra los que bajarán! . . . De memoria sé tu discurso. Así es que calla no más. Házle ver otros parajes y otras gentes a tu mujercita. Sirve a la patria. Abarca una misión decente. El gobierno está más seguro que tu mejor muela!

—Estoy con dolor de muclas, papá. Tengo un general y sincrónico dolor de todas las muelas desde que sé que el gobierno está seguro. . . .

—Ji, ji, ji! Di mejor que estás especulando con la próxima revolución. Pero, repito, ninguna fuerza será capaz de cambiar el actual orden de cosas y de personas. El ejército y nuestro Partido Conservador apoyan al régimen. Y luego vendrá la Asamblea con una mayoría que nos pertenecerá a satisfacción plena.

Josefina escuchaba en silencio, anhelosa del triunfo del viejo, no obstante que en casa de Susana dejó la resolución de no insistir en su caprichoso empeño.

—Papá, si Ud. habla con el Ministro sobre el particular, yo me excusaré públicamente de aceptar el cargo. La diplomacia es ahora y por lo general, tránsito de medios vividores, de esbirros y fracasados en diversas zonas de actividad.

—Ves, Josefina, ves? Esta es la táctica de los nuevos revolucionarios y descontentos. Sueñan con una situación presupuestada y, por aparecer en público como recomendables al futuro incierto, se excusan o renuncian. Pobre juventud!

—Qué dices tú, Finita?

La muy versátil joven señora se puso a llorar. Se consideraba desdichada, incomprendida, pospúesta. Pero, al fin, pidió a su suegro que olvide el proyecto.

En cuanto hubo salido el viejo, irritado contra Gustavo, Josefina, sin acabar de merendar, fue a meterse en la cama. Ordenó una taza de té y se entregó a la lectura de una novela de moda por esos ambientes. Su marido, como casi todas las noches, fue por los cafés y los bares, en busca de impresiones y motivos para charlar con los de su grupo que, por otra parte, no era tampoco de José Vicente ni del Conservatismo.



TIPO Susana y José Vicente comentaban el caso
DE de Gustavo, haciendo una prolongada sobre-
HOMBRE mesa.
DESEABLE —Gustavo no ha sentido la necesidad de vi-

vir trabajando, dijo él. Pertenecce a esa tipología de universitarios inconclusos, que irrumpieron por los flancos medrosos de la política, a caza de situaciones. Nada saben de la tierra ni del agua; pero escriben de todo y discuten con calor de sabios. A pesar de nosotros o por nosotros mismos, Gustavo iría de Cónsul, a fatigar su humanidad bajo el bloqueo de una complicada civilización, si no fuera porque le sobra la esperanza de lucrarse al amparo de algún cuartelazo que encumbre a sus amigos de profesión revolucionaria.

La señora escuchaba atenta y orgullosa de su marido, de su suerte y de su procedencia.

—Vicentito, tal vez tú también hubieras sido de aquellos, de no haberte golpeado el destino.

—Quizá de no haberme casado contigo. Y más claro, de no ser hijo de mi padre. El me educó con esmero en tu país y, por ventura o por desgracia, no me dejó más bienes que un apellido y el mundo para rodar aprendiendo a vivir. Entre tanto, de atrás hasta él, la abundancia se testaba ininterrumpidamente si en España o en América.

—Podrá ser que caiga el gobierno?

—Los dos amigos que estuvieron aquí antes de que llegue Gustavo son de los pocos conservadores no afectos al régimen. Ellos aseguran que, en breve, el P. C. retirará su apoyo y su colaboración a la persona del Jefe Supremo, sin embargo de que la Asamblea Nacional, de mayoría conservadora, votará por que termine su período como Presidente de la República, entendido que, tomadas las posiciones generales, subsistirá un orden constitucional manejable por los zorros viejos ahora afanosos por ubicarse con estas miras. Pero, me temo que, por este camino, estemos aproximándonos a la más sangrienta de las ironías políticas. . . .

—Las derechas de Francia también reaccionan poderosamente desde la prueba a la que se sometió la Constitución redactada por los extremistas de la izquierda.

—Colombia acaba de realizar la democracia regresando a la derecha.

—Volvamos al campo, amor.

Los esposos se despojaron de los vestidos para dormir.

Susana guardó cuidadosamente los zarcillos que tuvo puestas ese día.

—Observaste las miradas de Josefina a mis zarcillos?

—Ella no va atrás en joyas. Su madre empleó mucho dinero en valiosas adquisiciones inclusive de dudoso origen. Una lanza es la chica. Y el suegro da la vida por su nuera.

—Tengo ansias de campo. Mi hijito duerme, dijo acercándose al niño y haciendo resbalar su terno interior por debajo de la coquetona camisa de noche.

Entregados a sus faenas en la hacienda, con más fe y mayor decisión apreciaban los esfuerzos de la servidumbre y los productos de la tierra. Rendidos y trayendo en los zapatos el polvo de las parcelas labradas, escuchaban las noticias del exterior y la música autóctona que se difundían por radio.

—Esta música, dijo una vez ella, me parece que enferma al pueblo. En mi concepto, hace tanto daño como la tuberculosis. El espíritu angustiado de los compositores es lo único que triunfa a través de la melodía. Con tal clase de música, cómo no han de reinar el despecho, la tristeza y el descontento aun para alimentar las rebeliones?

—Y la música hace sólo las tres cuartas partes de nuestro desastre. Oye esa letra de las canciones! Esto y lo que escriben muchos intelectuales hacen lo demás, mi hijita. No crees que un gobierno debiera también defenderse de esta crisis?

—Ah! no, porque, entonces, la de Uds. dejaría de ser una democracia!

—Ciertamente. Pero es la nuestra y la de nuestro hijo. . . .

A la luz de los bombillos eléctricos, Graciela preparaba las materias de enseñanza escolar. Y Emilio, luego de dar parte al patrón de las novedades económicas, se encerraba en su oficina, a trabajar con los números, los recibos y los cuadros de pagos a los jornaleros.

Fornidos mayordomos hacían impertinente orquesta sobre el tablado de los corredores con el taconeo y el arrastre de las espuelas. A no larga distancia cantaba el agua de la planta eléctrica en la cascada. Fríos vientos se ahorcaban en las ramas de los gruesos árboles. Desde arriba, la luna y las estrellas platicaban con las altancras flores ondulantes, enraizadas en los viejos tapiales.

Amor, poesía y riqueza arrullaban la estancia del dichoso Pérez. Y todavía más dichoso se sentía él, porque recordaba con orgullo las dificultades que venía arrojando vencidas en el tiempo.

La verdadera felicidad, decía José Vicente a su mujer en las conversaciones íntimas, consiste en sentirla con las referencias a un pasado no feliz. Muchos pueden poseer más bienes materiales que yo y una esposa tan bella y comprensiva como tú; pero, como nada han sufrido ni nada han perdido en los años decisivos, no son aptos para bañar el corazón en la dicha que se edifica a golpes de esfuerzo propio.

LOS FRUTOS DE LA TIERRA Extensos cuadriláteros dorados parecían resbalar por las laderas andinas, cual alfombras desplegadas en colosal feria. Los pastos verdes y azulejos contrastaban en dimensiones y por

el lado del pueblo de San Felipe, con las pequeñas parcelas de los vecinos. Las largas hileras de árboles sombreaban las carreteras, yendo a perderse en las hondonadas por donde las aguas de la hoya abríanse paso en viaje al mar.

En el granero de la hacienda, Emilio amontonaba los costales para el acarreo de las papas de las sementeras. Por los caminos vecinales, harapientas mujeres desfilaban con sus hijos adolescentes, rumbo a prestar la tradicional ayuda en el cave de papas y deshoje de maíz, a cambio de la ración que administraban los mayordomos, ahorrando la salida de unas monedas por jornal, pero accediendo al pedido de los pobres muchachos que preferían las mieses y tubérculos al insuficiente dinero.

Los peones y conciertos, con ese aire de superioridad de quienes no sufren por la falta de alimentación, ejecutaban el trabajo de la cosecha, vigilando a los voluntarios que se rompían las uñas en la labor. Las hojas húmedas de los maízales y de las plantas parásitas mojaban

sin piedad las humildes ropas de las gentes semidesnudas, afanosas en la recolección de los frutos.

Desde la cumbre de la cordillera, el sol saludaba al valle, asomándose y ocultándose entre blancas nubes. Abajo, junto al río, varias figuras de nubes flojas envolvían, acariciando, las casitas de paja de los indios y las tapias y matorrales de los predios alinderados. Y por lejanos sectores, el ganado vacuno, fijando apretados puntos negros, blancos y pardos, borraba con la lengua los nutritivos pastos, mientras los longos, rodeados de sus perros y con la bolsa de maíz tostado debajo del brazo, corrían de un lugar a otro, impidiendo que los terneros salgan de sus reductos de color verde limón.

Por el anguloso camino que bordeaba la quebrada, subía resoplando el vehículo motorizado, para el transporte de los productos en cosecha. Intermitentes pitadas indicaban el acercamiento del carro. Se detuvo éste junto a las parvas de cereales que presentaban el aspecto de un caserío indígena siliado por los cultivos puntia-gudos de maíz y morocho.

José Vicente y Susana descendieron de la cabina de comando, y avanzaron a pie hasta el lugar del trabajo.

--Buenos días, patrón. Buenos días patronita. Fue el saludo general de la gente que, puesta de pie, daba alivio a la columna vertebral.

--Bucnos días, hijos. Continúcn. Parccc que va a llover temprano.

Juan y Sergio también abandonaron el camión y se disponían a distribuir los costales vacíos para arreglar el cargamento. Los patronos observaban el trabajo. De vez en cuando, alguna india con jubilosas exclamaciones,

mostraba a la patrona raros hallazgos de patatas que exhibían dimensión y forma curiosas y atractivas.

—La cosecha ha sido muy buena este año, dijo el mayordomo principal, un corpulento mestizo, ensacado en un poncho negro, con zamarros en las piernas, acial al hombro y cónico sombrero de lana. A través de sus recios y largos bigotes llenos de rocío, el comentario sobre la cosecha brotaba con los recuerdos de los días de la siembra, cuando a José Vicente le tocó soportar el peligro de una quiebra escandalosa.

Los patronos, envueltos en ternos de cabalgat, se dirigieron a otro puesto del cave de papas. Juana, sentada sobre los costales llenos, charlaba con Sergio. Las longas maliciosas echaban miradas de soslayo a la pareja. En voz baja y en su idioma propio, murmuraban ellas de los amores de esos dos empleados de la hacienda. Y se reían a ratos o se sentaban en la arena húmeda para alzar los sombreros y rascarse la cabeza con los dedos cubiertos de tierra. Mencionaban entre ellas a sus enamorados que, por otros tramos del terreno desigual, manejaban las palas de madera hundiéndolas en las matas ya secas por el sol, para extraer el precioso y suculento tubérculo. Por bromear, algunas longas requerían del mayordomo que les envíe a recoger las papas junto a sus novios.

—Longas carishinas! Ya están queriendo ir a quitar el tiempo a los enamorados, no? Y el mayordomo simulaba bajar el acial de sus hombros.

Las longuitas, agachadas, redondeando más las frescas formas, y haciendo turgentes promontorios con los senos detrás de las camisas bordadas con hilo colorado, aceleraban la faena en medio de las risas de todos.

Una pequeña longa se había atrasado por buscar un anillo de piedras verdes y baratas, que se le cayó entre las papas.

—Estás con ganas de ir donde el Bernardo?, preguntó el mayordomo.

—Aquí cayó mi sortija, don Marcelo.

Las compañeras amonestaban a la perdedora, enseñándole que al trabajo se sale de la casa asegurando los collares y las sortijas, la manilla y la chauchera. Mas, era que en tales días de cosecha el trabajo se revestía de cierto aire festivo, propicio para que las longas se vean y conversen a sus anchas con los pretendientes.

El camión bien cargado emprendió en el retorno. Los patrones, cabalgando sendos caballos que fueron traídos por Pedrito, se encaminaron hacia otros cultivos.

Pasado el medio día, José Vicente y su mujer regresaron a la casa de la hacienda. Por la tarde, ambos dirigieron la labor de clasificar las papas para semilla y para consumo. Y alzada la faena, una copiosa lluvia cayó sobre el valle. Longos y longas se filtraban por las dependencias guarnecidas y por los corredores, en un bullicioso trajín que era juego y era a la vez trabajo.

Sonaba el radio en la sala. El agua caía a chorros. Los niños de la escuela, acurrucaditos en la clase, esperaban que escampe, listos para la caminata. Uno que otro de ellos aprovechaban los últimos restos del cucayo sobrante en la bolsa de la pizarra, el libro y el cuaderno. Graciela corregía los deberes bajo un bombillo eléctrico que pendía sobre su escritorio magisteril. El patrón leía los periódicos, tendido en su sofá predilecto, junto al retrato de sus padres. Emilio arreglaba las cuentas de la fecha. Y los mayordomos, cada cual con su grupo de gen-

te, organizaban las tarcas venideras. Corrían lista a los peones y amenazaban a los que se atrasaron por la mañana.

Escampó. Niños y adultos se desparramaron por los senderos, bañando los pies en los charcos y resbalando en el barro brillante.

Así transcurrieron los días de la cosecha. Ya en el deshoje del maíz, ya en el cave de papas, ya en el corte de trigo y cebada o ya también en la trilla de los cereales y en la ordenación del granero, la alegre servidumbre brindaba sus energías constructivas a la política de su patrón muy amado.



El	En los discursos de ataque y defen-
BIENESTAR	sa, el Mandatario acentuaba que no
DE UN PUEBLO	será eterna la hambruna del pueblo y

que habrá buenas cosechas. Los bancos de fomento, decía, han apoyado decididamente a la agricultura, a la ganadería y a la industria. Y se disculpaba de no poder hacer algo más efectivo e inmediato en bien de las masas, en virtud de que la post-guerra no había conseguido aún organizar un sistema económico internacional que estimule los mercados y mejore la moneda en todas partes. Además, de los años de imprevisión reclamaba que no se debía echar la culpa al régimen.

Ciertamente, las cosechas fueron magníficas en el altiplano. Pero los precios no bajaban de aquellos que rigieron en tiempo de la guerra. Al contrario, en razón de

la moneda menospreciada, los precios de las subsistencias subían hasta muy lejos de las posibilidades del hombre medio, que vivía de un sueldo sin gozarlo. Cuantas ocasiones fueron elevados los sueldos y salarios por decretos legislativos y ejecutivos, los expendedores de productos alimenticios y de telas para vestidos, automáticamente, subían también los valores en transacción. Y, si los intermediarios ganaban con exceso, los productores revisaban los precios para marcarlos más arriba. Entonces, el pueblo espectador de magníficas cosechas no podía beneficiarse de ellas.

Con utilidades de hasta el doscientos por ciento, agricultores, ganaderos e industriales, por decisión de las respectivas cámaras donde se ahorraba la economía de las familias humildes, no se sentían satisfechos. E inclusive la habitual generosidad de los buenos patrones se rompía ante las resoluciones de los terratenientes que, invocando el alza de salarios en marcha, el ahuyentamiento político de los indios peones y las inversiones cuantiosas hechas en mejora de las haciendas, estaban desplazando no pocos artículos a mercados de lujo o de penosa adquisición. La leche, la carne, los huevos, el pan, los tubérculos y los cereales guardaban una cruel distancia de los recursos monetarios de las mayorías. Por manera que el bienestar popular no dependía tan sólo del gobierno. Ya anteriormente, éste había fracasado con su control de precios. Y, al paso que él iba, las fuerzas vivas por explotadoras avanzaban hacia el ejercicio total del gobierno de la producción, a fin de apresurar la conquista definitiva de las alturas.

El gobierno expidió un decreto señalando el porcentaje de las ganancias de los comerciantes. La crítica vino

feroz y temible. Tambalco el Ministerio de Economía. Se formó un lío terrible, que repercutió en la armonía del cuerpo de Secretarios de Estado.

Por las calles de la ciudad ambulaban tétricos numerosos mendigos. Madres de muchos hijos, cuyos esposos no encontraban trabajo o habían muerto, frecuentaban las puertas de las tiendas, de las peluquerías, de los cines y de las oficinas públicas, en demanda de empleos para sus vástagos adolescentes, cuando no de una limosna. Muchachas en plena pubertad circulaban por los hoteles y casas posadas, en busca de trabajo y exponiéndose a las relaciones deshonrosas, si aún no habían ido a plantar sus tiendas bajo la dirección de las rufianas.

La economía general andaba muy resentida o no andaba. Algunas teorías y varios planes se habían ensayado con la superficialidad, el descuido y la flojera acostumbrados. Y de todo ello resultó el desbarajuste más completo. Se daban casos en que, precisamente, los productos vitales se exportaban con mengua para el consumo interno, mientras había que pelear en el mercado extranjero a efecto de conseguir que sea asignada una cuota de artículos agrícolas que, años há, constituían materia de apreciable exportación por exceso.

Los opositoristas, empero, se escudaban en el hambre y la miseria del pueblo y en la ineptitud del gobierno. Después de todo, los ciudadanos sensatos, opinaban que para cualquier gobierno habría de ser un hueco duro el querer restablecer una economía de suficiencia en tiempos tan difíciles por complejos, llenos de rencillas de grupo y de resabios personales, por en medio de los que, llamando a la cordura, el Partido Liberal ya pugnaba por canalizar sus objetivos, organizándose de nuevo, vistos

los cálculos del Conservatismo que minaba situaciones a su favor por sobre la pobreza general, en tanto las izquierdas continuaban perseguidas y desorientadas, sin saber qué hacer, frente a una derecha que del confesonario iba recto al Parlamento y a la Presidencia de la República, según sus pasos y cálculos indisimulables.



EN LA El propietario Pérez, a diferencia de todos los terratenientes de la época y a
FERIA diferencia también de sus allegados por
PARROQUIAL

los vínculos familiares, solía sacrificar un poco de utilidades para pagar buenos salarios y jornales a su personal. Más bien dicho, ganaba mejor con la táctica de producir en gran escala con gente tranquila y bien remunerada.

En San Felipe, José Vicente era la figura principal para todo. Que se inauguraba un edificio de monjas, ahí estaba él en calidad de padrino; que el pueblo necesitaba divertirse, de la hacienda del señor Pérez debían venir los toros y los palos encebados; que llegaban las elecciones de ediles o de diputados, por José Vicente Pérez y Vivar votaba el pueblo, aunque el candidato no sepa ni triunfe sino en la parroquia. En cambio, los verdaderos candidatos corrían a vociferar en la plaza de San Felipe, prometiendo la felicidad, pese a que los mejor avisados de los ciudadanos, más de una vez, les recibieron con palos y piedras.

Conservando esa amistad sincera con aquel pueblo,

de sus cosechas, no obstante la relativa cercanía a la capital, mandaba siempre algo para la venta en las ferias dominicales. Claro que los precios de los productos eran inferiores a los de la urbe; pero como no era ése todo el negocio y antes que tener que habérselas con un resentimiento popular y acaso con los fáciles reclamos reivindicatorios de terratenientes en las inmediaciones del poblado a donde convergían las grandes haciendas, prefería tal gentileza muy suya, que sólo otro agricultor siguió como ejemplo, desde que el populacho de San Felipe, azuzado no por los comunistas sino por el hambre, detuvo en la plaza un cargamento de víveres que de la finca de Jurado iba a la ciudad, y lo asaltó sin reclamo alguno.

Susana iba a deleitarse en la feria del pueblo, libre de todo temor. Oía la misa parroquial y se distraía luego paseándose por los puestos de venta de frutas. Llegaba a casa de las principales familias, desde cuyos balcones contemplaba la multicolor concurrencia, en la plaza enmarcada por las blancas viviendas de techos rojos y grises, que se aplastaban en señal de recogimiento junto al macizo y esbelto templo.

De las parroquias vecinas acudían a la célebre feria de San Felipe los confeccionadores de vajilla de barro, tejidos de cabuya, juguetes de hueso y manufacturas de cuero. Artículos de procedencia agrícola, telas de las fábricas cercanas y paños rudimentarios, formaban también sus filas en el cuadrilátero hasta las seis de la tarde, en que los parroquianos comenzaban el regreso a sus hogares o se reclinaban previamente en las cantinas, para libar el puro de la montaña o la chicha del caserío.

Los indios subían por las lomas provistos de sal, fósforos, otros efectos estancados y cualquier golosina para

los hijos que quedaban en el hogar, compartiendo las horas con los animales.

Casi siempre, en las puertas de las cantinas, después de beber, peleaban entre sí esos hombres, proclamando su orgullo de ser trabajadores de "La Esperanza", o reñían con sus mujeres por triviales motivos, para transportar luego su humanidad doliente a través de los potreros o por los chaquiñanes lodosos, ruta de la casucha fría y oscura.

Las tardes de feria, encontrándose en San Felipe, Susana y su marido acostumbraban visitar al cura. En el convento, espectando los negocios desde las ventanas, se servían un vino y charlaban de cosas nimias.

Y con la caída del sol, los dos esposos volvían a su hacienda, reconociendo en las orillas del camino a sus peones y más sirvientes que se aladeaban con saludos respetuosos, para dar paso al automóvil. Y ya en la casa, la señora ordenaba a Juana que distribuya los recuerdos de la feria entre los más cercanos y laboriosos empleados.



EL CULTO DE LA COSECHA En la pequeña iglesia de "La Esperanza" había una imagen de busto de piedra y la otra mitad de palo. En una mano tenía una mazorca de maíz y en la otra, una pala de ma-

dera. Se llamaba la Virgen de la Cosecha, en cuyo altar y de por vida los antiguos dueños de la finca hacían celebrar solemne misa, con asistencia de los conciertos y peones, después de terminar la recolección

de los productos. La imagen fue refaccionada y revestida con lujosa sedería. El Cristo retocado a raíz de los temblores de tierra, se levantaba triunfal en lo más alto del sacro arreglo. Una profusión de luces se exhibía en el interior del templo.

Los patrones, Manuel, Eugenia, Josefina, los empicados, algunas familias de San Felipe y toda la servidumbre llenaban la iglesia a las ocho de la mañana de un domingo. El cura de la parroquia vecina ofició la misa e impartió la comunión a los hijos de los campesinos que lucían los ternos nuevos de los exámenes ya concluidos y que formaban dos filas desde el altar hasta la puerta.

El cura de San Felipe subió al púlpito y dijo su sermón dedicado a la Virgen de la Cosecha.

—Tú nos das el pan, oh Reina!, clamaba el sacerdote. Por aquí han pasado varias generaciones de distinguidas familias, trabajando para dar de comer al pueblo. Y ahora, en un vástago de uno de los más nobles y laboriosos compatriotas tienes tu brazo derecho para hacer que la tierra ofrezca sus frutos. Pero, si a pesar de los esfuerzos de que eres testigo, falta el sustento para el sufrido pueblo, culpa es de los malos gobiernos, culpa es de los malos políticos y de los comunistas enemigos de la religión.

Números festivos siguieron a la celebración religiosa. Hubo pelea de gallos y se repitió la comedia escolar del examen final. Una lidia de toros se había programado para la tarde. Chicha y aguardiente, en cantidades generosas, habían sido dispuestos a cargo de los mayordomos. Susana brindó un almuerzo a los principales invitados.

A eso de las tres de la tarde, en un intermedio de la

corrida, los mayordomos, con sus mejores trajes y montados en briosos caballos, fueron hacia el patrón, y rompieron la bebida general obligándole a tres vasos seguidos de un licor preparado y servido por guapas longas. Hecho ésto, la alegría comenzó a desbordarse al son de la banda de músicos de San Felipe.

Los familiares y amigos de José Vicente se retiraron muy bebidos. El patrón también libó satisfecho del éxito de sus esfuerzos.

Emilio y Graciela conversaban ya de noche con la señora de Pérez y escuchaban los recuerdos que el más antiguo de los sirvientes hacía de la tradicional fiesta, con características propias del valle. Esto que hemos hecho y visto hoy, decía el indio, no es sino una sombrita de lo que preparaban los antiguos en esta hacienda.

Afuera los peones despertaban a sus mujeres o éstas invitaban a aquellos a ponerse en marcha hacia la casa. Los conductores de los carros motorizados se habían dado el agarre en un sitio del corredor, donde consumían los restos de las comidas y bebidas ordenadas para la alegre tarde.

La banda de músicos entonaba las últimas piezas de su repertorio para despedirse. Uno de los camiones hacía sonar el motor, preparándose para ir a dejar en el pueblo a los asistentes que se habían rezagado hasta esa hora.

MEDICO PERMANENTE El lunes siguiente, el patrón amaneció algo indispueto de salud. Fue necesa-

rio mandar por el médico. Este luego de prolijo examen, aconsejó que el enfermo se trasladara a la ciudad para el tratamiento. Sufría de intoxicación gástrica.

José Vicente y Susana, con su hijo y Juanita, se instalaron en la quinta, siguiendo la prescripción médica. Todos los días, por la mañana y por la tarde, el galeno frecuentaba la casa y hacía esfuerzos por normalizar el estado de salud del señor Pérez. Una complicación hepática prolongó la cura. El paciente pudo abandonar la cama. Mas, debía conservarse sujeto a una delicada dicta.

Siempre bajo la vigilancia del médico, el enfermo iba por unos días a la hacienda y regresaba junto con su esposa. Le estaban prohibidos los banquetes y las agitaciones en el campo.

Una noche se agravó terriblemente. Agudos dolores estomacales hicieron venir de urgencia al médico. El doctor ordenó una radiografía. Principios de cáncer, fue el diagnóstico. Era preciso combatir al mal a tiempo, poniendo en acción toda la sabiduría del médico y de sus colegas de la clínica a donde fue llevado el enfermo.

Susana pasó muchas noches sin poder dormir. Al tercer día, no concurrió a visitar a su esposo, porque también amaneció con la salud descompuesta. Juanita partió a dar aviso de ésto al señor Pérez, procurando restar toda importancia y presentando la situación como algo pasajero y leve. Y, en realidad, acació un aborto cuatrimesino. La señora estaba en manos del especialista.

Transcurrieron quince días con una lenta mejoría de ella y de él. Eugenia estaba muy preocupada de la enfermedad de José Vicente. Sus padres habían dicho a don Sebastián le aquejó un mal similar, que contribuyó a su total quebrantamiento. Y para Susana, la salud de su esposo se hizo motivo de un hondo sufrir.

Cansados de las aparentes mejorías alternadas con recaídas que les impedían trabajar y alimentarse como en otros tiempos, los dos resolvieron viajar al exterior, a fin de someterse a una detenida curación.

En compañía de su mujer y su hijo, el señor Pérez fue por la ruta aérea a Panamá, a internarse en una clínica. La administración de los negocios de la ciudad y del campo quedó a cargo de Emilio y bajo la supervigilancia de Manuel.

En el Istmo, al cabo de seis semanas de sujetarse a difíciles y costosas curaciones, ella recobró por completo su salud. A él le vino algún alivio. En Estados Unidos alcanzó el joven agricultor un casi completo restablecimiento.

Bajo rigurosas prescripciones médicas, José Vicente y su corta familia retornaron a su tierra, a dirigir de nuevo las actividades en la hacienda. La parentela y los amigos les tributaron una cálida recepción en el aeropuerto, donde se habían dado modos de comparecer

también los ancianos padres de Eugenia. Una fiesta sencilla se realizó en la quinta y, a seguidas, los jóvenes esposos fueron a instalarse en "La Esperanza".

En San Felipe se conversaba mucho de la enfermedad del gran vecino. Tiempos há, en París, José Vicente comenzó a sufrir periódicas indisposiciones estomacales. Pero desde que regresó a América hasta entonces no padeció ni un simple dolor de muelas. De manera súbita presentóse el mal que alteró el ritmo del trabajo y, por ende, el curso de los negocios.

Envejecido con premura y demacrado, el patrón gozaba viendo crecer a su hijo y dirigiendo las faenas agrícolas. Para no recargarse de preocupaciones, no emprendió más en actividades pesadas. Los médicos le habían aconsejado tranquilidad y distracción honesta.

Susana, después de su caída, se puso más hermosa, aunque deigada. El niño se desarrollaba robusto y animoso.

Varias ocasiones, en las dolorosas y largas veladas de José Vicente, Susana planteó la posibilidad de una permanencia en Burdeos, donde un prestigioso galeno amigo de los Datroix había inventado nuevos métodos para el tratamiento de los males cancerosos que tanto preocupaban a los especialistas, sin que todavía lleguen a dominarlos. Pero el temor de echar a perder el compás admirable de su progreso agrícola, obligaba a no resolver sobre el viaje. Y así ambos prefirieron luego otra visita de salud a Panamá. Esta vez, ella acompañó a su marido sólo hasta internarlo en la clínica. Después volvió a vigilar sus propiedades.

La señora de Pérez trabajaba cual un hombre y hacía producir a sus predios para girar gruesas cantidades

de dólares a su esposo enfermo. Cartas halagüeñas venían de él, indicando encontrarse mejor. Más tarde, anunció que iba de paseo a Cuba, invitado por un amigo suyo, quien allá residía por entonces como representante diplomático.

La marcha de la política interna y el triunfo general de los conservadores en las elecciones de diputados a la Asamblea Constituyente, barato triunfo en ausencia de todos los demás partidos y con la complicidad del oficialismo organizado bajo la frágil mascarada de un nuevo grupo político, determinaron el que algunos hombres de derecha entraran a mangoncar la cosa pública. Y tipos indecisos como Gustavo Ruiz, levantándose sobre los hombros de la parentela influyente, abandonaron a sus círculos y captaron cargos de significación. De tal manera, ese amigo y compañero de José Vicente, lo mismo que Rafael Montúfar, aquel porfiado iniciador de un nuevo partido político, se refundió de lleno en el Conservadorismo. Ruiz consiguió la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, y Montúfar figuraba como diputado electo y presunto Ministro.

Josefina fue de visita a la hacienda de Susana. La señora de Pérez expresó su honda intranquilidad por su marido. Deseaba de él un pronto retorno. Enfundada en traje de cabalgar, no descuidaba ella ningún detalle de las faenas agrícolas.

En verdad, José Vicente, por lo menos esa temporada, se hallaba muy reanimado y de distinguido huésped de la Legación de su país, desempeñada por un íntimo amigo.

Entre todos los socios del club de José Vicente comenzaron a agitarse el afán y el desco de prebendas. La vi-

sita de Josefina a la señora de Pérez llevó un recado tentador. Dijo la esposa de Ruiz que ella oyó a su Gustavo que el Ministro en Cuba iba a ser trasladado a Chile y que, vacante la Legación en la tierra cubana, podía ocuparla el señor Pérez y Vivar hasta cuando él lo quiera, para ir después con su esposo en disfrute definitivo del cargo. Con estas especulaciones mujeriles en torno de la alta política, se hilvanaban los comentarillos de Josefina y Susana.

La señora de Pérez envió una carta a su marido avisando las últimas novedades de todo género y haciendo reflexiones acerca de la propuesta de Josefina, mujer ansiosa de radicarse en algún sitio del mundo, costeada por el fisco. Su plan inmediato consistía, pues, en dar un temporal chance a José Vicente, a sabiendas de que éste o no aceptaría o desempeñaría la Legación por breve tiempo. Y luego llegaría para ella la oportunidad de sucederle con su marido.

No hubo llegado aún la carta de Susana a su destino, cuando ya fue publicada la noticia del cambio diplomático previo a los cálculos de Gustavo y su mujer. José Vicente escribió a su señora anunciando el regreso.

La tarde del arribo del señor Pérez, Josefina se diluyó en su charla, tratando de convencer al viajero sobre su propósito. José Vicente reclamó de las dos mujeres un poco de discreción en lo que respecta a las cuestiones oficiales. Manifestó que no desca aquel cargo. Entró Gustavo y con él se prolongó la conversación. Había que decidirse pronto, ya que el gobierno, como nunca, no quería dejar pasar muchos días sin proveer la vacante.

—Hasta cuándo nuestra diplomacia ha de estar en manos de gente inepta, arribista y servil, que no va sino

a frecuentar los bares y las casas alegres, salvo escasísimas excepciones?, decía garboso. Mi salud no es para convertirla en asunto de Estado. Pero ya que tú te has metido a fondo en la política, ándate, pues, a Cuba.

Gustavo era, por cierto, ambicioso. Alcanzó del gobierno un tiempo de despreocupación respecto del cargo que reservaba para sí, hasta que cese la paliza que sus excompinches le estaban propinando por desertor y, semanas más tarde, fue nombrado para ese puesto diplomático. Y marchóse con su mujer, a pasarse su pereza amparada por su padre que andaba catalogado entre los más grandes palanqueadores y consejeros de la derecha.

Los esposos Pérez-Datroix, concretados al trabajo particular suyo, pudieron experimentar alguna calma sin olvidarse de las privaciones recomendadas para el marido. No asistían a las fiestas sociales. Permanecían en la hacienda observando de lejos el rumbo viejo de la política partidista y pendenciera.

El armario en el que José Vicente gustaba de tener apetitosos licores franceses para sus encuentros con visitantes urbanos y hacendados, lleno de frascos y cajas de específicos, despedía un olor de botica que afectaba mucho al espíritu de Susana. El no comía ni bebía nada si no era siguiendo la dieta y anticipando siempre las cápsulas recetadas y las copas medicinales, impartidas por horario estricto.

El paciente hacía esfuerzos por disimular su estado orgánico y por ofrecer a sus peones y empleados una sonrisa a flor de labios, infundiéndoles optimismo. Un simple descuido, empero, le llevaba a guardar cama por varios días. Y se levantaba luego, aceptando ese nuevo modo de vivir o de morir, que el tiempo le había reservado.

LUCHA Marcelo, el mayordomo principal, pleno de salud y fuerzas, decía repetidamente a la patrona que el señor Pérez

CONTRA

EL EMPIRISMO

hacía mal en seguir las recetas de botica. Aseguraba que él, encontrándose en su juventud con iguales síntomas de enfermedad, se entregó a un curandero de las afueras de San Felipe, quien le devolvió el vigor. Y de vez en vez golpeaba los oídos de la patrona, con firmes recuerdos de la laya. Ella no hacía caso, ni se proponía hablar al respecto con su marido.

Después de varios meses de resignada lucha con su enfermedad, el patrón fue a inspeccionar el potreraje, jinete en un apacible caballo.

—Patroncito, dijo Marcelo, el mayordomo que le acompañaba y que había tomado muy a pechos la salud de José Vicente. La patrona no le ha contado a Su Merced del doctor Tupantiza? Es mejor que cualquier médico graduado. Personas notables y ricas, de la capital y de provincias, han venido a hacerse atender por él, después de haber gastado mucho dinero curándose en el extranjero. El me sanó a mí. Quiero que Ud. le conozca. Si desea, yo le traeré mañana mismo a la hacienda. A la patronita le propuse, pues, esto antes de que sea tal vez tardé.

—No te preocupes. Ya estoy bien, Marcelo.

—Pero le veo arruinado y pálido. Aunque no admita el tratamiento de Tupantiza, por lo menos recíbale y converse con él sobre la enfermedad.

—Bueno Para charlar un poco, puedes ir a verlo.

El mayordomo, orgulloso de su intervención, había

madrugado con un caballo para el "doctor Tupantiza", como le llamaban sus clientes.

El curandero con fama de brujo vivía en un apartado barrio de San Felipe. A las seis de la mañana, Marcelo estaba entregando a su providencial médico los obsequios que llevó por su cuenta. Gentes de toda condición: campesinos humildes, indios y mestizos, caballeros y señoritas de los pueblos del contorno, señoras y niños hacían turno a esa hora y llenos de fe. Tupantiza despachó a la clientela y, a eso de las nueve, montó en el lerdo caballo para dirigirse a "La Esperanza".

La señora de Pérez estaba advertida para que deje a su marido en paz con el curioso médico de pelo largo. Era éste un indio cincuentón, fuerte y comunicativo. Con dos ponchos y una bufanda de lana encima, alpargatas nuevas y terno de casinete negro, entró en la sala donde José Vicente iba a charlar para divertirse sin disgustarle al indio.

Marcelo se retiró frotándose las manos y satisfecho de su triunfo. Según él, la vida de su patrón estaba ya comprada. Fue hacia la patrona y ponderó las visitas que recibía en su casa el curandero de fama en la comarca.

—Ya verá, ya verá, patronita, dijo el mayordomo. Después me ha de agradecer!

—Desde cuándo ejerces esta profesión?, preguntó el señor Pérez al brujo.

—Desde guambra, patroncito. He sentido mucho por su enfermedad. Supo de sus viajes al exterior y de la ninguna mejoría. Descaba venir a verme; pero algunos patronos son recelosos y no llevan a bien mis visitas. Yo trabajé con mi abuelo. Mi abuelo aprendió de un sacerdote que andaba curando a los naturales en el campo.

Después me dediqué a trabajar acompañando a un tío que sabía muchos secretos de las hierbitas del Tomayio-ma. Por mí están viviendo todavía amo Félix Ramírez, don Fulgencio de la Vega, la señora Conchita, la niña Martha y muchas otras personas. Yo no soy como los demás curanderos que, si el enfermo sana, dicen que es debido a ellos, y si muere, afirman que el destino lo ha querido. Deje ver las recetas y los remedios, patróncito.

José Vicente abrió el armario y permitió que Tupantiza examinara las recetas, cajitas, frascos y cuanto más tenía en su botiquín. Después, echando una mirada al semblante del enfermo, pidió que haga observar la orina.

El patrón estaba cediendo con conciencia hasta donde era necesario, para escuchar las opiniones informativas del empírico.

—Um. . . patrón. Ud. no tiene nada. Está sano y bueno. Coma y viva como antes. Olvídense de estos frascos. Sólo le aconsejo que por las mañanas tome una agüita que le voy a mandar.

Regocijado, el señor Pérez repuso:

—En estos días no he sentido ningún malestar. Pero, de un momento a otro, temo que me vuelvan los ardientes dolores de estómago, las terribles náuseas, la temperatura alta, la acidez, en fin!

—Haga la prueba, patrón. Tome la agüita y no volverá nada de eso. He de regresar la otra semana. Los martes son buenos para curar estas enfermedades. Creo que de gana está preocupado. Con todo, volveré . . .

—Cuánto te debo por tu visita?

—Nada, patróncito Pérez. Nada he hecho todavía.

En la puerta esperaba el mayordomo para agradecer

al indio con nuevos obsequios. Pedro estaba listo, por orden de Emilio, para ir a dejar al curandero en su casa.

—Está mal mi patrón?, preguntó Marcelo.

—Hará tomar esa agüita que voy a mandar. El patrón ya queda en mis manos. Primero le quitaré la idea. Después empezaré la cura.

Susana entró a hablar con su esposo. El curandero había ido ya camino de su pueblo.

—No está demás conversar con estos empíricos. Me ha dicho que no sufro de nada. Y ofrece mandarme una agua medicinal. . . .

Susana rió. La visita de Tupantiza tuvo pendientes a todos los empleados. Algunos de ellos rodeaban a Marcelo para felicitarle. Mas, como observaran poca o ninguna fe de parte de la patrona, trataron de convencerle. José Vicente y ella tomaban a broma lo que oían. Pero, a ratos, él dudaba por lo menos.

Esa misma tarde, Eugenia llegaba con las medicinas que, enviadas del exterior, las recibía ella, comunicaba al médico y anunciaba al paciente una nueva etapa de tratamiento.

Pedro regresó más tarde con una botella grande, llena de una bebida amarillenta y verdosa. En el fondo, unas hierbas negreaban a través del vidrio. La cogió José Vicente y la guardó en el armario.

—Qué te parece, Eugenia. Estoy en manos de un brujo. . . .

—No seas tan inocente! Mañana estará aquí el doctor para iniciar las curas con las medicinas recién llegadas. Por ésto me apresuré a venir hoy.



QUIEBRA Eugenia fue por el frasco enviado por el in-
DE LA dio y lo lanzó lejos, ventana afuera. Cayó
VOLUNTAD sin romperse entre unas violetas. Uno de

los largos, que llegaba con herramientas de labranza al hombro, vió el frasco, lo recogió y entró intentando entregar a la patrona. El mayordomo, que estaba en la puerta y escuchaba las palabras de Eugenia, se hizo cargo de la bebida y la llevó a su cuarto.

—Bueno, mi maridito, el doctor o el brujo, elige!, exclamó Susana, cansada de oír disparatar a su esposo acerca de los médicos.

—El brujo también pasa como doctor. Y algunos de los médicos me parecen malos curanderos y muy poco adivinos.

—Pero, José Vicente, replicó Eugenia. Así nunca vas a restablécerte. Desconfías de tu gran médico y de las recetas y medicinas obtenidas en Panamá, Estados Unidos y Francia!

—Yo sé muy bien que no voy a sanarme. Lo más que hará la ciencia es prolongar la vida hasta donde sea posible. Es por esta razón que tengo ganas de ensayar también la técnica del hombre sencillo.

—Te has vuelto niño? Yo ordeno que sigas el tratamiento con nuestro médico! Y diciendo aqiesto, Susana salió furiosa.

La señora de Pérez y Eugenia dialogaban sentadas en el dormitorio. José Vicente prendió el radio en la pieza contigua. Y, acto seguido, explotó en el aparato la propaganda de esos remedios cúralo todo. Sonrió repitiendo irónicamente las recomendaciones grabadas y dijo:

—Eugenia! Has oído? Dicen que para todo dolor no

sé qué es lo mejor! Es a base de estos específicos que se piensa arreglar la salud de la humanidad?

No hubo ninguna respuesta. Las dos mujeres, con los ojos bañados en lágrimas, conversaban en voz baja. Poco después, Eugenia partía veloz en su automóvil a la ciudad. Atrás quedaba la morada de un enfermo que había aflojado su carácter.

El mayordomo asomó por la puerta lateral de la sala y, acercándose al patrón, díjole:

—Yo cogí la bebida, patroncito.

—Guárdala tú en secreto. Yo pediré cuando quiera tomármela.

Fuera de la inquietud, ningún malestar sentía el enfermo. Así pasó la noche. Leyó un poco y durmió mejor que la víspera.

El doctor estuvo a las ocho en punto de la mañana en la hacienda, acompañado de Eugenia y de Inés, hermana esta última de Nicolás, presunto novio de aquella y muy amiga de la casa.

—Doctor, no le crea a Eugenia! Fueron las palabras con que José Vicente recibió a su médico.

El enfermo se imaginó que su prima dió aviso al doctor, de la visita del brujo.

—Vicentito, qué te pasa? Nada he dicho al doctor, contestó Eugenia.

—Vamos a ver, don Vicente. Olvide sus preocupaciones. Ha dormido bien? Déme el pulso. . . . No hay novedad. . . . El corazón. . . . Nada. Está mejor! Sin embargo, me parece que todavía debemos esperar unos días para el tratamiento sistemático. Siga con las cápsulas hasta que se terminen.

Ni Eugenia ni Susana habían contado al doctor del intruso curandero.

—No, me pongan en conflictos. Déjenme tranquilo, pidió el enfermo.

El médico y las chiquillas se despidieron. Era él un experto galeno, muy acreditado en su especialidad. Con sesenta años en el cuerpo y muchos viajes de perfeccionamiento por Europa y América, atendía a lo mejor de la sociedad capitalina.

—Marcelo!, llamó el patrón desde su pieza solitaria, donde se había puesto a leer un libro.

—Tráeme la bebida, ordenó a su mayordomo.

El mayordomo sacó la botella de debajo del poncho y se la entregó.

—Mejor es seguir, en un momento dado, a la propia conciencia. Vamos!

Y se levantó a buscar una copa en el armario.

—A tu salud, Marcelo!, dijo el patrón, y empujó la bebida:

Susana ayudaba a Juanita a bañar al niño.

—Tanto tiempo de cápsulas, radiografías, bebidas y demás vainas, para sólo prolongar un poco la vida!

Esforzándose por imponerse un ejercicio de autosugestión, el paciente manifestaba sentirse bien. Y, en realidad, estaba coincidiendo su período de sosiego con esos días en que, desesperado el muy adicto mayordomo por la salud de su patrón, deseaba afanoso que intervinga el empirismo.

Dos mañanas y a cambio de aquella desconocida medicina silvestre, suprimió las cápsulas que recomendaba la ciencia. El enfermo se sirvió ocultamente las copas indicadas por el curandero. Mas, en la noche del se-

gundo día, recomenzaron los agudos dolores. José Vicente no pudo levantarse de la cama. El mayordomo, cludiendo la visita de la patrona, entraba y salía del dormitorio con algún pretexto.

—Patroncito, de esa botella depende su vida. Créame! Vuelva a tomar nuestra agüita.

Susana oyó la súplica del afectuoso hombre que todo lo hacía de buena fe y, con disimulo, buscó la botella. Aprovechó que el paciente dormía y sacó el frasco oculto debajo del velador. Lo destruyó e impartió órdenes secretas para que al mayordomo se le prohiba ver a su esposo.

Vino el médico. Conversó largo con el enfermo. Susana temía disgustarle al galeno y quedar mal si le participaba la intromisión del brujo. Guardó el secreto, de acuerdo con Eugenia, y auspició la idea de que su marido debía ir a la clínica. Pero se hacía muy difícil convencer a José Vicente de esta necesidad. Después de largo luchar, viendo a su mujer vestida para ir a la capital y a la muchacha lista para internarse con el señor Pérez en consigna de atenciones especiales, cuando el doctor había dispuesto todo para el traslado del enfermo, éste, víctima de agudos dolores, cedió y se dejó llevar.

En la clínica, luego de la atención de urgencia, Susana llamó por teléfono a Eugenia. Momentos más tarde, ésta y su madre visitaban a José Vicente. Los médicos sesionaban. Susana fue a almorzar en casa de doña Rosario.

Hablando del caso, la señora de Pérez refirió lo del frasco de tisana que Eugenia echó lejos y que lo había vuelto a ver en trances de uso clandestino. Indignada, responsabilizaba de esa imprudencia al mayordomo. Eu-

genia creía que Marcelo fue otra vez donde el curandero por la bebida. Propuso ir hacia el brujo para prohibirle sus comedimientos. En cuanto al mayordomo, la patrona lo retiraría de la hacienda.

Hecho el arreglo y después de volver a visitar a su esposo, la señora fue con Eugenia a San Felipe. Prolijas averiguaciones mediante, al caer la tarde, las dos mujeres estaban dejando el carro en la calle para entrar en la casa de Tupantiza. Un automóvil nuevo esperaba a algún en el mismo sitio.

Tres caballos ensillados, una mula con albarda y dos campesinos vieron en el patio bien barrido y abrigado con empalizadas ingeniosas. A una pregunta de Eugenia, una mujer de manta negra señaló con la mano el cuarto donde el brujo se hallaba trabajando. Las dos se quedaron un instante contemplando el paisaje del contorno y observando las sillas de señoritas que se exhibían en los lomos de los caballos. Echaron una mirada a una pieza de habitación y divisaron en la penumbra un grupo mixto de clientela en guarda de turno.

Susana y su compañera, en francés censuraban la conducta de esas visitas. Entraron en la sala de espera. Una india encendía, en una ventanilla interior, una vela para dar luz a los clientes. Con una casi invisible venia, las personas que estaban adentro saludaron a las recién llegadas. Creyeron aquellas que éstas habían ido en pos de los servicios del brujo y se pusieron a celebrar las proezas curativas de Tupantiza.

—Los viernes sólo atiende consultas sobre el destino, dijo una señorita.

—Ahora ha habido poca gente, agregó la señora de manta negra, vecina de San Felipe. Otras veces vienen

numerosas personas de la capital, personas que quieren saber su futuro. Llegan sobre todo chiquillas tal vez aburridas de la vida. Tupantiza les aconseja y les orienta, muchas ocasiones ahuyentando en ellas la idea del suicidio.

—Nosotros no hemos venido para éso, repuso Eugenia. Estamos aquí por otro asunto.

—Entonces es imposible que les atienda. Hay días señalados para todo. Las enfermedades son tratadas según ellas. Pero los viernes a Tupantiza le preocupa sólo el porvenir de las gentes.

—Señora, sería preferible que nos oiga por unos breves minutos, manifestó Susana a la mujer de negro que acababa de hablar. De lo contrario, prosiguió, nos haremos atender valiéndonos de la policía.

Las personas que escuchaban la conversación, asustadas, miraban con temor y con fastidio a las para ellas dos extrañas mujeres.

—Tal vez se le inculpa a Tupantiza de alguna muerte a causa de sus curas?, preguntó un hombre con polainas y abrigo de paño.

Las interrogadas guardaron silencio y tragaron la saliva ahogando su contrariedad. Según ellas, José Vicente volvió a la clínica por haber ingerido la medicina del empírico, el cual había sugestionado al enfermo para que, en medio de tal yeta, se entregue a su voluntad. No pronunciaron una palabra más. Pero estaban dominadas por ese pensamiento.

La noche tendía sus sombras en el patio. La mujer que sostuvo la charla salió por un momento y volvió a entrar. Tosió y dirigió una mirada a los que con paciencia esperaban su turno.

UNA AMIGA Con un lejto ruido abrióse la puerta que comunicaba la sala con la cámara de tra-

lamiento. Una señorita con saco de piel abandonó el estudio de Tupantiza.

—Si alguna de las personas quiere ir conmigo a la ciudad, esperaré para llevarle en mi auto, dijo la saliente.

Todos se miraron los rostros, a la luz del débil parpadeo de la velita que lloraba su impotente soledad. Las chiquillas que se encontraban allí desde temprano expresaron que no van a la capital y que disponen de caballos. Agradecieron por la gentileza.

A una señal hecha por el brujo a través de la portezuela, el caballero de polainas penetró en la cámara, inadvertidamente, pues Susana y Eugenia hacían esfuerzos por identificar a la mujer que salía de entrevistarse con Tupantiza.

—Hola, Eugenia! Tú también por aquí?, preguntó la solícita señorita, arreplándose el sombrero y de pie en el centro de la estera nueva que servía de piso.

Eugenia, sorprendida, clavó los ojos en la cara de la mujer y, tras algún esfuerzo en la semioscuridad, la reconoció. Era una condiscípula del colegio cuyo nombre había olvidado.

—Vine por un asunto especial y no por consulta alguna, contestó Eugenia.

—No recuerdas de mí, Eugenia? Soy Lola.

—Qué haces aquí?

Lola se sentó en la larga banca junto a Eugenia, quien le presentó ante Susana.

—Crees tú en ésto, Lola?

—Hay instantes en la vida en que la curiosidad, el

desco de saber algo de lo vedado. . . . Mucha fama tiene Tupantiza. Y cómo sigues con Nicolás?

Lola se levantó para despedirse.

—Vamos, Susanita. Dejemos para otro día.

Entró una india llena de collares y con largos zarcillos, y dijo que las personas que hayan ido por otros asuntos, distintos de lo señalado para los viernes, se molesten en regresar otro día.

Remordiéndose los labios, Susana optó por la prudencia. Salió con Eugenia y Lola.

—Si, mejor es dar paso a las serenidad, señora, habló Lola buscando en su cartera las llaves del automóvil. Ud. está nerviosa. Qué ha pasado?

Eugenia relató el caso que les preocupaba. En media calle charlaron un poco y resolvieron ir a dejar a Susana en la hacienda para regresar a la ciudad después de merienda. Lola y Eugenia pronto restablecieron, pues, la amistad opacada por el tiempo.

—Yo vengo por aquí a distraerme, dijo Lola. Para qué tomar en serio la intervención de Tupantiza en la cura del señor Pérez?, agregó luego de enterarse bien del asunto.

Eugenia retornó a la capital con su amiga Lola, después de merendar con Susana.

La señora de Pérez lloró abrazada de su hijo. Llamó a Emilio.

—Emilio! Desde mañana, Marcelo puede no hacer nada. Está despedido!

Marcelo recibió la orden con profunda pena. Comprendió de lo que se trataba. Pero comprendió también que en la orden que acababa de oír no iba la voluntad de su patrón. Con la cabeza baja y pasos lentos, el mayor-

domo se dirigió a su vivienda. Reflexionó en la nueva situación de su mujer y sus hijos que dormían tranquilos, y se preparó para contarles el inesperado suceso. Su plan de trabajo que aprobó el patrón estaba destruido. Ya no era más autoridad en "La Esperanza". Y antes que su propia suerte, le atormentaba la idea de que acaso el señor Pérez se agravó en su salud, hasta producir ese estado de descontrol y desesperación en el ánimo de la patrona.

La señora no había podido dormir aquella noche. Su resolución con respecto a Marcelo era terminante. Apenas amaneció, hizo observar con Juana si el ex-mayordomo se había largado.

Marcelo, el más recio trabajador de la hacienda, no salía de su cuarto. Su mujer, en conocimiento de la situación, caprichosa y altanera arreglaba las maletas de ropa, infundiendo valor a su marido.

--Vamos de aquí, dijo. Vamos, Marcelo, a trabajar en nuestras territas que mucho tiempo han estado en manos de los partidarios. Vamos allá, a vivir en paz!

Pensativo, Marcelo, luego de un largo suspiro, sintió tener que abandonar a su patrón quizá contra su querer. El hombre que había sufrido los más crudos rigores de la Naturaleza en el valle y en el páramo; que manejaba grandes peonadas con ejemplar disciplina y que, por vocación, desde joven actuó como famoso mayordomo en una hacienda ya en otra, ese día, bruscamente, estaba al margen de su hábito de mandar y hacerse obedecer de los indios que, sumisos pero alegres, trabajaban acrecentando la riqueza del señor Pérez.

—Harás las cuentas con el Sr. Pérez. Lo que es yo me voy adelantando con los guaguas, dijo la mujer de Marcelo.

—Patronita, Marcelo está muy triste, avisó Juana. No le deje que se vaya. Cuando sepa el patrón, ha de empeorarse.

—Mis órdenes tienen que cumplirse, Juana. Yo sé lo que hago!

Se acercó Emilio y preguntó a la muchacha si la patrona seguía de mal carácter.

—Pobre Marcelo! Tiene que irse. Arregle no más las cuentas con él y disponga el trabajo para hoy poniendo a la cabeza de la gente a algún mayordomo auxiliar, expuso Juana.

—Pero, Juanita, en qué compromisos me pone la patrona, repentinamente. Los otros mayordomos están en sus tareas desde la madrugada. Ellos no saben nada de lo que hacía Marcelo. En fin. . . .

El carro de la leche regresaba de su primer viaje. El chofer entró a dar parte a la patrona que el señor Pérez continuaba en el mismo estado y a comunicar que Eugenia le esperaba a la señora en la quinta.

Inmediatamente, Susana partió hacia la ciudad como para quedarse allí varios días. Recomendó a Emilio interesarse por las labores de la hacienda. Mientras salía el automóvil a la carretera, la mujer de Marcelo, con las primeras maletas a la espalda y llevando de la mano a sus hijos, avanzaba también por ahí.

Con paso seguro, el ex-mayordomo dió el alcance a su mujer, conduciendo a una tierna niña en sus brazos y transportando otra maleta en sus espaldas.

Los despedidos tomaron el camino de San Felipe. No se apartaba de la mente de Marcelo la imagen de su buen patrón. Con una suprema nostalgia regresaba a ver de cuando en cuando la casa de la hacienda, perdida entre

los árboles centenarios. Su mujer, lanzando fuertes epítetos contra la "gringa orgullosa", se detuvo a hacer un descanso. Los dos chicos se sentaron a la orilla de la carretera, extrañados de sus amigos de la finca y de su maestra Graciela.

Marcelo propuso llevar todas las pertenencias primero a una posada de San Felipe, para alquilar allí unos asnos y continuar a la parroquia distante. Así lo hicieron. Pero sólo ella regresaba a "La Esperanza" por las maletas y baúles que quedaron encargados en las habitaciones de Emilio.

Al otro día, muy de madrugada, en tres burros alquilados, la pobre familia continuaba la marcha, rumbo a la casita propia, refundida en un repliegue de la cordillera. Los chicos lloraban en el camino, recordando el buen tiempo de la mayordomía de su padre y las amistades escolares.

En la hacienda, todo quedó en completo desorden. Pocos trabajaban normalmente. Los comentarios de los peones condenaban, por lo bajo, a la patrona, quien tan duro golpe acababa de asestar a su marido y a un gran mayordomo.

Una semana pasó sin que se anote mejoría alguna de José Vicente. Todos los días, la señora de Pérez visitaba a su esposo. El enfermo conversaba de muchos temas. Ordenaba con precisión y claridad para la hacienda y para sus negocios de la capital. Pero ni Susana ni nadie mentaba el despido de Marcelo, brazo derecho de su patrón como él laborioso y prolijo. Rodados de los familiares de José Vicente, éste y su mujer trataban de coordinar opiniones acerca de las faenas agrícolas, como si ninguna novedad hubiese en la finca.

SOMBRAS Eugenia, Lola e Inés fueron juntas a salu-
PERVERSAS dar a José Vicente en la clínica. Aprove-

chando que el médico entró a atender al enfermo, las chiquillas salieron al jardín y se sentaron en una banca de piedra, a charlar de sus amores, deleitándose en la contemplación del paisaje dorado por el sol mañanero. Por allá abajo, en una calle honda de la ciudad, un grupo de guardias civiles a caballo distribuía golpes de sable y bombas lacrimógenas a las compactaciones de ciudadanos que, al paso de un automóvil con los oficiales del Alto Comando, gritaban contra la Dictadura y los militares que la amparaban. Por otros sectores de la urbe sonaban los pitos de la Cruz Roja que acudía a auxiliar a los heridos por las huestes de la G. C. El Jefe Supremo estaba administrando el país desde una hacienda del valle vecino a donde fue a redactar su mensaje a la próxima Asamblea Nacional. La aparatosa caída de un tiranuelo en una república bolivariana excitó a todos los pueblos oprimidos del continente.

Las chicas, desde un rincón de la azotca, contemplaban el desesperado galope de la G. C., afanosa por disolver los conjuntos ciudadanos, muchos de ellos pacíficos e

inofensivos, que se formaban en las calles al oír las bocinas angustiadoras de los carros de la Cruz Roja.

—Me muero, dijo Eugenia, poniendo las manos en la cara. Frente a la casita de Nicolás ha sido la trifulca!

—Nicolás cayó preso anoche y salió libre en seguida, manifestó Inés.

—Tu hermano es muy inquieto, opinó Lola. El gobierno está defendido por los soldados y los chapas, y no descansa de provocar chivos. Le he visto en las “relámpagos” contra el régimen. Debes aconsejarle que se aplaques.

—Sí, hija, añadió Eugenia. Días antes de las elecciones de diputados, el Padre Eliecer nos aconsejó, en una de las juntas de la Acción Católica, que controlemos a nuestros hermanos y amigos para que no vayan a producirse contra el Primer Magistrado, quien, al acabar con los liberales y los izquierdistas, ayuda a nuestra causa.

—Bueno, lo que dicen algunos curas tampoco me gusta, replicó Lola. Yo soy partidaria del Jefe Supremo como toda mi familia; pero los sacerdotes no tienen por qué meterse en asuntos políticos. Mi hermano, el capitán, cuenta unas cosas que están ocurriendo dentro del ejército! . . .

—Y dirás que tu enamorado es gobiernista, intervino Eugenia, dirigiéndose a Lola.

—Sea ó no sea. El me interesa en otro terreno.

—Qué dijo el brujo acerca de Miguel?, preguntó Inés.

Lola hizo hincapié en los sorprendentes aciertos del brujo. Muchacha alocada, su pasión por Miguel le inducía a cometer aventuras. Eugenia no hablaba de amores. Soslayaba referirse a sus pasatiempos con un chico desordenado —Nicolás, hermano de Inés— y, en sus aden-

tros, alimentaba un seguro afecto por otro, un joven hijo de un Ministro.

—Piensas volver donde Tupantiza?, interrogó Inés, enterada de la historia del viernes último.

—Quisiera hacerle otra visita mañana viernes.

—Nos llevarás?

—Encantada. Es cuestión de un par de horas agradables. Uds. pueden decir en sus casas que vamos a un recorrido por "La Esperanza".

Efectivamente, desde las tres de la tarde, las chiquillas del pacto estaban rodando por el valle. Inés deseaba también oír algo de su destino en la disparatada entrevista con el indio ingenioso.

Una señorita lelgada y amarillenta releía unas cartas en la sala de espera de Tupantiza. Llegó la misma mujer de manta negra, que la semana anterior estuvo allí. Era una amiga íntima del brujo, a quien decía deberle el feliz matrimonio de su hija residente en San Felipe. Y, valiéndose de una fina y bien estudiada propaganda, interesaba a varias chiquillas para que acudan al curandero. Este, a su vez, no disimulaba su siniestro cariño a la señora viuda, de carnes aún frescas.

—Entra tú primero, Inés, insinuó Lola.

—No, primero tú.

—A la otra señorita le toca, gruñó la mujer enmantada, refiriéndose a la pálida chica que removía en la cartera fotografías y mensajes amorosos, o sea quizá el material motivo de la ridícula consulta al brujo.

—Cierto es. Esperen, corroboró Eugenia.

—No. Vamos a la hacienda. Ya no quiero, repuso Inés.

—Después has de estar deseando regresar, amenazó Lola, arreglándose el cinturón del abrigo.

El brujo demostrábase algo prevenido. Casi inmediatamente despachó a la mujercita amarillenta y romántica y, con voz ronca, dijo desde adentro:

—La que sigue!

Lola dió un codazo a Inés. Eugenia también secundó animándole a la indecisa amiga. La señora viuda, con un benévolo movimiento de cabeza, indicó que pase, enfocando los ojos a la nueva cliente.

Inés, con la mano izquierda en la mejilla y su cartera colgada del hombro derecho, transpuso la puerta de la cámara. Sonó el cierre de la aldaba y se deslizó una cortina interior.

La cámara era una pieza forrada con esteras, excepto un rincón en el que ardían unos leños debajo de una olla de barro. A un lado, en una mesa, una calavera humana mostraba su permanente mucca. Una vela recién apagada exhalaba su postrer suspiro en una blanca columna de humo. Detrás de un ligero cortinaje de paños negros, indefinibles artefactos se vislumbraban dispersos en el suelo. Sobre una banca de esquemática armazón, unas cartas de naipes, restos de cigarrillos y unos frascos con líquidos de distinto color se conservaban en orden. Y, cerca de la ventana sin salida externa, abierta entre los adobes que, haciendo grueso muro, sosténian el techo de paja, el retrato del Dictador en hoja suelta, de las que circulaban en tiempos de su popularidad apoteósica tanto como fugaz, se destacaba en medio de los descoyuntados pasajes de la guerra mundial, venidos en revistas extranjeras.

El indio, con una camisa larga bordada de rojo a

modo de bata y hecho trenzas el cabello, prendió sus encarnizados ojos en Inés, ofreciéndole asiento.

—Qué desca? Sufre del corazón? Hable, patronita, comenzó diciendo el brujo.

Temblorosa, Inés escuchó la característica tos de la viuda, quien charlaba entusiasta con las otras dos chicas.

—Mi novio me engaña, fue lo que la joven pudo contestar como de memoria.

El brujo sonrió estirando los carnosos labios. Cogió del brazo a Inés, rozando apenas con la punta de los dedos los senos de la desorientada chica, y la puso de pie. Ella empezó a temblar e hizo ademán de sacudirse. El indio invitó a tomar asiento en una ancha banca cubierta con una manta roja. Quemó unos papeles en un plato. Y, en breve, la cámara se inundó de un aire embriagador. Luego, en un jarro, mezcló agua hervida con el líquido de uno de los frascos que estaban cerca. Inés intentó levantarse. El brujo pasó su mano caliente por el mentón de la joven, diciendo:

—Ud. no tiene nada. Ud. está sana y buena. Coma y viva como antes. Olvídesc de esos. . . .

Tupantiza iba repitiendo las frases que dijo a José Vicente, quien, en sus momentos de delirio, las había recordado en la clínica, en presencia de Inés y Eugenia.

Inés lanzó un grito. La señora de negro que deparaba con Lola en la sala de espera, tratando de aquietar los ánimos, se apresuró a indicar que algunas señoritas nerviosas se curan precisamente cuando dan esos gritos....

Lola hallábase impaciente. Eugenia se asustó y corrió a golpear la puerta de la cámara.

—Por favor, señorita, no interrumpa. No pasa nada. Asimismo es la cura. La señorita Lola sabe muy bien.

La viuda, que acababa de hacer la recomendación, volvió al tema de la charla suspendida por el grito de Inés. Lola se paseaba en el cuarto, continuando con la tertulia forzada.

Después de media hora, Inés salió de la cámara con el rostro pálido y los labios descompuestos. Por su garganta parecía querer bajar el último sorbo de algún líquido que le ofreció el brujo, buscando reponerla del desmayo.

—La que sigue!

Con paso tímido, entró una chica gorda y desengañada, que había aplazado su turno desde la semana anterior y tuvo hecho el arreglo con la mujer infaltable en la sala, para que le permita la consulta a esa hora. Sonó la aldaba de la puerta y corrió la cortina. Inés se dejó caer en el asiento y, poniendo los codos en las rodillas, llevó las manos al rostro.

—Qué te pasa?, preguntó Lola sin la menor intención de reclamar por su turno.

Eugenia tenía la vista fija en Inés sin pronunciar palabra. Una mezcla de repudio y curiosidad por la aventura, experimentaba ella. Al fin, también interrogó a Inés, abrazándole:

—Qué pasó?

—No me acuerdo de nada, hija, replicó Inés, enderezando el busto.

La chica se reincorporó y, con una risa cristalina, dijo:

—Bien. No ha pasado nada. Vamos!

—Pagaste al Tupantiza?, inquirió Lola.

—Sí pagué. . . . Creo que no pagué. Vamos!

Sentadas en el automóvil de Lola, las tres fueron a

dar una vuelta por la hacienda. Inés hablaba poco. Eugenia se mostraba muy curiosa y preguntona.

—Por qué gritaste, Inés?, interrogó Eugenia.

—De repente vi un enorme retrato del Dictador, que se envolvía en humo y llamas.

—Estás recordando lo que has visto en la ciudad. Allí quemaron hace unas semanas el retrato del Dictador en la plaza pública. . . .

—No es eso, intervino Lola. El indio tiene un retrato del Jefe Supremo en la pared. Te dió a beber algo?, terminó preguntando a su víctima.

—Sí. Pero me hizo ver las cosas claras. No me conviene ese amor. . . .

La chiquilla estaba aún descontrolada. Eugenia echaba la culpa a Lola. Esta hacía reflexiones tendientes a que no se divulgue la aventura.

Entrada la noche y después de dejar a Eugenia en su casa, donde se sirvieron un té, Lola fue a la residencia de Inés, a quien le aconsejó que fuera directamente a la cama simulando una gripe.

La quinceabrileña Inés, sufriendo de vómitos, se acostó. Sus ropas conservaban algo de la humedad ocasionada por el líquido que bebió en casa del brujo, fuera de control. De la boca no se le eliminaba aún el molesto sabor.

Susana vivía en la quinta. Esa noche fue a visitar a la familia de Eugenia. Se acreó a la cama, pues la andariega ya se había acostado.

—José Vicente sigue mal, dijo Manuel.

—Ese indio brujo es el responsable, sentenció Susana.

—Así es!, gritó Eugenia. Hoy tenía ganas de. . . .

—Niño Manuel, al teléfono!, llamó una muchacha. Luego de hablar por teléfono, Manuel regresó inquieto. Incepó a su hermana por la invitación a Inés y a Lola.

—Qué le diste, ve! Inés se encuentra mal. El médico está en la casa de ella y ha dicho que le afecta una grave intoxicación. Tal vez Lola también padece de lo mismo. Y tú! Qué comieron aquí?

—Aquí estaban?, interrogó Susana.

—No ha de ser por eso. Un té les ofrecí. Yo no siento nada.

—Entonces? Y por qué me llaman a hacer curiosas preguntas por teléfono?

—El brujo Tupantiza. . . .

Sin concluir la frase, Eugenia volteó el cuerpo y se quedó con la cara pegada al almohadón.

—Manuel!, gritó Nicolás en la puerta de calle.

Eugenia se puso a llorar ante la sorpresa de Susana. Manuel conversó afuera con su amigo Nicolás, quien, en posesión de todo cuanto había ocurrido ese día, se quejaba amargamente de Lola. Inés había revelado la andanza por el valle.



EL CASTIGO VIOLENTO Indignado Nicolás, concibió un plan en asocio de Manuel. A Susana le participaron la novedad. Conferenciaron con Lola y se

disgustaron con ella. Resolvieron no decir palabra sobre el caso a los padres de Manuel, ni de las medidas que iban a tomar.

Al cabo de dos días en que Inés se restableció, Manuel y Nicolás obtuvieron los datos que necesitaban acerca del brujo. Comprometieron al grupo de amigos de Nicolás y se trasladaron todos a "La Esperanza", bajo la luz de la luna llena.

En la hacienda oyeron música por radio hasta las once de la noche. Se embarcaron en el automóvil y, despidiéndose de Emilio y Graciela, como que retornaban a la ciudad, rodaron hacia el apartado barrio de San Felipe, donde vivía Tupantiza.

Eran cinco jóvenes. Dejaron el vehículo bajo la sombra de los árboles. Disfrazados de indígenas, penetraron tres en la siniestra casa. Manuel y Nicolás permanecían alerta dentro del carro.

Violentos y estrepitosos empujones mediante, cayó la puerta del cuarto en el que dormía Tupantiza con su mujer. Se levantó el indio y llamó a los perros. Uno de los disfrazados cogióle del cuello y el otro hizo lo mismo con la india, mientras el tercero blandía un puñal en las espaldas del brujo que luchaba como fiera, esforzándose por alcanzar un machete que pendía junto a la cama. El agresor no le daba tiempo para que maneje el brazo. La india estaba ahogándose entre los dedos del otro asaltante, quien la soltó exánime y fue a acabar con el brujo, valiéndose del machete que ya se encontraba en manos del feroz indígena. La mujer dió un quejido y pareció morir en ese momento.

Los tres individuos corrieron al automóvil. Los perros vomitaban en el patio. Habían sido envenenados previamente.

Un silencio de cementerio reinaba en el paraje. La luna se había ocultado detrás de unos densos nubarrones.

Lejos, en la finca de los Salazar, protegidos por las envejecidas tapias de la entrada, los disfrazados cambiáronse de ropas. Hicieron un bulto con los ensangrentados trapos indígenas y lo arrojaron al río, atado a una piedra. Empezaba a llover.

Haciendo un largo recorrido para despistar, los cinco vengadores de las fechorías del brujo, retornaron a la ciudad. Entre ellos anduvo el ya célebre "Capitán Hermoso".

A la mañana siguiente, Susana y Manuel se vieron en la clínica. Preguntó ella qué iba a hacer en contra del malévolo brujo.

—Yo sé, dijo Susana, que el indio tiene en la ciudad amigos y especialmente amigas, quienes interponen sus influencias para evitar que las autoridades le persigan. Varias veces le encarecieron y clausuraron su consultorio y otras tantas veces, las señoras y señoritas ingenuas o compadecidas consiguieron la libertad de ese tipo fujoso. Ahora hay que hacer algo efectivo.

—Vamos a ver qué se puede hacer. No hay que dejar trascender nada. Evitemos mencionar al indio. Igual cosa harán Eugenia, Inés y Lola. Diles tú.

En San Felipe y en las haciendas cercanas, entre tanto, ya se conocía de la trágica muerte de Tupantiza. Unos afirmaban que fue atacado por otros indios celosos de sus mujeres e hijas a quienes curaba con artificios. Los demás creían que le mató su rabiosa consorte que le peleaba siempre de borracha.

En la capital se multiplicaban los guardias del orden y los agentes de investigaciones, buscando a los políticos sobre quienes pesaba la condena de prisión por opositores. La primera autoridad de San Felipe inició las

averiguaciones para descubrir a los autores del crimen; pero todo quedó en el olvido. La india mujer de Tupantiza falleció horas después del asalto. Y la torrencial lluvia de la madrugada había borrado las huellas del automóvil y de los zapatos en los contornos del teatro macabro.

Cuando José Vicente, su esposa y las chiquillas se enteraron de la tragedia, no dieron al asunto mayor importancia que la que se solía conceder a los sangrientos conflictos entre indios. Dominó el falso dato que estaba propalándose en el valle, sobre un mero hecho de venganza indígena. Y, ante el temor de verse complicados, ni los asiduos clientes del brujo osaban hablar del crimen.

La noticia de la muerte del curandero más célebre de la región subió por las lomas y fue a circular en las parroquias y en la ciudad. Se comentaba en voz baja que el adivino de San Felipe, administrando narcóticos, abusaba de las mujeres atraídas por sus novelorías repugnantes.

El señor Pérez podía ya caminar por los jardines de la clínica. Luego se dió de alta y fue a la quinta "Teresa", bajo la vigilancia de su médico. Su mujer no le permitía que vaya a la hacienda.

No obstante los cuidados de Susana, fingiendo querer pasearse por la ciudad, salió en su carro personal conducido por Sergio. Tomó la ruta de "La Esperanza".

El regocijo de los empleados y sirvientes estalló apenas vieron a su patrón descender del automóvil. Con voz calmada y paso lento, pálido y nostálgico, recorrió las principales dependencias. Muchas cosas encontró en lamentable desorden. Habló con Emilio. Llamó a Marcelo.

Uno de los longos, que torcía piolines para coser los

sacos de cabuya, ingenuamente preguntó al patrón si Marcelo ha vuelto a trabajar en la hacienda.

--A dónde le han mandado?, interrogó con grave acento.

--Dijeron que la patronita le despidió, por no sé qué.

José Vicente volvió en busca de Emilio. No lo encontró. Pasó por Graciela. Conturbada la maestra, vaciló con la respuesta acerca de Marcelo. Pero, advirtiendo la neurastenia casi insoportable del señor, tuvo que decir la verdad. Graciela regresó nerviosa a la cocina. Por la ventanilla vió que el patrón, desde el patio, rascándose la cabeza, hacía sacar un caballo de la pesebrera para que se lo ensille.

--Venga, Graciela, dijo José Vicente y se encaminó a la sala. Le voy a dictar una carta.

La carta era dirigida a Marcelo. Con muchas expresiones de cariño, rogaba al ex-mayordomo que vuelva a su trabajo. Graciela escribía apesadumbrada por los efectos de la fatal resolución de la patrona.

Con la carta y una bolsa de provisiones para el camino, un peón picó al caballo y partió a todo galope. Inquietas las gentes, a veces se contentaban de la medida puesta en marcha y a veces se afligían viéndole al señor muy sufrido.

Uno de los carros que iban de la hacienda a la ciudad cargados de víveres para la venta, regresó velozmente. Bajó el chofer y, sin darse cuenta de que el patrón estaba allí, pasó a la oficina de Emilio, diciendo con énfasis:

--Esto es insoportable! Aquí no hay orden. Todo anda mal!

—Qué pasa!, apareció exclamando José Vicente.

—Buenos días, patrón. Disculpe. Tuve cólera por una insignificancia.

—No ha de ser insignificancia. Cuénteme! Estoy observando que aquí no hay orden, no hay nada! Ayúdeme a enderezar ésto!

—Don Emilio está haciendo las veces de Marcelo desde que éste se fue a su pueblo. Los peones han cumplido mal la orden del Administrador y han cargado en el camión papas que el consignatario dice que no las necesita ni ha pedido de esta clase. Vea, son de semilla y mal clasificadas. Es que don Emilio no se alcanza. Hace falta Marcelo, patroncito.

El señor Pérez puso las manos en la cintura mientras soportaba un dolor orgánico. Se limitó a ordenar que carguen de nuevo el camión. Graciela ahogaba la tristeza en las ocupaciones domésticas. Era el día del cumpleaños de su esposo y preparaba un almuerzo especial íntimo, ante la imposibilidad de desatender a las labores a ellos encomendadas. Sacó el pañuelo del bolsillo de su delantal y quiso limpiar unas lágrimas, cuando el patrón se presentó en la puerta de la cocina, a reclamar por qué no le han avisado de la salida de Marcelo.

—La señora dijo que lo haría, contestó, tratando de recobrar la serenidad.

—La señora se ha equivocado. Aquí mando yo! Esto es mío!

—Así es, señor Pérez.

—Bueno, Gracielita. No diga nada a mi Emilio. Salúdeles en mi nombre a todos los empleados cuando vuelvan de sus facnas. Uds. no tienen la culpa. Ya se compondrá todo ésto. Hasta mañana.

Sintiéndose algo mal, pues le estaba prohibido recibir impresiones fuertes, llamó al chofer que, por el momento, ayudaba a clasificar de nuevo los sacos de papas, y ordenó el regreso a la quinta.

Susana, presa de inquietud, ya sospechó lo que habría hecho su marido, al ver el polvo de la carretera en el revestimiento del automóvil.

Sin hablar con su mujer, José Vicente fue a acostarse. El chofer se anticipó a rogar a la patrona que no se oponga al deseo de que regrese Marcelo. Y pintó un cuadro desgarrador de la hacienda.

—Te sientes mal, hijito?, se acercó a preguntar con una caricia, la señora.

—Por qué haces niñerías en la hacienda? Anda y verás ese desconcierto!

—No hables de esas cosas. Ya se arreglará todo. Que venga el doctor?

—Sí, que venga. Quiero verle también a Marcelo!

—Muy bien. Se cumplirá tu voluntad.



PEQUEÑO Marcelo, llevando su vaca del potrero a la
Y PACIFICO casa, silbaba con la alegría de un hombre
HOGAR tranquilo y suficiente. Sus hijos sa-

lieron al encuentro del peón muy conocido por ellos. Un penacho de humo azul ascendía por sobre la empinada cubierta de la casita.

—Papacito! Suba pronto!, gritó el mayor de los chicos, acariciendo al caballo que resoplaba su fatiga, sudoroso.

El sol lanzaba sus últimos rayos sobre los campos amarillos. A la distancia, las nevadas cumbres de los volcanes, cuái espejos perdidos en el horizonte, hundían sus picachos en el cielo rojizo. Y en la planicie de abajo, las parroquias y los bosques, en contrastes de blanco y verde, presenciaban quietos el pesado subir de un largo convoy del ferrocarril que transponía una loma repleto de pasajeros. En un ángulo del encantador valle, "La Esperanza" dejaba observar apenas la nítida torrecilla del templo, como un trozo de nieve desprendido de la cúpula que, hacia arriba y detrás de la cordillera azul, brillaba burlándose del verano.

—Buenas tardes, don Marcelo. El patrón quedó en la hacienda esperándolo. Manda esta carta. Dijo que avise cuando volverá.

Marcelo cogió la carta y fue a leerla junto a un débil pilar del corredor. Bajó el peón del caballo, a saludar a la mujer del ex-mayordomo. Los chicos, abrazados del mensajero, le acosaban con preguntas sencillas y cariñosas.

A una señal de su compañera, Marcelo entró en el cuarto grande. Cruzaron breves palabras en secreto.

—Dirás al patroncito, después de saludarle mucho, que estoy enfermo y que quiero descansar.

—No va a escribir?

—Otro día he de escribir.

—Tal vez el patrón mismo ha de venir por acá. Ya está andando. Me voy no más. Está cogiendo la noche. Hasta la vista, don Marcelo. Adiós, con todos!

La negativa del ex-mayordomo fue transmitida a la quinta por intermedio de Sergio.

—Patrona, Marcelo no quiere regresar. Los peo-

nes están desilusionados. El mayordomo provisional, que ha puesto don Emilio para poder concretarse desde ayer a sus obligaciones, ha caído muy mal. No le obedecen. No entiende mucho de sus deberes.

—José Vicente está durmiendo. Por Dios, no te asomes! Díles a todos que no entren acá. Por preocuparse de las cosas de la hacienda, se agravó él.

—Susana! Ya oí llegar el camión. Pregúntale a Sergio qué sabe de Marcelo!

—Cómo no, hijito. El peón que han enviado por Marcelo ha dicho que no le ha encontrado y que hará otro viaje.

Sergio escuchaba desde uno de los pasadizos donde había quedado en pos de las miradas de Juana. Por tanto, ya sabía qué decir si el patrón le preguntara directamente.

—Tendré que ir yo en busca de él. Marcelo se adiestró a mi gusto. Es un cholo insuperable para mandar y obedecer. Con él la hacienda, yo podré descansar, sin estas preocupaciones que me vuelven loco. Ese granero, esas herramientas, esos horarios. . . . Emilio, por más que se multiplica, no se alcanza. Graciélita quedó muy apenada con motivo de mi descontento indisimulable. Esos chicos pueden despecharse. . . .



HACIA Así volaron las semanas. José Vicente empeora-
ABAJO ba. El médico recomendaba todos los días calma

y olvido de las preocupaciones que atormentaban al enfermo. Era imposible conseguirlo. Tanto afec-

to cobró por la tierra que él trabajó, que sufría más al no poder visitar sus propiedades.

Despachó un nuevo mensajero en pos de su Marcelo querido. Todo resultó inútil. Los conciertos reclamaban a su ex-mayordomo. Ya habían tenido más de un conflicto con el reemplazante.

Manuel ofreció instalarse en la hacienda. Aparentemente, las labores iban normalizándose. Pero la política del Conservatismo absorbía a todos los jóvenes de derecha. Entonces, Manuel, abandonando lo mejor del trabajo, acudía a la ciudad y olvidaba el compromiso con su primo. La pereza y el robo sentaron sus reales en las pertenencias del señor Pérez.

Susana, de acuerdo con el médico, resolvió llevar a su esposo a Estados Unidos para una cura larga. Manuel quedó encargado de vigilar los negocios.

Días más tarde, después de gastar mucho dinero, llegó un cablegrama para Manuel, en el que los dos esposos anunciaban el retorno. Los médicos habían desahuciado al enfermo. Resignada ella, optó por traer a su marido al país, a fin de que muera en su propia casa.

Desde entonces, José Vicente no salió de su lecho de dolor. Periódicamente, los especialistas debían extraer aguas acumuladas en la parte enferma, procediendo a delicadas intervenciones. Así se aliviaba un poco y hablaba de su hijo y de sus bienes, pensando en la muerte. Susana sufría y se desesperaba inconsolable. Si bien Manuel hacía todo lo que le era de posibilidad por ayudar a conducir con éxito los negocios y si, por otra parte, los buenos empleados trabajaban con decisión, siempre el gran vacío fue terrible en todos los campos de el esfuerzo.

zo del señor Pérez imprimió un ritmo y una norma muy propios.

Susana demostraba una irascibilidad impaciente, resucitada acaso como herencia de su madre cardiaca y biliosa.

La hacienda estaba perdiendo su gran prestigio. Las peonadas ya no rendían con fervor y disciplina. Se necesitaba un buen guía a la cabeza de los trabajadores. Un guía que no olvide los engranajes de la labor total y que observe, desde el dintorno y el contorno, los progresos y las fallas de un plan.

Cuantas veces José Vicente recobraba algún alivio, hablaba con aplomo de sus conocimientos agrícolas y financieros, adquiridos en apreciable acervo y a fuerza de experimentación prolija y con el concurso de selectos brazos.

Como dando las postreras lecciones que pudieran servir para que la madre cuente más tarde a su hijo, el amado patrón charlaba con los principales colaboradores que iban a visitarlo. Y manifestaba que al buen servidor se le debe rodcar de todas las garantías, disculpando los excesos que casi siempre proceden de buena fe. No importa mucho, decía, disponer de un personal abundante, por diestro que fuese, cuando falta un guía que tenga la virtud de ser, además, coordinador oportuno y eficiente, pues un hombre así es capaz de convertir a los vagos en personas responsables. Un jefe magnífico, agregaba, hace subalternos deseables. Un inexperto o un malvado, echará a perder las cualidades maravillosas de quienes a él se subordinan. Y terminaba dedicando palabras de gratitud a su Marcelo, de quien aprendió y a quien ense-

ñó a levantar de las ruinas, lo que fue la mejor propiedad del valle.

De vez en vez, pensaba también en su nuevo bosque, recuerdo de su paso por las faldas del Tomayloma. San Sebastián, la planta eléctrica, la gran acequia, los excelentes cultivos y pastos, las innovaciones materiales y espirituales introducidas en el bello colmenar de "La Esperanza", con cariño, fe y energía, todo estaba unido al recuerdo de su rccio brazo derecho, el inolvidable Marcelo. Y para la escuelita, Graciela y Emilio, tenía igualmente frases de gratitud y confianza.

Sí. Ese caballero, que contaba los días de su existencia, era un ejemplo de propietario afortunado. Lo bueno de su sangre y de su educación se expresó siempre en su conducta de hombre fino, inteligente y laborioso. Apenas se dió cuenta de que la política le estaba pervirtiendo, se retiró a calzar botas de campo para rendir culto a la tierra. Su carácter fue un modelo para tantos individuos feudalistas y retrógrados, miserables hasta la tacañería o derrochadores calaveras que, al escasear el dinero fácil en los bolsillos, olfatean por las alturas de la administración pública, en demanda de situaciones que llenen sus apetitos, aunque deban claudicar con o sin los partidos políticos. Trató aun con los mediocres y los bribones, con los que mandan y los que obedecen, sin dejar de saborear los reverses de una conducta crucificada por las circunstancias palpitantes en el medio trivial y jactancioso. Se acreció a los esbirros y a los imbéciles para conocerlos, aun a riesgo de que se le apliquen los términos socces de la crítica en fragor de irresponsable envenenamiento de la época. No fue un santo de la derecha mojigata ni un demonio de la iz-

quiera redentora. Evitó ser un monstruo con riqueza, apellido y afán de gobernar a las hambreadas multitudes. Era un hombre. Un hombre nuevo en la relatividad del escenario cargado de holgazanería y prejuicios, de explotaciones y esbirrismo.

Contrastaba, realmente, este personaje, incluso con sus extravagancias, con tanto farisco, saltimbanqui y comodín, de aquellos que de por vida traficaron con las ideas de partido, para refugiarse, en las horas de prueba, en una legación o en una intendencia, a rumiar los impuestos que paga el pueblo. Retrogrado, feudal, reaccionario y otros epítetos de cajón que le enderezaban sus enemigos, eran poca cosa o ninguna, frente al embargo que de la conciencia de esos tipos hicieron los gobiernos liberales, conservadores e indefinidos, para honor y gloria del Señor Dinero y "magnífico ejemplo" de las nuevas generaciones, a las que por ventura sí les iban quedando aún unos guías serios e incorruptibles.

El tiempo fue avaro con este joven, digno brote de la parte buena de troncos familiares encopetados. Y estaba refinando su talento para servir a los humildes sin humillarles más y para abrir el camino nuevo de los ricos que, metidos en el medioevo, o tiemblan al pensar en la justicia social o se encabritan por regresar al conformismo oscurantista. Pero la reacción se ingenió por aprovechar al extraño patriota, como una vanguardia demostrativa del moderno sentir conservador, cuando, en realidad, eso fue sebo controlado por los señores feudales sin que les cueste un céntimo. Así se apuntalaron ellos en un Ministerio fundamental y entraron a volcar los pequeños adelantos de una técnica administrativa liberal y perczosa.

El noble señor, siempre que podía, se informaba en los periódicos de cómo marchaba la política.

—Todo anda mal, decía José Vicente. En la ciudad, en la provincia, en el país, en el mundo, en mi hogar, en todas partes hay incertidumbre y peligro. Es ésta la segunda etapa de la guerra, etapa en que el conflicto tenemos que librar dentro de cada uno de nosotros y dentro del panorama que nos circunda. Allá, las grandes potencias recelan entre sí y se entienden a medias o no se entienden. Acá, los ciudadanos desconfían de sus propias fuerzas, porque sólo las miden para vencer o derrotarse frente a los compatriotas adversarios con etiquetas de partido. Y, en mi casa, veo sombras y dudosas perspectivas.

Cerrando sus largas e iluminadas reflexiones de los momentos de alivio, llamaba a su hijo y le acariciaba. Susana se había habituado ya a ese modo de vivir. Desde que amanecía hasta el anochecer, la sufrida señora se multiplicaba en los asuntos de la propiedad y los negocios, sin descuidarse de las atenciones cercanas a su esposo. En sus ratos libres, mientras dormía él, escribía largas cartas a sus hermanos, enjugándose las lágrimas y dirigiendo, de cuando en cuando, piadosas miradas a un cuadro de Santa Teresita, la predilecta destinataria de sus oraciones de paisana y devota.

Con mucha resignación y sigilo prudente, mandó a construir un mausoleo junto a la tumba de los padres de su marido y, en una bóveda, guardó los restos de su madre, traídos del puerto donde murió y fue sepultada. Esta idea de Eugenia puso a la señora frente a la verdad desnuda, que estaba a punto de ofrecerse en fatal desenlace.

Lo más que hacían los médicos era prolongar la vida del paciente. Cesó la locuacidad del en otro tiempo verboso y sutil joven analizador de problemas. Los ojos, con un brillo de vidrio, vagaban por las paredes. El vientre hinchado ya no resistía a otras operaciones de desagüe artificial. Doña Rosario, Eugenia y algunas otras personas de la parentela no iban sino a llorar el fin de un gran Pérez.

AL SENO De esta noche no pasa, dijo Manuel, mirando con ternura a su primo. Debemos amanecer en vela con el doctor.
DE
LA TUMBA

—Susanita que vaya a dormir un poco. Anoche pasó de claro en claro, propuso Eugenia.

—No tengo ni hambre ni sueño. Es imposible que yo le deje ahora a mi esposo, contestó la señora.

Llegó el médico y examinó el pulso del enfermo. Movi6 la cabeza desconfiadamente. Se sent6 a auscultar la respiraci6n y las palpitaciones. Ech6 un profundo suspiro, y traz6se en silencio el plan contra los arrebatos de locura de Susana, quien, sumergida en llanto, se hundió en un sof6 apenas comprendió los delatores gestos del doctor.

—Señora, se ha hecho todo lo posible. Me he visto frente a un caso especial de la violenta enfermedad. Tenga paciencia. Vaya a descansar. Puede comprometerse su salud también, y hay que ver por el ni6o. Señorita Eugenia, acompa6nle a la señora.

En cuanto termin6 de hablar el m6dico, 6ste hizo una se6al a Manuel para que saque de allí a la señora de P6rez. Eugenia y Manuel, en efecto, se acercaron con ademán de llevar del brazo a Susana. Tras largo esfuerzo, le convencieron.

Entraron los padres de Eugenia y otros parientes que por primera vez llegaban a la quinta. Todos, llorosos, se retiraron a acompañar a Susana, después de ver al enfermo y de cruzar unas palabras con el doctor. Doña Rosario ordenó el arreglo de la capilla ardiente.

El moribundo hizo un esfuerzo por estirarse. Cambió de posición y exhaló un quejido. Una hora más tarde, a las dos de la madrugada, José Vicente dejaba de ser.

Manuel lloraba inclinado sobre la cama del difunto, y el médico también. Los que pudieron escuchar las frases penosas de los dos asistentes, penetraron al dormitorio.

Susana, con los ojos extraviados, fuera de sí, se abrió paso por entre la ya numerosa concurrencia de amistades y familiares. Pellizcando a unos y mordiendo a otros, se lanzó a abrazar el cadáver listo para colocarse en la urna funeraria. Loca de desesperación, por momentos besaba a su esposo en la frente o le sujetaba del brazo, impidiendo que le encierren en el ataúd.

El niño gemía en el regazo de doña Rosario. Llamaba a su papá. A costa de muchas dificultades, se consiguió apartar del sitio a Susana. Y así terminó la labor de guardar los despojos mortales en el espacio de madera, límite entre la vida y la tumba. A poco, las colgaduras funerarias revestían los aposentos hasta el corredor principal y la puerta grande.

Emilio, Graciela, dos mayordomos, los choferes, Daniel y varios peones llegaron al amanecer. Sabían, desde la víspera, que estaba predicho por los médicos que José Vicente no verá el sol del nuevo día. Sergio, cumpliendo un convenio con Emilio, fue a participar la triste noticia.

Al otro día, el traslado fue imponente y suntuoso. Miembros del gobierno, el personal del Ministerio que desempeñó el difunto, los centros y sociedades a los que perteneció el señor Pérez, moradores de San Felipe, empleados de "La Esperanza" y numerosos amigos de la ciudad asistieron a los funerales.

—Un buen hombre ha muerto, decían los curiosos que veían desfilar a los acompañantes y la larga cola de automóviles llenos de coronas fúnebres.

Tres canónigos y seis padres jesuitas encabezaban la marcha. Ocho caballos tiraban la carroza esplendente. Manuel representaba a la familia del extinto. A la ceremonia religiosa, previa a la inhumación, concurrieron distinguidas damas, damitas y caballeros.

La viuda tuvo que hacer cama. Lentamente y al cabo de quince días, pudo recobrar su estabilidad orgánica. Abandonó la quinta y se recluyó en la hacienda, donde hasta los indios conciertos andaban vestidos de luto. Metidos en sus ponchos y mantas negros, lamentaban la desaparición del comprensivo y ejemplar patrón, a quien le debían viviendas higiénicas, construidas y hasta entregadas en propiedad, en el nuevo caserío de San Sebastián; jornales suficientes, trato humano y toda clase de comodidades y atenciones.

Las indias vejanconas afirmaban que, unos días antes de la muerte del llorado patroncito, ruidos extraños oyeron en la sala, en el granero, en el templo y en el local de la escuela. Según ellas, el alma del señor Pérez ambulaba por esos sitios, recogiendo los pasos. . . .

Los pobladores de San Felipe, consternados por el fallecimiento del benefactor de la comarca, pusieron el nombre del difunto a una plaza recién abierta.

—Señora, dijo Daniel una tarde que fue a hacer cuentas con Emilio, sobre los cobros por concepto del consumo de energía eléctrica en el pueblo! Yo le he visto a Marcelo entre los asistentes al traslado del cadáver del patrón. Tal vez por miedo no se presentó ante Ud. No estaría mal que le llamara al trabajo. Era tan bueno, tan vivo, tan laborioso y adicto al señor Pérez. . . .

—Déjeme en paz, Daniel! Por la salud de mi hijo y por mí misma, no quiero recordar ni lo que Marcelo hizo con mi esposo ni lo que yo hice con él.

Susana cambió de carácter hasta volverse insoportable. Intransigente y autoritaria, no admitía ninguna súplica ni insinuación. Ordenaba cosas o difíciles de practicar o peligrosísimas para los negocios. Cuando ella se instalaba en la quinta, los problemas de la hacienda se resolvían mejor. La servidumbre prefería la vigilancia también autoritaria de Manuel, a la dirección fogosa y turbada de la señora, quien estaba viendo en cada colaborador un ratero o un vago. Y así, siempre que Susana regresaba a "La Esperanza", los empleados y demás trabajadores se disponían a querer abandonarla por no sufrir.

Las últimas y esporádicas lluvias humedecían el valle sobre todo por las tardes. El juguetón verano volvía a anunciarse con las horas ventosas y polvorientas, y se ocultaba de nuevo bajo las nubes bien cargadas. Pero ya las parcelas perdieron su verdor y se vistieron de oro y canela en las alturas. Las cosechas de tan buen año estaban terminadas. Comenzaba el laboreo preparatorio de las siembras.



PAPEL SELLADO Cumpliendo las postreras instrucciones de José Vicente, los mayordomos hacían des-

montar los viejos pastos por aquí, armar corrales por allá y trillar trigo y cebada por acullá.

Arreçiaaba el verano y el agua comenzó a escasear en el río. La accquia principal de la hacienda, que lo era también y en parte del pueblo sanfelipeño, cargada a medias, se interrumpía a veces por la usurpación que del líquido hacía el arrendatario de la finca de Jurado, quien estimó oportuno discutir amigablemente con la señora de Pérez, acerca de un equitativo reparto de las empobrecidas corrientes. El problema era de todos los veranos. Pero José Vicente se había impucsto con su derecho y ya nadie le discutía, máxime si el vital elemento se lo aprovechaba en función colectiva y en beneficio del pueblo que, a lo largo de muchos años, reclamó el goce del agua fluida, para independizarse de los insalubres pozos.

Procediendo por sobre su arrendatario, Gabriel Jurado resolvió, ahora sí, apropiarse de una parte de las aguas para su predio, hasta casi secar el río, uniéndose a otro perverso hacendado. Entabló una falsa demanda a la señora de Pérez, en asocio de supuestos perjudicados de río abajo. Susana encargó el pleito a un experto jurisconsulto, a quien entregó todos los papeles que acreditaban su derecho. El abogado de la parte contraria era uno de esos juristas ingeniosos para sacar triunfantes los fraudes y las extorsiones y quien, por medio de recursos forzados, iba convenciendo al juez.

La viuda de Pérez veía arruinarse los potreros y jardines por la falta de humedad. Cada vez que viajaba a la capital, visitaba a su abogado y se lamentaba de cómo

las medidas bruscas de su adversario impedían un goce normal de las aguas. Se quejó al Ministerio respectivo. Pero éste ni siquiera contestó. La defensa coligió que Jurado había emprendido en una sistemática compra de voluntades para salir con la suya. Y no era otra la rutina del oportunista, cuyo yerno resultó electo representante para la Convención que se acercaba y hacia valer sus influencias cerca de los tímidos Ministros, quienes se imaginaban que el Conservatismo les va a sacar por la ventana con Dictador y todo. Por lo pronto, el presumido diputadillo, que aceptó una riqueza de relumbrón a cambio del matrimonio con la hija de Jurado, obtuvo que el Mandatario decretó reorganizaciones de los concejos municipales de su provincia, y otras gangas.

Susana se valía de cuanto amigo trató a su marido, en el afán de salvar su propiedad. Todas las vías legítimas e ilegítimas estaban obstruidas para ella. Los trabajadores de "La Esperanza" andaban a punto de emplear procedimientos contundentes, haciendo causa común con los sanfelipeños, pues ni los reclamos de la parroquia fueron atendidos por el Ministerio. Los señores Secretarios de Estado se hallaban concretados a suplicar votos entre los convencionales para que reclijan a su jefe.

Manuel, acompañado de varios amigos del régimen, fue a hablar con el Dictador. Mostrándose éste celoso de no querer interferir en las actuaciones judiciales y sin embargo de que había ya una sentencia que respaldaba los derechos de Susana, desde que el esposo de ella ganó el pleito, no ofreció sino hacer respetar la decisión próxima del juez. El mismo asunto, con disfraces de artimaña y aprovechando las nuevas circunstancias de la

política, volvía a discutirse con la más grande, deslachatez. Y el proceso se entorpecía con los más ridículos incidentes provocados por el desaprensivo jurista, en cuya ratonera su mujer y sus hijos se nutrían de los obsequios del usurpador de las aguas de San Felipe, al tiempo que la hacienda de la viuda de Pérez, por la sequía, la administración irregular y la creciente pereza de los maltratados trabajadores, dejaba de ocupar su primer sitio entre las del precioso valle.

Susana recibió una mala noticia y se trasladó al despacho de su defensor. Llegó malhumorada y se sentó a esperar en la antesala. Un viejo alto, al parecer un provinciano, se puso a conversar con la señora de Pérez sobre litigios, suspendiendo la lectura del periódico.

—Señora, dijo él, yo llevo cerca de quince años de pleitear con un sujeto que me arrobató cínicamente unas diez hectáreas de terreno, argumentando alrededor de un falso testamento. La causa se halla en tercera instancia. Sólo el temor de pagar las costas si gana mi adversario, me obliga a persistir en la lucha. Perder las tierras y pagar las costas sería la más perfecta de las injusticias de este mundo. Y es que hay abogados perversos. . . .

—Cuál es el abogado de su parte contraria?

—Ese doctorcito Piedra, hijo del que dicen "sordo tinterillo" y que pasa como socialista o no sé qué. Es un bandido, señora mía. Ahora está riquísimo. Y era un pobre individuo como el taita. Mezcló la profesión con la política hasta hacer la plataforma. Conseguido ésto, en la actualidad, a fuer de llenar los bolsillos, defiende a los ricachones abusivos y perjudica a las gentes humildes. Mi doctor Lanás, persona seria y honorable,

tomó el juicio ya en tercera instancia, porque el otro estaba arrañándose a mi costa, haciéndose a mi enemigo y llevando las de perder.

—Yo me encuentro en un asunto tan claro y justo, que me admiro de las cosas que ocurren en este país. Vengo a ver qué ha pasado con el juicio de aguas. Mi adversario es Gabriel Jurado, a quien defiende el mismo doctor Piedra.

—Jurado! Sí he visto el nombre de este señor en los periódicos en relación con una masacre de indios. Siento mucho, señora!

—Vaya, vaya, a qué hora se desocupa mi doctor!, exclamó impacientemente la viuda.

Entraron dos hombres portando en las manos unos pliegos de papel sellado. Tomaron asiento y encendieron cigarrillos finos.

—Hay que apresurarse en pos de la sentencia, dijo el uno.

—Sí, sí. Aseguran que los conservadores van a reformar el Código Civil, repuso el otro.

—Qué opinas, continuará el viejo en el mando?

—Esto no lo sabe ni él mismo, cholito. Pero me queda cierta esperanza. Qué más se quisieran los miserables! Ya verás lo que sucede. . . .

—Señores, pasó diciendo el abogado doctor Lanás, moléstense en aguardar un momentito, voy a regresar de la Corte Suprema.

—Señora, buenos días, agregó el juriconsulto, extendiendo la mano a la viuda. Vamos charlando.

En la calle, el doctor comunicó a su cliente que la causa de las aguas se ha vuelto una causa política terrible. Y que la Dictadura apoyaba por lo bajo las pre-

tensiones de Jurado, suegro de un "representante" del pueblo.

Susana se despidió indignada y fue a llorar en la casa de Manuel. Las circunstancias se habían confabulado contra la desconsolada viuda.

Manuel cogió su sombrero y marchóse al estudio del doctor Lanas. Llegó directamente a él, pasando por alto los numerosos turnos de hombres y mujeres, en cuyos rostros se dibujaba la impaciencia característica de los litigantes.

—Doctor, qué se puede hacer en el caso de "La Esperanza"?, interrogó Manuel.

—Una revolución, mi amigo, una revolución! Esto es insoportable! Hemos estado luchando con un pícaro y cobarde asesino, con un especulador de la Dictadura y un sacristán de las flamantes diputaciones. Qué más podemos hacer si el gobierno, por medio de la policía, está protegiendo a Jurado en su finca, mientras éste roba el agua, alegando que se le va a atacar? He ahí el casito de un ex-Ministro a cuya viuda le niega amparo el régimen, y el de un diputadillo imbécil que ha hecho servir su triunfo electoral para satisfacer el egoísmo!

—Este gobierno es algo incomprensible, ciertamente.

—Pero Uds. tienen la culpa, Uds. los de derecha. Porque Uds. fueron los únicos en concurrir a las urnas, la situación está sosteniéndose, aunque con dificultad. Ahora, mi amigo, prepárense para el resto. El país no va a soportar que, entre los "vencedores", surjan los nuevos vivos a lo Jurado.

Hizo una pausa hasta hojear un código y terminó diciendo:

—Voy a apelar ante la Corte. Probaremos que el

juicio es el mismo que se sustanció en vida del señor Pérez y que ahora lo que se ha hecho es dar otro nombre al río y emplear el que usan los indios, en vez de la denominación española. Yo no pierdo mi fe en la victoria. Así diga a la señora. Sólo que el gobierno está cogido por nuestro enemigo y le respalda de facto. . . .

Susana encargó la vigilancia de la causa a Manuel y se encaminó a la hacienda. Biliosa e intranquila, advertía que la gente ya no se preocupaba apasionadamente del problema. El pueblo de San Felipe también se cansó y volvió al consumo de las aguas de pozo.

Emilio, consultando a la señora, trató de regar siquiera una parte de los potreros bajos con el agua de la planta eléctrica. Con mucho esfuerzo y debido al desnivel del terreno, se podía regar unas pocas hectáreas. Lo demás de la hacienda vivía de las aguas en disputa.

Refrenando su carácter muy agrio, intranquilo y apesadumbrado, Susana se daba modos por sostener el ritmo del trabajo. Pero ya muy pocos le secundaban con resignación. El ganado empezaba a morir. Por lo menos una cabeza diaria era descubierta y devorada por los perros en los pastos descuidados. La campaña de la garrapata olvidó el gobierno y olvidaron también algunos patroncos. Nidos de ratas y de raposas abundaban en los graneros. Los consignatarios de leche, que antes se proveían en "La Esperanza", lo hacían en la propiedad de Jurado, el cobarde advenedizo, quien sólo después de muerto José Vicente, su rival, puso en marcha loca sus ambiciones.

Susana resolvió arrendar las dos haciendas en un solo cuerpo. Y lo llevó a cabo de acuerdo con Manuel y su abogado. Sea por el juicio que se ventilaba y la con-

dición del adversario o sea también porque la gente no inspiraba mucha confianza en el trabajo, las en otros tiempos envidiables propiedades fueron arrendadas muy barato a un viejo finquero y eterno diputado de una lejana provincia, con domicilio en la capital. La viuda fue a vivir de las rentas en la urbe.

Emilio se trasladó también a la ciudad, donde instaló un negocio. Su mujer se retiró del magisterio. Ella ya había tenido algunos disgustos con la patrona. La escuelita quedó, pues, automáticamente cerrada. Ni se la mentó en los papces del arrendamiento.

Varios otros empleados se desbandaron en busca de nueva vida, quizá menos cómoda y más tranquila sin quizá.

La señora de Pérez se reservó sólo la administración directa de la planta eléctrica. Una casa central rentera producía una buena suma. Pero, por lo demás, hasta las acciones que le pertenecían en unas fábricas, hubo de enajenarlas. Quería paz para sus años de viudez atormentada.

BALANCE Los grandes propietarios de valle, unos con
DE LA complacencia por la envidia y otros con do-
FAMILIA lor por la pena, comentaban el desbarajusté

de la renombrada hacienda de la comarca, sosteniendo largas sobremesas en sus fincas. Y, con esta ocasión, los vejetes, en presencia de sus hijos, contaban la historia de los Pérez hasta el último de ellos.

En realidad, ese frondoso apellido, proveniente de distinguidas ramas españolas, se derretía en cada vez nuevos crisoles, y de don Sebastián no quedaba sino un tierno nieto afrancesado, mientras la mayoría mejor conocida de los demás miembros de familia o era Pérez por las madres o remataba el abolengo en la descendencia femenina.

Todos encomiaban el esfuerzo de José Vicente por rehacer la fortuna. Estaban lejos del peligro y siquiera de dientes para afuera consagraban un concepto a favor del malogrado vecino. Muchos habían visto, en él, el caso resurrecto del propietario noble y trabajador, como pocos pusieron sus plantas en estas tierras. Y criticaban con aspereza el avance arrollador de los nuevos ricos instalados en valiosas y antiguas haciendas, desde las que, con insoportable petulancia y hasta mala fé,

arrancaban el impulso que eleva a las esferas del privilegio. Los ricachones, producto los más de los descaltros ajenos, los portadores de nombres modernos en la circulación del boato, especulaban con la idea de que iba pasando la moda de la sangre en binomio con la fortuna. "Pocos quedan de éstos, decían, y como no miran más allá de la herencia, los bienes se fragmentarán o se diluirán en los enlaces desnivclados".

Susana había hecho de su quinta un convento de madre solitaria. Apenas tomaba la calle en su automóvil negro, por compras personales, por visitar las tumbas de los suyos o por oír misa los domingos. Siempre junto a su hijo, con él compartía las horas amargas y en él ejerció su magisterio de educadora apasionada, enseñando el idioma francés. En sus noches de insomnio, se levantaba a escribir cartas a su familia, entre sollozos y largas meditaciones. La madre, el esposo y la hermana se le habían adelantado con rumbo a las sombras eternas.

Doña Rosario Pérez, tía de José Vicente, visitaba a la viuda dos veces por semana. Eugenia hacía otro tanto. La fatídica Lola dió también en frecuentar la casa del duelo, lo que le disgustaba mucho a Manuel. Adelgazada y nostálgica, la joven madre, a instancias de Lola y Eugenia, apuraba reconstituyentes para reforzar su agotado organismo.

Juanita continuaba acompañando a su patrona y comadre. Sufrió con paciencia los arrebatos del carácter de la viuda. Las demás muchachas del servicio doméstico no resistían un mes en la quinta. De su anti-guo personal, sólo seguían siendo leales Juana, Daniel, Pedro y Sergio. Daniel administraba la fuerza eléctrica en San Felipe, con Pedro como ayudante. Sergio trabajaba

como chofer del único carro de la patrona. Muy pocos empleados de la hacienda se conformaron con acompañar al arrendatario. Los demás tomaron diverso destino.

Eugenia tenía más de un pretendiente. Pero, de todos, mayor importancia daba al hijo de un Ministro. A la vuelta de poco, se efectuó el cambio de aros y, días más tarde, contrajo matrimonio. Los desposados fueron a pasar la luna de miel en una bella ciudad europea, nombrado él Primer Secretario de la Legación.

Manuel se graduó de abogado y se concretó a hurgar situaciones en la política. Se apartó de las preocupaciones agrícolas, tomándolas únicamente como motivo de descanso de fin de semana.



LOLA La amistad entre Lola y la viuda se estrechaba
Y LA con rapidez ante las protestas ocasionales de
VIUDA Manuel, quien precipitó el enlace de Eugenia

cuyos pasos seguía, desconfiando de las andanzas con Lola.

Por medio de Lola, Susana hizose de superficiales relaciones amistosas con chiquillas cuyos enamorados solían ir a esperarlas cerca de la quinta "Teresa". Enamorados y amigos fueron luego conocidos de la viuda, y entraban a la casa a charlar de asuntos triviales que le sentaban muy bien a la joven señora, con quien nadie se atrevía, empero, a confidenciar interesadamente, por mucho que Lola, de buena gana, planeaba visitas de secreta intención.

Susana acariciaba su plan propio, largamente meditado. Y no se ofrecía sino a honestas reuniones que, para ella, eran de carácter ante todo curativo. No faltó, sin embargo, entre los jóvenes del círculo de Lola, quien, por interés, por amor o por ambas cosas al mismo tiempo, dióselas luego por cultivar una amistad, preludio de alguna supuesta culminación muy comprensible. Mas, la viuda evitaba todo en aras de su proyecto personal. La ausencia de Eugenia le afectó mucho. Lola aprovechaba ésto en favor de un amigo de su novio.

Juana, advertida, daba aviso a Manuel del curso de aquella amistad. Una tarde, mientras la viuda, su amigo, Lola y su novio se encontraban en la quinta, entró aquel, furioso. Llamó la atención de la señora a ciertas murmuraciones del barrio. Las amistades se despidieron rechazando la actitud de Manuel, quien, una vez a solas con Susana, trazó el más completo cuadro del ambiente familiar de los que él llamaba intrusos. Y, en queriendo gobernar a una viuda joven y bella, desconocedora de los regateos sociales en boga por lo mismo que era afuerreña, lo que consiguió fue aumentar la amargura de la casa. Que, por lo demás, Susana llevaba avante su capricho de mujer experimentada.

Las amistades volvían, a invitación de Susana, cuya soledad ansiaba salpicada de esparcimientos, mientras le sea posible realizar su mejor sueño de viuda y madre.

Lola era también una mujer de experiencia y muy ambiciosa. Su hermano, un oficial de infantería, estaba divorciándose. Ella comenzó a especular ya no con el amigo de su Miguel, sino con el futuro de su hermano. A la siguiente invitación fue con él y lo presentó como soltero. La refinada educación de la señora entendía

Lola cual un desahogo de simpatía rebuscadora de cierto compañerismo o cosa así. Y para mejor llevar su llamante plan, la intrusa enredó en chismes a la modesta Juanita, cuyos amores con Sergio no se habían detenido. La señaló como el correo de Manuel, hasta retirar la confianza que en ella depositó Susana desde el compadrazgo y durante toda su permanencia en el país del que fue su esposo.

A la cita para una misa, Jola estuvo primero en la quinta. Susana se arreglaba con un vestido de terciopelo negro y las joyas más apropiadas para la ocasión. Los zarcillos que se quitó de las orejas los puso sobre el velador, y después se trasladaba de un lugar a otro, dando órdenes a las muchachas, en tanto Lola poníale un nuevo terno, también negro, al niño Pérez.

De regreso de la misa, la viuda se despojaba de su traje de calle y, al punto, se dió cuenta de la falta de sus zarcillos que dejó sobre el velador.

—A la muchacha ordenaste que guarde tus zarcillos? preguntó Lola.

Es lo que me propongo averiguar. No recuerdo haber ordenado algo al respecto.

Lola salió por Juana con dirección a la cocina.

—Te llama la patrona!

Sin disimular la antipatía que Juana acumulaba en sí contra Lola, atendió al llamado. Detrás y con un minuto de diferencia entró Lola al dormitorio de la viuda.

—Juana, no guardaste tú mis zarcillos que puse en el velador?

—No, patronita. No tengo las llaves de estas piczas. Ud. sabe muy bien.

Creyéndose un poco trascordada, Susana revisó los cajones del velador, la cartera y los bolsillos.

—Susana, yo vi que los dejaste en este sitio.

Juana, sin abandonar su sorpresa, se limitó a manifestar que los zarcillos deben estar por ahí y que hay que buscarlos con calma.

Como no encontrara dicha pertenencia, la viuda sospechó de sus muchachas. Juanita continuaba tranquila en sus quehaceres de cocina. Pero el caso se agravó cuando la señora pidió las llaves del cuarto de la buena sirvienta y comadre.

—Si duda de mí, patronita, en este momento me voy!

—No, hija, no estoy dudando de ti. A veces, por olvido o inconscientemente. . . .

—No será mejor que venga la policía?, opinó Lola.

Juana se puso a llorar. Su hijo, que jugaba en el corredor, se acercó a ella y, abrazando la falda de su madre y hundiendo ahí la cabecita, también lloraba.

—Patrona, busque de nuevo. Ud. se ha vuelto olvidadiza y parece que no me conoce todavía. A mí, por mi honradez, alma bendita doña Teresa. . . .

—Bueno, bueno, ya basta! Que se pierda eso!, exclamó Susana tirando hacia un rincón la linterna eléctrica portátil, que fue a caer en un catre.

—Cómo vas a dejar así el asunto, Susana! Hoy ha sido con eso, mañana será con otras cosas de mayor valor. . . .

Susana no dió eco a las palabras de su amiga. Se arrepintió de la inculpación. Llamó a las muchachas menores. Comprendió que estaba haciendo un papel imprudente, y decidió volver a buscar más tarde el objeto perdido.

Lola también estaba arrepentida. Regresó a la cocina y, haciendo como que le pide disculpas a Juana, gritó:

—Aquí están los zarcillos!

Y los retiró de un tablero de la despensa.

—Ya ve! El rato que la patrona vino a dar órdenes para el almuerzo ha de haber dejado aquí. . . .

—Antes de que la niña vuelva de misa nada no había en ese puesto, intervino la menor de las muchachas.

Susana se acercó tranquila a Lola.

—Dónde estaban?

—Aquí, contestó Lola.

Se levantó un murmullo de decididas y certeras acusaciones entre las chicas de servicio, enredando en él a la visitante.

—Suficiente ya!, gruñó la patrona.

Sentada en la cama, la viuda desnudaba sus bien formadas piernas para cambiarse de medias. Lola no cesaba de enderezar unos consejos que no iban sino a sembrar la desconfianza en Juanita. La señora reflexionaba y sólo hacía señales de admisión con la cabeza.

Juana, chola inteligente y muy honrada, alcanzó a comprender el drama total desde que Lola no disimulaba sus anhelos de operar con libertad. Hizo sus maletas. Conversó con Sergio, mientras la viuda almorzaba con su hijo y su amiga. Y, sin despedirse, se largó.

Sergio corrió tras ella y le invitó a meditar un poco más en el procedimiento.

—Harías mejor, Juanita, dijo él, si fueras avisando a la patrona y mostrando lo que llevas en tus maletas.

—Ciertol!, contestó ella, emprendiendo en el regreso hasta el hall.

Sentada en la grada, con las maletas a un lado y su hijo al otro, la pobre mujer esperaba que su patrona y comadre termine de almorzar. Sergio también, en el garage, ponía en orden las herramientas y los repuestos del automóvil, firme en su resolución de abandonar la quinta.

Durante el almuerzo, Lola charlaba con Susana acerca de su hermano y de las indelicadezas de las muchachas domésticas. Susana parecía no atenderle, cavilando en cómo pudo ser lo de los zarcillos. Descartó la posibilidad de un intento de robo, dado que Lola encontró la joya en un lugar visible. Al fin aceptó eso como un acto inconsciente de ella misma, que su amiga quería explotar a su manera.

—Patronita, entró diciendo la chica que servía en la mesa, Juana se va. Afuera está con las maletas.

—Otro contratiempo, Dios mío! Dile que venga acá!

—Patrona, moléstese en revisar mis maletas. Le agradezco mucho por sus finezas, manifestó la mujer herida en su honra y llevando el pañuelo a los ojos.

—Vé, Juanita, por favor. Así hubiese sido verdad, bien perdonada estarías. Yo te debo muchos servicios. No me hagas sufrir. Vuélvete a tu cuarto.

—Sabrá que estoy un poco mal de salud y no puedo trabajar más.

Lola, adelantando con su plan, trató de rebuscar en las maletas de la infeliz mujer.

—No vaya a creer algo, señorita Lola, advirtió Juana. Los aretes de oro que tengo aquí no son robados. . . .

—Patrona, disculpe, interrumpió Sergio. Todo queda en perfecto orden. Tiene algo que decir?

—Hasta qué hora vas a estar en la calle? Yo quisiera ir hoy a dar una vuelta por San Felipe.

—Señora, estoy comprometido para servir en otra parte.

—Qué dices? Acaso yo no tengo derecho a exigirte según el Código de Trabajo?

—Ud. está equivocada, patrona. No porque somos de aquí y recibimos un sueldo de Ud. hemos de aguantar graves sospechas contra nuestra honradez.

—Juana! Tú te quedas. Sergio puede irse!

—No llevo nada, señora. Adiós!

La mujercita terminó de hablar y puso las maletas al hombro. Un desconcierto integral se observaba en la casa. Susana dejó de hablar. Lola se despidió ofreciendo traer un nuevo chofer y otra muchacha.

Sergio y su compañera fueron a dejar las maletas en una pieza de pensión, donde durmieron. Y, a la mañana siguiente, tomaron un autobús del tránsito a San Felipe, con el objeto de entrevistarse con Daniel.

Juana expuso llorosa que Sergio le había dado su palabra de honor y que ambos esperaban un gesto de solidaridad de parte de Daniel por lo ocurrido en la quinta.

Por la noche, Lola llevó a su chofer y a su cocinera a casa de Susana. Y del destruido hogar de su hermano sacó el elemento de remplazo.



COMEDIMIENTOS
Y
CARACTERES

La viuda de Pérez sentía hondamente la separación de Juana. Con el nuevo chofer fue a San Felipe, a visitar la oficina de Daniel. El despacho del control de luz y fuerza estaba cerrado. Unos moradores del lugar, que habían ido por hacer abonos, participaron a la señora su sorpresa, pues el cobrador nunca se atrasó a cumplir sus obligaciones. Todos se expresaron en muy favorables términos para el joven ex-socialista.

Daniel apareció por una esquina de la plaza. Venía encaminando a su hermana y a su presunto cuñado, quienes regresaban a la ciudad una vez resuelto que, rendidas las cuentas, él también se marcharía con Pedro.

El joven empleado saludó con todo respeto a la viuda. Esta contestó muy cariñosa y zalamera. Sabía del temperamento de Daniel y conocía a fondo a quien, gracias al tino y don de gentes de su marido, de peligroso marxista y agitador político, se lo transformó en un hombre fiel, servidor de los intereses del patrón, haciendo triunfar en su conducta el principio de la lealtad al trabajo y al capital, al trabajador y al capitalista, lejos de las sugerencias unilaterales de los ricos y los pobres.

Daniel esperó que hable la patrona. Abrió la puerta de la oficina. El escritorio casi vacío, los papeles en riguroso orden y, en un ángulo de la pizarra, cerca de la máquina de escribir, un poco de ropa recién lavada, junto a una maleta de viaje, era todo lo que Susana observó.

El empleado que, por servir a su causa política, dejó de estudiar y que, por servir después a un patrón, se separó del partido, ofreció una silla a la señora, atendió a

los clientes con serenidad y esperó librar la inesperada batalla de la decencia.

—Daniel, comenzó Susana, vengo en pos de tu ayuda. Tú recuerdas cuán gratos hemos sido nosotros con tu familia. Como hermano que eres de Juanita, mi madre, te suplico le hagas entrar en razón. Por un pequeño disparate, surgido en instantes de confusión, abandonó la quinta en compañía de Sergio.

—¿Qué quiere que haga, señora?

—Que hagas regresar a Juana.

—Señora, no puedo inmiscuirme en cuestiones de ella. Es una mujer completa y sabe responder de sus actos. Además, Sergio me gusta.

Sacó unos cuadernos y unos legajos de recibos en blanco de un cajón del escritorio, y continuó.

—Ha venido a tiempo, señora Susana. Vea quien se haga cargo de la oficina. Ya no deseo seguir aquí.

—Por qué, Danielito?

—Cada uno tiene su por qué. El dinero está completo y estos son los comprobantes. Deduzca Ud. lo que me corresponde por la comisión.

—No he venido a ésto, Daniel. No sea violento.

—Dije, señora, que Ud. ha venido a tiempo. Mi resolución es irrevocable.

—Buenos días, señora Susanita, entró saludando la mujer de Daniel con una niña al lado.

—Cómo estás? Buenos días.

—Daniel, a las doce dicen que sale el siguiente bus a la capital. Me adelanto con la guagua?

—Sí. Yo iré por la tarde.

—Demasiado se precipitan Uds., manifestó la viuda.

—Como a nosotros nos parece que debemos proceder,

señora. Ud. y mi estimado patrón han tenido suerte para seleccionar colaboradores. Pero, muerto él, creo que a Ud. le falta algo para saber escoger amistades. Damos paso a sus amistades y nos interesa salvar nuestra dignidad de humildes y nuestro honor de pobres. Cuente su dinero, señora.

—Y qué hago yo? A quién dejo en la oficina?

—Al primero que cruce por la plaza. Todos aquí son honrados. Todos recuerdan con afecto a su benefactor don José Vicente.

El oficinista iba entregando los valores y chequeando los comprobantes, así como los materiales de luz. Luego metió la ropa blanca en el maletín, se puso la corbata y extendió la mano a la viuda, despidiéndose.

Susana reprimió sus sentimientos. Puso el dinero en la cartera y, echando llave a la puerta de la oficina, fue a casa del cura, a pedir un candidato para reemplazar a Daniel. El sacerdote expresó su pesar por la salida del joven, de quien no hizo más reparo que el que vivía fuera del matrimonio. Se resolvió el problema. La viuda retornó a la ciudad.

Sergio y Juana, de regreso de San Felipe, fueron vistos por Manuel en la estación de ómnibus. Manuel se acercó a preguntar por los detalles del incidente. Estaba ya al tanto de todo. Y, una vez en la casa, contó a sus padres lo acaecido. Los viejos dispusieron llamar a comer esa noche a Susana.

Después de la comida, se presentó Manuel. Los viejos aconsejaban a la viuda como a una chiquilla inexperta. Manuel escuchaba silencioso hasta cuando juzgó oportuno intervenir.

—Esa mujer, dijo él, refiriéndose a Lola, es una

cualquiera. Quién sabe si el apellido que lleva es legítimo. De haberse educado en compañía de buena gente hizo plataforma para conseguir las amistades que explota ahora. Con esa cara de judía o de gitana, parece que a nadie hace un mal. Y el hermano, un triste oficialito que obtuvo gangas con motivo de la revolución y que se ha arrepentido de haberse casado con una cholita sebosa, hoy envuelta en sedas. . . .

—Lola no es sino una amiga, una amiga que comprende mis dolores y necesidades y que me ayuda en lo que puede. Yo, por seguir el plan de vida de mi José Vicente, me encerré en la hacienda desde que llegué a este país. El mismo huía, al principio, hasta de la familia. Y aquí no he podido conocer sino a muy pocas personas. Qué más debo hacer en estas circunstancias?

Todos callaron. El viejo salió refunfuñando. Doña Rosario insistió en que conviene amoldarse a las costumbres que ella señalaba. Manuel se sentó a comer. Y con la decisión de no tratar más sobre el tema, preguntó a su madre si ha recibido carta de Eugenia. Susana se despidió diciendo que estaba resuelta a vender las propiedades y que cada día se convencía más de que debía regresar a su tierra, para educar allá a su hijo.

En la sala de la quinta, Lola y su hermano jugaban con naipes. Susana no conversó con ellos nada de lo que venía haciendo. Charlaron sobre el nuevo personal de servicio. El hermano de Lola decía que tiene amigos de influencia en el Poder Judicial, para seguir de cerca el pleito de aguas.

-Yo quiero olvidarme de éso, replicó Susana.

Lola pidió permiso para ausentarse, alegando que unas amigas le esperaban en su casa. Quedó el oficial

hablando de trámites judiciales, de su actuación en el movimiento revolucionario, de un pacto de militares para sostener a la Dictadura y, en fin, de todo cuanto concurría a movilizar el plan concebido por Lola en derredor de la pareja.

La viuda, conservando su pose medio galante, medio orgullosa, hablaba con parquedad y cierta gracia.

Después, ella quedó sola, a llorar como siempre. En la calle, un grupo de niños producía una manifestación "relámpago" contra el Dictador, siguiendo el ejemplo de los ciudadanos. Por radio se transmitían noticias relativas a nuevas prisiones de elementos opositores. En onda corta pescó luego el triste comentario del retorno de la Europa Central a la etapa del agro, pues su industria superior estaba siendo desmantelada y transportada a la estepa o a la campiña de los vencedores. Un sopor de pseudo-paz invadía los negros ámbitos del planeta más cargado aún de amenazas, peligros e incertidumbre. Tal era la victoria del mundo. Y tal el horizonte que Susana, con el concurso de la noticia, advertía para sí, los suyos y los otros.

DE VUELTA A LA TIGRERA Sergio, Juana y sus hermanos se domiciliaron en el barrio obrero. Daniel y Pedro no conseguían trabajo. Sergio fue admitido como chofer de la más grande fábrica del sector industrial.

Los que fueron compañeros del joven ex-socialista le recriminaban a éste por desertor de las filas y se alegraban de que haya coschado aquella recompensa a sus errores.

La labor socialista estaba intensificándose en los sindicatos y en los barrios, ante la proximidad de la reunión de la Asamblea Nacional, de credo reaccionario en su mayoría. El Partido Liberal hallábase arreglando los cuadros de sus adeptos.

Entre las varias comisiones izquierdistas, officiosamente se introdujo Daniel, a pesar de que malos camaradas, por el hecho de que se prestó a servir al industrial y ex-Ministro Pérez, le arrebataron el carnet de la afiliación. Los de abajo, empero, seguían considerando al joven Garcés como un luchador lleno de fe y de experiencia.

Por esos días, la Corte Suprema debía pronunciarse con respecto a las elecciones de convencionales, para extender los respectivos nombramientos. Ya se conocía el

resultado general de los comicios y sólo se esperaba la confirmación por parte de la Corte.

El Socialismo, única fuerza que expresaba su repudio al avance conservador, dirigió una solicitud al Poder Judicial, clamando por la nulidad de los sufragios en los que no intervino sino una minoría ciudadana, alentada por el Partido Azul y el gobierno. Tras esa solicitud se movía una comisión de izquierdistas a la que se sumó Daniel.

En la Corte se empató la moción de si ella era competente para conocer la queja del Socialismo. El empate produjo sorpresa y alarma en la enorme concurrencia, dado que existía un predominio de elementos conservadores entre los Ministros. El augusto Tribunal no acertaba a salir del desempate.

A la voz de un álguien, quien desde la barra gritó que se repita la votación para ver si uno se voltea, reaccionaron los conservadores y, sin más estudio, de largo pasaron a rechazar la solicitud del Socialismo con doce votos contra cuatro. Las elecciones de diputados estaban legalizadas. Eran ya los tres poderes del Estado los que, desde aquel instante, se confabularon para abrir la etapa del retorno de los curuchupas. No quedaban, al margen de la garra, sino la prensa y la calle. El ejército secundaba al régimen.

Las perdidas andanzas no le daban a Daniel para comer. Su mujer y su hija vivían pendientes del pan que traería él para aplacar el hambre. Una tarde se dedicó a recoger esquelas de recomendación para alcanzar un puesto de control en una fábrica textil de segundo orden. Le valió mucho la ayuda de Manuel, primo del difunto Pérez.

En sus conferencias con los antiguos agitadores, Daniel discutía con moderación. "Vendido", le decían sus ex-comaradas de la extrema. "Tonto desertor", repetían sus compañeros de célula, y agregaban porfiadamente: "A causa de los que como tú adulan a los patronos y abandonan la línea por soldadas que cuestan el honor y la salud, nuestro triunfo se aplaza".

Daniel criticaba, a su vez, la perjudicial manía que de las generalizaciones vagas usaban los izquierdistas. "No todos los patronos son malos y perversos, decía. El mío fue un modelo de servidor público, el azote de los hacendados avaros y retrógados, un ejemplo de trabajador capitalista, para estos tiempos de las transacciones entre el dinero y la ruindad".

En discusiones acaloradas, que conservaban la virtud de no fomentar graves distanciamientos, acaso porque los vínculos de unión eran fuertes en esta clase de hombres que sufrían la misma vida y aguantaban los mismos problemas políticos, iban las tardes obreras, llenando de humo de cigarrillo barato y de licor penetrante los sitios de holganza del barrio. Pero Daniel no dejaba de ser el hombre perspicaz y moderado, quizá por la carga de la familia, tal vez porque también sufrió decepciones en su agenciado político. Dentro de la oficina era muy correcto. Su patrón le estimaba mucho, aunque para los trabajadores copados por la propaganda izquierdista, no era sino una figura de adulaciones y hasta un espía, desde que el dueño de la fábrica intentó reorganizar el Comité de Empresa, poniendo a él como jefe apropiado, para amortiguar los reclamos que se sucedían con visos de agitación y trastorno.

Menospreciado por los intelectuales que antes lucha-

ron junto a él, soportaba con paciencia las sátiras impertinentes de los desharrapados y latosos convenidos del ideal. Y, sin que nadie le comprenda, cerraba a sus horas la oficina, charlaba en plena confianza con su patrón y se marchaba luego, apresurando el paso, a abrazar a su hijita y a morder el pan amargo del hogar, en compañía de su mujer.

Juana convivía libremente con Sergio. Tampoco llegó a casarse; pero su familia ya tenía lo estrictamente necesario para subsistir. Ella lavaba la ropa de empleados públicos y así remendaba el presupuesto, feliz con el amor de su compañero.

En las citas familiares que, en días feriados, tenían lugar en casa de Daniel o en la de Sergio, todos comentaban las debilidades de doña Susana viuda de Pérez. Y acentuaban el rumor de que el intruso oficial, hermano de Lola, se divorció con el fin de legalizar su mando en la riqueza de la señora. Por la carretera le veían, en efecto, ir manejando el automóvil de la francesita, rumbo a San Felipe.



EN POS Lola llegó a saber del rencor de Manuel hacia
D E L ella.

ASALTO --No me asusta, dijo Lola. No me asusta ni me
coge de nuevo la mala voluntad que Manuel
me demuestra. El es un farsante, un pretencioso. . . .
Además, si sé la tragedia final del brujo. Si sigue fastidiándonos. . . . que se cuide!

—Qué dices?, preguntó Susana.

—Mira! Tus parientes ni te ayudan ni te consuelan. Pero te vigilan hasta en tus amistades. Manuel ha estado ayer en "La Esperanza" y ha dicho al arrendatario y a los indios que no deben hacernos caso. Ha asegurado que las propiedades quedarán con él y que tú irás a Francia. Es verdad?

—No se me ha ocurrido hablar a firme de esto particular con nadie. Yo sé lo que hago. Seguramente es un simple decir.

—No te confíes, Susana. Has olvidado lo que hicieron los parientes de tu esposo con los bienes de don Sebastián? Cómo ellos no se acordaron de tu marido viéndole regresar de Europa huérfano y sin recursos?

—Conmigo no sucederá eso. Sí lo recuerdo.

—Lo que debes hacer es vender las propiedades del valle y comprar una y buena en distinta zona, donde no haya que pelear con los vecinos y donde no se entrometan los señoritos de tu parentela. Yo voy a averiguar qué haciendas están en venta.

—No desearía desprenderme por completo de esas hermosas propiedades. Te agradezco por la sugestión. Si bien es verdad que la demanda del agua dará mucho qué hacer, modificando el sistema de pastos para asegurar el engorde de ganado en verano, desaparecerá el problema. En el resto del año, hay agua en abundancia.

—Y Jurado? Y los enemigos tuyos y los que lo fueron de tu marido, que no cesarán de molestarte?

Susana hizo un gesto despreciativo y alzó los hombros.

—Gozas de tu juventud, Susanita. No ha de faltar tiempo para que vayas a Europa, a educar a tu hijo. Allá, por ahora, la gente se muere de hambre. Allá no

vale el tener dinero. No has leído que todas las naciones están limosnando para alimentar a tantos pueblos en desgracia? Por qué escoger un mal escenario de la tierra y con la premura más inútil?

—Que Dios resuelva sobre mi destino, hija. No me considero del todo desgraciada ni vencida por el infortunio. Sólo con mi Sebastián me siento dichosa.

—Qué te parece mi hermano? Es él una ayuda en tus ocupaciones e intereses?

—César es un buen muchacho. Me respeta y, siempre que tiene tiempo libre en el cuartel, viene a verme y a conversar sobre lo que hay que hacer. No debió divorciarse. Pobre chica la que fue su mujer!

—Es una desgraciada. Es una infeliz que le engañó a mi hermano. Se casó sin el gusto de mi familia, invocando sus propios deslices. Qué más quiere ella? César le dejó sin hijos.

—Fatalidades de la vida. . . . Vamos al cinco, Lolita?

—Encantada! Pero, dime, quién te contó del matrimonio y divorcio de César? Tal vez Manuel?

—Abandonemos el asunto.

Entre la pertinaz ambición de Lola y la seriedad de Susana, las especulaciones pugnaban por progresar. Mientras tanto, en el vecindario decían de unas supuestas inconsecuencias de la viuda, lo que tampoco Manuel tardó en sospechar.

A la casa de doña Rosario concurrían todos los miembros de la familia, varios de los cuales, por las acusaciones que José Vicente hizo un tiempo, no habían siquiera llegado a tratarle a Susana, menos a hablar con quien fue extraño y enérgico mantenedor de un apellido.

Y allí se cernían las críticas contra la viuda, las advertencias de explicables peligros para la fortuna y los empeños de abrir un cauce definitivo para la situación.

Manuel era el eje de las especulaciones del bando interno. Su opinión aceptábase como la más autorizada. Fue el primo que mejor se llevó con José Vicente y conocía el estado de los bienes del tierno heredero. Pero, clausuradas las juntas de familia, él sólo ponía en marcha su propio plan. Escribió a Jorge, hermano de la viuda, insinuando un viaje a América como mejor medio de sacar triunfantes sus proyectos.

Por su parte, Susana también escribía a sus hermanos acerca de su resolución de regresar a su tierra con su hijo, y de los varios propósitos concebidos con respecto a los bienes raíces. Ellos se contentaban con manifestar su desco de verle y, en cuanto a la fortuna, no emitían ideas ni le contradecían, sabiendo que desde niña era muy caprichosa y amiga de salir con la suya. Bien recordaban, además, que sólo José Vicente, antes y después del matrimonio, pudo gobernarle sin mayores dificultades.

Pero en cuanto Jorge recibió las cartas de Manuel, las comunicaciones que llegaban para Susana traían insistentes llamamientos y suaves consejos.

Manuel visitaba muy de tarde en tarde a Susana. Nada decía de Lola ni de César. Jugaba con el niño Sebastián y le hacía pasear por todas partes. Ella suspendió las idas a casa de doña Rosario, las concurrencias al cine con Lola y las largas entrevistas con César. Parsimoniosa y cortés, tertuliaba amigablemente con todos sin brindar intimidad a nadie.

El chofer y las muchachas, controlados por Lola, es-

taban siempre atentos a lo que decía u opinaba Manuel, para comunicar a la señorita diabólicamente enamorada de Susana. Los sirvientes debían participarle de todas las visitas y hasta de las cartas que la viuda recibía.

A decir verdad, Susana interpretaba el mínimo paso que daba Lola. Y, haciendo uso de fina inteligencia, no le disgustaba ni le complacía por entero. César era para ella un amigo comedido, un pretendiente equívocado, por sobre ser un charlatán con estrellas de oficial romántico y presuntuoso, medio producto de alguna academia y producto, la otra mitad, de las trastadas políticas. A la señora no le importaban los dimes y directes calumniosos de los vecinos ni le atemorizaba el porvenir. Ducña de sí, altiva y decentemente jovial, sólo ella sabía a dónde iba.



SERVIDUMBRE Las muchachas que Lola entregó a Susana para el servicio, no inspiraban

DELINCUENTE ninguna confianza. Dedicadas al chisme de barrio, a las riñas con los sirvientes de los vecinos, a las sustracciones en las compras y al robo de objetos valiosos, todas ellas estaban agotando la paciencia de la señora. Sucias y desordenadas, las mujercitas de la cocina repugnaban aun al niño cuyo cuidado reclamando estaba siempre las intervenciones personales de la viuda. Seres sin educación, pronunciaban palabras soeces en presencia de la patrona, y recibían a sus anchas y de acuerdo con sus apetitos a los enamorados sustentadores del hampa. Y si Susana despedía a una o

amonestaba a otra, ahí llovían las boletas de la Comisaría del Trabajo y los requerimientos del deshaucio legal.

Para cambiar de lavandera o para reemplazar a alguna otra mala sirviente, por desgracia estaba lista también Lola, quien disponía de esas personas y de esos cargos como fichas en obediencia de un porfiado plan.

En la caja de la fuerza eléctrica de San Felipe las cuentas andaban oscuras. Y el pueblo no se mostraba satisfecho de las atenciones del oficinista, un ex-sacristán de la parroquia, oficioso espía del Conservatismo.

Y en la casa rentera que Susana compró en el centro de la ciudad, Lola había ido a provocar inquietudes con su comedida altanería y sus grotescas observaciones a los inquilinos correctos. Estos iban a y venían de la quinta, presentando sus quejas y amenazando a la viuda con la ley de la materia.

Cansada de soportar tanto desbarajuste, Susana llamó a Manuel de urgencia, suplicante y contristada.

Manuel tenía recelo de hacer visitas a la señora, dado que Lola lanzó a circular la falsa especie de que él, sin contar con el cariño de Susana, obligábase a tomar un partido en el afán de financiar la riqueza del difunto.

Algunos desaprensivos miembros de la familia, en verdad, llegaron a insinuar ese camino. La viuda estaba muy joven aún y su belleza era para deslumbrar a cualquiera. No quedó sino un hijo del primer matrimonio y la idea venía sencilla y viable en el cerebro de los ambiciosos.

Pero Manuel no pensaba así. Tampoco permitiría un enlace con César, el oficialillo de salón y hermano de

su hermana. Esperaba nada más que el arribo de Jorge Datroix para sacar adelante su premeditado plan.

Después de vacilar un poco, Manuel ofreció una visita a Susana para el siguiente día. Mas, recordando luego que al siguiente día otros compromisos no le darían tiempo, sin anunciar fue a la quinta esa misma mañana.

Las puertas sin vigilancia, abiertas de par en par, hicieron que Manuel se formara ya el concepto de cómo estaba atendida la desesperada mujer y de qué clase de servidumbre había allí.

Manuel dió el silbo característico que solía poner en movimiento a los perros. Apresuradamente, César fue a ocultarse en una pieza contigua. Susana se presentó en el umbral de la puerta de la sala con su pijama de seda, sin medias y con sandalias de emergencia.

—Cómo estás, Manuelito? Disculpa, iba a tomar un baño. . . .

Manuel no se dió cuenta de que Susana ya había abierto la silenciosa puerta interior, por mirar al frente, donde, en el fondo de la cocina, prolongados besos se daban un mocetón de ropas raídas y la que parecía ser la cocinera.

—Buenos días, Susana. Mira éso!

Susana, cubriendo su pecho con la solapa de la pijama, con ceño fruncido y a través de los dos puertas del fondo, vió la pareja de enamorados que, ofreciendo las espaldas a los observadores, hacían su expansivo amor.

—Juliana!, gritó la patrona. Ya no tengo vida con esta gente! Abusa de mi soledad!

—Espera, voy a poner en orden esta casa!

Manuel aceleró el paso. El mozalbete saltó ventana

afuera, desapareciendo por la entrada principal. El indignado joven cogió del brazo a la muchacha, una morena alta, gorda, agraciada y sucia, y fue a dejarla en media calle. Las demás chicas del servicio, deteniendo la risa unas y reflejando el temor otras, se marcharon a sus puestos de trabajo.

—La mojitata ya ha de ir a la Comisaría, aconsejada por el amante, dijo Susana entrando con Manuel en la sala, después de un recorrido por los cuartos.

—Que vaya! Ahora la cosa es conmigo! No puedes enseñar corrección en tu hogar?

—No me alcanzo para estar detrás de cada muchacha.

—Patrona, le llaman al teléfono!, gangucó una chica negra y desgreñada.

Era Lola que, sabedora del intempestivo despido, garantizaba que la muchacha no se quejará ante el Comisario, a condición de que sea aceptada de nuevo en el servicio.

Susana daba las vueltas con frases vagas, temiendo que escuchase Manuel. Y, como si no fuera con Lola, hablaba de temas variados.

Manuel divisó un par de guantes de militar en el sofá. Los examinó y los dejó en el mismo sitio. Rascándose la cabeza, fue a mirar al niño que jugaba con un triciclo en el caminito del jardín adornado con esbeltos álamos. El pequeño Pérez se divertía pasando y repasando por sobre un puente de tablas, por debajo de las cuales corría un hilo de agua.

Entró Susana renegando de sus pésimos días.

—Y esta criatura qué no verá de tus inmorales empleadas!

—Que juegue el guagua. Tengo que hablar mucho contigo. Vamos a la azotea.

La azotea estaba llena de sol y de basura. Se sentaron en un poyo de cemento y sobre una alfombra vieja.

César tuvo tiempo para irse, amparado por la complicitad de la muchacha más licenciosa.

Una larga conferencia se trabó entre los dos. A veces con lágrimas, ella relataba sus penas y descalabros domésticos. Estaba ya francamente decepcionada de Lola. De César, no dijo una palabra. Contó los pormenores de su situación en lo económico y habló con desenvoltura de su proyecto de regresar a Francia, vendiendo o arrendando todas las propiedades. Propuso a Manuel que compre la planta eléctrica. El aceptó inmediatamente. Después hizo abundosos comentarios acerca de César. Evitó mencionar los guantes y reclamar por las perjudiciales visitas del oficial. Con lo mucho que se resolvió esa mañana, no había para qué hacer sufrir más a la viuda.

Regresaron a la sala. Manuel se quedó un rato pensativo y con ganas de una filípica, al constatar que los guantes habían desaparecido y que, en cambio, un botón de blusa militar, brillaba en la alfombra. Optó más bien por ofrecer un personal de servicio diestro y honrado. Pleno de un regocijo no expresable, salió invitando a Susana a tratar en casa del negocio de la planta eléctrica.

La señora pasó en busca de César con sobrada inquietud. Al no encontrarlo, fue a verles a las muchachas. Una de ellas y conforme Susana lo esperaba, dijo que el capitán se escapó en buen momento. La viuda tomó luego un baño y se vistió para ir a la calle.

El padre de Manuel no sólo admitió contento la proposición transaccional, sino que, realizando ya el plan preconcebido, se disponía a tomar él las haciendas y las casas como dueño o como arrendatario.

—Que se vaya esa mujer a su tierra! Aquí nos va a hacer quedar en mal predicamento! El valor del negocio total le enviaremos por partes. Necesito una quinta para mi Eugenia también.

—Procedamos con calma, papá: Primero la planta eléctrica. Al tiempo que ella se marche, la casa y la quinta. Y, nombrado Ud. apoderado general de "La Esperanza" y "San Sebastián" que están en arriendo, el resto vendrá como Ud. dice. Hasta tanto, llegará Jorge, quien, a todo trance, desea que su hermana vuelva a Francia.

—Y viajar con mucho dinero ha de querer! Le daremos gusto. Por lo demás, allá la familia sabrá también comportarse con el niño y nosotros le ayudaremos desde aquí como nos sea posible y en caso necesario.

Lola, después de hablar con su hermano acerca de cómo fue el suceso que afrontó Manuel en la quinta, voló donde una amiga suya, secundona del siniestro complot y, con ella, estuvo por la tarde en la residencia de la viuda. Esta se hallaba en casa de Manuel. Las muchachas, como dando una lección bien aprendida, denunciaron todo lo que hubo en la mañana hasta que salió la señora.

Las dos mujeres, viendo en Manuel un formidable obstáculo y hasta sospechando de cierto que la falsa especie, que Lola hizo propalar en desfavor de él, tuviese visos de certidumbre, se valieron de un amigo, alto fun-

cionario, para tramar en secreto un viaje largo del joven que les hacía sombra.

Cuando estaba vendida la planta eléctrica y hecha que fue la escritura, y cuando Manuel tomó posesión de la propiedad, por curiosos resortes, supo que el gobierno iba a proponerle que acepte un cargo en el exterior. Al principio creyó que, de buena fe, se originaba el proyecto. Y vino, en efecto, la proposición formal. El candidato a pasearse acaso celebrando el advenimiento del Conservatismo al Poder, pidió le dejaran pensar. Consultó a su padre. Este lo reprobó terminantemente. El viejo tenía gran olfato. Supuso y se lo manifestó a Manuel, que podían haber, en esa tan inesperada perspectiva, maniobras del militarillo de influjo oficinesco. Manuel creía que no.

AMOR Y CODICIA Susana nada dió a saber a Lola de su último negocio, menos del buen acuerdo al que ha-

bía llegado con el padre de Manuel. Sin embargo y como no era asunto de un permanente sigilo, Lola se enteró de la venta. Más tarde, poco a poco y con sistema, ya la vida en la quinta iba cayendo bajo el control del joven financista. El personal de la servidumbre fue renovado y no se escalimaban recursos para pagar los deshaucios y las multas. Sabía Manuel que todo eso estaba dentro del gran traspaso de bienes.

Lola, celosa del cambio de actitud de Susana, acompañaba a la viuda mañanas o tardes enteras. Con énfasis insistía en los ingratos recuerdos de la fortuna de don Sebastián y en las acusaciones que, de falsía y de egoísmo, enderezaba a Manuel. Por último, para darle la impresión de que era posible deshacerse de esta sombra, descubrió el plan diplomático.

Al oír de la treta, Susana abrió los ojos sorprendida y casi replicó que el viejo ya sabía de aquello y que se oponía tenazmente. Estaba, pues, en los secretos de parte y parte. De los secretos de la parentela y que dejaron de serlo, porque hubo arreglo con ella, y de los de Lola, porque, creyendo en los momentos de vacilación e incerti-

dumbre de Susana, por hacer fuerza de argumentos, la señorita se delataba.

Personalmente, a la viuda poco o nada le importaba que Manuel se vaya o no al exterior. El contrato era con el padre. Pero sí le llamaba la atención el cubilteo ferroz de Lola, no menos que el obligante amor de César.

Medio tranquila, la señora esperaba recibir la noticia del viaje de su hermano. En sus noches solitarias, construía imágenes con el dinero, producto del esfuerzo de su marido. Proyectaba comprar una finca en Francia y una casa en hermoso barrio de su ciudad natal. Allí sería dichosa y no tendría para qué regresar al país de su difunto compañero.

Con renovada frecuencia, Manuel visitaba a Susana. Otras veces, ella iba a la casa de doña Rosario. Pero, como ningún reproche hacía contra César ni tampoco enfocaba la perspectiva de él con afirmación alguna, Lola continuaba alimentando su esperanza.

—Has resuelto hacer el viaje?, preguntó Susana a Manuel.

—Papá se opone. Presumo que él tiene razón. Dice que hay gato encerrado en la propuesta. No sé hasta qué punto sea verdad. Cree que Lola. . . .

—Yo también creo, Manuel, interrumpió ella con una sonrisa.

—Ciertamente. Tú has de saber algo.

—No quiero que se diga que juego a dos caras. . . .

—Un motivo más para obedecerle a mi viejo y acompañarle siquiera en sus últimos días. Además, qué dirían nuestras relaciones! Eugenia ausente y yo ausente! Por otro lado, mis padres ya no pueden trabajar y tienen magníficos propósitos.

—Tu respuesta me alegra. Nos veremos en Europa en tiempos mejores.

—Para que esos tipos se despechen de una vez, te daré vendiendo la casa central en buen precio y con abultada ganancia. Aceptas?

—Si. Deseo poner mis haberes en un banco francés; pero hay que hacerlo poco a poco y con anticipación.

—Bien. Mañana traré al comprador. Papá desea la quinta para Eugenia.

La propiedad central era de enorme rendimiento. De modo que, bajo la asesoría de su padre, Manuel hizo venderla con cuantiosas utilidades. Estaba echada también la suerte de la quinta. Quedaba en pie el problema de las haciendas, hasta oír la opinión del hermano de Susana.

—Mira, papá, dijo Manuel en regresando de conversar con Susana. Advierto que no hay equivocación en unas conjeturas. Nadie me ha dicho nada. Pero yo también creo que esa mujer quiso tenderme una celada. No iré al exterior.

—Oyeme, hijo: que una persona, a pedido sincero del gobierno, acepte un cargo, por mucho que no lo necesite, está bien. El país se nutre de los servicios de todos. Mas, que inocentemente el gobierno caiga en enjuagues que él no tiene por qué conocerlos ni siquiera sospecharlos, es para morir de rabia. Y esta ha sido, salvando honrosas excepciones, la táctica de los palanquedores. Por deseables o por indeseables, según el criterio de gentes calculadoras y de políticos ambiciosos, se les ha mandado afuera a varios oportunistas, a costa del fisco.

—También el gobierno, en determinados períodos, se ha evitado las llamadas molestias de los figurones por

medio del presupuesto diplomático, y ha ubicado en las grandes capitales a sujetos incapaces que aquí le han sido una amenaza. Esto, cuando no llegó, como premio exagerado a la adhesión, el cargo digno de una mejor cabeza. Si de mí hubiese dependido, no habría permitido que mi cuñado. . . .

—Calla! Ese es otro caso. El chico tiene aptitudes para la carrera diplomática y pertenece a buena familia.

—Bien, bien. Por fin Susana está recobrando el juicio. Todo ha venido a sucederse como a pedir de boca. No faltaría más! El casorio con ese tipo significaría un segundo tomo del yerno de Jurado hecho a la inversa, totalmente a la inversa. Que el trabajo de mi primo sirva para gozo de él y de la ridiculez de hembra que es su hermana! Cómo nos maldeciría más tarde el hijo de José Vicente! Hemos frustrado la aptencia revolucionaria de la espada!

—A estos militarillos hay que enviarlos a colonizar las tierras baldías y a resguardar las fronteras. Ve lo que ha estado pensando el héroe aquel! Pero se aproximan los tiempos del orden y la disciplina. Tenemos que retornar a la segunda mitad del siglo anterior. . . .

—Susana es vivísima, papá. Le hace sufrir a ese individuo. Está resuelta a marcharse a Francia y omite, me imagino, el sí y el no a las pretensiones de su Lolita.

—Si Susana se ha encariñado con la vida que se lleva en una finca, tiene para adquirir allá una propiedad. No te parece?

—Estoy seguro de que así piensa. Pobre mujer! Que sea feliz en su ambiente.

Lola había descubierto la venta de la casa rentera de Susana. Sin inmutarse, pretendió convencer a la

viuda para que compre una finca. Pero, desde que entendió que Manuel seguía siendo para ella una sombra densa y firme, programó sus visitas a la viuda para los domingos por la tarde. César, en cambio, apasionado de la francesa, cuando no podía verla, le escribía cartas llenas de un amor decidido. Susana no contestaba, aunque en los encuentros con él no dejaba de ser cortés y afable. El oficial estaba confundiendo el exquisito porte que las mujeres europeas dispensan a sus relaciones de simpatía, lejos de comprometer de por vida a su corazón, con el amor correspondido y escaso de palabras decisivas. Como mujer, como madre y como viuda, ella sabía a qué atenerse en toda circunstancia, a pesar de encontrarse sola y en un medio extraño. Su misma viudez y la soledad contribuyeron a aclarar la ruta.



EPITAFIO En el cementerio del puerto principal, un
PERDIDO extranjero daba las vueltas buscando un

nombre en un pabellón de bóvedas funerarias. Todos los nichos estaban ocupados y no veía ni las iniciales de sus ansias. Cansado de revisar los epitafios, se dirigió al despacho del administrador del Campo Santo, un viejo de blanca barba y rostro pálido. Ese hombre sabía del "movimiento" de sus inermes inquilinos. El señor estaba muy atarcado, y el extranjero juzgó prudente esperar. Mas, se impacientaba al comprender, por medio de su reducido vocabulario español,

que el administrador atendía a un público diverso, entre el que unos solicitaban un nicho para ingreso, otros aseguraban nuevos plazos para sus muertos guardados en bóvedas, y los demás hacían angustiosos reclamos por haber sido enterrados en la fosa común los cadáveres de sus familiares, en razón de que no se habían hecho oportunamente los abonos por un nuevo plazo. Al fin se decidió a preguntar por el sitio a dónde habrán pasado los restos mortales de la señora Datroix. El vejete averiguó por el pabellón, el número del nicho y el día del fallecimiento. Hojeó un libro y contestó al inquisito extranjero.

—El cadáver de la señora Datroix fue llevado al cementerio de la capital, a solicitud de su hija.

Era Jorge Datroix que venía de Francia por su hermana. La señora de Pérez se olvidó de comunicar a los suyos el traslado de los despojos de su madre al mausoleo de la familia.

La viuda estaba esperando una carta de Jorge. Conocedor de la quinta de su cuñado y de la casa de Manuel, desde el campo de aviación fue directamente a la quinta "Teresa".

Un indio vestido de lienzos blancos regaba con una manguera el jardín de la entrada. Jorge hizo sonar el timbre de la puerta. El indio manifestó que la patrona no estaba. Por el chofer, el extranjero supo que la señora de Pérez, debía estar en casa de sus allegados o en la hacienda del valle. Primero fue a la residencia de Manuel.

En la mesa, doña Rosario ya había hablado del viaje de Jorge y contaba de las familias francesas que se emparentaron con casas connacionales de ella y de las que

a muy pocas conocía Susana, su invitada a almorzar aquel día.

El niño Pérez había salido hasta la puerta principal con su inseparable triciclo. Llegó su tío, quien lo reconoció al instante. En francés preguntó por su madre, tomándolo en sus brazos. La muchacha que vigilaba al menor corrió a dar aviso a Susana.

Abrazos y caricias llenos de emoción se dedicaron los dos hermanos. Para los viejos y para Manuel, el momento venía de perla. Doña Rosario ordenó los licores más finos. Y transcurrió la tarde entre las gratas recordanzas de la familia francesa y los negros recuerdos del tiempo que estaba sufriendo Susana.

Ya habían bebido mucho. Entraron en materia a iniciativa de Manuel. Susana expresó con firmeza su deseo irrenunciable de volver a Francia.

Jorge emitió su parecer de que la viuda debía enajenar las propiedades. Habló de que en su país, como consecuencia de la guerra, se encontraban en liquidación preciosos y codiciables bienes raíces.

Doña Rosario expresó su pena por el viaje de Susana y Sebastián.

—Cuánto pides por las haciendas juntas?, preguntó el viejo.

—Francamente, replicó la viuda, yo no he pensado aún bien en el precio.

Jorge aprobó la respuesta con un inclinación de la cabeza.

—De todos modos, serán tuyas esas propiedades. Baste mi palabra, agregó Susana.

—Atiende, Susanita, intervino doña Rosario. Con

el dinero procura adquirir una buena propiedad raíz en tu tierra. Así estará seguro el porvenir de tu hijo.

Dominados por los vinos, hasta la media noche continuaron en la fiesta de la bienvenida. Susana exhibía el carmín natural de sus mejillas calentadas por efecto de los licores. Los viejos, como nunca, resistieron charlando hasta esa hora.

Manuel fue a dejar en la quinta a la pareja de hermanos franceses. La viuda se entregó pronto al sueño. Manuel hizo buen uso del tiempo libre para dar a saber de Jorge el peligro que Susana estaba corriendo con el oficial. Aquello era poco aún. Refirió que la fortuna iba al garete, debido a la intromisión de una amiga que actuaba con interesados propósitos. Y siguieron bebiendo hasta cerca del amanecer. Ambos jóvenes asistían al íntimo remate de los bienes de Pérez.

Jorge durmió hasta las doce del día. Susana sintió un ligero malestar. Después del almuerzo conversaron a solas del nuevo capítulo de vida que convenía organizarlo. A las cuatro, hora en que Manuel estaba otra vez en la quinta, los tres fueron al cementerio llevando flores para depositar en las tumbas queridas. De vuelta, Manuel invitó a Jorge y Susana a un té en su casa. Entonces quedó arreglado el precio de las haciendas y de la quinta. La liquidación de la fortuna de Pérez estaba consumada.



**DIVISAS
EXTRANJERAS**

La cuenta de Susana en el banco era considerable. Había que movilizar esos fondos, sea a manera de negocios o de algún ardid propiciador de la salida del oro de un país. Las joyas se las aseguraría con diligencia para poder también sacarlas a todo trance. Para eso contábase con los influjos de Manuel y su padre, quienes tenían ya vara alta en las oficinas del Estado, donde los conservadores se adelantaban a tomar posiciones de control.

Efectivamente, el dinero fue colocado a órdenes del banco que señaló Jorge. Quedaron por recibir el valor de la quinta "Teresa" y el de la hacienda San Sebastián, fundada por José Vicente. Por "La Esperanza", el viejo pagó una suma de baratura.

Susana redujo a divisas oro en dólares y francos y a créditos saneados, los bienes de su matrimonio. Celebradas las escrituras públicas, Susana Daltroix de Pérez fue ya sólo una inquilina de la quinta "Teresa", una extranjera en permanencia turística.

A ratos, la viuda recordaba sus tiempos agradables, vividos en la hacienda junto a su marido. Pero todo aquello era quizá sólo el primer capítulo de su destino juvenil, en el que ni siquiera el amor se cumplió a plenitud.

Lola se había enfermado. Estaba en una clínica sufriendo de apendicitis. César, desde que llegó Jorge, dejó de escribir a Susana. Apenas hablaba por teléfono: La viuda seguía tratándole como a un buen amigo; pero él no dormía por pensar en ella.

La nostálgica Lola perdió sus esperanzas por completo. Le veía sufrir a su hermano, a quien su ex-esposa

le seguía los pasos con la maña de las mujeres defraudadas, que gozan con la desgracia de sus maridos infieles y que sufren con los destellos de felicidad de los mismos.

Susana recibió un anónimo que lo reconoció como enviado por esa mujer. Pero no estaba para darle importancia a la desdichada. Trazó un programa de turismo por los pintorescos lugares de la cordillera y, acompañada de Jorge, Manuel y su hijito, captaba en sus ojos azul-grises y confiaba a la lente fotográfica preciosos sitios que no los volvería a ver jamás.

Al regreso de sus andanzas, encontró a Lola en una calle central de la ciudad.

—Voy a Francia, dijo. Mi hermano ha venido a llevarme consigo. Espero cumplir tus órdenes allá.

—Que te vaya bien, Susana. Ya lo sabía.

Y siguió de largo con su bata vaporosa y su cabellera suelta.

El militar se dió modos de hablar clandestinamente con la mujer de sus sueños. La veía más guapa y hermosa que nunca. Rondaba la quinta por las noches en solicitud de una entrevista con ella. La estada de Jorge finiquitó esa molestosa serie de visitas. En el barrio cuchicheaban las pollitas sobre la conclusión de una historia, con la que se habían entretenido cada vez que observaron al oficial por aquellos contornos. Y las viejas, antes de rezar el rosario, al cerrar las ventanas, también se imaginaban contemplar al militar almidonado, pendiente de las luces de la quinta "Teresa". O se reían mirándole en el trajín auspiciador de la Dictadura y del entreguismo a los oscurantistas.

Los días volaron alegres de los calendarios de la quinta, desde que Jorge cayó en estas tierras. Las horas

se esfumaban cual minutos de intensa actividad y expansión.

Un martes frío, muy por la mañana, la viuda de Pérez, su hermano y su hijo, acompañados de Manuel y algunas amistades, se trasladaron al campo de aviación, para emprender el vuelo con destino al puerto marítimo. El viaje a Francia, por expresa decisión de ella, debía hacerse por la ruta de las olas. Y así arreglaron los pasaportes, obtenidos con carácter de privilegio diplomático.

**EL
RECURSO
SUPREMO**

Los viajeros se detuvieron algunos días en el puerto. Hasta allá les acompañó Manuel, siempre alejando toda posibilidad de que el aferrado pretendiente de la viuda se acercase a ella. Pues en el siguiente avión de aquel martes, César también hizo un vuelo hacia el mar, bajo el pretexto de cumplir una de las muchas comisiones militares que se agitaban en el período político pre-legislativo. Y se contentaba con verla de lejos para sufrir por las noches como un niño desamparado. La señora, en cambio, cuando más sintió trocarse en su alma la floja simpatía por el oficial, en una dolorosa compasión.

César se dió maneras de hacer llegar una carta a Susana.

Susana envió al hotel donde César se hospedaba una breve respuesta la víspera de la partida. Y le decía: "Ruede un poco por el mundo. Viva más. Pudiera ser que, si su bella patria no demanda su vida, rodando lejos encuentre su felicidad".

El hombre apasionado leía y releía la carta. Cambió de intenciones por el momento y prometió, dentro de su propia conciencia, ser un soldado ejemplar primero, para ir luego a vagar por tierras extranjeras, acaso por Francia, quizá por Burdeos precisamente. Tantos militares y civiles amigos del régimen estaban cobrando su apoyo en paseos por el exterior. . . .

Susana, mientras se servía un té, meditaba seriamente en el extraño caso de aquel hombre perdido en su romanticismo inoportuno. Jorge y Manuel comentaban la política interna del país y de Francia desde sus respectivos ángulos de opinión, izquierdista el uno y derechista el otro.

Amaneció el día de la partida. Jorge y un muchacho del hotel arreglaban las maletas para enviarlas al barco. La viuda observó desde su cama que un sobre se deslizaba por debajo de la puerta cerrada. Se levantó y tomó el sobre. Lo guardó en el seno y fue al baño. Allí leyó la carta y la rompió a seguidas. César solicitaba con ruegos mil, que Susana le diera el placer de despedirse personalmente o que, por lo menos, indicara la dirección con la que debería escribirle.

La señora pasó a despertar a Manuel, y apresuró los preparativos del viaje como si fuese a perder el barco. Precipitadamente se compuso y vistió a su hijo. Tomó el desayuno y, antes de que aclaré el día, estaba encaminándose hacia el muelle.

A orillas del mar y a pocos pasos de sí, mientras esperaba uno de los lanchones que transportaban pasajeros y maletas al trasatlántico, la señora divisó en la penumbra la figura de un hombre que, metido en un abrigo de playa, caía al agua desde el próximo altillo. Tres trabajadores del muelle se tiraron al mar, en el preciso instante en que pitaba el lanchón, invitando a tomar asiento a los pasajeros para dejarlos en el barco que, anclado lejos de la orilla, ofrecía apenas el aspecto de una muralla humeante y blanquecina.

Desde el lanchón, la señora vió el movimiento de las gentes hacia un lugar de la franja de arena, donde se

amontonaban los pescadores curiosos. Los pasajeros del segundo viaje llegaron al gran transporte con la noticia de que un joven del altiplano ha querido suicidarse y que fue salvado a tiempo y conducido al hospital.

Ni Jorge ni Manuel dieron importancia al caso. O le dieron en sus justos límites, si sabían de lo que se trataba. Pero Susana no podía ocultar su intranquilidad. El romance secreto amenazaba culminar en tragedia pública.

Después de todo, ella iba para no volver. Decidió, pues, acabar con su preocupación. Se posesionó de su nuevo papel de miembro de una parroquia flotante. Arregló su cabina y la de su hermano, y regresó a ofrecer a Manuel el último vino en el salón general de primera clase. Manuel correspondió atento, brindando por un viaje feliz.



SOBRE El barco daba largas pitadas. Los lanchones re-
L A S gresaban a la playa cargados de mucha gente.
OLAS Se levantó la escalera. Comenzó a moverse el

gran trasatlántico.

Desde los puentes y pasillos, los viajeros se despedían agitando sus pañuelos en medio de la policromía de vestidos femeninos. Los de los lanchones contestaban también con sus pañuelos y sombreros. Susana, de pie junto a su hijo, lánguidamente iba suspendiendo el blandir de su pañuelo en el aire, para llevarlo, por último, a los ojos. La viuda dió media vuelta, presa de honda tristeza, y se perdió entre el gentío.

Disminuyendo cada vez sus dimensiones por la lejania, el trasatlántico devolvía en sus piezas superiores los impactos dorados del sol mañanero. Y se perdía en lontananza, sobre la superficie de las pacíficas aguas, portando la fortuna de Pérez.

La playa quedó sosogada. Los trabajadores, tendidos en los muelles, permanecían a caza de otros barcos para ganarse la vida. Mercachifles con diversidad de objetos ambulaban ofreciendo productos manufacturados y comestibles típicos. Los aviones de los servicios internacionales zumbaban arriba oteando sus pistas, o navegando hacia otro destino. Barquichuelos costeros completaban su carga humilde para partir con las familias montuvas en plan de pequeñas transacciones comerciales.

Nadie conservaba la preocupación sobre el suicida frustrado. Se desvaneció el recuerdo del accidente como se apaga la emoción de una buena pesca o la voltereta momentánea de una canoa.

Manuel siguió su camino hacia el hotel, pensando en sus nuevas haciendas, en la quinta de Eugenia y en la planta eléctrica. Preparó sus maletas, y fue por el próximo avión que le devuelva a su ciudad.

Jorge, tras un corto descanso en su cabina, pasó a la contigua, la de su hermana, y fueron juntos luego al salón. Sintiendo desprenderse para siempre de la tierra de su esposo; dejando al otro lado del horizonte amistades sinceras y también resentimientos, y sin perder de vista a su hijo, sentada cerca de un ramillete de flores, Susana hablaba en francés con una vejancona compañera de viaje.

Si por una parte, Susana supo ser feliz sobre los lo-

mos de los Andes, en su mansión finquera donde más gozó del amor de su marido, por otra parte, no poco sufrió en ese paréntesis de sino, en el que hubo de llorar ausente de su familia, extranjera en país pintoresco y escabroso.

La viuda fue a mirarse un rato en el espejo cercano, que reflejaba un retazo de agua marina. Midió en líneas y luces el tiempo que había pasado por encima de sí y, dando un largo suspiro, se marchó a su apartamento. Dispuso en orden las cosas de diario menester. Mandó los pequeños baúles al depósito general, donde ya estaba el volumen mayor de su equipaje, y se mudó de ropas para darse un pasco dentro de la parroquia móvil. Era ella de nuevo una chiquilla de vaporosa indumentaria y que, en su corazón, tenía arreglado un altar de cariño para su hijito y otro para el paso de los años mozos que le sobran.

Jorge, en un luminoso rincón de la sala familiar, hacía anotaciones en su diario atrasado, suspendiendo a ratos el movimiento del lápiz, mientras recordaba interesantes aspectos de su permanencia en la patria de Pérez. Los pasajeros, casi todos latinoamericanos, observaban al escritor tomándolo como un turista en afanosa captación de las debilidades de estos jóvenes países, para presentarlas en un libro sensacional.

Días más tarde, el transporte llegaba al Canal de Panamá, de cuya travesía ni Jorge, ni Susana, ni el pequeño Sebastián perdieron detalle, bajo un atardecer rojizo arriba y azulado abajo. Y en todos los puertos, la viuda de Pérez adquiría vistas panorámicas y cuadros de costumbres, para exornar alguna sala de estancia fran-

cesa, urbana o rural, armonizando con las obras de arte que hermoseaban su casita andina.

Bajo el humo de los barcos y en medio del intenso movimiento de los muelles, apartando los oídos de las sirenas, la viuda gustaba de botarse a las ciudades; siempre en compañía de su hijo y de su hermano, a saciar su observación en los almacenes y parques, comprando motivos de recuerdo de la latitud o recorriendo las avenidas en automóvil hasta que sea hora de regresar al buque.

El hermoso e imponente trasatlántico, después de tocar en los principales puertos antillanos, tomó rumbo directo a Europa.

Susana, acostada en su lecho de viudez navegante, leía los periódicos de tierra y registraba en los boletines las noticias captadas a bordo. Prefería las informaciones procedentes de Francia y Ecuador. No bailaba en los momentos de solaz que se daban los otros pasajeros para celebrar sus nuevas amistades. O, si lo hacía, era para complacer a su hermano. No concurría a la cantina sino muy de vez en vez, en unión de Jorge. Se encantaba leyendo, en la biblioteca, novelas del trópico, revistas y periódicos, cuando no iba a distraerse con su hijo en las pistas de juego y demás sitios de esparcimiento tranquilo. A ratos escuchaba programas noticiosos de las emisoras francesas y americanas. Pero solía acostarse temprano, para madrugar a disfrutar de los grises y frescos amaneceres, hasta la radiosa aparición del sol. Y en las noches de luna, conversando al aire libre con su hermano y las familias cuya amistad le brindaban, agitaba su memoria para comentar las más salientes características del país en donde vivió. No ocultaba su condición de mujer viuda de un extranjero de fortuna ni la

de hija huérfana, que volvía al hogar paterno en plan de un cómodo futuro, aunque todas estas sinceras referencias desagradaban a Jorge, ansioso él de incorporar a la joven madre al goce completo de la segunda juventud.

En tanto su hermano amenizaba su condición de viajero y escritor juntamente con una chica española, hija de un viejo perczoso y gruñón, ella compartía aislados momentos expansivos con un joven belga, cuya amistad le era agradable para charlar y divertir al niño en los juegos flotantes, o para alternar sus ratos de viuda joven, rica y aburrida.



**LA VUELTA
DE LOS
DESCANSADOS**

Las noticias que Susana escuchaba por radio y las que se insertaban en el periódico del barco configuraban una caó-

tica situación del mundo. Por diversas partes, si los industriales, los obreros o los estudiantes no se declaraban en huelga, se producían autoritarios cuartelazos y se perseguía con crueldad a los opositores. Y en ciertos países, los descansados subían a mandar, mientras los caídos iban a las cárceles, a sus casas o al destierro, cuando no morían en las trastadas militares y civiles.

Los partidos, en su trajín propiciador del Poder, se esforzaban por interpretar su tiempo y por congraciarse con las masas. En la meseta de Pérez, los matices de derecha, haciendo coro al Conservatismo de vanguardia actual, habían consagrado el gobierno unilateral que, des-

de un principio, minó la consistencia de los demás grupos políticos organizados y los destrozó al empuje de la siniestra voluntad caudillista que se alimentaba en los espíritus retardatarios. Y más al Sur, la cabeza de un Villarroel con estrellas en el hombro, quedó, para siempre, en la picota, significando el castigo, en medio de la furia popular con la que maestros mal pagados, estudiantes perseguidos y obreros explotados abrieron el camino de sus tesis reivindicadoras.

Sin admitir la lección, empero, César y los suyos, en la parcela volcánica de los Pérez, de acuerdo con los diputados conservadores que, por su propia boca, apenas representaban a las tumbas o eran las tumbas mismas, se dieron por decreto un sabroso salario familiar, sin extender la gracia ni a la tropa ni a los obreros, cuya legislación vino siendo constantemente amenazada por el poder de cuatro familias privilegiadas. Y, en favor de éstas se alzaban, oh sarcasmo!, las bayonetas, y tronaban los tanques negociados antes en nombre de la defensa continental, para detener la insurgencia de las fuerzas contrarias a la Democracia!

Gabriel Jurado, un caído de anteriores regímenes, enfilándose en los grupos derechistas, explotaba ya las del "honorable", a través de las tortuosas actitudes y remilgaduras de su yerno de vitrina. Así, peleando entre torcos y zorrastrones, consiguió secar "La Esperanza" y martirizar con la sed a San Felipe. Por algo ha debido "luchar" en las trastiendas a favor de los privilegios que, para los de su clase acomodada, fueron consignados en la nueva Carta Fundamental, a espaldas de los partidos políticos democráticos y progresistas. Por algo, además, el rancio sector de terratenientes impuso ya un Vicepre-

sidente de la República que olfatée, murmure y dé aviso de los descuidos y contradicciones de Su Excelencia el Primer Magistrado. Todo marchaba como sobre rieles para que el Partido Conservador emprenda en el paso final y decisivo de la captación del Poder. Entonces, pues, qué mejor que retrotraer todas las tesis de las tierras y del agua hacia un medioevo de islote en el tiempo presente?

Y eso no embargante, por las vías subterráneas y aun por la superficie, los conservadores, unidos en la defensa de sus intereses y dispersos en el enjuiciamiento del régimen, querían otorgar un buen grado de legalidad y formulismo a la situación. Por esto, aunque la Asamblea Nacional resolvió que sus diputados, de mayoría conservadora, detenten las representaciones hasta dos años después, es decir, hasta que termine Su Excelencia el período para el que se le toleró en una aciaga noche de sorpresas constituyentes, aprovecharon una sugestión liberal para concurrir a nuevos comicios pro-senadores y diputados, a sabiendas de que ni el Ejecutivo estaba en capacidad de hacer triunfar sus listas personales ni los otros partidos habían trabajado en las bases como para llevarlas, en un momento dado, a las urnas. Los conservadores, en cambio, de la anterior Asamblea Nacional hicieron un estimable trampolín para tomar posiciones electorales dentro y fuera de la función ejecutiva y judicial.

De José Vicente el espíritu, rondaba por las salas de reuniones políticas conservadoras y liberales, recordando, por voz de algunos de sus comprensivos amigos, la debilidad de esa laya de partidos políticos ambiciosos, excluyentes y egoístas que, flojos para gobernar, eran muy

expertos en aquello de no dejar administrar en paz la cosa pública.

Y en el fragor de tan baja contienda, luego de que dos asambleas legislativas se distinguieron por su unilateralidad y deficiencia, el pueblo veía intocados o confundidos sus problemas del pan y la vivienda. El erario nacional sufría graves quebrantos. Pero, de los césares las enmohecidas espadas y broncas por añadidura, hasta se daban el lujo de publicar, contra los intelectuales, mayordomísticos escritos que costaban al fisco, y de anticipar actitudes recordatorias del incendio de los talleres de un periódico, en su afán de silenciamiento. Y habían salido ya al sol los cueros del comadraje oficialista, impregnados de fraude técnicoide, de despilfarro ratonil, de ineptitud blandengue y de retaliación gahnápira, transportando el escándalo más allá de las fronteras, al decir de los mismos funcionarios ensobrecidos o defenes-trados.

Lejos de la parcela, tan noble y deliciosa por bolivariana, y tan desventurada por incomprensida, los otros pueblos, que asistieron a la hoguera mundial y que vencieron, planteaban sus demandas de indemnización y rectificaban sus sistemas de gobierno, al paso que los vencidos aceptaban en silencio las represalias de sus adversarios y las medidas con que éstos tendían a asegurar largos dominios políticos, económicos y sociales, de molde colonial, consumando la horca, el fusilamiento y la prisión perpetua como normas de sanción y de venganza. Ya las cenizas de los jefes de las filas derrotadas habían sido objeto de profanaciones mixtificantes con el viento, el polvo y las olas. De la horca al horno

crematorio y de allí a las tolvas aéreas, fue el viacrucis de esas carnes y esos huesos vencidos...

Según los mismos informes noticiosos y los comentarios que ellos despertaban en las largas sobremesas, la costra terrestre, caro escenario de inquilinato humano, encontraba sí su equilibrio a fuerza de flagelantes erupciones volcánicas y terremotos. Pero, mientras en este caso se cumplían las leyes físicas con matemática exactitud y no por cierto sin dolor, en el caso de la búsqueda del equilibrio social tan reclamado en esta parroquia que se llama mundo, nada sino la opinión buena o mala, acertada o errónea, pero siempre voluble de los hombres, ha constituido el pobre instrumento de un hacer histórico sin normas claras ni principios seguros, hacer que oscila, eso sí con sistema, entre las guerra y la paz.

Los pasajeros del barco, con los nervios tensos, mascullaban el comentario sobre la situación mundial. La nostálgica viuda de Pérez, meditando en su pasado y en el incierto porvenir, detenía sus ojos, durante las comidas, en los rostros de los compañeros de viaje, y encontraba en ellos parecidos con personas que quedaban atrás en el tiempo y en el espacio, excitando los recuerdos hasta hacer sonreír unas veces y suspirar, otras.

Jorge trataba a su sobrinito como si fuese su hijo. Con él se perdía horas enteras en plan de juego o permitiéndole contemplar en el agua los peces bronceados o de color de acero, que seguían al transporte en pos de desperdicios. O le ofrecía distracción señalando con el dedo, a la distancia, los barcos que, viniendo en sentido contrario, presentaban en la lejanía sus siluetas brumosas. Y todos los días no faltaba, además, el espectáculo que, a los ojos del pequeño Pérez, brindaban los aviones

de la paz en travesías de necesidad civil, cruzándose por debajo de las nubes o yendo de blanco al sol y arrastrando sobre las olas su sombra fugitiva.

La viuda examinaba el diario de viaje de su hermano para contarle lo que se le había escapado, aprovechando las charlas nocturnas en las sillas plegadizas del puente. Hacía especial hincapié en la reacción clerical que observó en la legítima patria de su hijo.

Bajo una bóveda de cielo gris y sobre un inmenso disco de agua plateada, Susana se sintió un día en la mitad del universo, entre su pasado semidichoso y semitriste, pero pleno de abundancia, que parecía sepultarse en el horizonte, y el porvenir quizá risueño, tal vez amargo, si para alcanzar comodidades había trabajado mucho, y para comprar la nostalgia dejó sobre los Andes la sagrada huesa de sus más queridos seres.



**LA
COSTA
DE FRANCIA**

Veinticinco días de navegación fueron suficientes para que Susana pueda saciar la sed de impresiones nuevas en el mar. El barco se aproximaba a Francia, a su Burdeos, al continente de su propia cultura. En el ya cercano contorno se dibujaban las costas francesas, averiadas por la guerra. El cielo plumizo anunciábale un cambio de cortinajes para el escenario de su viudez.

Los periódicos radiados por las estaciones europeas machacaban, empero, la incertidumbre de los pueblos vencidos y vencedores en el anterior gran conflicto bélico.

co. Y hacían vislumbrar otras dificultades acaso propiciatorias de una tercera guerra mundial o derrota de la paz. El vocerío de la victoria había pasado con el viento. La síntesis de esa victoria no era otra cosa que una miserable opinión general, dentro de la que lo menos grave estaba siendo la ineptitud de los ejércitos gloriosos y de los políticos traficantes, para organizar la vida en los países propios y extraños. Quizá a la organización de la muerte se acercaba acudiendo la energía atómica, descubierta, estudiada y financiada en los más viejos centros de cultura, para las sorpresivas transacciones del dólar.

Susana captó un corto dato radiofónico propalado por una emisora de París, según el cual, en la tierra de su Pérez había marcada intranquilidad social y hasta indicios de una posible lucha de fuego entre conservadores clericales y republicanos de centro e izquierda.

La señora abandonó un impertinente recuerdo del militarillo, surgido al oír aquella noticia en su último almuerzo en el barco. Y se vistió para saltar a tierra.

Cuía la tarde. Lentamente, el trasatlántico se acercó al muelle. La banda de músicos de a bordo entonó una marcha francesa, al tiempo que las poleas giraban haciendo bajar la escalera para la evacuación de pasajeros. Una multitud agitábase en la orilla, junto a la última ola marina, saludando a los bienvenidos. El grupo de Susana fue el primero en poner los pies en la costa de Francia.

Desde entonces, el pequeño Pérez sería un nuevo francés de la segunda paz mundial. Su patria de nacimiento quedaba atrás, vencida por la distancia y las disputas intestinas. El no tuvo tiempo para conocerla y

amarla en su nuevo viacrucis. Era el bello infante que, sin poder sospecharlo, se ahorró el orgullo heroico de ser una unidad ecuatorial en la mitad del siglo. Y se domicilió en el punto más claro de esta pobre y rodante parroquia, en gravidez de una tercera gran tormenta. . . . Llegó enfermo.



Y Un joven soldado, que había perdido una
DESPUES . . . pierna en las orillas del Rhin, reconoció

en Susana a su primer amor adolescente. La miró de incógnito, y pasó enfundado en su raído abrigo militar. Paró la muleta, bajó la visera de la gorra, y cerró los ojos mientras soportaba la instantánea avalancha de recuerdos. Hizo un cuarto de conversión, y desapareció meditando por entre los montones de fardos, tramando el último pasaje de su novela. . . .

Los voceadores vespertinos pregonaban los choques habidos entre Rusia y las potencias occidentales, en las Conferencias de París y Moscú. Compactos grupos de obreros reclamaban trabajo unos y alza de salarios, otros. Su batalla no admitía tregua. Las palabras "paz" y "victoria", escritas en las paredes, habían sido tachadas con espesas rayas rojas. Junto a ellas, "se vende", "se vende", sucedíanse las inscripciones en las puertas de hermosas propiedades y destartalados negocios, confiscados unos y en voluntaria liquidación los más.

Dudas amargas y decepciones se apoderaron del espíritu de Susana. Le perseguían los recuerdos de América con la secuela de sus propósitos acá frustrados. Dis-

puso la recepción de los baúles de Pérez, y entró en su vieja casita. Besó el retrato de su madre y lloró. Silenciosamente y por momentos maldecía los planes de Manuel. Era tarde para arrepentirse. . . .

En la calle, masas de hombres y mujeres protestaban por el desempleo y por el riguroso racionamiento de víveres, en una manifestación que se enderezaba hacia el palacio de la Comuna. El campanario remachó el día en el contorno con los mismos golpes de bronce que fueron la señal del primer amorío en las citas con aquel soldado ahora inválido, autor de otro capítulo de Susana, del capítulo hecho con besos de primavera, líos estudiantiles, cartas sin contestación, escenas en las trincheras ensangrentadas y realidades de post-guerra.

El pequeño Sebastián dormitaba afiebrado su primera y última noche al otro lado del océano. Soñaba, acaso, con su Juanita y el triciclo en la andina mansión de los Pérez, quizá también con su padre en "La Esperanza", o tal vez con su tío Manuel, el tenedor de sus tierras labradas. Balbucía dulces palabras españolas, con los ojos semiabiertos.

La viuda relataba sus impresiones extracontinentales a los curiosos parientes y a las amistades, en esa reunión que era cita anunciadora de un velorio. La estufa hostezaba, fría, su protesta por la falta de combustible.

Víctima de implacable fiebre, al amanecer del siguiente día, falleció el niño Pérez. Afucra, un hombre trasnochado, sosteniéndose en una pierna y una muleta, encendriñaba, desde el zaguán de en frente, los movimientos de las sombras femeninas, a través de los encendidos cristales de la modesta residencia de los Datroix. . . .

Y así, en estos lomos de los Andes azotados con

fiebre por la Historia, los carros de nuevos órdenes políticos avanzaban y retrocedían al soplo de diversas circunstancias, apuntando armas al horizonte. En la parcela dó el último Pérez labró con amor un mucho de tierra, los descansados, que se habían apresurado en su turno de legislar a su manera sobre herencias, trabajo, aguas, escuelas, fortunas y empleos, y que esbozaron la reconstrucción de desaparecidos dominios, discutiendo el chance a los Vicentes y los Danieles del evangelio social, comenzaban a vacilar ante el empuje de un nuevo histerismo cívico.

Manuel perdió las elecciones a que condujo el movimiento anticonservador. El formaba parte de la lista azul de diputados.

Pero no estaban aún definidas las líneas del próximo combate político parlamentario entre los partidos, cuando acaeció un pintoresco cuartelazo.

La hora de la retirada estaba llegando para Manuel y los suyos. Los liberales jugaron el todo por el todo y aprovecharon aquel fugaz cuartelazo.

Subieron los que antes cayeron. Bajaron los que con Manuel estaban arriba. Ni libertad de prensa ni la libertad de tránsito se había respetado por parte de quienes la víspera no más enrostraban precisamente esto a sus contrarios. Pero ya la boca de esos fusiles fabricados para el sustento de la Democracia, se preparaba para opinar. Y opinó a la vuelta de una semana por el retorno al régimen legal, no sin el sacrificio de sangre y nuevas vergüenzas internacionales.

Renació la calma, a cuyo amparo la civilidad maltrecha comenzaba a organizar el país según la ley, sin el hombre defenestrado hacía ocho días. Un Congreso Na-

cional extraordinario logró darse cuenta, luego del ridículo que exhibieron los liberales en su afán ciego por alcanzar la perdida hegemonía, de que un clamor profundo contra todos los partidos políticos se había puesto en camino, a manera de acusación al pasado y desafío al presente. Así triunfó la tesis apartidista en las elecciones indirectas de Primer Magistrado del país. Se buscó y se dió con un hombre que, por no pertenecer a ningún grupo doctrinario, estaba de objetivo de todos ellos.

En el escondrijo, Manuel recordaba el pensamiento político de su primo José Vicente, pensamiento que lo explicó cuando, en otro tiempo, se le propuso ingresar a un nuevo partido, allá en "La Esperanza". El joven conservador acentuó la convicción de que el rol de los partidos termina en cuanto dejan de discutir fórmulas de gobierno mancas de posibilidad. Reflexionó en ese patético sistema de estorbarse mutuamente, que les caracteriza a los grupos abanderizados, y quemó su carnet partidista en las brasas de un horno de ladrillos, sintiendo detrás suyo la sombra del último Pérez.

Manuel creíase más libre y más patriota desde que dió en sí el triunfo a las ideas políticas de su muy discutido primo, aunque estaba siendo el blanco de las blasfemias de sus correligionarios y de las maldiciones de los totalitaristas rojos. Estos últimos, en todo el mundo, juraron incluso traicionar a sus patrias, al tiempo que prometían lealtad a Rusia en la próxima guerra.

A tonó con este panorama, el medio mundo marchaba enredando, entre los meridianos y los paralelos, los estandartes rojos y azules que perseguían la coacción brutal del Estado, para medrar. Clavando, pues, garras y miradas en el fugitivo anhelo del "futuro mejor", este

medio mundo respiraba por emponzoñados grupos políticos. Hasta parecía vivir por y para ellos, como en el inicio de una conflagración organizada para que, detrás del hambre y la miseria, avance precisamente el teórico signo de la justicia social.

Las banderas rojas y azules ondeaban, cual más insegura, en los capitolios de quebradizas voluntades nacionales. Los emblemas blancos, que prometió la guerra para esta paz avergonzada, iban siendo arriados inclusive de los sitios de honor y gloria de las naciones unidas, sin que nadie acertó a precisar si en tal laya de caos se registra una guerra fría o una paz caliente.

En un ángulo de la biblioteca que fue del difunto Pérez, Manuel hojeaba con atención una revista, en la que se machacaban sospechosas inquietudes en torno de la tremenda insignificancia del átomo, lúgubre y tardío depositario del secreto acaso propiciador de la definitiva paz del cosmos, o fría paz de todos. Y allí mismo, los libros más frescos hacían brillar, para la Metafísica, la audaz probabilidad de que la Vida, a esta altura del Tiempo, no sea sino un cargoso sub-atributo de la Mecánica Integral.

En los diarios arrecebía la propaganda por conseguir que, dentro y fuera de los partidos políticos, llame a emoción la empresa presidencial de un interesante primo de Pérez, agricultor y demócrata, ganadero y deportista. Mientras los servicios noticiosos del exterior decían del infierno hecho en Berlín por rusos, americanos e ingleses y de las dificultades que atravesaban los gobiernos en Francia e Italia por estabilizarse, acá las perspectivas concurrían a reflejar en derredor de un hom-

bre lo que la prensa, con o sin entusiasmo, llamaba la Última Esperanza.

Densos nubarrones ocultaban la luna y las estrellas. La brisa hacía un alto entre la tiniebla y el nuevo amanecer. Un profundo silencio se cernía en las afueras. Sólo el Tiempo retenía la palabra para luego. Quizá era otra buena entre las noches tristes de los pueblos pequeños. O era la mala, sin quizá.

Un nuevo día comenzaba a reventar en el horizonte.

Un nuevo día sí, dentro de la escala progresiva del desastre que acaso se perfecciona en el seno de la parroquia universal.

F I N

-: INDICE :-

DE CAPITULOS Y SUBTEMAS

	Página
1	
Veladas de la Cristiandad	3
De artesano a obrero	6
Izquierdas y derechas	8
La Taberna Rosada	12
Seducida y explotada	16
Estafadores internacionales	20
2	
El compadre José Vicente	24
Daniel y los cuatro picaros	31
El señor Pérez	38
Esposa de ultramar	41
3	
Apellido sin tierras	45
La fiesta bautismal	46
Planes de trabajo	49
4	
El bosque embrujado	53
A la obra	57
Una escuela en la hacienda	61
Manos laboriosas	68
5	
Una tarde amarga	72
Lejos del Estado	74
Político extravagante	77
Burócrata ilustrado	80
La maestra enamorada	84
Alas del amor	88
<hr/>	
El Ultimo Pérez	429

	Página
6	
Realidades campesinas	92
Tribunal de Menores	101
7	
La cuenta de la madera	109
Tergiversaciones de la política	111
Agua y harina	114
La máquina administrativa	119
El caso en las alturas	122
8	
El aristócrata y el advenedizo	127
Corrida de toros	130
El encono izquierdista	132
Incendio en el bosque	136
Andanzas de Daniel	137
La treta de la igualdad	141
9	
El hijo de Pérez	147
Candidato a diputado	149
Vaya un plan terrorista!	151
Emilio y Graciela	155
Los choferes	159
Haciendo un lío	162
10	
Cartas de Francia	168
El señor Ministro	171
Rumbo ciego	177
La crónica de los bares	184
11	
Vacios de la experiencia	191
Reproches mutuos	198
Blanco de la oposición	201
Consejos de don Santiago	204

	Página
12	
El esfuerzo de la antigüedad	213
Conferencia Internacional	218
13	
El retorno a la tierra	225
Accecho de la envidia	229
La represalia inesperada	232
14	
En la Exposición de Bellas Artes	243
Un té familiar	249
15	
Plasticidad del Globo	260
Auxilios y curiosos	265
Teoría y realidad	268
16	
Tesoros del siglo anterior	276
Un tiempo mejor	282
Para beneficio colectivo	288
17	
El cima de arriba	290
Un padre como muchos	298
Tipo de hombre deseable	300
18	
Los frutos de la tierra	304
El bienestar de un pueblo	308
En la feria parroquial	311
El culto de la cosecha	313
19	
Médico permanente	316
Lucha contra el empirismo	322
Quiebra de la voluntad	326
Una amiga peligrosa	332
20	
Sombras perversas	337
El castigo violento	344
El Último Pérez	431

	Página
Pequeño y pacífico hogar	350
Hacia abajo	352
21	
Al seno de la tumba	359
Papel sellado	363
22	
Balace de la familia	370
Lola y la viuda	372
Comedimientos y caracteres	379
23	
De vuelta a la tigrera	384
En pos del asalto	387
Servidumbre delincuente	391
24	
Amor y codicia	398
Epitafio perdido	402
Divisas extranjeras	406
25	
El recurso supremo	409
Sobre las olas	411
La vuelta de los descansados	415
La costa de Francia	420
Y después	422
I n d i c e	429

